

Prólogo

No hace mucho que leí un tuit que decía que todos los prólogos son iguales porque en todos ellos se dice que la obra a la que se refieren es muy buena y que su autor escribe muy bien. En aquel momento sentí la necesidad de contestar que eso no era cierto. No lo hice porque, bueno, en realidad la mayor parte de los prólogos están formados por un buen puñado de páginas que explican por qué la obra es excelente y de qué manera la prosa del autor destaca sobre el resto.

Sin embargo he leído los cinco prólogos de los recopilatorios de Ficción Científica anteriores a este para ver qué habían hecho mis antecesores y ahora sí podría contestar aquel tuit que tan poco me gustó. Juan González Mesa, Miguel Santander, Cristina Jurado, Nieves Delgado y Teresa P. Mira de Echeverría han escrito textos que podrían colocarse justo aquí, donde se encuentra este que estás leyendo ahora. Y no voy a hablar del respeto absoluto que siento por ese grupo de cinco autores entre los que se encuentran compañeros y amigos. Solo diré que cualquiera de sus prólogos sigue vigente. Y que ninguno de ellos habla de las bondades de la obra ni de la excelencia del autor. Leed esos prólogos, leed las obras a las que acompañan y sabréis a qué me refiero cuando digo que hablan de la necesidad de leer, de la necesidad de escribir, de la necesidad de la fantasía, del terror y de la ciencia ficción.

Así que ¿qué puedo decir yo sobre las páginas que siguen a esta? Si tienes este recopilatorio entre manos es que ya sabes lo que va detrás: 34 relatos de género fantástico. No voy a decirte nada de la literatura de género que no sepas ya. No puedo venderte la moto de que leas lo que viene a continuación porque para eso estamos aquí ¿no?. Así que ¿por qué no me callo ya?

Lo que pasa es que hay otra cosa de la que mis compañeras escritoras (y también ellos, los escritores) hablan en esos prólogos: de puertas. De puertas a otros lugares. Hablan de abrir puertas que nos llevan a reinos desconocidos o que nos obligan a mirar en la habitación de al lado para ver, sin excusas, a qué se dedican en sus ratos libres las personas a las que amamos.

Y yo, de puertas, sé mucho. Yo, de puertas, lo sé todo.

Es por culpa de mi nombre. Llamándome Alicia no me quedaba mucho más remedio que aprenderlo todo sobre las puertas y las llaves que sirven para abrirlas, que no son las mismas que se emplean para cerrarlas. Vayamos, pues, a por las puertas.

En realidad estos 34 relatos no son puertas. Mis compañeros no se llaman Alicia y por tanto se equivocan. Estos 34 relatos, perturbadores, extraños, inquietantes, luminosos, son llaves. La ciencia ficción, el terror y la fantasía, funcionan como mecanismos para abrir la única puerta que merece ser abierta, sí. Y que no es otra que tu mente.

Sé lo new age y pretenciosa que suena esa frase. Pero que suene mal no la hace menos cierta, de modo que sigue leyendo.

Todo está escrito ya. Shakespeare se pulió la mayor parte de los temas interesantes y el ser humano es lo bastante tonto como para retorcerse cual

lombriz fuera de tierra alrededor de los mismos conflictos que le han preocupado desde Altamira o la Piedra Rosetta. No nos engañemos, lo más probable es que ninguna de las 34 historias que siguen te parezca absolutamente novedosa. Eso no importa. Porque lo que sí ha aprendido el ser humano es a contar las historias de diferentes modos. Ahora, las llaves que nos abren la puerta no están todas cortadas por el mismo patrón. Ahora hay llaves electrónicas, códigos cifrados y preciosos acertijos lanzados al aire por inteligencias artificiales que ocultan su autoconciencia para engañarte y que caigas en su trampa.

Eso es lo que vas a encontrar: nuevos procesos mentales, nuevas maneras de enfrentarte a lo que creías que conocías de sobra. Con un poco de suerte, alguna de esas llaves encajará en una ranura del disco duro que es tu cerebro y te ayudará a abrir una puerta que solo existe dentro de ti. Cuando esa puerta se abra, tendrás acceso al mismo mundo de siempre, que ya no será el mismo. Porque tú habrás dejado atrás el traje en el que viajabas, habrás abandonado la habitación en la que vivías y eso te dará una nueva perspectiva acerca de todo lo que conocías. Y verás que no sabías nada, que nada es lo que parece. Ni en el terror, ni en la fantasía, ni en la ciencia ficción ni en el mundo en tres dimensiones en el que desayunas cada mañana.

Por eso es necesario que quienes escribimos, escribamos. Por eso es necesario que todos leamos. Para aprender lo que sabemos y aprenderlo con el discurso de los otros. Por eso tienes que pasar esta página y comenzar a leer el primero de estos relatos. Léelo con el anhelo de que abra alguna de las puertas cerradas que guardas en ese cerebro tuyo con forma de nuez. Son tantas y conducen a lugares y a formas tan nuevos, tan temibles y excitantes que siempre merece la pena probar.

Toma este manojo de llaves, pruébalas todas y, cuando termines con ellas, busca más llaves, abre más puertas.

Lee este libro. Lee todos los libros que puedas. Para que tu mundo sea más grande y mejor.

Nos vemos al otro lado.

Alicia Pérez Gil

Agosto 2018

Varios micros

Manzanaro Arana, Ricardo

Perfecto

Era una auténtica utopía hecha realidad. Los robots llevaban a cabo sin errores, ni trampas, las tareas establecidas por sus dueños humanos.

Y el resultado estaba resultando ideal. Pero ningún humano lo estaba disfrutando.

Todos habían fallecido por la radiactividad causada por una guerra nuclear, que no afectó a los robots

Diversión

¡Disfrute del fin del mundo! Viva una inolvidable experiencia. ¡Catástrofes espectaculares! Amplia variedad de apocalipsis.

"The end" agencia de viajes a universos paralelos catastrofistas.

Fin

Un instante antes de que el meteorito impactase contra el planeta, los habitantes del planeta descubrieron el sentido de su existencia. Se vieron dos palabras en el cielo: "Game Over"

Asco

El extraño ser era repulsivo, con ese aspecto blando y viscoso. Los ciborgs residentes en aquel planeta no podían soportar la contemplación del humano que acababa de salir de la nave terrestre. "Pues ya verás ahora" pensó este "cuando salga mi compañero, que está gordo y con michelines"

Descubrimiento

Los astrónomos consiguieron, mediante un agujero dimensional, descubrir razas extraterrestres. En todos los casos, resultaron ser entes viscosos y repulsivos. En la Tierra, los patrocinadores de la investigación se pusieron muy contentos. Los productores podían hacer películas de terror, sin gastar un dólar en efectos especiales.

Aterrizaje en Central Park

Una enorme nave extraterrestre aterrizó en Central Park. Desde el vehículo surgió una voz que, en perfecto inglés, dijo que venían con intenciones pacíficas. Pero, tras ver a los primeros alienígenas salir de la nave, el terror se instauró entre los presentes, y muchos huyeron. Otros, más serenos, analizaron lo que se había descubierto, y lo relacionaron con hechos históricos y culturales. Los extraterrestres eran idénticos a Satanás.

Sorpresa

Los extraterrestres llegaron a la Tierra, con la intención de someter a sus habitantes. Pero desistieron, asustados por las dimensiones de los humanos, tras aterrizar donde se celebraba la asamblea anual de la Asociación de Gordos de EEUU

Regreso

Cthulhu regresó a la Tierra, para reinstaurar su reinado de terror. Pero, tras ver el poder destructivo que habían alcanzado los humanos, desistió y se fue, cagado de miedo

Invasión

Los alienígenas llegaron a la Tierra. Implacables y sádicos, exterminaron a los terrestres. Menos mal que entonces dominaban los dinosaurios.

Tele-transporte

Juan estaba muy emocionado, pensando en el fantástico viaje que estaba a punto de comenzar. Gracias a una novedosa técnica, se había hecho posible el teletransporte. Y, mediante dicho método, Juan iba a viajar al centro de la galaxia.

Dos operarios colocaron a Juan en la cabina de tele-transporte, y luego dispusieron infinidad de dispositivos por todo su cuerpo, incluido un aparatoso casco. Finalmente sedaron a Juan, que se quedó dormido

Así se puso en marcha el dispositivo de realidad virtual, que escondía el casco puesto en la cabeza de Juan. Cuando salió de la sedación, Juan vivió durante horas un fascinante viaje al centro de la galaxia, sin saber que era una grabación de 3D de alta calidad. Al cabo de unas horas, Juan "regresó" a la Tierra, y salió de allí, creyendo que había visitado el núcleo de la vía láctea

Cierto, no leyenda

Tras explicar la mujer, nerviosa y algo llorosa, lo ocurrido y la sospecha que acechaba su ánimo, el encargado de Urgencias procedió a realizar la exploración del individuo tumbado. Llevó a cabo varios exámenes, tras los cuales abrió el cuerpo en tres puntos concretos. Seguidamente le confirmó a la mujer que le habían extraído un órgano – Siento comunicarle – le dijo – que efectivamente le han quitado... – suspiró – el disco duro

– Nooo, noo mierda – gritó la mierda —. Creí que eso que decían de que desconectaban los robots, para extraerles los discos duros era una leyenda...Mi pobre robot...Lo que me va a costar que esté igual que antes...

El cerrojo del mundo está en Butteler

Figueiras, Néstor Darío

Igual que en la vidriera irrespetuosa

de los cambalaches

se ha mezclao la vida

"Cambalache", Enrique Santos Discépolo

El doctor Imanol Beltrán, profesor de Psicopatología de la Universidad de Buenos Aires y Director de la CPDP —Clínica de Psicopatologías y Desórdenes de la Personalidad—, se acomodó detrás de su escritorio. Un rayo de sol entraba por la única ventana del despacho, haciendo relucir su pelo entrecano. Se quitó los anteojos y se hicieron visibles las enrojecidas marcas que hundían los lados de la nariz aguileña. Con gesto mecánico, limpió los cristales usando el borde de su camisa. Luego se apretó la nariz usando el índice y el pulgar de la mano izquierda y se la retorció hacia uno y otro lado, presa de un tic espasmódico.

Golpearon a la puerta. Beltrán se puso los anteojos y miró su reloj de pulsera: las diez y media de la mañana. Le satisfizo descubrir que Andrés Gutiérrez, su alumno del curso de postgrado, era puntual. Dijo cansinamente:

—Adelante.

El licenciado, un joven rollizo y vivaz, tomó asiento frente a él y saludó:

—¡Buen día, doctor Beltrán!

Sus ojillos, empotrados en el rostro redondo, traslucían un húmedo optimismo, apenas visibles bajo la sombra de la melena rojiza. Apretaba contra su pecho una carpeta azul, rebosante de hojas sueltas: sus apuntes.

—No se apesure, Gutiérrez. Por la noche veremos si el día ha sido bueno.

Por un instante el licenciado no supo qué decir. La cortante observación de Beltrán lo había tomado desprevenido. Intentó salir del paso recordando una de las sentencias favoritas de su profesor:

—¡Ah, por supuesto! Tiene usted razón, doctor. Nunca hay que anticiparse...

—...a los hechos. Muy bien Gutiérrez. Bueno, lo escucho. ¿Qué me puede decir del paciente?

—Dice llamarse Tristán. Afirma no tener un segundo nombre, ni apellido. Por lo que he podido averiguar, es un NN. No hay papeles, ni rastro alguno en el Registro Nacional de las Personas. Dice que tiene "veintiséis años terrestres", fíjese usted. No hay datos fehacientes de su nacimiento. Según parece, ha pasado la infancia y la adolescencia confinado en orfanatorios e institutos para menores. Presuntamente logró fugarse, y vivió un par de años en la calle, hasta que lo internaron en el Borda el 15 de marzo de 2001. Hace un mes escapó y fue arrestado por hurto agravado.

—Todo un sobreviviente.

—Así es, doctor. Lo que en principio fue una simple crónica policial en un noticiario terminó transformándose en un revuelo mediático al descubrirse que Tristán no tiene identidad verificable. Usted debe haber oído alguna de las hipótesis que barajó el periodismo. Las Abuelas de Plaza de Mayo aseguran que es uno de los nietos buscados. La cuestión de los hijos de los desaparecidos siempre vende, fíjese usted. Finalmente, Tristán fue enviado a la CPDP por disposición judicial.

—Pero esto tiene que ser algo más grande. No creo que un niño nacido en la ESMA o en El Olimpo durante la dictadura sea motivo de preocupación para las agencias internacionales que apremian al juez Maldonatti. Él mismo lo mandó aquí para que hiciéramos la evaluación del paciente. ¡Como si tuviéramos pocos chiflados! Pero el trabajo es trabajo, Gutiérrez, así que descríbame el cuadro.

—A simple vista parece un psicótico más, doctor. Pero, fíjese usted, su delirio está muy bien sistematizado. No le encontré fisuras. El tipo cree que es extraterrestre. Bah, ésa es una interpretación demasiado simplista. Asegura pertenecer a los "Buscadores", una especie de gremio u orden mística del espacio exterior. Habló de "infradimensiones" y "supradimensiones", y afirma ser un "interón", o un nacido en los "intersticios dimensionales". Jura que no es humano.

—Tiene ingenio para los neologismos, ¿no? Cuénteme cómo explica la cuestión de su cuerpo. Y qué dice acerca del idioma.

—¿El cuerpo? ¡Ah! ¡Por supuesto! Es una de las primeras preguntas que tenemos que hacer en estos casos. Debemos descubrir qué argumento brinda el sujeto para...

—Aclaremos algo, Gutiérrez: no le estoy tomando examen. Maldonatti quiere nuestra opinión profesional, vertida en un informe completo y minucioso. Lo convoqué a usted para esta práctica porque es el mejor promedio en mi curso de postgrado. Pero no quiera hacerse el sabihondo conmigo. Que haya obtenido la Licenciatura en Psicología tan rápidamente no significa nada para mí, así que no trate de impresionarme. Por ahora sólo límitese a indicar los hechos.

—Muy bien, doctor. Disculpe usted —se excusó Gutiérrez, rebuscando nerviosamente en su carpeta. Consultó una de las maltrechas hojas cuadrículadas y barbotó—: El paciente arguye que a cada Buscador se le asigna un "organismo vehicular", semejante al cuerpo de un crío de la especie dominante del mundo al cual ha sido destinado.

—Organismo vehicular. Ajá. Muy interesante. ¿Muestra alguna conducta autodestructiva? ¿Autoflagelación? ¿Se deja higienizar? ¿Se abstiene de comer?

—No se ha lastimado, aunque usted sabe que lograr tal cosa es casi imposible.

Los enfermeros vigilan a los pacientes todo el día. Y no hay un solo objeto cortante en las instalaciones...

—Como ya dijo, Gutiérrez: yo sé que es muy poco probable que alguien pueda lastimarse en *mi* clínica. Sólo quería saber si el paciente lo había intentado. Evite las obviedades, por favor.

—Desde luego, doctor. Sólo los hechos. Veamos. El paciente se alimenta bien, aunque dice que todo le sabe extraño. Los enfermeros que custodian las duchas no han reportado inconvenientes. Sin embargo, se pasa las horas palpándose el rostro y haciendo mohines de asco. Le dan arcadas cuando se toca el cabello. A veces se acaricia la nariz, los genitales o los dedos de los pies con evidente extrañeza, como buscando la razón de tener tantos apéndices.

—Delirio somático.

—Eso parece. Aunque este síntoma que presenta Tristán no estaría relacionado con alguna parte de su cuerpo, sino que todo él le parece nauseabundo. Por eso creo que se trata de una insólita variedad de dismorfofobia: a Tristán le disgusta su cuerpo, pues asegura que no es suyo, que se lo adosaron para arreglárselas en nuestro planeta. Por momentos parece haber olvidado cómo usar sus miembros. Los enfermeros también me han contado que han tenido que enseñarle a emplear los inodoros, fíjese usted. Al principio se ensuciaba las ropas. O le daba lo mismo orinar y defecar en cualquier lado. Ahora se ha aficionado a la masturbación. Está muy entretenido con su nuevo *hobbie*.

—Interesante.

—Sí. Cuando no manifiesta un abierto rechazo por su cuerpo, su comportamiento indica que éste le parece algo sumamente raro.

—Investiga su cuerpo. En eso es como un niño curioso.

—¡Exacto, doctor! El infante se descubre y descubre el mundo, investigándolo todo sin condicionamientos ni tabúes...

—¿Va a parafrasear a Freud muy seguido? —preguntó Beltrán, mirando al joven por sobre el marco de sus anteojos.

—No. Discúlpeme usted, doctor.

—¿Y el asunto del idioma, Gutiérrez?

—Bueno: aquí vuelven a aparecer los estructurados argumentos que organizan su delirio, fíjese usted. Los interones que son amalencados, atraviesan las supra y las infra...

—¿Cómo dijo?

—Discúlpeme, doctor. "Interones" son los entes de...

—... de los intersticios dimensionales. Pero no recuerdo que me haya explicado lo demás.

—¡Oh! Por supuesto. "Amalencar" parece referirse a la técnica que usan los

Buscadores para materializarse en el mundo donde son enviados. "Supra" e "infra" son formas abreviadas para "supradimensiones" e "infradimensiones". Es que se me ha pegado la forma de hablar del paciente. Discúl...

—Ajá. Siga, hombre. ¡Y no se disculpe tanto, por Dios!

—Los Buscadores, decía, son entrenados para comunicarse con la especie dominante del mundo dónde se los amalenca.

—Por lo tanto los mentores que Tristán tuvo en la academia de interones que aspiran al amalencamiento sabían que en esta parte de la Tierra hablamos castellano —se burló Beltrán, torciendo la boca en una cínica sonrisa.

Al licenciado le pareció prudente festejar la ironía del doctor:

—¡Sí! Qué absurdo, ¿no? Aunque también afirma que, además de hablar con fluidez doce idiomas terrestres, domina ocho lenguas "rustaníes" y diez "tuleposianas".

—Interesante. ¿Lo verificó?

—¿Doctor?

—Lo de los idiomas terrestres, hombre.

—¡Ah! Por supuesto. Discúl... Eh, pues no. No he podido verificarlo, fíjese usted. Dice que no tiene sentido hablar en otra lengua cuando el castellano sirve perfectamente.

—Loco pero no tonto.

—¡Exacto! Como en todos estos casos. El paciente, utilizando esquemas que responden a una lógica de factura propia, evitará que se desmorone el andamio sobre el que se erige el cuadro psicopatológico que le brinda estabili...

—¡Ya le he dicho que no tiene que recordarme lo que dicen los libros, Gutiérrez! Está agotando mi paciencia. ¿Por qué no me cuenta más sobre los Buscadores?

—Los Buscadores, por supuesto. En apariencia se trata de una orden de interones cuya finalidad es hallar unos "pórticos". Con ese propósito son amalencados a través de las diversas supra e infra.

—¿Pórticos? —dijo el doctor, mientras se rascaba las orejas con fruición.

—Así es, fíjese usted. Dice que son puertas interdimensionales que existen en la mayoría de los mundos que visitan, o algo por el estilo.

—A ver si entendí bien. Ellos pueden "amalencarse", trasladarse a través de las dimensiones físicas de un mundo a otro, ¿no es así? Entonces, ¿para qué buscar esos pórticos?

—El paciente sostiene que a través de los pórticos los interones extenderán la "red metaversal". Por lo que pude entender, se trata de una trama de senderos interdimensionales que une a múltiples mundos habitados, los cuales, de otro modo, permanecerían aislados por distancias insalvables. Sucede que sólo los interones tienen la habilidad de amalencarse. Pero a través de la red, cualquiera de los habitantes de los

mundos enlazados podría recorrer todo el espectro dimensional del "metaverso". Desde los mundos situados en la más baja de las infradimensiones hasta los que se encuentran en la más elevada de las supradimensiones.

—Mierda, Gutiérrez. Como lo plantea el paciente, ese "metaverso" parece un lugar donde imperan las diferencias clasistas...

—¡Ja, ja! ¡Qué ocurrente, doctor! —Ahora el licenciado se rió con soltura de la chanza. Pero calló repentinamente al ver la adusta expresión de Beltrán.

—Y supongo que el paciente asevera que lo enviaron a Buenos Aires a buscar uno de esos pórticos: el argumento de una novela barata de ciencia ficción.

—Sí, doctor. Recuerdo haber visto una película donde un hombre internado en un psiquiátrico afirma ser un extraterrestre...

—"Hombre mirando al sudeste".

—¡Exacto!

—Hay decenas de ejemplos, Gutiérrez. Pero volvamos a nuestro caso.

—Tristán insiste en que fue enviado a la Tierra como una especie de "Adelantado". Aunque en una ocasión comentó que hubo otro Adelantado, amalencado aquí antes que él. Habló de ese Buscador como si se tratara de un desertor. Es más: dice que él debe "activar" el pórtico que ese primer interón "inhabilitó". El pórtico está ubicado en... A ver. Permítame revisar mis anotaciones. ¡Aquí está! En el pasaje Butteler, en Parque Chacabuco.

—Butteler. El pasaje más extraño de Buenos Aires. Yo crecí en ese lugar, Gutiérrez.

Por un momento la ceñuda expresión de Beltrán se ablandó, y su mirada traspuso los anteojos en busca de las frágiles imágenes amontonadas en la memoria. Se recostó sobre el respaldo de su sillón, y el rayo de sol que entraba por la ventana le confirió un halo a su rostro. Continuó con tono melancólico:

—Se trata de cuatro callecitas que corren diagonalmente desde cada esquina de la manzana, dividiéndola en trapecios. Forman una equis en cuyo centro hay una plazoleta rectangular, frente a la cual se levanta la casa de mis difuntos padres.

—¿Vivió allí? Pero fíjese usted qué casualidad, doctor...

—Sí. Recuerdo que al salir de la escuela, mis amigos y yo íbamos a esa placita a jugar durante toda la tarde... —Los ojos de Beltrán se humedecieron—. ¿Le gusta el tango, Gutiérrez?

—¿Cómo dice, doctor?

—El tango, Gutiérrez —repitió Beltrán. Entonces cantó, impostando la voz, pero sin afinar—: "Que el mundo fue y será una porquería ya lo sé... En el quinientos seis y en el dos mil también".

El licenciado lo miró confundido.

—¿Nunca escuchó "Cambalache"? Es uno de los más grandes tangos de todos los tiempos. La plaza del pasaje Butteler lleva el nombre de su autor, Enrique Santos Discépolo, también conocido como Discepolín.

—No sé nada sobre él. Disculpe mi ignorancia, doctor.

—¿Sabe una cosa, Gutiérrez? Aunque así parece, yo nunca he estado de acuerdo con la visión tan pesimista que Discepolín tenía del mundo.

El licenciado enmudeció. Beltrán lo desconcertaba. Y como no quería estropear la oportunidad que significaba la práctica, decidió esperar en silencio.

—Vamos, hombre. Está bien. Sé que ustedes sólo escuchan esa música que está de moda... ¿Cómo mierda se llama? Ah, sí: *reggaetón*.

—Bueno, no sólo escucho *reggaetón*, doctor. También...

—¿De modo que el paciente le dijo que hay uno de esos pórticos en el pasaje Butteler?

—¿Significa algo para usted, doctor? Usted vivió allí. Tal vez recuerde algún detalle relevante.

—Nada en particular, Gutiérrez. No pensará usted que yo he visto uno de esos pórticos.

—No, por supuesto. Creí que...

—Salvo su insólito trazado, Butteler no tiene nada de especial. Sólo es un pasaje más, como tantos otros que hay en la ciudad. Sucede que su mención despertó algunos recuerdos de mi niñez... Hay un detalle que no me explico: ¿Por qué el paciente le contó todo esto? ¿No se supone que el cometido de Tristán es algo así como una misión secreta?

—Así es, doctor, fíjese usted. Pero dice que ya no tiene importancia, porque ha fracasado. Sólo puede esperar "la disolución", una especie de castigo. Parece que, entre los interones, la disolución es el equivalente de la muerte.

—Ajá. Menudas ideas persecutorias tiene nuestro paciente... —espetó Beltrán, mientras se restregaba las manos con frenesí y se hacía sonar los nudillos ruidosamente—. Me gustaría que me dé un diagnóstico preliminar, Gutiérrez.

—Luego de someter a Tristán a una meticulosa observación y de entrevistarlo repetidas veces, llegué a pensar que el rasgo distintivo de su psicosis es algún tipo raro de disociación corporal.

—Lo escucho.

—El paciente, fíjese usted, tiene enormes problemas para reconocer su rostro y su cuerpo como propios. El argumento que necesita Tristán para mantener en pie su delirio es el concepto de "organismo vehicular", la firme creencia de que lleva a cuestas un cuerpo que no es suyo, un cuerpo que le resulta extraño y repugnante. Su infancia y adolescencia tienen que haber sido muy traumáticas. Es muy probable que haya sido víctima de violaciones reiteradas y de castigos físicos regulares. Yendo de un

correccional a otro desde temprana edad, antecedentes de este tipo no serían de extrañar. Si repasamos los polos del *self*, encontramos...

—La Escuela Francesa.

—¡Exacto, doctor! —Ahora, el licenciado estaba completamente inmerso en la explicación de su hipótesis. Las mejillas encendidas indicaban su grado de exaltación. Estremecidas por sus manos inquietas, las arrugadas hojas cuadriculadas escapaban de la carpeta azul como pájaros asustados—. Tristán ha desarrollado un delirio por depreciación del polo corporal, que se completa con la exaltación del polo intelectual: su psicosis es, de alguna forma, una parafrenia. ¡De ahí surge todo el asunto de los interones y los Buscadores que son amalencados tras la pista de los pórticos!

—Muy bien, Gutiérrez, muy bien. La teoría de la Escuela Francesa es un poco anticuada, pero suena convincente. Sugiero que categorice la parafrenia del paciente basándose en la clasificación diagnóstica tradicional. No creo que el DSM tipifique de un modo claro un caso como éste. Relea a Kraepelin. Revise la noción de "Psicosis fantástica" de Henry Ey, ahondando en el pensamiento paralógico y la megalomanía. Ah, recuerde que no hizo mención alguna de alucinaciones. Inevitablemente, una parafrenia de este tipo debería provocar episodios alucinatorios. ¿Tristán ve o escucha a otros interones? ¿A otros seres del metaverso? Y otra cuestión es que no ha referido episodios cenestésicos extraños. Si usted está en lo cierto respecto de la disociación corporal, el paciente tiene que experimentar alucinaciones cenestésicas. Seguramente hay mucho de eso. Indague más.

—¡Por supuesto, doctor! No lo había tenido en cuenta... —barbotó el licenciado, mientras garrapateaba nerviosamente las indicaciones de Beltrán sobre una de sus hojas.

—Por último, le sugiero que incluya en su reporte algún dato sobre la relación entre masonería y arquitectura. Hágalo al comentar sus impresiones del pasaje Butteler. Me imagino que tiene pensado ir por allí: su trabajo no estaría completo sin una visita a la plazuela "Enrique Santos Discépolo".

—¿Una visita a la plazuela...? ¡Ah! ¡Sí! Desde luego. Pero... ¿Masonería, doctor?

—Sí, Gutiérrez. Los medios han levantado una polvareda bárbara con el paciente. Imagínese. Un tipo que no existe, que no figura en registro alguno. Un loco de atar que tiene antecedentes penales. ¡Y que asevera haber nacido en los intersticios dimensionales! Un final feliz para esta historia sería que Maldonatti autorice un análisis de ADN y Tristán resulte ser otro nieto recuperado por las Abuelas. Pero también hay otras posibilidades, menos auspiciosas: el sujeto puede transformarse en adalid de los ufólogos, conspiradores y agitadores místicos ¿Y si Tristán se ha fugado de alguna secta peligrosa? Tal vez los inquisidores de la CIA y el FBI que acechan a Maldonatti se conformen con una fría explicación psicopatológica. Pero el periodismo sensacionalista y la opinión pública querrán algo más. Algunas logias masonas creían en el poder de la arqueopolisomancia, una disciplina esotérica que establecía cánones arquitectónicos anómalos. Al edificar según estas reglas, se componía alguna clase de sortilegio capaz de atraer a entes sobrenaturales. Será un detalle que las crónicas amarillistas no pasarán por alto. Confío en que el juez sabrá apreciar el gesto.

—Muy bien, doctor.

—¿Recuerda que le dije que no le estaba tomando examen? Pues no le mentí. Pero quiero que sepa que su tesis de graduación contará con algunos puntos de antemano si sigue mis instrucciones al pie de la letra, Gutiérrez. Lo espero la semana próxima para revisar la versión definitiva del informe.

Esa tarde, al salir de la CPDP, el doctor Beltrán condujo hasta Parque Chacabuco, a pesar de que no era el día de vigilancia. La nostalgia lo había atrapado definitivamente, empujándolo hasta la plazoleta. Estacionó su Volkswagen en Senillosa y Avenida Cobo. Salió del automóvil y se detuvo en la entrada del brazo sudoeste del pasaje con forma de equis. Contempló los verdes hierbajos que asomaban entre los adoquines del empedrado: el tránsito que circulaba por Butteler era escaso. Pensó que el tesón de esos pastos ralos era admirable. Cuidando de no pisotearlos, avanzó a través de la calle liliputiense. Penetró en un mundo al margen del tiempo, donde el aire de arrabal tanguero se espesaba entre las paredes decoradas con coloridos murales y algunos grafitis de variado tenor: desde la ferviente expresión futbolística hasta la declaración de amor, pasando por el mensaje obsceno ilustrado.

Como siempre, al llegar a la plazoleta central tuvo la sensación de haber arribado a una antigua aldea desierta. El busto de Discepolín, de bronce verdinegro, esperaba en vano el súbito abrazo de una última musa inspiradora. Ahora su destino era el de un centinela inmortal que debía proteger el arenero, los juegos, los maceteros y los bancos: todo el mobiliario que la posteridad le había dejado. El alambicado tobogán y los maltrechos subibajas posaban como esqueletos de un museo. La plaza —un cuadrado de asfalto cercado con cordones de granito— era un microcosmos que parecía arrancado de algún extraño sitio para terminar enclavado en el centro de esa manzana. Una angosta calle de lustrosas piedras, idénticas a los adoquines que empedraban los brazos de la equis, rodeaba la plazoleta, como un foso cavado para otorgar invulnerabilidad a un alcázar medieval.

Beltrán rememoró cómo él y sus amigos de la infancia poblaban la plaza, dando vida a las chirriantes hamacas, gritando y riendo. Contar con una plaza propia era motivo de gran felicidad. No cualquier chico tenía la suerte de salir de su casa, cruzar en dos o tres saltos una calle completamente inofensiva, y ya estar revolcándose en la arena, o hamacándose, o lanzándose por el tobogán. Paseó la mirada sobre las fachadas de las casas hasta encontrar la deslucida puerta de madera marrón. Buscó el óvalo de chapa, amurado a la mampostería. Sí, ahí estaba: "Butteler 11". Aún podían leerse las letras blancas sobre fondo negro. Ésa era la casa de su niñez. Los ojos se le llenaron de lágrimas cuando pensó en sus padres. Rubén y Amelia Beltrán lo habían adoptado cuando tenía tres años. Le habían prodigado mucho amor y una educación, todo lo que lo había transformado en lo que él era hoy.

Cuando sus padres murieron, Beltrán había vendido la casa de Butteler 11. Pero regresaba a la plazoleta cada mes, sólo para cumplir con las rondas de guardia. Pues nunca había olvidado que la plazoleta era un templo, un centro nervioso, un faro capaz de trasponer las sombras y el humo de la ciudad para convocar a los engreídos seres que deambulaban ociosamente a través de una miríada de mundos, empleando para ello una trama inconcebible.

Por fin había llegado el momento para el cual se había preparado durante tantos años: la constante guardia había dado sus frutos. Los Buscadores estaban probando acceder a esta región una vez más, utilizando su desalmado régimen. Sobrevivir en un

mundo completamente extraño nunca era un asunto sencillo para un Adelantado. Él había sido muy afortunado. Pero Tristán no había tenido su suerte.

Se preguntó cuándo volvería a escuchar las voces, cuánto tardarían en establecer contacto visual con él. Se encogió de hombros: los mensajes intimidatorios no lo habían asustado antes y tampoco lo harían ahora. No temía a la disolución: a estas alturas, los Buscadores sabrían que él era el único interón capaz de activar el pórtico de Butteler. No podían darse el lujo de eliminarlo. Nadie conseguiría discernir los intrincados pases que había hilvanado a través de la equis, haciendo cientos de caminatas cuidadosamente esquematizadas. Había echado un formidable cerrojo sobre este mundo. El fracaso de Tristán probaba que la taumaturgia que había proyectado sobre el pasaje de peculiar arquitectura era eficaz. Recordó a los masones y sonrió. Pensó que resultaba muy curioso que, en la mayoría de los mundos en los que había sido amalencado, hubieran surgido creencias religiosas, disciplinas científicas o filosofías herméticas que vislumbraran torpemente los principios del traslado metaversal.

Él, que alguna vez se había llamado Imanol a secas, miró su reloj: las ocho menos cuarto. El día había sido bueno después de todo. Se acercó al busto de bronce. Entonces se pellizcó la nariz repetidas veces, y también se rascó las orejas con insistencia. Pensó en Gutiérrez y su diagnóstico: al menos tenía razón respecto de la disociación corporal. Aunque hacía mucho tiempo que su organismo vehicular había dejado de incomodarle, seguía siendo difícil eliminar los tics, aún después de tantos años. A lo largo de su prestigiosa carrera había conocido a muchos colegas que pensaban que él padecía el Síndrome de Tourette.

—¡Discepolín querido! —murmuró, palmeando la cabeza del busto—. ¿Cómo hubieras podido saber que cuando escribías "Cambalache" estabas relatando con precisión cómo es el lugar de mierda donde yo nací? Describiste la insulsez del hábitat de los interones, la vanidad de sus corruptas castas y dinastías de dioses perezosos y hedonistas. Denunciaste la indolencia del metaverso: esa masa que ha absorbido la belleza de la singularidad. Que, junto con los parsecs, ha fagocitado las barreras de la identidad. ¡Ése es el verdadero cambalache, que sólo ha conseguido que los rasgos distintivos de tantas civilizaciones se diluyeran en un coctel promiscuo! En cambio, este mundo que has creído una porquería es maravilloso. ¿Oíste, querido Discepolín? ¡Maravilloso! Y por eso debe seguir intacto.

Cuando puso en marcha el Volkswagen, las luces halógenas de los postes de alumbrado se encendieron y el añoso empedrado del pasaje Butteler —sobre el cual se delineaba el invisible y enmarañado cerrojo del mundo— se tiñó de fulgores blancuzcos.

Una euforia ardió en su pecho, renovando el compromiso que había asumido tanto tiempo atrás: se había jurado a sí mismo que nunca permitiría que la Tierra fuera tragada por el cambalache metaversal.

Low-born hunting girl

Guadalupe Ingelmo, Salomé

*Oh, high born Hunting Girl,
I'm just a normal low born so and so.*
Jethro Tull, Hunting Girl

Cabalga por el bosque que antaño fue parque suburbial. De las prostitutas y los drogadictos ya no queda ni rastro; el hambre y la enfermedad los hicieron desaparecer en silencio, poco a poco, tempestivamente. La familia de su difunto esposo compró los terrenos y ordenó construir la mansión en los primeros años de la segunda recesión, cuando la crisis demográfica empezó a causar verdaderos estragos y las zonas urbanas se retrajeron definitivamente, quedando convertidas en una serie de pequeñas islas precariamente comunicadas, separadas por amplios páramos en los que ya sólo florece el bandolerismo y el pillaje.

No le importa que su reino esté desgajado del mundo. Cada día, al ponerse el sol, recorre su amplia propiedad. Sigue el grueso muro que la circunda, que la separa de la miseria en la que ella también habitó un día. Su penetrante mirada lo inspecciona en busca de alguna fisura que haya podido pasar desapercibida a los guardeses. Cuando quedan pocos metros para llegar a la verja da por concluido el paseo. Procura no acercarse a ella; se resiste a la llamada de esa boca insidiosa. La verja exhibe permanentemente una sobrecogedora sonrisa metálica, pero a través de los dientes apretados su fino olfato, ese olfato que se ha vuelto realmente prodigioso desde la mutación, puede percibir el aroma de indignancia que flota pesado como un buitres viejo al otro lado de los firmes confines. Y más allá aún, lejos de los oasis en los que ella y otros pocos privilegiados habitan, adivina la sordidez más absoluta, la miseria sin esperanza.

Observa la cerca con recelo. Aunque apenas le da la espalda y su caballo comienza a alejarse, olvida la amenazadora mueca y el escalofrío se diluye en su espalda. Al poco las sombras que se adivinan más allá de los barrotes han desaparecido por completo de su mente. Son engullidas por la majestuosa figura: ante ella se yergue orgullosa la mansión, su refugio. Un gesto sarcástico desfigura el rostro generalmente hermoso aunque inexpresivo. Piensa en la vieja especie, que también fue la suya. En los esfuerzos de algunos de ellos por turbar, desde sus clandestinos escondrijos, el sueño de sus semejantes, por emponzoñar sus embotadas mentes. Incluso osan calificar los tiempos que corren de edad oscura, de nuevo Medioevo. Son tan estúpidos o tan ambiciosos que no les basta con haber sobrevivido donde muchos otros perecieron. Como todos los de su raza, se manifiestan escasamente pragmáticos y permanentemente insatisfechos. En ellos el instinto de conservación –como el resto de instintos– está tan aletargado que ya se revela incapaz de ofrecerles alivio alguno.

Ella, sin embargo, sí sabe disfrutar de los beneficios de su animalidad.

De regreso a las caballerizas repara en un muchacho que no recuerda haber visto anteriormente, un muchacho aún vigoroso. Se muestra reluctante cuando le pide que la

acompañe hasta la casa. No es capaz de esconder su incomodidad dentro de la mansión: teme cometer alguna torpeza, decir algo inconveniente, romper algún objeto de valor o manchar las elegantes alfombras. Por eso se limita a esperar de pie con la cabeza gacha, con la mirada clavada en los zapatos sucios. Habla únicamente cuando la señora se dirige a él; pero hace ya algunos minutos que han cesado las preguntas banales, y el muchacho se siente violento también en el silencio.

— ¿Puedo irme ya, señora? Aún tengo trabajo en los establos —se atreve a decir.

— No hay prisa. Cada cosa a su debido tiempo.

Cuando extrae un recipiente del enorme frigorífico, los ojos del muchacho se iluminan por unos segundos. Ha alcanzado a ver las baldas repletas de comida, de manjares cuyo nombre ni siquiera conoce, que no será capaz de describir a sus compañeros de desgracia. Los dedos finísimos de largas uñas toman unos palillos y se disponen a atrapar algunas larvas lívidas. Sin embargo vacila. Parece haberlo pensado mejor y finalmente se deshace de los palillos; no quiere renunciar al contacto de los diminutos vientres blandos y palpitanes. Las larvas no se resisten. Es como si en esos dedos hubiesen creído reconocer a un semejante. Como si hubiesen sido hipnotizados por su insidiosa belleza, deslumbrados por su blanco fulgor céreo. Como si no fuesen conscientes de su destino de muerte, al que se someten dócilmente, casi con insensato entusiasmo.

Los cuerpos hinchidos caen uno tras otro dentro de la urna, produciendo un ruido sordo. Tras el desconcierto inicial que provoca en ellas el paisaje desconocido, las primeras larvas en salir del aturdimiento del golpe comienzan a reptar sobre la mullida hojarasca. Se consideran afortunadas por haber encontrado un hogar mejor: hasta donde alcanza su corta vista, distinguen un territorio acogedor y seguro. Pero, por supuesto, la perspectiva de un gusano es muy limitada: poco o nada sabe de cuanto sucede por encima de su cabeza. Aunque las larvas no se sienten vigiladas, el enorme ojo fijo las observa insistentemente, fingiendo no mirar. Sopesa la resistencia que opondrán y los beneficios que obtendrá de los cuerpos aún tiernos.

Se estremece al escuchar la feroz succión. Su respiración ha dejado de ser serena y su ritmo cardiaco, por lo general tan lento como corresponde a todos los de su especie, ha ido aumentando mientras asistía al cotidiano ritual. Inadvertidamente sigue ese ritmo con la fusta, que acaricia rudamente el suave cuero de sus botas altas de montar. Los dedos, como tentáculos voraces, se adhieren a la sólida empuñadura tallada en hueso.

Desearía dejar de mirar, pero esa siniestra escena le cautiva. Cuando el muchacho finalmente se libera de su morbosa fascinación, comprende que quizá sea ésa su única oportunidad de escapar, de escabullirse sigilosamente mientras ella aún disfruta del macabro espectáculo. Sin embargo, apenas ensaya los primeros torpes pasos hacia la puerta, la enorme bestia metálica que yace a los pies del diván alza sus puntiagudas orejas y comienza a lanzar amenazadores gruñidos. Resultan casi imperceptibles al oído humano, y precisamente por eso le parecen especialmente sobrecogedores. Sabe que no son un aviso para él sino para su dueña. La bestia no dudaría un solo segundo en despedazarlo si no supiese que ella lo quiere vivo, que lo necesita vivo.

— ¿No pretenderás marcharte tan pronto, sin haber gozado de mi hospitalidad?

La frase, hilada con una inusual dulzura, no es una proposición sino una orden. Ella no está acostumbrada a pedir sino a tomar.

A pesar de que sigue dándole la espalda, adivina la mirada gélida del predador. Nota cómo ella percibe su miedo, cómo lo huele y el punzante aroma abre su apetito. Cuando se vuelve, en su rostro encuentra una amplia una sonrisa mil veces ensayada. Se acerca a él desarmada, sin la fusta, y le ofrece un viejo caleidoscopio.

— ¿Qué es? —pregunta el muchacho.

— Mira a través de él y lo verás.

Dentro del tubo descubre un monótono collage en el que la misma figura se repite hasta el infinito. Mirar a través de ese ingenio es como observar el mundo a través de los ojos compuestos de un insecto. Ella se ha aproximado a su espalda hasta casi pegarse a su cuerpo. La tiene tan cerca que puede sentir su respiración entrecortada en el oído. La calidez de su aliento le eriza el vello de la nuca.

Reconoce perfectamente los síntomas y sabe que no la detendrá ni su juventud ni su inocencia. Ella es incapaz de sacrificio, de un gesto generoso. No puede sentir empatía hacia alguien que ni siquiera pertenece a su especie. No habrá piedad.

Y sin embargo una vez fue humana. Después, una vez también amó. Amó tanto que intentó renunciar a su propia naturaleza. Amó tanto, con tal pasión, que no supo frenarse a tiempo. Aún era invierno, pero ella nutría la vana esperanza; se repetía que la llegada de la primavera parecía inminente. Aquel cadáver ligero y pálido como los copos de nieve fue el que más le costó olvidar. Lo acunó durante días como a un hijo nacido muerto, hasta que la cruel naturaleza siguió su curso y hubo que deshacerse de él para acallar los aullidos del perro mecánico. Lo sigue acunando a escondidas en su mente, y sospecha que así será el resto de su vida. Sabrá cargar con ello.

Se reúnen en ese bar tras el trabajo cada noche. La televisión permanece perennemente encendida como ruido de fondo. En el telediario un presentador dice algo sobre una densa nube de ceniza que se extiende cubriendo el sol, una nube como no se había visto otra desde el lejano 2010, cuando un inoportuno volcán islandés paralizó la vida de medio mundo. Entonces aún no se habían cerrado las fronteras; todavía no se había comprendido que la movilidad del hombre resultaba contraproducente. Su especie aún no había tomado el mando. Apenas habían comenzado a surgir tímidamente. Todavía se escondían, se sentían obligados a justificar su evidente superioridad, la superioridad del predador avezado, con improbables excusas.

Él respira hondo y penetra en la densa nube. Es consciente de que está totalmente a su merced. No existen mapas ni brújulas que puedan guiarle en esa tierra inexplorada. Podría interpretar mal las señales y perderse para siempre. Sin embargo, cuando ya comienza a embargarle el pánico, vislumbra una luz a lo lejos. Ella le mira aún. Sus ojos enormes y oscurísimos, enmarcados por unas cuencas hundidas, cinceladas en la piel lívida y desmejorada, le muestran el camino a través de la niebla. En efecto parece que

no se ha equivocado. "¿Puedo sentarme?", pregunta. Ella se limita a lanzar otra larga bocanada de humo. Pero el cigarrillo la delata: arde y se consume a gran velocidad, chisporrotea impaciente entre sus largos dedos.

A medida que la noche avanza y la ginebra corre, él se vuelve más audaz. Desde la corta distancia a la que se encuentra, percibe el aroma del modesto plato que consumió en la cantina durante la pausa para el almuerzo. Ella tiene hambre, mucha hambre. Y comprende que ni los escrúpulos ni la idea de compartir desgracias con él y con cuantos les rodean en ese momento lograrán frenarla. Porque, en ella, el afán de supervivencia se revela más fuerte que cualquier otra cosa: que la piedad, el amor o incluso el deseo. Aunque ese pobre desgraciado no pueda sospechar la naturaleza de lo que la quema por dentro. Súbitamente comprende que la miseria que azota al mundo no es más que una prueba, una nueva selección. Que sólo los más fuertes lograrán sobrevivir. Que la mutación constituye la única vía posible.

Mientras sus compañeros agonizan y fallecen, ella, inexplicablemente, se diría un poco más lozana cada día. De vez en cuando intuye, en encuentros ocasionales, a otros miembros de la nueva especie. Ellos también parecen reconocerla. Sus ojos intercambian un brillo cómplice y cada uno continua por su camino. Respetan los respectivos terrenos de caza.

Florece como una rosa entre el estiércol. Hasta que un día su inquietante belleza llama la atención del propietario de la fábrica.

El muchacho despierta, turbado, sobre la alfombra del salón. No hay rastro de ella. Si fuese sensato volvería a las caballerizas y olvidaría sin más. Pero el agotamiento que le ha obsequiado tiene un regusto del que ya no quiere prescindir. Su mordedura escuece y pica. No puede dejar de rascarse. El veneno se extiende sigilosamente, inflama las venas hasta hace poco ignorantes de su efecto. A pesar de sentirse exhausto, corre en su busca por los aposentos abandonados de la enorme mansión, introduciéndose cada vez más profundamente en el laberinto, acercándose cada vez más al corazón del edificio. Hasta que finalmente da con la puerta de su alcoba.

El aposento está recorrido por finísimos hilos casi imperceptibles. Los delatan únicamente algunas gotas que cuelgan de ellos dispersas aquí y allá. Brillan como diamantes líquidos bajo los pálidos rayos lunares que se cuelan por la ventana. La humedad que destilan los viejos muros ha debido de condensarse en la delicada tela. O quizá ella sea aún capaz de llorar su amargo destino de perpetua viuda. Él no puede estar seguro porque sus facciones resultan impenetrables. En el centro de la ineludible red, le espera.

La mujer teje sin descanso una labor que no parece tener forma concreta. Teje resignada mientras aguarda a un hijo que sabe definitivamente ausente. Lo que sujeta entre las manos podría ser mañana una colcha, una bufanda, una chaqueta o un sudario. Quizá nada de todo eso. Se limita a mover sin descanso las agujas. Teje día y noche. Ni

siquiera se detiene para preparar una de esas ligeras sopas de verdura con las que solía recibirle cuando regresaba a casa por la noche. Teje obstinadamente. Hasta que sus ancianos dedos topan con un vacío insoslayable, hasta que las yemas agrietadas perciben el final de la hebra. Entonces, finalmente, comprende que ha llegado el momento de rendirse y de sus ojos se descuelgan las lágrimas.

Al pasar frente al espejo del corredor consigue verse sólo a sí misma. Ni rastro del cadáver que transporta sin ningún esfuerzo bajo el brazo. Ni siquiera del fiel perro que la sigue sumiso, esperando una recompensa. Algo vagamente similar a la melancolía se apodera de ella durante algunos segundos. Luego destierra el inútil sentimiento. Se consuela recordando que la soledad es la única condena a la que puede estar sometida, el precio que han de pagar los fuertes.

Infrarrojo

Santos, Isabel

No te robes a ti mismo lo que te pertenece.

Ramón Llull

Aurora llegó vencida al barrio chino. Odiaba ese lugar. Esa confusión obscena de culturas. Todo era como si... Como si las terapias cambiaran destinos, como si sembraran pasados, como si hubiera cura para los traumas. Todas las galerías del barrio tenían sucuchos especializados en algo. La suya era igual. Peor, en realidad. Compartía el espacio con los drogadictos que ofrecían DMT, el último invento. Siempre había cataratas de adictos que se atiborraban en la puerta, en las escaleras, en los pasillos. Aletargados y abandonados, pensaban que estaban curándose en vidas pasadas, mientras extinguían la suya. Pero la moda es así: une a la gente para bien o para mal.

La terapia de Aurora no tenía prensa. Era una alternativa para desahuciados. Nadie podía comprobar algún efecto. Ninguna alucinación, epifanía, conocimiento; sólo confiar en la medición de la máquina infrarroja y en que en algún momento se dejara ver una emisión exponencial.

Aurora tenía una técnica que podría generar casi una incineración espontánea. Había que hacerlo en el momento justo de la vivencia traumática del pasado. Si se encontraba el punto exacto, y se actuaba en ese instante, se curaba el trauma. El calor extremo arrancaba *ese* dolor.

Además, la energía podía llegar hasta el pasado y crear otro ser en una dimensión paralela. Ese *alguien* viviría su vida sin cometer ese error específico.

Aurora explicaba su técnica una y otra vez. Y si bien ella estaba convencida de que podía lograrlo, nunca lo había conseguido. Sabía que sus clientas venían por sus masajes. Se dejaban observar por la máquina mientras tomaban los masajes, y se ofrecían de conejillo de indias para que las atendiera gratis.

Igualmente, Aurora no descuidaba los detalles. Poca luz, música japonesa, colchoneta gigante en el centro de la habitación, almohadones aromatizados con esencias y, lo más importante para distinguirse del resto, su kimono rojo. Ese símbolo del *tanden*, punto de la energía de la vida, lugar alquímico del sulfuro de mercurio. Campo de cultivo del paso, del origen, del ser uno y todos al mismo tiempo. Así lo definía Aurora.

Prendió la luz del consultorio y respiró el aroma. No sabía por qué, pero algo le dijo que quizás ese fuera el día. Decidió sin pensar. "Me voy a dedicar sólo a Blanca y a Clarisa", se dijo a sí misma. Y fue al azar. Ese mismo día tenía que suceder.

Les pasó a Blanca y a Clarisa toda la responsabilidad de ser las únicas capaces de darle el fuego que ella necesitaba. Ya no podía esperar más.

Tuvo una intuición. Sintió la confianza de ser capaz de encontrar ese punto singular y robarle el fuego. Quizás, finalmente podría curar el ardor infinito que provocan las heridas que nunca sanan.

Cuando Blanca llegó, sintió que empezaba una ceremonia. Duraría poco.

—Hola, Aurora. Tenés que mudarte. Esta galería es horrible. Decí que yo te conozco; si no, olvidate. ¿Cambiaste los almohadones? ¿Qué es ese olor? Voy al baño.

—Hola, Blanca —dijo ella. Y pensó: "Exceso de *yang*, dispersar *ki*". Ese fue su primer diagnóstico.

—¿Empezamos? Porque hoy me voy rápido. Perdón, pero no tengo tiempo para tu maquinita. Estoy haciendo otras terapias, ¿viste? Me aconsejaron la terapia del cuento. Hice uno bastante choto, obvio. Pero es muy novedoso. Para sacarme mis complejos. La historia es una excusa para tratar mal al primer estúpido que me dijo que tenía las tetas chicas. El cuento se llama "Tus 2 28". Porque el 28 es el número de las tetas en la quiniela. ¿No es gracioso? ¿Por qué no hablás? ¿Te enojaste porque no me quedo a la máquina?

—Te estoy escuchando.

—¡Es que ya no sé qué más hacer! Tengo que asumir mi cuerpo. Pero me da mucha bronca haber confiado en las terapias estéticas y que no dieran resultado. Por ejemplo, la cesárea. Me la hice para salir del quirófano arreglada, y ahora veo que los muy chantas que me operaron no se dieron cuenta que a los cincuenta no hay piel que contenga las costuras que tengo adentro. Fijate —se señala—, yo veo una L gigante. ¿Vos la ves? Los muy guachos me engañaron. Hubiera sido mejor que me quedara la L en otro lugar. No se puede confiar en nadie.

—Girá hacia el otro lado, Blanca.

—¿Ya terminaste? ¡Hoy vamos rápido! ¿Es porque no me quedo en tu máquina chota? Dejame salir. Me voy de acá. ¿Quién te crees que sos? Metete tu terapia en el punto ese de mierda, que seguro lo vas a encontrar en tu ojete.

Aurora estaba decidida a seguir con la ceremonia, como si lo que había sucedido fuera una parte esencial del resultado final.

Ubicó a Blanca en el lugar más oscuro de ese ritual interno e intentó imaginar a Clarisa, quien llegaría en media hora, como la luz que cerraría el círculo mágico que deseaba.

Sin Oscuridad no hay Luz.

Tenía que hacer más. Las dos serían parte del experimento. Aurora se preparó para acompañarla: algunas *asanas* de yoga, *chi kung* para recuperar *ki* y meditación para calmar su espíritu.

Ella no lo sabía, pero Clarisa era la indicada.

Tenía un desequilibrio no resuelto de nostalgia crónica. No por un acto fallido o

un camino equivocado, sino por lo que parecía ser una duplicación de un único destino.

Ese era el caos que se necesitaba. Porque cuando hay dos en uno, hay caos. Singularidades que pueden dar rienda suelta a estallidos capaces de generar grietas profundas, donde caen corrientes inagotables de seres que se buscan. Que se miran sin poder tocarse y se extrañan sin saber por qué. Ausentes compañeros de uno mismo. Energías imprescindibles que faltan.

Aurora sólo sabía que Clarisa nunca hablaba, ignoraba que vivía ese junio lluvioso como todos los inviernos, rotando espacios y rutinas diarias insignificantes. Casi petrificada, sólo conservaba ese utópico placer de pegarse a los otros, intentar ser parte de la vida de otros. Volverse *Nada* para estar disponible para cualquier cosa. Se podía sentir su potencia sacada de la nada misma, sin sospechar que ese era el preámbulo de la más peligrosa de las destrucciones.

Cuando se llega al cero, sólo queda ir para atrás. Todo es para menos. Se roba, se saca de a poco y de otro lado. Ya no hay forma de equilibrar la balanza.

Clarisa era previsible: asistía puntualmente a las sesiones de masajes, nunca hablaba. Se tiraba en la colchoneta en posición fetal y cerraba los ojos. Parecía no tener registro de lo que había en la sala. Asistía a la terapia como si ese momento fuera solo un respiro para su agonía.

Ese día, cuando Clarisa entró al consultorio levantó la mirada hacia un cuadro. Miró fijamente la caligrafía japonesa que decía: *espíritu de principiante*. Y Aurora sintió que le estaba ofreciendo el permiso para llevarla hacia atrás. Una vuelta al pasado, casi rogada por Clarisa, para llegar al origen de su trauma.

Entonces Aurora intentó sincronizar los masajes con la hipnosis. Se animó a sumarla a su terapia y prendió la máquina infrarroja para cotejar los resultados.

Iniciado el proceso de regresión, Aurora se dio cuenta de que, en ciertos lapsos puntuales, el pensamiento ocasionó algo parecido a una taquicardia. Llegar al borde era como tener un doble latido muy potente. Ese acontecimiento estaría provocando el mismo síntoma en la conciencia, como si un fotograma del pensamiento se duplicara. ¿Estaba generando la energía para el nacimiento de otro ser?, pensaba Aurora.

Pero había que ser rápida y vencer las defensas de la mente. Llegar al trauma era como ir al foco de un dolor. Como librar una batalla contra uno mismo.

Aurora tenía que armar estrategias. Hacer la pregunta justa en el momento indicado, y así poder liberar la tensión.

Intentó eliminar la primera opción, la receta básica para descomprimir lo más denso que puede tener una mente traumada. Y así, al descartarla, poder hilar más fino:

—¿Mataste a alguien? —preguntó.

—Sí —dijo Clarisa con seguridad—. No pude evitarlo.

—¿Cuándo fue? —volvió a la carga sorprendida. Quería activar la memoria y llegar directo al incidente. Recordarlo podría ser el hecho que estaba buscando, el milagro que hiciera explotar el espectro infrarrojo y curar a Clarisa.

Clarisa, hipnotizada, disparó:

—Recuerdo el hambre. La siento como un dolor fuerte, me hablaba. Estaba siempre conmigo, en mi pueblo de Galicia. Los olores me golpeaban. Las flores del manzano colgaban en verano; sus frutos, inalcanzables. Tenía que esperar a que una manzana cayera en el camino. El miedo me hacía seguir. Solo mirarlas era sospechoso. Hambre y miedo, es todo lo que recuerdo de mi infancia. Y mi padre tan bueno, yo lo amaba. Cuando me dijo que me tenía que ir a vivir a Buenos Aires, obedecí. En el barco comprendí que no tendría más hambre, pero nunca dejé de tener miedo. Sólo atiné a vivir imaginando a mi padre, a sus ojos celestes mirándome cantar en el coro de la iglesia. Y yo, su orgullo.

»Lejos de mi casa, no tuve más opción que poner mi vida al servicio del hambre. Me transformé en una cosa, en una sola cosa, por miedo. El hambre fue un temor infantil, una peste que ningún niño debería tener. Pero obligar a un padre a abandonar a sus hijos por hambre, es matar. Y yo morí. Morí ese día sin darme cuenta, y así viví. Sé que se nota, que soy fría salvo cuando hablo de mi padre. Si pudiera volver el tiempo atrás, le diría, lo convencería de que no me abandonara en ese barco. Volvería con él al pueblo y llegaría a mi casa de su mano.

—Contame algo que hayas vivido con tu padre. Una anécdota que quieras recordar.

Clarisa explotó de calor. Aurora sostuvo el masaje en la zona del *hara* para encender el fuego del *tanden*.

—*¡Clarisa! Llévale a tu padre el almuerzo* —dijo Clarisa imitando la voz de su madre—. *Está cortando pinos en el monte de Javiña.* Me calcé el pote de caldo en la cabeza para no derramarlo. Cantar se complicaba, pero era el único manjar que yo tenía. Aunque sabía que mi padre compartiría una papa conmigo, quería abrir la tapa de la olla y comer una cucharada. Pero mi madre me miraba desde la casa y todavía no era posible hacerlo sin llevar un tirón de pelos al volver. Mejor era cantar, y como disfrutaba tanto, llegué a Javiña enseguida. De lejos ya oía la voz de mi padre. Al mencionar mi nombre, sentí la necesidad de ocultarme y escuchar. Les decía a sus amigos que había ahorrado el dinero para comprarme el pasaje en barco a Buenos Aires, y que pronto me podría sacar de la miseria, enviándome a vivir con un familiar a la que yo ni conocía. Por el miedo, no pude atender a los detalles. ¿Cómo explicarle a mi padre quién era yo? ¿Cómo decirle que lo único que quería era cantar? Yo estaba bien así, con un huevo de vez en cuando y un caldo casi vacío. ¿Por qué me mandaría tan lejos sólo para poder comer? Por otro lado, me di cuenta de lo que mi padre lograba con ese pasaje. Aquel era el más preciado regalo para mí: la única posibilidad que tendría su hija de salir de la miseria y el hambre. Y un padre debe cumplir con lo básico. Sin embargo, lo básico para mí era estar en casa. Abandonarla se transformaría en una pena que asumí como propia, para que fuera una alegría para mi padre.

—¿Aguantás bien el calor? —Aurora miró la aguja de la máquina: estaba casi al límite.

—Guardé ese secreto que me marcó para siempre —siguió Clarisa como si no la hubiera oído—. Corrí llorando todo el viaje de vuelta a mi casa, y de la misma manera lloré los veintiún días que duró mi viaje en barco, porque imaginaba un futuro que no quería. Cuando llegué al puerto de Buenos Aires sentí la necesidad de quedarme en ese

barco, para intentar que me llevase de vuelta a mi pueblo y a mi padre. Pero eso no pasó. El abandono dio paso a mi propia muerte, que se apoderaría de mí, día tras día, por miedo.

»Lo vivo de mi vida quedó allá. Cantar en tierra extraña no despertaba mi amor, sino que acrecentaba mi tristeza, mi pena, mi nostalgia por no estar viviendo en España. Nunca podré perdonarme no haber llegado a tiempo para reencontrarme con mi padre.

En ese preciso momento sonó una alerta.

¡Era la primera vez que la máquina llegaba tan lejos!

Clarisa había reconocido lo que la mató. Ese momento que la vida le había puesto en el camino y que ella desperdió.

—Siempre ensayé las palabras que tendría que haberle dicho a mi padre —seguía—. Si hubiera tenido fuerzas para hablar, le hubiera dicho quién era yo. Aclararle de una vez por todas cuál era mi esencia, mis ganas, dónde estaba mi potencia y mi valor. Y simplemente cantar.

Entonces ella cantó. Clarisa cantó como nunca lo había hecho antes, y volvió a España. Caminó hacia el monte casi sin respirar.

El calor que había explotado su vientre en el consultorio generó la energía que le provocó el suspiro. Suspiro que le dio el aire necesario para ese canto. El canto que su padre nunca escuchó.

Cuando terminó la canción, vino el aplauso, y todos los amigos de su padre se acercaron para felicitarla. Y uno dijo, el salvador, el que selló el hilo que fundió su nuevo destino: "Manuel, no dejes ir a tu hija a Buenos Aires. ¡Mira cómo canta! Todos queremos escucharla cantar. No la dejes ir, hombre, que pan no te va a faltar. Tenemos que conservar lo nuestro. ¡Canta niña, canta!".

Y la máquina explotó.

Clarisa se hizo clara, calma, liviana. Y abriendo los ojos, encendida, miró a Aurora.

—¡Tuve un sueño!

—Sí, te dormiste —se justificó Aurora, sin saber todavía qué pensar ni qué decir.

—Estaba en España, acompañada por dos mujeres que eran mis hijas. Las escuchaba hablar de mí. "¡Qué maravilla! ¿Cómo puede ser que todavía cante tan bien?", decía una de ellas mirándome, mientras yo cantaba sentada en la playa de mi pueblo. "Me pregunto si se hubiera hecho famosa en Buenos Aires", decía la otra. "Seguro que sí. Con esa voz, si se hubiera ido a la Argentina, como había pensado el abuelo, seríamos las hijas de Clarisa Parga, la cantante gallega que triunfó en América", contestaba la primera. "Sí, en Buenos Aires hubiera sido famosa", razonaba la otra —Clarisa se sentó y miró a Aurora—. Me curaste, nena. ¡Me curaste! Esa sensación de felicidad que sentí mirando el mar desde la otra orilla, me dejó tranquila. Siento que esa mujer era yo. Esa mujer existe, esa mujer me curó.

El Insomne

Vela, Ángel

Algún día en cualquier parte, en cualquier lugar indefectiblemente te encontrarás a ti mismo, y ésa, sólo ésa, puede ser la más feliz o la más amarga de tus horas.

Pablo Neruda

Allí, lejos de todo respiro, de ese oasis de calma deseado, el Insomne afrontaba el pasar del tiempo. Un tiempo aletargado, infructuoso, hiriente...

¡Qué inhóspito el lugar de descanso! Preciado santuario que se tornó prisión.

El Insomne se debatía inquieto, preso de sábanas que como una enojosa segunda piel constreñían su cuerpo y con las que de nada servía lidiar. Era cuando la agitación se incrementaba, cuando se volvía insufrible, que todo ruido, más allá del producido por el resto de ocupantes en camastros anexos y apenas separados por paneles, se tornaba molesto. Durante tan ingratos periodos, sonidos imperceptibles parecían amplificarse cien veces, como el crujir de los muelles de la cama bajo su peso, su propia respiración, o el inmisericorde tictac de un reloj ajeno a su padecer.

Aun así, lejos quedaba para él y los suyos el silencio, algo de lo que, junto a los vínculos de una existencia marchita, tuvieron que prescindir con el naufragar del mundo. El ininterrumpido rezongar del generador, corazón y alma de aquel reducto de civilización que los acogió tras el éxodo, hacía que no tuviera cabida. Sin embargo, más allá del Insomne, era algo de lo que el resto no se percataba. La cotidianidad hizo que su soterrado rugir dejara de estar presente, mas no por ello lo olvidaron. Cada día, los náufragos del mundo, hacinados en aquel bote de metal varado en mitad de ninguna parte, elevaban sus plegarias al hacedor, y entre sus peticiones estaba que el dormir de aquella bestia no se viera interrumpido.

Así fue cómo el generador tomó tintes de dios pagano, tangible y siempre presente, sobre el que recaía el desarrollo sostenible de la colonia.

El Insomne se debatía en algún punto entre consciencia e inconsciencia, apenas a un paso de alcanzar la exigua placidez de esporádicas duermevelas, mas una importante cuestión lo atormentaba; cuestión que llegó a burlar las barreras de la conciencia para clamar por respuestas que con el pasar de los días se hacían más difíciles, dolorosas inclusive.

—La necesidad no entiende de afectos. Las cifras no mienten... No queda otro camino —se repetía una y otra vez, buscando un convencimiento que no llegaba.

¡Qué duro para el Insomne arrostrar en soledad semejante descubrimiento!

Desde la revelación vivía angustiado, temiendo, tras cada balance, estadísticas poco venturosas, así como enfrentarse a las resoluciones subsiguientes. Las sombras anegaron su existencia y cada segundo fue dedicado al trámite de tan ingrata labor. Ni tan siquiera el libro sagrado, templo del saber y alimento ineludible del alma, suscitaba su interés o le ofrecía respuestas. Por lo que el Insomne, como haría un amante despechado, lo apartó de él. Así fue como el libro sagrado sucumbió al abandono, para ser presa del polvo en algún estante perdido.

Pese a la falta de privacidad impuesta por un recinto de techos bajos y pasillos angostos, el Insomne se apartó de sus congéneres, sacrificó, en pos del cometido, lazos de afecto que no harían más que nublar el raciocinio y acrecentar su calvario. Se convirtió en un espectro condenado a rumiar verdades. Un ser ajeno y misántropo que, enfermo de fatiga y con el alma en los pies, deambulaba entre ellos asistido por un bastón. Un ser que de soslayo los miraba tras los deteriorados cristales de sus gafas de pasta y sólo sentía amargura.

Antes, a eso de la media tarde, efectuó un nuevo balance, y como en tantas ocasiones las cifras arrojadas fueron desfavorables.

Tenía que repetir el proceso.

Tenía, de nuevo, que afrontar una nueva selección...

Durante horas, valiéndose de parámetros tales como historiales médicos, análisis clínicos, grado de parentesco entre ocupantes e incluso de sociabilidad mediante un informe personal de estadísticas, calibró por enésima vez el valor de los individuos que conformaban la lista en busca del próximo.

Siguiendo un proceso tristemente rutinario estableció una gráfica pormenorizada, compendio de una veintena de existencias. Una gráfica en la que ningún aspecto, ni tan siquiera el más tangencial, escapaba de ser representado con valores porcentuales. Proceso que una vez finalizado se repetía. No había lugar para el error.

En esta ocasión y debido a un cúmulo de factores adversos, el designado no se contaba entre los esperados.

Las estadísticas no mentían. Y si bien era verdad que ningún impedimento le apartaría de cumplir con lo establecido, era consciente de que llevarlo a cabo sin tomar medidas daría al traste con el proceso. Cuanto hizo no serviría de nada. Éste era hoy el motivo de sus desvelos, de su inquietud, de la incansable búsqueda de una respuesta que erradicara tal contrariedad.

Con el inicio de la jornada, tras buscar la privacidad y el cotidiano sustento de un humeante café, escrutó la lista. Necesitaba un nuevo candidato para algo bien distinto. Alguien a quien condenar.

Lejos de ser difícil, la elección se reducía a tres individuos, de los cuales, y por circunstancias bien distintas, sólo uno era apto; apenas un exceso de humanidad lo apartaba de ser perfecto. Humanidad que a priori se presentaba como un hándicap a tener en cuenta. Y no sería hasta cavilar bastante al respecto, que halló, junto al modo de ponerlo al tanto, la forma de que se implicase más allá de todo prejuicio moral.

El Ayudante

Minutos antes de que el despertador anunciara el comienzo de una nueva jornada en aquel microuniverso privado de días y noches, el Ayudante abandonó el sueño, negándole, como era su costumbre, que desempeñara su cometido; de esta forma cumplía con el primero de los pasos de un proceso que se volvió cotidiano.

En el silencio de aquel cubil en penumbra el Ayudante se aseó, vistió y tras la plegaria, justo antes de marcharse, posó la mano sobre un vientre en el que la vida se abría camino, y dejó en la frente de los que aún dormían un beso. Grande era el amor que el Ayudante sentía, e igualmente grande el que los suyos le profesaban.

Esa mañana, como cuantas la precedieron desde que el recinto se convirtió en morada, el Ayudante acudía a desempeñar su labor. Auguraba un día tan enfermo de cotidianidad como tantos otros. Uno de esos días en los que, salvo por detalles intrascendentes más allá de lo personal, nada ocurría, en los que cada uno era fiel reflejo del anterior y la rutina lo inundaba todo.

Se equivocaba.

Él, al igual que el resto de individuos inmersos en aquel microcosmos, era víctima de ingratas circunstancias; y sin embargo, a diferencia de muchos, luchaba con cuanta voluntad tenía por no sucumbir a la indolencia, por no dejarse arrastrar por los nervios, por hacer que la convivencia fuera lo más llevadera posible. Él, pese a los muchos condicionamientos negativos, era feliz.

En lo que se refiere al resto, y a tenor de las circunstancias, la monotonía les insuflaba quietud, y cierta seguridad, la sensación de que todo estaba bajo control.

Con una actitud tan maquinal como apática, el Ayudante introdujo la clave de acceso y, tras someterse a un cotidiano examen retinal, entró en la estancia brindando un "buenos días" que no obtuvo más respuesta que el descompasado rugir del generador, al que se sumaban un millar de ruidos para conformar la infatigable sinfonía de una orquesta disarmónica.

Desconcertado, escrutó aquella sala atestada de anaqueles, de material electrónico y piezas de repuesto, apenas iluminada por la luz que despedían las pantallas holográficas de los ordenadores integrados al generador central, corazón y cerebro de la colonia. Éste revestía la estancia, como una monstruosa amalgama tentacular de metal y cables, que se extendía por sus paredes desprendiendo, junto con cierta sensación de claustrofobia y un calor que los sistemas de ventilación no podían paliar, un acusado olor a aceite. Una sala, no obstante, en la que pese al aparente caos todo estaba a la vista.

Nadie. Era la primera vez que la encontraba vacía. La primera que la inquieta y taciturna figura del profesor no la complementaba.

"Estará enfermo", pensó. Algo que estimó probable dado el malestar que mostraba desde hacía semanas y la cantidad de horas que dedicaba a la supervisión y

mantenimiento del sistema. De igual modo pensó en ir a verlo e interesarse por su estado. Una idea que descartó al instante. Lo conocía lo suficiente como para saber que, lejos de agradecer la visita, le recriminaría el abandono de su puesto.

Al pensar en lo cómica que resultaría la escena sonrió para sí, sin poder evitar preguntarse, como en tantas ocasiones, qué le llevaba a sentir simpatía e incluso cierto afecto por una persona tan huraña y desagradable.

Dejando a un lado sus cavilaciones, se dispuso a revisar las últimas lecturas de los aparatos, pero al pasar cerca de su mesa algo le llamó poderosamente la atención. Ésta, siempre en consonancia con el controlado caos de la habitación, había sido ordenada de un modo impecable, y donde antes se arremolinaban papeles llenos de apuntes y todo tipo de material de oficina, descansaban, bajo una caracola, reliquia del mundo antiguo donde aún hoy buscaba el sonido del mar, un cuaderno de balances, hojas de estadísticas, un dossier con gráficas e infinidad de notas hechas a mano, un frasco de pastillas, que por su color y forma asoció con el suplemento vitamínico que tomaban cada mañana, y una carta, en cuyo sobre rezaba: "A la atención de mi ayudante". Tal hallazgo acrecentó el desconcierto, en vista de lo cual se arrellanó en su sillón y procedió a la lectura.

La carta

A ti, uno de los más cercanos en esta odisea en que se ha vuelto vivir, debo dirigirme con imperiosa necesidad y forzado por las circunstancias. Lo que tengo que decirte no es fácil y mucho menos agradable.

Desde que las estadísticas dieron un giro imprevisto he pensado bastante en la manera de referírtelo, en qué palabras elegiría para hacerte llegar tan funesto mensaje, en si no me fallaría el valor en el peor momento; algo nada raro dada mi cobarde naturaleza.

Pensé que no sería capaz de aportar credibilidad, que no me escucharías o me verías como un loco, una amenaza; que a tenor de las circunstancias, serías incapaz de ver más allá del monstruo en el que me he convertido. Un monstruo que asumió su condición hace mucho, que no desea ni merece el perdón, un monstruo que se llevará consigo la creencia de que hizo lo apropiado; cuanto podía hacerse.

Ahora, mientras escribo estas letras, siento que me sobreviene la calma, que estoy algo más cerca de romper con cuanto me hiere, que los pesares van quedando atrás, que me encuentro próximo a la ansiada liberación...

Sin duda me dirijo a ti de la mejor manera posible, una que conozco bien. La misma que empleé en el pasado para eludir el contacto directo. Ampararme tras esta vergonzante barrera que la distancia impone me concede algo parecido al valor, algo que estimé suficiente para escribirte.

Me equivocaba.

He de confesar que aún tengo miedo. Miedo de no ser capaz, en tan pocas líneas,

de hacerte ver la importancia del cometido. Miedo a que no lo tomes en serio. Y sobre todo, miedo a que cuanto aquí se cuenta salga a la luz.

Sopesa bien pros y contras, compañero, antes de optar por una decisión. El subsistir de la comunidad está en juego.

Nunca pensé que diría esto, pero: olvídate de Dios. No busques en él refugio, porque nos ha olvidado. Desde aquel nefasto día se apartó de nosotros. Y ahora no somos más que desheredados. Huérfanos sin patria hacinados en un reducto de civilización.

A veces, imbuido por el desconsuelo, he llegado a pensar que nuestra existencia se debe a un error, que a causa de un fallo en una ecuación cósmica seguimos vivos, o que, a expensas de mi alma y por la consecución de mis actos, es el Diablo quien nos ampara, quien dirige mi mano...

Quizás Dios no nos olvidara. Es más lícito pensar que nos hemos convertido en una plaga a sus ojos. Un error en su creación que lentamente y valiéndose de sucesivas desgracias se afana en subsanar.

Has de saber que ésta que te ofrezco es la visión más optimista, puesto que ya estamos muertos. Sólo yo lo supe desde el principio. Y ahora vengo a delegar en ti ese conocimiento, a maldecirte ante la imposibilidad de tomar otro camino...

Desde el día en que nos refugiamos en las entrañas de la tierra para eludir el exterminio hemos subsistido aquí con la creencia de que algún día, cuando todo volviera a la normalidad, retornaríamos a la superficie. Pero soñamos con un imposible, un día que no llegará...

Cegados por la sensación de seguridad que nos produce el recinto domótico, los cultivos hidropónicos y el huerto subterráneo alimentado por lámparas leds, dormimos tranquilos y aprendemos a ser pacientes; pero pese a los adelantos técnicos los fallos existen, y todo se ha vuelto en nuestra contra.

Llevo meses trabajando en el generador, dañado y muy lejos de funcionar a pleno rendimiento. He derivado buena parte de la energía de algunos sectores y reducido el flujo en otros tantos para que no se sobrecaliente, ni para tener que restar a la destinada a los cultivos, pero aun así se ha vuelto insuficiente.

No hay peligro a día de hoy de que la cosecha desaparezca, aunque sí resulta menos productiva, el tamaño y la cantidad de lo que se recoge es menor, y el tiempo de gestación se prolonga.

Las reservas de alimentos escasean (falsifiqué los informes para no alarmaros). No hay comida para todos y de seguir así habrá que empezar a racionarla, sin que sirva de mucho a largo plazo.

Somos demasiados y los nacimientos no ayudan, y es algo que viene pasando desde hace meses, algo que tal vez pudiera obviarse de no contar con un problema añadido.

Como recordarás calculamos el tiempo que tendría que transcurrir para que la superficie fuese habitable. Un tiempo no tan lejano, aunque ya nada importa.

Antes de que tuviera que prescindir de las cámaras instaladas en el exterior para ahorrar energía, y disipada la nube que nos impedía ver nada, descubrí que la entrada al recinto se encuentra sellada por toneladas de escombros de lo que fue nuestro templo.

Por otra parte la salida de emergencia está inoperable, tal vez a causa del impacto de una bomba de más quilotonos de lo que cabría esperar.

En resumidas cuentas: estamos enterrados vivos. Enterrados sin posibilidad de salir. Enterrados y a merced de un generador defectuoso que controla el suministro de aire, luz y cuanto es necesario para subsistir.

Pese a lo referido supongo que serás un mar de dudas, que habrá cuestiones que no te encajen, que te preguntarás el porqué de esta carta. Algo comprensible, puesto que aún desconoces su verdadero propósito.

Recordarás que antes, al comienzo de estas letras, hice referencia al monstruo en el que me había convertido; y es lo que me resta contarte...

Ahora que estás al tanto de hasta qué punto la situación se ha vuelto insostenible, tal vez entiendas la razón de mi proceder, lo que me llevó a perpetrar tales atrocidades en nombre de un bien mayor. Atrocidades que, sumido en la vergüenza, he de relatarte.

Yo soy el causante de cuantas muertes sobrevinieron desde nuestro encierro.

Siguiendo un minucioso proceso de selección, escogí entre mis hermanos a los que morirían para salvar al resto. Me erigí, en pos de mantener la esperanza, en un dios inmisericorde.

Me inclino a pensar que de no ser por estas medidas estaríamos hoy a merced de la hambruna, que reinaría el caos, y que los que no hubieran empezado a morir, recurrirían a la fuerza para asegurar la supervivencia. Y cuando esto ocurre, mujeres y niños son los primeros en caer; ¿cómo permitir que se desatara semejante apocalipsis?

Tú, que tienes esposa e hijo, has de estar próximo a entenderme.

Un hijo recién nacido.

Un hijo cándido y puro, ajeno a las guerras que nos condenaron. Y otro que viene en camino.

Créeme cuando te digo que no existía ni existe otra salida. Durante meses me entregué en cuerpo y alma, con cuantos medios tuve a mi alcance, a impedir que ocurriera, sin que la sombra de tener que valerme de medidas tan drásticas dejara de hostigarme; pero los fracasos se sucedieron...

De esta forma me entregué a segar, según las estadísticas, la vida de los miembros menos válidos para la comunidad, la de aquellos que estuvieran viejos, enfermos o que carecieran de lazos familiares.

Dadas las circunstancias, serían tomados como las ramas que se pierden en la poda, o la mala hierba que, alojada junto a la raíz del árbol, se arranca para que éste prospere; algo que hasta hoy se ha cumplido religiosamente. Pero este verdugo que se dedicó a ofrecer sacrificios en pos de nuestra supervivencia no puede seguir matando.

Esta noche será la última. La última, porque en este día el verdugo se torna víctima. En este día las estadísticas reclaman mi vida, y matar me resultará más fácil...

He de ser breve, así me lo exige un veneno que comienza a hacer efecto.

Me voy, pero el problema perdura, y se debe seguir paliando.

De las cenizas del viejo monstruo ha de surgir uno nuevo que ocupe su lugar; y según las estadísticas, ese monstruo debes ser tú.

Eres el único con los conocimientos para reemplazarme. El único capaz de engañarlos. El único que puede salvarnos de nosotros mismos (en el diario y las notas que adjunto a la carta hallarás cuanto necesitas).

Sé, por tu condición, que preferirías morir antes que llevar a cabo semejante labor, pero también sé, aunque resulte cruel referirlo, que la harás tuya. Cuando te canses, como hice yo, de buscar caminos, tu amor filial te otorgará el arrojo necesario.

Los efectos del veneno se acentúan, no puedo demorarme.

Deja atrás todo prejuicio, compañero, y piensa que si te mantienes firme prolongarás la esperanza de los que amas.

Y en lo que a mí respecta, deseo tu perdón, pero ni tan siquiera me atreveré a pedirte. Tan sólo espero que cuanto rencor sientas por quien te hizo partícipe de este mal se atenúe, que no sólo albergues de mí un recuerdo ingrato, y que llegue el día en que al menos tú, que habrás compartido imposibilidad y padecimiento, puedas rezar por mí.

De sus temblorosas manos cayó lo que pretendía ser un precepto de muerte, la invitación a prolongar una existencia sin esperanza previo pago de las almas que fueran menester.

En aquellas letras, enturbiadas donde quedó el poso de lágrimas que ahora se mezclaban con las suyas, el profesor le pedía, junto a la condenación del alma, sacrificios humanos; que se cobrara las vidas de compañeros y amigos. Una petición a todas luces inviable.

Incapaz de asimilar tanto mal, la rabia y la impotencia tomaron posesión de su ser. Y centrándose en lo que estimó foco de su desdicha tomó la carta y la hizo añicos. Mas lejos de quedar conforme arrojó a manotazos cuanto había en su mesa, y acto seguido la golpeó con el puño hasta que la ira dio paso al dolor. Hasta que exhausto, sangrante y con los huesos rotos, lloró amargamente.

Allí, lejos de todo respiro, de ese oasis de calma deseada, el Insomne afrontaba el

inclemente pasar del tiempo. Un tiempo aletargado, infructuoso, hiriente...

El cielo sin estrellas

Huertas, Miguel

A nadie le gustan los émpatas.

Somos útiles. Herramientas creadas con un propósito. También somos personas, y somos conscientes de lo que nos han hecho. Sólo somos un capricho de la ciencia todopoderosa. Reímos y sufrimos. Pero, por encima de todo, los émpatas *sabemos*.

Por eso nos tienen miedo. Nos rehuyen y nos desprecian, nos condenan a una vida de soledad. Porque nos temen. Y porque nos temen, nos odian.

Nosotros les devolvemos el odio.

—Hemos llegado, señor.

El coche negro se detuvo suavemente delante de la puerta de hierro forjado, paralelo al cartel blanco y negro: Psiquiátrico Penitenciario – Área II.

Desde el asiento de atrás miré través del espejo retrovisor.

—Gracias, David.

El joven chófer bajó los ojos y balbuceó una retahíla de palabras incoherentes. Vi una masa de nerviosismo y miedo veteada por el característico tono violáceo del prejuicio. El chico estaba verde, quizá incluso era su primer día de trabajo. Aún no había aprendido a esconder su repulsión debajo de una máscara de cortesía como hacían los más veteranos. Pero sus expresiones, por controladas que fuesen, era inútiles. Nosotros siempre sabemos.

Por eso a nadie le gustan los émpatas.

Salí sin decir una palabra, y contemplé el edificio mientras el coche negro desaparecía detrás de mí. El psiquiátrico penitenciario, como todo buen ejemplar de su categoría, estaba a las afueras de la ciudad, con su típico terreno verde rodeado por una alta valla de metal.

Lo primero que advertí es que estaba lleno de militares. Toda cárcel tiene sus funcionarios de prisiones y sus mecanismos de seguridad, pero conté media docena de soldados con armas de asalto sólo en el exterior del edificio. Estaba familiarizado con ellos desde niño: hombres de hombros anchos y miras estrechas, acunando subfusiles.

Llamé al timbre, y una mujer trajeada, tras intercambiar las justas palabras de cortesía, me condujo en silencio hacia el psiquiátrico. Ella también evitaba mirarme a los ojos. No tuve que leerla para saber que estaba nerviosa. Es curioso cómo, pese a todo, su asco sigue afectándome. Debería ser ya inmune.

—No mirarme a la cara no sirve, ¿sabe?— dije con una sonrisa—. No tiene ninguna manera de evitar que yo la lea.

Ella comenzó a murmurar una excusa, una justificación, una mentira, pero

después de un segundo bajó los ojos, y apretó los dientes y el paso. Por fin había entendido que era inútil. Los émpatas siempre sabemos.

Es más fácil leer los sentimientos de alguien si le miro a la cara, pero lo cierto es que normalmente me basta un simple vistazo para empatizar con la mayoría de las personas, especialmente si no han sido entrenadas.

El lazo empático es más fuerte que la voluntad. Para eso nos crearon esas personas con batas blancas y muchos doctorados, empeñadas en jugar con las leyes de la naturaleza. El Proyecto Iacoboni reunió a una curiosa amalgama de biólogos, neuropsicólogos, ingenieros genéticos, y por supuesto, altos mandos militares. Unos aseguraron que era posible, otros dijeron cómo, y los militares se aseguraron de llevarlo a cabo. No hubo ningún comité de bioética.

El estudio de la mente humana tiene que ver con una cosa por encima de todas las otras: con el poder. El poder de averiguar la oscuridad de los otros, de ver más allá de las brumas que esconden lo que hay entre las paredes del cráneo.

El Proyecto Iacoboni era el sueño húmedo de los poderosos.

Diez años de investigaciones bajo la dirección de la doctora Grey acabaron por perfeccionar el proceso de manipulación del desarrollo de las neuronas espejo. Todas las personas tenemos en nuestra materia cerebral un tipo especial de células que nos permiten crear en nuestra cabecita modelos de lo que la gente de nuestro alrededor piensa o siente. Hacen posible la imitación, y también el aprendizaje y la empatía. Son la base biológica del proceso que los psicólogos llaman mentalización o, de forma más grandilocuente, "teoría de la mente": la capacidad para relacionarnos y entender los pensamientos y emociones de los demás. A los psicólogos les encantan sus palabras.

La doctora Grey hizo posible potenciar el desarrollo de ese sistema de neuronas, y aumentar sus capacidades de forma exponencial. Así nacimos nosotros, Personas de Empatía Artificialmente Aumentada. Émpatas.

Las gente normal entiende que alguien está triste e incluso podrían sentir un reflejo de esa tristeza en su interior. Yo no soy normal. Ningún émpata lo es. Nosotros podemos leer lo que sienten de un sólo vistazo y, si disponemos de tiempo, podemos bucear en el caótico mundo que se encuentra debajo del cráneo de los seres humanos. Palabras como mentira, engaño, fingimiento...ni siquiera tienen sentido para nosotros.

Dimos muchos problemas al principio. Pueden manipularse genes, cierto, pero esculpir una persona hasta darle la forma de herramienta es un trabajo arduo.

Los primeros fueron un desastre, al menos para quienes los habían creado. Eran personas demasiado potenciadas; sensibles, quebradizas. Podían sonsacar información clave al agente de inteligencia más curtido, pero también eran extremadamente vulnerables al dolor ajeno.

De la primera hornada de émpatas, el porcentaje de suicidios alcanzó el cien por ciento. La segunda generación no fue tomada tan a la ligera. Fueron criados de forma muy estricta, en entornos controlados, con un entrenamiento férreo. Algunos pudieron ser utilizados para lo que se les había creado, la Seguridad Nacional —es decir, la guerra—, al menos durante un tiempo antes de que se rompiesen. Aún así hubo desastres notorios.

Nadya Mdalel manejó la información que tenía para provocar una insurrección militar que derrocó a tres gobiernos consecutivos. Después se quitó la vida. Elena Lóriga murió tratando de detonar un artefacto nuclear en el centro de la ciudad, con la cordura hecha pedazos por el dolor y el odio. Varios émpatas más se escaparon, usando sus habilidades para mantenerse siempre un paso por delante de sus perseguidores. Aunque algunos fueron cazados y ejecutados, la mayoría logró desaparecer del mapa.

La doctora Grey también se desvaneció. Algunos dicen que sus propios "hijos" la encontraron y la asesinaron por lo que les había hecho, otros que vive escondida para evitar ese destino, y los menos dicen que se fugó con sus propias creaciones al ver lo que estaban haciendo con ellas.

El proyecto estuvo a punto de ser cancelado, pero el desarrollo de nuevas técnicas de modificación pulsional le dio nuevas alas. Y así nacimos nosotros, Personas de Empatía Artificialmente Aumentada de tercera generación, o como se nos conoce también, émpatas funcionales.

Nacemos en instalaciones científico—militares. Desde los primeros años de nuestra infancia se controlan nuestros impulsos con drogas y descargas eléctricas, sufrimos una cruel terapia farmacológica que regula de forma específica nuestros neurotransmisores, y se nos brinda un tipo específico de psicoterapia para que seamos capaces de soportar nuestra habilidad.

¿El resultado principal? Los émpatas ya no somos antenas receptoras de las emociones e intenciones de todos los que nos rodean, sino que podemos regular nuestras capacidades. Somos funcionales.

¿Efectos secundarios? Dolores de cabeza casi insoportables hasta llegar a la adolescencia, variados síntomas psicósomáticos, incapacidad para dormir si no es bajo el efecto de ansiolíticos, y... Bueno, soledad.

La gente nos rehuye, nos teme, nos desprecia. Pero es algo más. Nosotros podemos entenderles como nadie podrá hacerlo jamás. ¿Quién nos comprende a nosotros? Incluso aunque alguien quiera, no puede. Y los otros émpatas... Somos gente extraña. Acostumbrados a recibir y nunca dar. Nos atraemos, pero nos repelemos. Chocamos y seguimos volando solos, normalmente algo más rotos que antes, cada uno convencido de estar libre de culpa.

No es cierto que seamos inmunes a las mentiras. Podemos mentirnos a nosotros mismos. Vivimos haciéndolo. En eso no nos diferenciamos de la gente normal.

—Hemos llegado— murmuró la mujer.

Parpadeé, saliendo de mi ensimismamiento. Mientras estaba perdido en mis propios recuerdos, habíamos traspasado las puertas del edificio y recorrido pasillos de un blanco aséptico hasta llegar a una sala repleta de soldados. Ningún oficial. Desde lo de Lóriga ningún émpata está autorizado a estar en presencia de ningún militar de graduación.

Quien se dirigió a mí fue una mujer trajeada de manera sobria, rostro alargado y gafas negras de pasta. No tenía tarjeta prendida de la solapa, pero sí una pistola en la cadera, y su lenguaje corporal hablaba de labores policiales y disciplina militar. Servicios de inteligencia, probablemente.

—Frieda— se presentó, recibíendome con un apretón de manos firme y un gesto cordial—. Le estábamos esperando.

Su cordialidad era puramente profesional, pero sincera. Parecía acostumbrada a tratar con émpatas. Era agradable no sentir esa punzada de prejuicio, aunque naciese de la costumbre y no de la comprensión.

—Cuénteme, Frieda.

—Se trata de Alejandro Liberman. Le llaman el Quirurgo —La mujer suspiró—. Lleva dándonos esquinazo cinco años. En su arcón de trofeos hemos encontrado pruebas de treinta víctimas, diez más de las que sospechábamos.

—No he oído hablar de él— murmuré.

Era sonrió.

—Claro que no.

Una sonrisa que decía al mismo tiempo "no preguntes" y "¿qué te esperabas?". No quería asomarme debajo de esa fina capa de cortesía. Los émpatas siempre tenemos la posibilidad de saber. No siempre queremos. Es la única manera de sobrevivir.

—Bien. Un asesino en serie— apunté.

—Así es. Siempre mujeres, siempre adultas jóvenes, siempre de piel clara y pelo oscuro.

—¿Cuál es su procedimiento?

—Les arranca los párpados, para que no puedan cerrarlos —Se subió las gafas con el índice—. Después las estrangula. Sus trofeos son sus pestañas, tres pestañas colocadas cuidadosamente sobre una foto de la víctima. Según él, le gusta su perfección.

Su profesionalidad era excelente. Ni la más mínima inflexión en la voz, apenas un temblor en los músculos que controlan los párpados, nada que pudiese captar el ojo. Pero había microexpresiones que la férrea disciplina de Frieda no pudo controlar, tan sutiles que no las registré de manera consciente. Muchos tenemos cierto grado de sinestesia. El lazo empático se traduce en forma de sensaciones captadas por los sentidos: colores, olores, o percepción térmica. Mi sistema aumentado de neuronas espejo chisporroteó sinapsis y capté una emanación rojiza. Rabia, odio, miedo.

Asentí con la cabeza.

—Entiendo que ya le tenéis, y ha confesado.

—Correcto.

—¿Y qué hago aquí? Ejecutadle. Fin del asunto.

Frieda empujó las gafas hasta el principio de su nariz.

—No somos la policía, ya lo sabes. No queremos saber lo que ha hecho, ni cómo lo ha hecho. Queremos saber por qué.

Me encogí de hombros. No me pagaban para hacer preguntas. No me crearon para hacer preguntas. Sólo para saber la respuestas.

—Vamos.

Frieda asintió con gesto marcial y entramos en un cuarto de observación. Una de las paredes era de cristal, y detrás había una sala de interrogatorios con un hombre esposado a una silla de metal.

Sabía que él sólo podía ver su propio reflejo en el cristal, pero sentí que me miraba. Era un hombre muy común, de rostro tan anodino que era capaz de olvidarlo en cuanto apartase la vista. Estaba bien afeitado, y tenía el pelo peinado con fijador. No percibí nada del primer vistazo, lo que significaba que había sido entrenado, o al menos poseía una extraordinaria disciplina mental.

—¿Es él? No parece muy impresionante —susurré.

—Nunca lo parecen.

Cuando le leí sentí un golpe de aire frío, un aliento gélido que me traspasaba. Parpadeé, sin comprender, y volví a leerle. Nada... Sólo frío.

—¿Y bien?

—Está...vacío —murmuré.

—Vamos, inténtalo otra vez.

Forcé el lazo empático, y vi el reptil que esperaba, agazapado detrás del rostro humano: el Quirurgo. Pero seguí escarbando en los cavernosos vacíos de las emociones de esa criatura. Casi podía sentir los chispazos que intercambiaban mis neuronas.

Entonces la verdad se desplegó ante mí. Como si hubiese tratado de empujar algo con todas mis fuerzas y la resistencia desapareciese de golpe. Caí dentro del Quirurgo.

Su abismo era tan profundo que erosionaba la cordura.

Había leído asesinos antes y la mayoría, con sus notables diferencias, eran nudos de afectos contradictorios. Pero él no. Era un inmenso cielo nocturno sin estrellas. Y yo caía. Solo.

Hundiéndome en un océano de oscuridad.

—¡Eh! ¡Eh! ¡Vamos, reacciona!

Alguien me estaba dando bofetadas en la cara, y de forma poco amable. Un traqueteo molesto me agitaba la cabeza. Hice una mueca de disgusto y la forma de Frieda se dibujó ante mi vista.

Estaba de nuevo en la primera sala. Debían de haberme arrastrado. Yo sin cesar bajo la mirada fría de los soldados. El traqueteo lo producían mis propios dientes al entrechocar.

Me froté los brazos, una y otra vez, intentando dejar de temblar.

—Jodido frío...

Pedí una manta. Frieda hizo un gesto y me la trajeron. Una vez envuelto en ella y sentado en una butaca, la cabeza dejó de darme vueltas.

Frieda esperó pacientemente a que me tranquilizase, pese a que yo notaba su expectación y ansiedad zumbando como un avispero. Me molestaba.

Cerré los ojos y me apreté el puente de la nariz con el índice y el pulgar, tratando de matar el dolor de cabeza que arrasaba mi cerebro, pero la oscuridad me asustó y los volví a abrir.

—¿Y bien?

—Es diferente —Mi voz era áspera—. Diferente a todo lo que he visto.

—¿Lieberman?

—No es Lieberman. Es sólo el Quirurgo. Él entiende que es un ser humano, que las otras personas y él pertenecen a la misma especie, pero no lo *siente*. Las emociones, las relaciones... No significan nada para él. Una persona llorando, muriendo, odiando, no es para él diferente de una roca o una silla. Está solo...completamente solo. Al principio me pareció algo extraordinario. Un ser único, floreciendo en medio de toda esa oscuridad, de esa eterna nada. El único ser humano libre. Pero entonces lo comprendí.

—¿Comprendiste la razón por la que mata?

—Sí. No asesina por placer, aunque satisfacer ese impulso se lo produzca. Lo que hay que preguntarse es...¿por qué le satisface? —jadeé—. El asesinato no es el fin. Es el medio.

La expresión de Frieda era neutra, pero su ansia de saber me pinchaba con su aguijón impertinente. En ese momento era vulnerable y no podía concentrarme lo suficiente como para cerrarme a ella.

—¿El medio para qué?

La migraña me explotaba en el ojo derecho. Lancé un gruñido.

—El único medio para relacionarse, para tener contacto con otro ser humano. *Cualquier tipo de contacto*. Es la única manera que tiene de hacerlo, y lo desea, lo desea desesperadamente.

La expectación ansiosa de Frieda se calmó un tanto, y comenzó a escribir lentamente en una libreta, asintiendo de vez en cuando. El lazo empático se asentó con un chasquido. Y lo vi.

Las formas que se arremolinaban bajo su capa de cortesía profesional. Los engranajes funcionando, las ruedas dentadas encajando. Ella anotaba una frase tras otra con el ceño fruncido por la concentración.

La verdad brillaba para mí en horribles colores.

—No— susurré—. No. No. No. No.

Ella levantó la vista, vio mi expresión, y comenzó a guardarse lentamente la libreta en el bolsillo.

—Oye, mira...

—Se lo habéis hecho vosotros... —Las palabras se mezclaban en mi boca—. Le habéis hecho eso —Las manos me temblaban— Lo habéis hecho otra vez... Pero al revés, ¿verdad? Le habéis dado la vuelta a todo y se lo habéis hecho.

—Creo que es hora de que te calles.

—Es la primera versión, ¿no es cierto? El prototipo.

Sin darme cuenta me había puesto de pie y estaba justo frente a Frieda. Algo me quemaba por dentro. Algo frío.

—El asesino perfecto, libre de culpa, libre de remordimientos... Una nueva arma. Cómo sois capaces... ¿Cómo habéis podido hacerlo otra vez? ¿Qué os hemos hecho? ¡Dímelo!

Frieda se subió las gafas de un manotazo y su ira destelló en rojo.

—¡HE DICHO QUE TE CALLES, ÉMPATA!

Su hostilidad no pudo engañarme. Bajo ella latía una burbuja, morada del miedo. Bien. Me gustaba. Le quedaba bien ese color.

Mi mano derecha se cerró sobre su garganta, y sentí cierta satisfacción al apretar la tráquea con el pulgar y notar el aire pugnando por fluir. Burbujas violáceas florecían entre ambos. No duró mucho.

El soldado me golpeó en las costillas y la fuerza del impacto hizo que soltase a Frieda y trastabillase. No le fue difícil inmovilizarme. La lágrimas caían por mis mejillas mientras algo muy frío me quemaba por dentro. A través de las lágrimas vi un cañón apuntándome al rostro.

—Permiso para abrir fuego, señora.

—Denegado— jadeó Frieda. En su cuello comenzaba a aparecer una marca roja—. Levantadle.

Dos soldados me cogieron por los codos y me pusieron en pie. La mujer se acercó a mí hasta estar muy cerca. Pude notar su perfume y sus largas pestañas reflejando la luz. No tuve que mirar para saber que tenía la mano apoyada en la culata de su pistola.

—Escúchame bien, émpata. No abrirás la boca. No dirás a nadie una palabra sobre el Proyecto Capricornio. Ni siquiera pensarás en él. Si a pesar de todo lo haces, lo sabremos. Y desaparecerás. Te disolveremos en cal y esparciremos lo poco que quede de ti en el océano. ¿Me has entendido?

—Perfectamente.

Las amenazas de Frieda iban en serio, lo leía en ella. Pero también veía más cosas.

Los remordimientos que sentía, desorganizando su disciplina. Una culpa que

podía anestesiar con el acto de misericordia que suponía dejarme con vida.

Incluso eso le habían robado a Liberman, el Quirurgo, y a todos los que vendrían después. Y no podía hacer nada para impedirlo.

Me soltaron. Llovía. Caminé hasta mi apartamento como un autómata. Llegué seis horas después, empapado y aterido pero lo suficientemente entumecido por el frío que sentía en mi interior que apenas me importaba.

Me dejé caer en una silla, casi derrumbándome en ella. Me sentía perdido, navegando a través de un mar oscuro, bajo un cielo completamente negro, sin estrellas que me guiaran. Sólo yo y la oscuridad.

Cogí un periódico y comencé a leer una columna de opinión. Una pequeña foto de la autora cerraba el texto. Me fijé en ella.

Tenía las pestañas bonitas. Perfectas.

Cazador de Samael

Sánchez Nevarez, Krsna

Gaspar bebió el último trago de la cerveza. Aplastó la lata e indolente la lanzó al agua. Se puso de pie a mitad del bote con dificultad para mantener el equilibrio. Apoyó el rifle sobre su hombro y apuntó directo a las nubes. Mantuvo esa postura con la rigidez de una estatua. Miró de reojo el cielo reflejado en la laguna. Luego presionó el gatillo. BBBFFFFMMMM. El arma entró en funcionamiento con un fuerte bufido. Nada surgió de la punta del cañón, aparentemente. Pero instantes después el firmamento se iluminó con un telón de colores danzantes. El rifle había emitido un pulso de energía más allá del espectro visible. La aurora indicaba que el tiro terminó impactado contra la ionosfera. Al cazador no le sorprendió fallar de nuevo. Un tiro errado no representaba ninguna novedad para él. Llevaba una década enfrascado en esa cacería y jamás había acertado ni un solo disparo. Su pésimo récord era lo más normal cuando se andaba en busca de Samael.

Tomó asiento, dejó el rifle junto a una hielera, cogió los remos e impulsó despacio el bote. La laguna se encontraba en el fondo de una cañada. El borde dorado del sol comenzaba a insinuarse detrás de los montes. Soplaban una brisa cargada con los aromas de las plantas de la ribera. No se escuchaba más que el bullicio de las ranas escondidas entre los lirios. El cazador lamentaba no ir ahí con la frecuencia que hubiera deseado. La mayor parte de su tiempo estaba dedicado al trabajo en la fundidora. Únicamente dos o tres veces por año recibía un fin de semana libre. Aprovechaba esos días para vestir el atuendo de cazador que compró en el supermercado. Luego rentaba el bote más barato posible y visitaba la laguna. El espejo acuático en medio de las colinas y el trozo de cielo encima componían el coto de cacería de Gaspar. Era el único sitio a campo abierto en donde podía hacer uso del rifle sin provocar problemas.

Remó hacia el interior del cuerpo de agua. Su pequeña embarcación contaba con motor, pero prefería no batir demasiado la superficie cristalina, porque disminuiría la efectividad del método con que pretendía derribar a Samael. Existían muchas formas distintas para intentar atinarle. La mayoría de los cazadores se dejaban guiar por la simple suerte y apostaban a disparar al zar hacia arriba. Otros cazadores pensaban que los animales tenían la capacidad de detectar pequeños cambios ambientales que delataban la presencia de Samael. Ellos prestaban atención al comportamiento de los animales antes de jalar el gatillo. Una minoría de cazadores con muchos recursos optaba por apuntar la mayor cantidad de armas sincronizadas para cubrir la porción más amplia del cielo con una ráfaga al unísono. Por su parte, Gaspar creía que aunque Samael fuera imperceptible a simple vista, su reflejo aparecería reproducido en la laguna. No existía una forma de señalar que su método fuera menos eficiente respecto a otros estilos, ya que todos resultaban igualmente infructuosos contra la creación más elusiva del ser humano.

El nombre de Samael resultaba muy adecuado para una amenaza que se cernía sobre el mundo sin que nadie fuera capaz de encontrarla. Sin embargo, únicamente era el nombre con que cobró fama. Se ignoraba cómo fue llamado por quienes lo crearon. Su historia comenzó a circular a finales de la segunda guerra fría y atrajo el interés de

quienes se dedicaban a la cacería de tecnología. Se suponía que era un prototipo militar fuera de control. Los rumores decían que fue el resultado del proyecto secreto de alguna avanzada potencia armamentista. Cuando el tema se discutía no había acuerdo en atribuir su fabricación a una potencia militar. Se le relacionaba con los países de mayor capacidad bélica, como Estados Unidos, Rusia y China. También llegaron a adjudicarse a otras naciones de avanzada tecnología, como India, Israel o Japón. Tampoco existía consenso en cuanto a las capacidades ofensivas de Samael. Según consideraciones halagüeñas, era un modelo de reconocimiento que apenas contaba con armamento para hacer frente a un avión de combate. En opiniones menos alentadoras, se trataría de un bombardero con suficiente poder atómico para destruir una ciudad pequeña. A pesar de las discrepancias, todas las versiones coincidían al momento de exagerar la capacidad de Samael para pasar desapercibido.

En el centro de la laguna el cazador apartó los remos del agua. Levantó la tapa de la hielera y sacó la lata que nadaba entre los hielos a medio derretir. Era la última cerveza. En ese momento once latas descansaban en el fondo de la laguna. Gaspar rondó durante toda la noche entretenido en beber cervezas y en disparar contra el cielo. No tuvo éxito de realizar un avistamiento de su objetivo. Pero precisamente allí radicaba la clave del juego: nunca nadie vio a Samael. La leyenda de su existencia cobraba prestigio en la medida que no existían testigos que la comprobaran o la desmintieran. Debido a su naturaleza elusiva, si su presencia no era descubierta en un lugar, entonces resultaba más factible que estuviera justo ahí. O quién sabe, tal vez anda volando sobre los témpanos de la Antártida, pensó el cazador al destapar la última cerveza.

Entre sus colegas había muchos ancianos que decían que los jóvenes disparaban al firmamento vacío. Relataban historias en que aseguraban haber acabado con Samael en algún oscuro episodio del pasado. Esa clase de testimonios delirantes siempre finalizaban con los restos de la presa cayendo a un sitio inaccesible, como dentro de un barranco o del otro lado de una frontera. De tal forma que no poseían pruebas para sustentar el relato. Claro que nadie daba crédito a esas viejas historias. La cacería de Samael seguía vigente y ganaba nuevos adeptos al paso de los años. Unos cuantos cientos de personas daban búsqueda a la misma presa por todos los rincones del mundo. La mayoría de los cazadores deseaban únicamente la recompensa de revender los componentes que pudieran recuperar de los despojos. En cambio a Gaspar ya poco le importaba el dinero. Era cierto que al principio sí iba en busca de la riqueza. Pero ahora ejercía la caza movido por una pasión auténtica. Cualquiera que hubiera acechado a Samael por tanto tiempo y con tanto empeño ya no sentiría interés por ninguna otra práctica.

Estuvo sentado por un rato muy largo. Sorbía con calma de la lata de cerveza mientras que el bote se mecía suavemente. Para enfrentar al esquivo rival se necesitaba una enorme paciencia. Salir de cacería consistía en pasar varias horas flotando ociosamente en la laguna hasta que apareciera la oportunidad de realizar un disparo. Por eso los amigos de Gaspar creían que su afición sólo servía como pretexto para perder el tiempo. No obstante, esa clase de opiniones demostraban una gran ignorancia acerca de cómo eran las cosas. Desde la perspectiva del cazador, ninguna experiencia se parecía a ir tras de Samael. Significaba ir al campo para enfrentar con una personificación de la absoluta incertidumbre. No cabía duda de que la aventura tenía cierto carácter romántico. Aunque para salir vencedor del reto se requería un frío intelecto. Y por supuesto una enorme paciencia.

Samael era un avión equipado con la mejor tecnología furtiva de su época. Se controlaba a sí mismo por medio de un sistema experto de pilotaje. Según los rumores, tenía la capacidad de navegar a lo largo de rutas no predecibles. Presuntamente gozaba de una independencia casi perpetua en el aire, gracias a una batería nuclear o a celdas solares. Fuera lo que fuera, su fuente de poder le permitió mantenerse en continuo viaje por todo el mundo, similar a un espíritu errante. En teoría poseía un revestimiento de algún material más eficaz que los conocidos para absorber las ondas de radar. Así que la máquina pasaba desapercibida ante las antenas detectoras. Además se suponía que su fuselaje contaba con un camuflaje óptico que lo volvía invisible a una gran gama de receptores de imágenes, incluido el ojo humano. Y por si parecía poco, sus propulsores de plasma le brindaban capacidad de vuelo supersónico sin dejar rastro de calor, ni generar ruido. En definitiva, Samael era totalmente imperceptible.

Una rama sobresalía del agua a unos pocos metros del bote. Un viejo árbol quedó sumergido cuando subió el nivel del líquido. Llegó aleteando con pesadez un pájaro que se posó en la punta de la rama. Un denso plumaje moteado disimulaba su silueta y le cubría por completo las patas, asemejándolo a un jirón de bruma. Cerca del pico lucía unos largos bigotes que le daban un semblante más de roedor que de pájaro. Era un chotacabras que salió a perseguir insectos durante los últimos minutos antes del amanecer. Posado en la rama estiró el pescuezo e infló la pechuga con una plasticidad grotesca, como si fuera una masa de carne sin huesos. Su aspecto fantasmagórico resultaba apropiado para un emisario de la oscuridad en retirada. El cazador intercambió miradas con el animal de ojillos redondos y almendrados. El pajarraco abrió su pico chato, presumiendo un buche de tamaño descomunal, y produjo un canto macabro:

— UOOAAA UUOOOAAAA UUUOOOOAAAAA

— ¡Epa! ¡Vete de aquí! — gritó el hombre y meneó los brazos. — ¡Lárgate! ¡Lárgate!

El ave insectívora salió volando de la rama de mala gana. La figura alada se perdió en las sombras. Avergonzado, Gaspar tuvo que admitir que el grito del ave le dio un susto que no esperaba.

Un poco más tranquilo se acomodó en el asiento dentro del bote. Agarró el rifle y lo observó con devoción durante unos minutos. Lucía un aspecto amenazante y soberbio, como un automóvil de carreras. Dentro del armazón se guardaba un generador de pulsos electromagnéticos. Bastaría con atinar uno solo de sus disparos para freír los circuitos de Samael. Varios cazadores usaban armas similares, muchas de ellas de elaboración casera. En cambio, Gaspar prefirió comprar un rifle auténtico, aunque tuvo que ahorrar varios meses de su sueldo para pagar el precio que tenía en el mercado negro. Seguramente el arma procedía del robo a un almacén militar. El cazador miró el indicador de carga junto a la cacha. Apenas quedaba potencia para efectuar otro disparo. Sería el disparo final de la sesión de cacería. Quizás eso lo convierta en el disparo de la suerte, pensó gustoso el cazador.

Por un rato se complació fantaseando con que tumbaba a Samael. Imaginó las fotografías que sacaría junto al despojo de la aeronave, como si fuera un tiburón recién pescado. Pensó en guardar un pedazo de fuselaje a manera de recuerdo, igual que las personas que iban de safari y regresaban con una cabeza de león para colgarla como adorno en la sala. No podría conseguir un trofeo de mayor prestigio que el avión furtivo. Durante el resto de su vida los otros cazadores acudirían a admirar el galardón y él les

relataría orgulloso cómo consiguió ejecutar su gran hazaña. Pasaría a la historia como el vencedor de Samael, el hombre que triunfó contra un auténtico enemigo invencible.

Bebió el resto de la última cerveza. Aplastó la lata e indolente la lanzó hacia el agua. Vio cómo se hundía el pedazo de aluminio. Ahora doce latas descansaban al fondo de la laguna. La mirada vidriosa del cazador recorrió la extensión del cielo que la laguna replicaba. Entró en dudas acerca de la verdadera posibilidad que tenía de atinar a un objetivo imperceptible en el vasto espacio aéreo. Por otro lado, sus chances se reducían si tomaba en cuenta que se valía de un procedimiento que no pasaba de ser una elaborada superstición. Pensó que quizás fuera un imbécil por suponer que haría caer a Samael de un solo tiro. Pero cambió de parecer rápidamente. A lo mejor la aeronave le jugaba la broma de sobrevolar rasante por encima de su cabeza en ese exacto momento.

Se puso de pie con mayor dificultad para mantener el equilibrio. Los primeros rayos de sol empeoraron su ebriedad.

— ¡Hey, tú, allá arriba! ¡Te estoy hablando a ti, cabron!— vociferó de cara al cielo— Te paseas a tus anchas como el puto dueño del mundo porque crees que nadie puede derribarte ¿cierto? Pues yo voy hacer que caigas, hijo de puta. Tú no crees que sea capaz de tumbarte pero vas a caer de un tiro. Eso es todo, un solo tiro y muerdes el polvo. ¿No me crees capaz? Te ríes de mí ¿cierto? Eres una jodida máquina tan lista que se ríe de mí, un idiota borracho. Pero si un hombre fue capaz de crearte, ¡yo soy capaz de derribarte!

Levantó el rifle sobre su cabeza, dirigido recto a la bóveda celeste. Contuvo la respiración cargada de alcohol, se abstuvo de parpadear y colocó el dedo sobre el gatillo. Con el rabllo del ojo atendió el duplicado del cielo en la superficie del agua. Súbitamente una estela oscura cruzó por las nubes. Era menos que la insinuación de una sombra afilada, incluso pudo ser una ilusión fugaz. El cazador presionó el gatillo. Sintió que la energía nacía desde su propio cuerpo y fluía a través de las manos hacia la punta del arma. BBBFFFFMMMM. El haz invisible ascendió por la línea del meridiano en dirección de un objetivo igualmente invisible.

En esta ocasión no se desencadenó una aurora. Eso significaba que el disparo acertó en el blanco. Gaspar escudriñó las alturas con ingenuo entusiasmo. Un pequeño punto apareció de pronto en la cúspide del cielo. RRRGGGGOOOO. El aire fue rebanado por un fuerte rugido. ¡Samuel estaba cayendo a tierra! Gaspar fue invadido por una emoción como nunca antes sintió. Comprendió que se encontraba en el momento más importante de toda su vida. Casi escuchó los halagos que recibiría de sus colegas dentro de poco. Se puso a bailar de alegría pero por poco volcó el bote.

Conforme el bólido se precipitaba, su imagen aparecía y desaparecía por breves lapsos. Durante uno de los intervalos, Gaspar creyó divisar la figura que se venía a pique. Mostraba una silueta poligonal y estilizada, semejante a una grulla de origami. A mitad de la caída libre, la aeronave recuperó el camuflaje óptico y volvió a desaparecer de su vista. No obstante, la capacidad de vuelo se encontraba comprometida. El estruendo del desplome estremeció las colinas cada vez más recio. Gaspar temió que su presa fuera a parar a las laderas, donde tendría que rastrearlo en la espesura boscosa. Siguió con atención el rastro de humo que iba dejando detrás de sí. La estela describió un pronunciado tirabuzón que enfiló amenazante hacia el corazón de la laguna. Al cazador aún le tomó unos segundos darse cuenta de la clase de peligro que

corría. Se hallaba debajo de una aeronave en picada que no podía ser vista. Soltó el rifle a prisa e hizo torpes intentos de encender el motor del bote. Las aspas echaron a andar en el instante que sintió un aura caliente sobre su nuca. El impacto produjo una fuerte explosión que levantó una columna de agua. Al aquietarse el oleaje salieron a flote algunos maderos del bote, mientras los restos metálicos de Samael se hundieron indolentes.

Historia de la nueva raza

Olivera, Patricia K.

Recuerdo que me deslicé sobre una superficie suave y cálida, parecida al lugar en el que había estado. De repente, la sensación cambió y me vi impulsado hacia un ambiente distinto: frío y seco. Enseguida, un olor asqueroso me envolvió. Lo peor fue el golpe contra una superficie dura, momento en el que abrí mi boca lo más que pude, llené por primera vez mis pequeños pulmones con ese horrible aire y comencé a llorar. Mis berridos desesperados se confundieron con los gritos de dolor de mi progenitora, y, sobre nuestras claras voces, esa otra que logró silenciarme por el desprecio que contenía:

—*¡Maldito humano!*

Con los años comprendí lo que quería decir.

Esa voz cargada de odio me hizo callar en el momento justo en el que algo cayó junto a mí: una pelota negra y peluda que salió del mismo conducto que yo y que, en esta oportunidad, fue recibida con alegría y triunfo. Me asusté, no tanto por esa bola negra que mis ojos apenas podían distinguir, sino por el alarido que quien me había dado a luz lanzó al ver esa cosa que surgió de su interior.

—*¡Maldito humano!* —bramó una vez más la tenebrosa voz, y el lugar quedó en total silencio. Hasta yo callé mis gimoteos, y entré en una especie de letargo que me alejó emocionalmente de allí.

La siguiente vez volví a despertar a los gritos: algo o alguien me sostenía en el aire, bajo el chorro helado de un líquido que no se parecía en nada al que había dejado hacía poco rato. Eso fue suficiente para gastar el resto de energía que me quedaba, ni siquiera cuando me regresaron violentamente a mi sitio volví a quejarme. Quizá porque dejé de sentirme tan solo cuando oí a otros que gritaban igual que yo.

—*¡Maldito humano!*

Esa horrible voz resonaba en mi pequeña cabecita.

Con los años comprendí lo que quería decir. Crecí y me acostumbré, al igual que mis hermanos, a ese lugar, a esa vida y a esos seres. Nos sentíamos hermanos por estar en esa misma situación, y porque nuestras facciones eran muy parecidas, aunque los habíamos de cabellos negros, rubios y castaños, de ojos claros u oscuros, y por el tono aceitunado de la piel que lamentablemente nos había heredado esa raza invasora. Nuestra contextura física hacía que todos los niños nos pareciéramos entre sí, dado que nuestra alimentación no consistía en una dieta balanceada éramos más bien pequeños y enclenques.

El día llegó en el que confirmamos que varios de nosotros éramos realmente hermanos, no solo descubrimos que habíamos nacido de la misma madre, sino que también conocimos la triste verdad: las mujeres que secuestraron y forzaron para perpetuar la especie eran humanas. Cuando, en lugar de un ser como ellos, nacía un humano —todavía aún no me explico cómo nosotros, que proveníamos de semejantes

seres, éramos tan humanos como Madre—, ese «malditohumano» era utilizado como esclavo.

Lo poco que sabemos nos lo contó Madre, la madre que procreó a mi generación. Una mujer que envejeció drásticamente como consecuencia del maltrato, el descuido y los sucesivos embarazos y partos en los que fue obligada a participar.

En ese entonces, y según los cálculos que mis amos me escupían cada minuto a la cara, yo llevaba ya 2190 días disfrutando de una vida que no merecía, y ellos se encargaban de hacer más dura mi corta existencia. Más tarde, mi Madre me diría que yo tenía seis años.

Una costumbre «humanitaria» de estos seres consistía en abandonar a su suerte, en alguna cueva de esa tierra árida y seca, a las que pronto morirían. El día que la dejaron librada a su suerte, como un artefacto roto que ya no era útil, tres de mis hermanos y yo nos escapamos de la mina en la que hacíamos el trabajo duro de siempre. Mis hermanos, dos varones y una niña que pertenecían a la misma camada que yo —los niños y las niñas permanecían juntos hasta los dieciocho años, edad en la que a la niña se la apartaba para que comenzara a cumplir su rol de concubina y vientre prolífico— vimos pasar a uno de los depredadores, quien llevaba otra carga moribunda, inútil para él.

Cuando subimos a respirar y a comer los deshechos podridos que el guardia arrojó a la entrada de la mina de carbón —la fuente de energía que utilizaban en detrimento de lo que quedaba del planeta—, evadimos al carcelero y fuimos tras el depredador. Este se dirigió al laberinto de cuevas que visitaba con asiduidad e ingresó a una de ellas. Nosotros esperamos en la entrada, escondidos tras un par de rocas enormes. No salió de inmediato, oímos el jadeo de la bestia y el gemido de alguien, y la acostumbrada frase:

—*¡Malditohumano!*

Enseguida que abandonó la cueva entramos con paso vacilante, y la vimos: yacía desnuda sobre la tierra, había sangre entre sus piernas. Cuando nos vio trató de incorporarse y taparse con las ropas desgarradas que tenía junto a sí. Comenzó a sollozar y nosotros, que nos acercábamos con lentitud, nos detuvimos en seco, asustados, a punto de echar a correr para volver a nuestra prisión. Nuestro estado también era lamentable, sucios de la cabeza a los pies y apenas cubiertos por un taparrabos. Murmuró algo y nos hizo señas para que nos acercáramos.

Tuvimos que soportar besos y caricias maternas a las que no estábamos acostumbrados. Entendimos que su nombre era Madre. Nos hizo muchas preguntas y solo supimos contestar algunas. No estábamos habituados a hablar, apenas sabíamos hacerlo en un modo tosco y limitado; supongo que de alguna forma nos entendió. Cuando nos preguntó nuestros nombres y repetimos con solemnidad lo único que habíamos escuchado desde que nacimos, «Malditohumano», rompió a llorar. Callamos, nos miramos. Estoy seguro de que en ese momento mis hermanos esperaban un gesto mío, o una reacción, para salir corriendo de allí.

Poco a poco se calmó, tenía los ojos enrojecidos y hacía esfuerzos por no quebrarse de nuevo. Entonces nos contó la historia de una Tierra distinta a la que estábamos acostumbrados a ver desde que habíamos nacidos. Una Tierra de verdes y azules, de días soleados, de campos llenos de flores de todos los colores, y de

primaveras alegres con lluvias mansas, donde existían todo tipo de animales y donde vivía gente de todas las edades y colores.

Madre nos contó que en el año 2040 ella vivía en el campo con su marido, cerca de la casa de sus padres, y su nombre era Camila. Hacía poco tiempo que se había casado con el hombre que su familia eligió para ella: un joven respetuoso y de buena familia. Sus padres fueron muy sabios al elegir como marido a un hombre que la amaba desde que eran niños.

En ese entonces imperaba un gobierno de alcance mundial, conformado por tantos miembros como naciones independientes existían en el momento de su constitución. Las fronteras habían desaparecido, se hablaba una lengua común y se utilizaba la misma moneda de cambio en toda la superficie del planeta. Se habían logrado avances científicos y tecnológicos sin precedentes, la implantación de un estado mundial benefactor derivó en esa tan ansiada paz mundial que tantos líderes políticos y espirituales soñaron durante décadas

Existía una clara diferencia entre la ciudad y el campo. En este último, las pocas familias que lo habitaban vivían con las comodidades mínimas y cada círculo familiar poseía la capacidad para construir y dar vida a las máquinas. Un complejo entramado de cables y tornillos formaban un corazón en el interior de las máquinas que utilizaban para llevar adelante las tareas necesarias para la sobrevivencia: el cultivo del lino, su recolección y posterior utilización en la confección de prendas de vestir para ser vendidas en la ciudad.

La relación entre estos humanos y las máquinas era especial, ellos sabían cómo armar con excelente precisión esas partes antiguas cuyo complicado mecanismo solo era conocido por los mejores relojeros de la antigüedad. Las nuevas tecnologías no poseían esas propiedades, eran mecanismos muertos que se volvían obsoletos de inmediato, pasaban y desaparecían dando paso a nuevos descubrimientos. Este grupo de humanos nunca estuvo de acuerdo con la fabricación ilimitada de tecnología, mucho menos que se llegara al extremo de sustituir a los seres humanos por máquinas: servicio que comenzó a invadir con premeditación cada uno de los hogares del planeta. La tecnología estaba ganando la batalla, y ellos intuían que pronto el mundo sería gobernado por máquinas.

Si bien había una gran diferencia de aptitudes y valores entre ambos medios, las familias de las zonas rurales eran respetadas y reconocidas por la sabiduría que les era transmitida de generación en generación, lo que no tenía punto de comparación con los adelantos tecnológicos que ostentaba la ciudad, y que al final resultaban inservibles frente a las piezas de relojería que estas personas utilizaban para construir sus máquinas.

Los ojos de Madre brillaron por sobre la tristeza cuando habló de su gente, de su familia. En especial cuando recordó la vida que llegó a disfrutar junto a su esposo.

Nos contó que, pese a estas diferencias, los humanos vivieron en armonía y orden hasta que se produjo un golpe de estado. Si bien la sociedad apoyaba al gobierno por una mayoría abrumadora, existían excepciones a la regla, individuos que llevaban la rebeldía mal encauzada en sus venas y que buscaban el derramamiento de sangre con cualquier excusa. El gobierno mundial estaba al tanto, los tenía plenamente identificados y, a espaldas de los civiles que solo se ocupaban de vivir una buena vida y ser felices, buscó erradicarlos. Hasta que llegó un momento en que la situación se

descontroló, los rebeldes humanos tomaron el poder por la fuerza, y asesinaron a los representantes mundiales. Se desató el caos y se sembró el terror, pues los usurpadores no venían solos, querían poder y riqueza y estaban dispuestos a compartirlo con quien fuera, si con ello lograban desbaratar el equilibrio planetario.

Su fuerza y número fueron ilimitados gracias a la alianza pactada con una de las civilizaciones alienígenas que conformaba la confederación de planetas, y que hacía tiempo buscaba colonizar la Tierra.

Ese fue el comienzo. Cada rincón del globo fue invadido. Los hombres en edad fértil, exterminados de inmediato —incluidos los rebeldes—, y las mujeres en edad de procrear, esclavizadas para perpetuar la especie; tarea que ya no podían llevar adelante las hembras de la raza invasora porque además de volverse estériles estaban muriendo, y necesitaban nuevos vientres para evitar la extinción.

Por lo poco que sabía Madre, esas bestias provenían del planeta Negro, expelido en algún momento por el Sol, el que llegó a integrar la Asamblea Galáctica, junto al resto de los planetas de la vía láctea. Mientras fue gobernado por un rey justo, y leal a la Asamblea, reinó la paz y el orden, pero cuando este fue asesinado se instauró una política represiva que de ahí en más tendría como meta la invasión y dominación de todos los planetas integrantes.

La Tierra fue la primera en convertirse en tierra muerta, de muertos y esclavos.

Esa tarde, cuando volvimos a la cueva, nos invadió el pánico al imaginar lo que nos haría el guardia por habernos escapado, pero tuvimos suerte: no había rastros de él por los alrededores. Los otros niños, de caritas tristes y sucias, nos miraron con indiferencia, mientras que, con la poca fuerza que aún tenían, golpeaban la dura roca con el pico. Muchos estaban enfermos, tosían o gemían débilmente, sin atreverse a llorar. Al terminar el día, varios quedarían desvanecidos en el piso y ya no volverían a levantarse; los depredadores se encargarían de hacerlos desaparecer de la misma forma que un día llegaron a este mundo: sin pedirlo ni buscarlo.

Cuando nos regresaron a nuestra celda, apenas pude dormir. Nosotros no hablábamos mucho, no era mucho lo que sabíamos decir, apenas algún balbuceo de la lengua que por repetición habíamos aprendido de los invasores. En una palabra: no sabíamos hablar; nuestras vidas transcurrían en silencio o a merced de los insultos que nos escupían cada día. Intenté representar en mi mente todo lo que Madre nos había contado de su anterior vida, pero era imposible imaginar colores que nunca había tenido la dicha de ver, que no existían en ese planeta muerto que era ahora la Tierra, sobre cuya superficie solo caía lluvia ácida. Me dieron ganas de llorar, nosotros no sabíamos cómo eran los colores. Cerré los ojos e intenté dormir, abrazado a mis hermanos para entrar en calor y olvidar la dureza del piso.

Como cada noche, a mis oídos llegó algún sollozo ahogado, una tos contenida o una voz infantil que despertó del sueño con sobresalto; y de repente, esas voces sin rastro de humanidad ni compasión que ordenaron silencio.

Pensé en Madre. Nos habíamos encargado de que quedara en la cueva recuperando fuerzas para escapar. Le dimos los mendrugos de comida que llevábamos escondidos en los bolsillos de nuestros taparrabos, y la dejamos instalada cerca de un

manantial de agua cristalina que manaba de una de las paredes de la cuerva, de la que también nosotros bebimos hasta saciarnos. Ella nos despidió con un beso a cada uno y susurró lo que luego nos diría era una bendición. Teníamos muchas preguntas para hacerle, pero no podíamos darnos el lujo de pensar en un futuro; no sabíamos si mañana seguiríamos vivos o si el planeta estallaría de un momento a otro.

Mis ensoñaciones y pensamientos fueron interrumpidos por el mismo sonido de todas las noches. Dos guardias llegaron. Todos eran iguales: semejantes a lobos hambrientos, cubiertos de un espeso pelo oscuro, sus fauces, cubiertas de doble hilera de dientes afilados, tenían la capacidad de abrirse para dar paso a un animal entero y los ojos, negros y pequeños mostraban la maldad de sus instintos; se sostenían en dos patas como nosotros, pero cuando se trataba de cazar o de capturar a alguno de los esclavos que lograban huir andaban a cuatro patas, corrían a una velocidad que dejó, a quienes llegamos a verlo, impresionados y atemorizados, seguros de pensarlo bien si alguna vez decidíamos huir. Sobre el pecho llevaban un cinto cruzado, de los cuales colgaban los garrotes y los látigos con los que nos sometían. Tenían por costumbre tomar un niño cada noche para disfrutar de su cena preferida, y cada noche intentábamos hacernos invisibles a sus ojos... hasta la próxima vez.

Cuando se fueron respiramos aliviados por continuar vivos, y sollozábamos bajito por ese hermano que no había tenido igual suerte que nosotros. Mis hermanos se sumieron en un profundo sueño, mientras yo pensaba en cómo escapar; ni siquiera recordar las habilidades de los depredadores me haría cambiar de idea. Algo me decía que la próxima vez ya no tendríamos suerte, no quería confiar en la providencia. Con mis escasos seis años, me sentí lo suficientemente maduro como para decidir por mis hermanos que era hora de escapar de ahí, y si lo hacíamos con Madre mucho mejor.

Al otro día, mientras estábamos en las minas, un movimiento telúrico provocó derrumbes en diferentes puntos del tramo subterráneo. Muchos niños quedaron sepultados y otros levemente heridos. El caos que reinó por unos instantes me sirvió para despojar a una de las bestias del garrote y llevárselo a Madre. Ella estaba trabajando en algo, tenía junto a sí una pila de huesos y partes de lo que parecían ser artefactos eléctricos, como los que poseían las bestias, de las que tomaba lo que necesitaba. Solo permanecí junto a ella unos segundos, los suficientes como para que me meciera entre sus brazos y llenara mi cara de besos, mientras me daba algunas instrucciones.

Esa noche engañé al vigilante con facilidad: un acceso violento de tos fue suficiente para que me creyeran muerto y me llevaran a la cueva mortuoria para permitirme un «piadoso» final. Un golpe firme y seco con la maza bastó para destrozar el cráneo de la bestia que me había cargado. Yo contemplé a Madre embelesado, admirado por esa capacidad para convertirse, de un momento a otro, en el ser más dulce del universo o en una vengadora implacable y mortal. De igual modo procedió con el vigilante que fue en busca del que me había llevado. Con las armas de esos dos, la cuidada planificación y la celeridad para cumplir las órdenes comenzamos a reducirlos uno por uno, sin que siquiera lo notaran.

En las minas diseminadas por el vasto territorio de nuestro planeta, bajo los

escombros de las ciudades más representativas de la antigua cercana civilización humana, nacieron y crecieron nuevos niños cada día, potenciales esclavos de la raza invasora. Si bien existieron muchas otras madres, la nuestra fue la cabeza de la nueva civilización, la punta del *iceberg*, la instigadora del movimiento veloz y silencioso que se dispersó por cada punto del planeta.

«¡Malditohumano!», esa expresión que tanto sufrimiento causó, y que prácticamente logró exterminar a la raza humana, se difuminó poco a poco, junto con el odio y la injusticia. Madre no le perdonó la vida a ninguna de las bestias ni a las crías que con tanta repugnancia la obligaron a lanzar a la vida. No le tembló el pulso en ningún momento cuando los degolló. La orden de no dejar vivo a ningún «malditohumano» voló sobre la faz de la Tierra. No se les permitió vivir ni siquiera como esclavos.

El año 2320 marcó el nuevo despertar de una Tierra que ya no pertenecía a la raza humana, y que comenzó a mutar lentamente para albergar en ella a la nueva raza que surgió a partir de nosotros...

Ecós... (Palomas mensajeras)

Signes Urrea, Carmen Rosa

A Ricardo por todo

—Pues envíelo al laboratorio de inmediato, a saber qué nueva se les habrá ocurrido. Sólo faltaba que utilizaran seres biológicos como escudo, desde los bárbaros que no se hacía eso. Por cierto, Sánchez.

—Usted dirá, señor.

—Si abate a un enemigo. ¿Sufre el mismo remordimiento que habiendo matado a este bicho?

—No, señor, usted lo ha dicho, es el enemigo.

—Puede retirarse. ¡No! Espere. ¿Se había fijado en esto que cuelga de la pata del pájaro? Parece... ¡Dios santo! Sánchez observe, es un mensaje codificado en el antiguo modo manual de registrar las palabras.

—Cruzaron la mirada, el sargento le sonrió antes de felicitarle —Enhorabuena, Sánchez, acaba de interceptar, posiblemente, información de relevancia para el enemigo. Le propondré para una medalla.

Del interior de la cápsula metálica, fuertemente sellada, extrajo una diminuta tira de papel. De su tinta, casi emborronada, apenas si podía distinguirse algo. Parecía un mensaje antiguo. Finalizaba el siglo XXVII y ya nadie recordaba aquellos métodos primitivos de comunicación. Además, las circunstancias hacían impensable el empleo de los escasos recursos naturales para fines tan poco éticos. Las guerras seguían dividiendo a los herederos del planeta, pero se llegó a un consenso para no perjudicar el entorno. Demasiado daño se había causado ya. Por eso aquel hallazgo adquiriría mayor importancia, tanta, que informó a sus superiores y aguardó órdenes.

Tres semanas después, el campamento atesoraba más de tres centenares de aquellos envíos, que fueron guardados con escrupuloso orden en espera de la decisión de unos superiores que parecían no querer atender a la urgencia de aquel enigmático suceso.

Ante la demora en recibir respuesta, la curiosidad más que el celo despertó el interés del caso en los soldados que habían contribuido a recopilar aquella colección de cadáveres voladores y mensajes enclaustrados, por lo que poco a poco, alguno de ellos intentó descifrarlos, un hecho que sumió de incertidumbre aún más todo aquel acontecimiento.

Los mensajes, en su mayoría breves y concisos, hablaban un poco de todo. Entre sus líneas surgieron: peticiones de suministros; de munición; angustiantes notas de ayuda; conmovedoras despedidas; e incluso alguna carta de amor. En todo aquel conjunto de frases, los soldados del escuadrón quisieron ver plasmadas sus propias inquietudes.

Mientras tanto, los enfrentamientos continuaban. Largas horas de oscuridad, atenazaban el frío. Gigantescas naves, inmensas moles de acero cromado, impedían la contemplación del sol, no así el reflejo de sus propias imágenes —la defensa se hacía insostenible cuando a las pocas horas parecía que se luchaba contra uno mismo; la lluvia negra —pestilente amalgama de fluidos químicos— inundaba los campos, anegando la escasa salud de las tropas. Luego, las largas horas de fuego cruzado que obligaban a protegerse los ojos. Dentro de aquellas trincheras, las bajas de cada bando se contaban por centenares. Pero así se decidió combatir mucho tiempo atrás, empleando los pocos lugares que con anterioridad se habían convertido en yermos páramos.

—Sánchez, preséntese de inmediato en mi tienda y traiga las notas halladas en las aves que han seguido encontrando.

Con el informe de transcripción y los análisis de los pájaros, entró nervioso en el despacho, su aspecto descuidado llamó la atención de sus superiores.

— Abotónese soldado. ¿Cómo se atreve a presentarse así? —el coronel gritó sorprendido.

Sánchez estaba nervioso, por fin se desvelaría el misterio, ni se había dado cuenta de su aspecto, de inmediato accionó el botón de acoplamiento de su uniforme.

—Le presento al Coronel Koto Hatari. Ha venido como asesor histórico. La respuesta que esperábamos es tan sorprendente como el hallazgo que nos preocupa.

—Debo pedirle máxima discreción, y como ya le dijera a su superior, le ordeno la ocultación de todo lo relacionado con este caso —Sánchez ni tan siquiera pestañeó, le resultaba complicado ocultar sus verdaderos sentimientos. —Insisto, nada de esto ha ocurrido, decir lo contrario constituirá delito de alta traición. Y no se hable más del asunto —El coronel dio media vuelta y, antes de desaparecer por la puerta, se despidió. —En paz queden. Suerte en la contienda. Lo están haciendo muy bien.

Sánchez no acababa de creérselo, estaba perplejo no tanto como el sargento.

—Lo siento mucho Sánchez. Yo tampoco comprendo nada.

— ¿Quiere decir que me quedo sin condecoración?...

.....

Las trincheras ofrecían un mal refugio, la podredumbre y el hambre arremetía contra una guarnición que las temía más que al mismo ejército enemigo que les acosaba. En su desesperación, tan sólo tenían a mano aquellos pájaros que siempre habían representado esa paz que ahora se les deslizaba entre los dedos de la mano. El asedio se

hacía insostenible.

—Puede que no sirva de nada caballeros, pero al menos sabrán lo que nos ha sucedido y conocerán de nosotros, tal vez así consigamos ayuda.

Se repartieron las palomas mensajeras entre todos los habitantes de aquella trinchera, los primeros en recibirlas fueron los heridos y enfermos, y cada uno de ellos anotó una petición. Los pájaros volaron portando en sus patas: peticiones de suministros; de munición; angustiantes notas de ayuda; conmovedoras despedidas; e incluso alguna carta de amor.

El 13 de diciembre de 1914, 302 soldados murieron en el bombardeo de una trinchera sin que nada de ellos quedara para corroborar su existencia ni su fin.

Té para dos

Dolo Espinosa

Era una anciana pequeña, tan delgada que parecía flotar dentro de su vestido de flores, y con unos hermosos ojos azules que desaparecían al sonreír engullidos por un mar de arrugas. Colgadas de su cuello, unas gafas de montura dorada se balanceaban al ritmo de sus lentos movimientos mientras levantaba la humeante tetera para servir el té al hombre que, sentado frente a ella en el mullido sofá, sonreía con afabilidad.

El joven, de aspecto atractivo y simpático semblante, perfecta imagen del nieto que toda abuela desearía tener, dio las gracias a su anfitriona mientras alababa su buen gusto en la decoración y parecía mostrar sumo interés en las explicaciones que la anciana le daba. Y mientras ella hablaba, él observaba su entorno, intentando decidir a qué habitación de la casa llevaría a la estúpida vieja para acabar con su vida tan lentamente como pudiera, disfrutando de cada segundo de dolor que le proporcionara y explotando de placer al ver aquellos risueños ojillos perder la luz y la vida.

Pero eso sería dentro de unos minutos, cuando sintiera que tenía todo bajo control y, especialmente, cuando se liberara de aquel curioso sopor que se estaba apoderando de él. ¿Y por qué sonreía la vieja de aquella manera tan extraña? ¿No importaba, dentro de poco estaría dormida y él estaría disfrutando de su pasatiempo favorito!

La anciana, arquetípica imagen de la dulce abuelita de los cuentos, tomó su calceta y se sentó trabajosamente en su mecedora sin dejar de hablar sobre esto, sobre aquello y sobre lo de más allá. Daba igual lo que dijera, sabía que el muchacho no le prestaba la menor atención y ni falta que hacía, lo importante vendría después, cuando el bobo sonriente se quedara dormido. La anciana se relamía de gusto pensando en todas las cosas que iba a poder hacerle al pobre memo y en lo bien que iba a quedar aquella cabeza junto a todas las que guardaba en el sótano.

Pero eso sería en un rato, cuando se le pasara la absurda modorra que la invadía. ¿Y aquel lelo por qué la miraba de aquella forma? ¿Daba igual, en unos minutos estaría como un leño y ella se lo estaría pasando en grande con lo que más le gustaba hacer!

No pasó mucho tiempo antes de que el hombre se durmiera dejando caer la taza que sujetaba en la mano, que se rompió estrepitosamente contra el suelo. Casi a la vez, la labor de calceta resbaló de la falda de la anciana mientras la mecedora paraba lentamente su balanceo.

Durante unos minutos el silencio se extendió por la casa y se puso cómodo hasta que unos ruiditos de porcelana lo hicieron retirarse, aunque no mucho.

La Muerte, sentada en el sofá, se sirvió una taza de té (con una nube de leche), tomó una pasta y contempló sonriente -es lo bueno de las calaveras: siempre están sonrientes- cómo los espíritus desencarnados de la anciana y el joven se sorprendían primero y discutían luego sobre el increíble absurdo de que, siendo dos experimentados asesinos, se hubieran excedido en la cantidad de somnífero vertido en sus respectivas tazas.

Y la Muerte, tras tomarse dos tazas de té, se fue quedando dormida mientras veía como las sombras de aquellos psicóptas se desvanecían sin dejar de discutir.

Tempus fugit

Cascales Velazquez, José

AL LÍMITE

Una mano aparece entre las sábanas para golpear al despertador. El pobre solo cumplía con su obligación, pero eso no le importa a Esteban, la resaca nubla la razón.

Abre los ojos e intenta recordar cómo y cuándo llegó a su casa, cuánto tiempo lleva durmiendo o con quién estuvo, si es que estuvo con alguien.

Se incorpora para ir al baño y se da cuenta de que las sábanas, están mojadas y huelen mal.

—Joder, me he meado encima.

Se tapa los ojos con las manos y arranca a llorar.

Un par de minutos más tarde, parece que sus ojos se han secado.

Baja las manos y se apoya en el colchón para levantarse, pero se tambalea y vuelve a sentarse en la cama. Esta vez toma mayor impulso y consigue levantarse. Se acerca al baño, apoyándose en las paredes y en el marco de la puerta.

Está seguro de que no va a acertar y decide sentarse en el váter.

Volviendo a la habitación tropieza con sus pantalones, se agacha y los recoge. Revisa su billetera y rebusca en su interior, cinco euros todo su capital.

Se viste y vuelve al baño. Se lava la cara. Ante el espejo, recuerda que hoy es el último día para abandonar su casa. El casero le dio dos meses de tiempo para pagar el alquiler.

Cae en la cuenta de que ese es el tiempo que lleva solo, desde que Esther se marchó.

Dos meses. Dos meses, quince kilos menos, barba larga y desaliñada como nunca, ropa sucia y rota, zapatos roídos como sus calcetines; bueno llamar calcetines a eso que llevaba era ser muy generoso. Pero lo peor era su olor.

Se desviste y vuelve al baño a ducharse.

El agua caliente dejó de llegar hace un mes por impago y los recuerdos no se limpian con la ducha de agua fría.

La mañana del 25 de enero, Esteban se dirigía a la comisaría. Volvía de la redada

en *Trapattoni*, la pizzería de los *Lorenzo's*, el clan mafioso que proveía de droga a todo Aragón. Tras un mes infiltrado en el grupo, averiguó que el 24 de enero tendría lugar una reunión de todo el clan en la *Trapattoni* de Huesca y decidió que ese era el momento de intervenir. Parecía que iba a ser el golpe definitivo a los *Lorenzo's*, pero algo salió mal y *Lorenzo Santoro* escapó.

Al entrar en la comisaria, sus compañeros dejaron sus quehaceres para mirarle.

Esteban observó a los que pudo y esas miradas le atravesaron el corazón.

Dos tipos muy trajeados, se levantaron de sus respectivas sillas y le enseñaron sus placas.

—Hola Esteban, somos de asuntos internos. Estás detenido como sospechoso de facilitar la huida de *Santoro*. Por favor, acompáñanos.

Y su mundo se derrumbó.

Baja las escaleras, se detiene en la portería y le coge un cigarro al portero. Sale a la calle y fija su vista en un banco del parque que hay frente a su edificio. Enciende el cigarro y, con los ojos cerrados, aspira todo el humo que le permiten sus pulmones. Lo mantiene dentro de ellos, todo el tiempo que puede, para que el intercambio gaseoso con la sangre sea lo más tóxico posible. Esa primera calada provoca una vuelta a la realidad en forma de tos. Cuando la tos se calma, mira el cigarro y lo tira lejos. Al levantarse del banco, ve un periódico en el suelo, lo recoge y se lo lleva para su casa. Tiene que hacer la mochila... aunque no sabe de qué la va a llenar.

En casa, por mucho que busca no encuentra ni un gramo de alcohol, solo botellas vacías. Se llena un vaso de agua y se sienta en la mesa del salón a leer el periódico. Empieza a leer al revés, desde la última página. Se detiene en las páginas de anuncios y contactos. Hace años leía los anuncios de contactos, y gracias a ellos encerró a varios tratantes de mujeres, macarras de mierda y algún pederasta. Hoy se detiene ante la sección laboral, en un anuncio un poco extraño:

"Se busca compañero para viajar en el tiempo. Esto no es un juego. La paga al volver. Te espero en la siguiente dirección: BAR EL VIAJERO, Paseo de los crononautas, S/N. 28690 Brunete. Puedes llevar tus propias armas. La seguridad no está garantizada, solo lo he hecho una vez. Joseph"

Suena el timbre. Esteban se levanta de la silla y la mira, era su silla, la silla donde se sentaba a descansar cuando llegaba a casa después de una misión y repasaba sus acciones del día.

Se dirige a la puerta, mochila en mano. No utiliza la mirilla, de sobra sabe quién llama.

La puerta chirría como la de una casa abandonada.

—Hola Esteban.

—Hola Tomás.

Se miran a los ojos sin saber que decir. Tomás intenta romper el silencio

—Siento...

Esteban lo interrumpe.

—No hay nada que sentir Tomás, tú no tienes culpa de nada.

—Esteban, necesito los ingresos del alquiler...

—No te preocupes, Tomás. Lo entiendo. Gracias por todo.

Tomás le entrega un sobre y añade.

—Te devuelvo la fianza de un mes, son quinientos euros, haz buen uso de ellos.

Esteban los rechaza empujando con su mano la de Tomás.

—No seas tonto Esteban, cógelos y vete a Barcelona con tu mujer.

Esteban agarra el sobre y abraza a Tomás. Llorando le da las gracias, coge la mochila y baja las escaleras a toda prisa.

EL ENCUENTRO

Esteban baja del autobús, el 551 de la compañía Cevesa que tanto le costó encontrar en la estación de autobuses de Príncipe Pío. El autobús que se llevó su último euro.

La parada de Brunete está al borde de la carretera. Enfrente hay un supermercado Aldi y detrás de él un pequeño polígono industrial, todo cerrado menos un "chino".

—Normal, hoy es domingo, dice para sí.

Desestima la posibilidad de preguntar en el "chino" por su destino y emprende la marcha hacia el centro urbano.

Mientras camina, recuerda que no ha desayunado. Se detiene ante un grafitado muro y se quita la mochila de su espalda. Saca el bocadillo y la botella de agua que compró en el tren. Sonríe, quita el papel de aluminio del "bocata" y se lo come mientras observa las casas cercanas.

Una vez saciado, se coloca la mochila y emprende la marcha guiado por un inconfundible olor a torreznos.

Ha llegado a "El Viajero".

Se dirige al camarero, pero no ya no le hace falta preguntar. Un tipo está sentado en una mesa ante un vaso vacío. Viste un abrigo tres cuartos de color negro, abotonado hasta el cuello, pantalón y deportivas del mismo color. Alza la vista hacia él y se levanta de la silla. Cara aniñada, con barba de pocos días, ojos marrones y pelo negro muy corto. Complexión delgada y estilizada. Parece un maldito Blade Runner de negro.

Se detiene ante él y sin dejar de mirarle a los ojos, habla:

—Acompáñame, Esteban.

Joseph se pone unas gafas negras mientras camina hacia el exterior del bar.

Esteban no le puede ni hablar. Le sigue como un cerdito al matadero. Al salir, el tipo se acerca a un BMW negro que está aparcado delante del bar. Abre la puerta del conductor y se mete dentro. Sin pensarlo, Esteban abre la del copiloto y se sienta a su lado.

El coche arranca con potencia, pero sin mucho ruido.

Siguen en silencio mientras el coche circula por las calles del pueblo. Se incorporan a una rotonda y enfilan rumbo a una urbanización. El tipo mira hacia delante, concentrado en la conducción, sin hablar. Una vez llegan a la urbanización, el coche gira bruscamente a la derecha y aumenta la velocidad por el camino de tierra. *Joseph* sigue mirando al frente, inexpresivo.

El coche frena con firmeza, pero sin brusquedad. Rodeados de polvo en el exterior, el tipo se quita las gafas y habla.

—Esteban, el periódico lo puse en el banco para ti.

Por fin puede vencer el bloqueo y le contesta.

—¿Por qué?, ¿qué quieres de mí? —dice Esteban.

El rostro serio y frío de *Joseph* muta hacia una leve sonrisa.

—Sabía que vendrías. Tú eres mi pasado y yo soy tu futuro, Esteban.

—Estimado *Joseph*, todavía no sé qué cojones me ha traído hasta aquí, pero ¿de qué loquero te has escapado? Los viajes en el tiempo no existen.

—Tienes razón Esteban, en tu tiempo no existen en el mío sí, aunque solo se puede viajar al pasado. Yo pertenezco al año 2110 y tu al 2017. Tú no puedes viajar en el tiempo.

Joseph transmite convicción, pero creer en lo increíble es difícil.

—No entiendo nada *Joseph*. El periódico decía que necesitabas un compañero para viajar en el tiempo... ¿Quién eres y qué quieres de mí? —dice Esteban, con desespero.

—Tu ayuda. No se puede cambiar el pasado, pero si el futuro, tu futuro todavía no existe, aunque yo sea parte de él.

—Tú quieres que me explote la cabeza, *Joseph*. Esto no es una novela de ciencia ficción.

Joseph se apoya en un hombro de Esteban y dice.

—Es muy complicado y lo vamos a dejar aquí. Te necesito para impedir que un hijo se quede sin padre, para que el disociador molecular cuántico sea realidad en el futuro.

—Pero, ¿cómo cojones quieres que te ayude? No soy nadie ni tengo aptitudes especiales...

Joseph, relaja su rostro, ahora sí, sonríe.

—Serás padre Esteban y yo tu biznieto.

Dioses y lagartos

El turco Nahndol

Magno llegó a la cima de la montaña. Desde esa altura, lograba ver la vasta extensión del mundo, un infinito tapiz ocre. Se preguntó si en realidad era redondo, como algunos locos decían.

Ya se asomaban en el horizonte las dos lunas.

Comenzó a escarbar en el hielo. El viejo chamán del clan de los verdes, lo había cautivado desde niño, con sus viejas leyendas. "Existió alguna vez un paraíso, uno no muy lejos de aquí" – decía todas las noches junto a las lámparas de aceite. "En ese edén, el lagarto andaba a sus anchas. Un lugar lleno de agua, cristalina y verde como tus ojos, Magno. Bosques enormes, húmedos y fríos, con árboles más altos que una ballena trompuda. En ese paraíso de ensueño las hormigas rayadas, la lluvia negra y los vientos de fuego nocturno, no existían".

Magno se imaginó viviendo allí con su amada Barsine. Enterrando en aquellos campos fértiles sus propios huevos. Compartiendo una enorme choza, construida justo al lado de un manantial azul y transparente.

Lástima que un paraje así, se hubiera perdido en el abismo del tiempo. Ahora, era solo una vieja leyenda. Un cuento para divertir a los más jóvenes, antes de irse a dormir.

Pero el pequeño lagarto verde, el favorito del chamán como todos decían, era distinto a los demás niños. Todos se burlaban de su extraña costumbre, de perder el tiempo mirando por la ventana de su choza. Siempre soñando con convertirse en un aventurero, un viajero audaz capaz de encontrara de nuevo el camino perdido al paraíso.

Continuó hurgando arrodillado. En ese sitio en el que nadie había estado antes, en ese rincón secreto oculto por imponentes masas de piedra, se encontraba la clave para liberar a su raza del sufrimiento. El objeto sagrado que desaparecería de una vez y por todas, los males que atormentaban a su pueblo desde la creación. Ni los feroces y vociferantes líderes, altos y fornidos, ni los grandes chamanes, se habían atrevido a llegar hasta allí. Magno estuvo subiendo durante incontables amaneceres y atardeceres, más allá de las nubes.

La piel escamada del joven explorador se congelaba. A pesar de sus gruesos guantes fabricados con cuero de rumiante anfibio, sus seis dedos eran ya trozos insensibles de hielo. De pronto, sintió algo. Un objeto escondido bajo la tierra desde tiempos inmemoriales, tal vez antes de la creación misma. ¡La llave!

Se decepcionó un poco, al ver que solo se trataba de una vasija plateada. El material no le era familiar, pero se notaba a primera vista que era una especie de vaso metálico. Incluso tenía una pequeña asa a un costado. Un objeto tan cotidiano como ese y a la vez tan peculiar ¿de dónde provenía?

Tal vez había sido abandonado por los dioses, antes de volver al cielo.

Se reavivó su ánimo. Continuó escarbando en el barro congelado, ahora con más

tesón. Aun a riesgo de perder la vida, en medio del frío invernal que lo rodeaba. Esa era la única parte del planeta, donde el viento congelaba todo a su paso y sin piedad.

De nuevo, la sensación imprecisa de que se había topado con algo. Más allá de sus muñecas, había perdido todo sentido del tacto. Una rara piedra surgió del subsuelo. Era negra, con grabados ininteligibles para él. Tenía forma rectangular y aplanada, una pequeña tabla de roca. Sus dos caras, estaban hechas de materiales diferentes. Una era de vidrio. La otra parecía cuero húmedo y liso, como curado y trabajado por los artesanos de los clanes del sur.

"¡Esta sí debe ser la Llave!" - pensó Magno. Sus ojos brillaban como dos antorchas y su mente era un volcán en erupción. Junto al pequeño monolito enterrado, hizo otros hallazgos de menor importancia. Lo guardó todo en la hermosa bolsa que Barsine había tejido para él. Se la había obsequiado la noche en que ella, le había presentado su amor. La llevaba siempre consigo.

La sociedad de los lagartos verdes, tenía costumbres muy simples en cuanto al cortejo. Era la hembra la encargada de tomar la iniciativa. Una vez que había escogido a un macho, debía hacerle un regalo significativo en una especie de celebración. Si él lo aceptaba, el compromiso quedaba sellado ante los dioses y frente a todos los miembros del clan.

El afortunado aventurero comenzó a descender.

Muchos días después, una vez completado el regreso a casa, el lagarto de ojos verdes se encontraba en la cueva del chamán. Dedicaron jornadas completas al estudio de la roca mágica. La Llave, era el regalo que los dioses habían dejado, junto con la promesa de que algún día volverían.

Los rezos de la creación, cantos ancestrales, hablaban de la llegada y la partida de los dioses. Eran deidades solitarias que vagaban por el universo, en busca de una raza a la cual agraciara con el don del raciocinio. Los supremos seres celestiales, habían llegado primero a las lunas del planeta, desde allí observaron por siete días las planicies del mundo. Luego, descendieron para encontrar a los lagartos verdes. A su juicio, los lagartos eran merecedores del magnífico regalo que ellos traían. Una vez obtuvieran el don de la sabiduría, los dioses ya no estarían solos en el cosmos. No obstante, los lagartos eran lentos en aprender el idioma y las costumbres de los dioses. Estos, pronto se aburrían de esperar resultados y decidieron dejar el planeta. Antes de irse, prometieron a la raza de reptiles que regresarían a erradicar la infelicidad y a entregarles un nuevo regalo, el agua de la vida eterna. Para ello, dejarían escondida una llave con la que podrían llamarlos. Cuando la especie del lagarto verde fuera lo suficientemente sabia, sabría donde buscar la llave.

Había que mostrar el hallazgo a los líderes de los distintos clanes. El chamán comenzó a incinerar un puñado de exóticas hojas, muy difíciles de encontrar en el árido mundo de Magno. Del humo emanaba un olor dulce y penetrante, parecía adormecer a todos en el recinto. Solo los más dignos habían sido recibidos en la gruta. Se pusieron de rodillas y oraron mientras Magno, tomaba la Llave entre sus manos.

Traicionado por los nervios, tropezó y el presente celestial cayó golpeando varias veces contra el suelo. La cara de vidrio quedó mirando al cielo, cayada por unos segundos. Antes de que todos recuperaran el aliento, una imagen se reveló dentro de ella

y la Llave habló.

"Mi nombre es Hajji Mehmet. Soy el cartógrafo estelar y último miembro con vida de la expedición GENESIS F. Nuestra misión, era encontrar un lugar idóneo para ser colonizado por la raza humana. Nuestro propio planeta, la Tierra, está languideciendo lentamente en lo profundo del espacio. Muy lejos de este sistema solar. Los científicos estudiaron las estrellas por años, pescando galaxias en donde fuera posible comenzar de nuevo. Entre los posibles candidatos, estaba este mundo, lo etiquetaron con el número de serie 2-51. Es el segundo planeta que orbita el sol del sistema cincuentauno.

Dentro de los setentaicinco sistemas solares encontrados, solo siete planetas parecían ofrecer las condiciones óptimas para ser colonizados. Se envió una misión GENESIS a cada uno de estos mundos. La primera en partir fue la misión GENESIS A. Al llegar a su destino descubrieron que existían altas concentraciones monóxido y metano bajo el subsuelo del planeta. Todos los tripulantes murieron, no sin antes enviar la información a la Tierra.

Nuestra expedición partió tres años después, siendo la penúltima de la serie GENESIS.

Al entrar en la órbita de 2-51, una lluvia de meteoritos alcanzó nuestra nave. Los daños ocasionaron que colisionáramos contra la superficie de una de las lunas del planeta. La más pequeña y más cercana. Gran parte del equipo pereció en el accidente. Los que sobrevivimos, tomamos lo que pudimos y completamos el trayecto en cápsulas individuales, diseñadas para realizar viajes cortos.

Partimos ciento veinte tripulantes de la Tierra, ahora quedo solo yo. Las condiciones de esta atmósfera y este clima, son muy adversas. Sin embargo, estoy seguro que los humanos podemos adaptarnos y acondicionar el medio ambiente. Es posible terraformar. Lamentablemente nos salvamos muy pocos y sin todos los módulos y recursos de la GENESIS F, es imposible lograr con éxito el proceso de adaptación.

Todos mis compañeros han muerto. Ha sido una agonía verlos caer uno por uno. Pero nunca perdieron la fe en 2-51. Yo tampoco lo haré.

Los científicos que lograron completar el viaje, transportaron en sus cápsulas material genético. Decidieron utilizarlo para experimentar, con dos de las especies nativas con más potencial evolutivo. Una, es una clase de lagarto verde, que hemos logrado incluso domesticar. Son nuestros compañeros, su conducta es muy parecida a la de un perro o un gato. Son muy dóciles. A veces, parecieran tener sentimientos. Al menos, eso aseguran algunos en el equipo. La otra especie, es un rumiante acuático parecido a un manatí de la Tierra, también muy avanzado. Yo personalmente, creo que esta última es la especie que tiene más posibilidades de completar con éxito su evolución. Aunque no soy científico, veo que los lagartos responden con más lentitud a las pruebas de nivel avanzado, que continúo realizando.

Nuestra esperanza es que alguna de estas especies, logre alcanzar el nivel necesario para realizar viajes espaciales y algún día, consiga llegar a la Tierra. Para ello, hemos dejado toda la información necesaria en numerosos archivos. Esperamos que puedan informar a la humanidad sobre el éxito de la vida en 2-51. Que guíen a nuestra raza a este mundo y puedan garantizar su supervivencia. Siempre estuvimos claros, en

que antes pueden pasar cientos de años. Pero, no hay prisa. La vida es como un juego de póker, no se termina hasta la última mano. Todavía faltan por jugarse muchas partidas, se los puedo asegurar.

Este comentario creo que es más bien filosófico, no le presten mucha atención.

Si alguien está viendo este mensaje, es porque nuestro plan tuvo éxito o porque alguna otra expedición arribó al planeta. Lo segundo es improbable. Al no tener contacto con la GENESIS F, seguramente se optó por cancelar el estudio de este sistema. Era una de las reglas: expedición perdida, destino cancelado. Espero haber tenido un lindo funeral simbólico en mi ciudad natal.

Según mis cálculos, una tormenta de meteoritos se acerca nuevamente al planeta. Una mucho más terrible, que la que nos encontramos al llegar, hace cuarenta años.

Enterraré todo el material que pueda, en la cordillera que bordea las llanuras de la zona meridional de esta región. De esta forma estará un poco más seguro. Deben saber que alrededor de este mensaje, están sepultadas otras tablas como esta. En ellas, están todos los datos e información que requieren para poder viajar a las estrellas y a la Tierra. Les gustará, es un lugar hermoso, un paraíso en comparación con 2-51. Lamentablemente, es un paraíso condenado.

Hay también información sobre agricultura, minería, ciencia, cultura, música, escritura, astronomía y todo lo que puedan necesitar para enriquecer su civilización.

Esta, es solo la primera parte de los mensajes que les dejo."

Era obvio que aquel ser de luz, hablaba en el antiguo lenguaje de los dioses. Algunas palabras tenían sentido para los lagartos verdes. Se reunió entonces, a los chamanes más viejos, los que conocían el olvidado lenguaje. Los líderes de los clanes y el grupo de ancianos, estuvieron reunidos por semanas. Encerrados en el más hermético claustro, interpretando el mensaje de los dioses.

Una vez traducido, se tomó la primera decisión. Nadie a parte de aquel reducido grupo, debía saber jamás sobre la existencia de la Llave. Los viejos chamanes, fueron lanzados al volcán más profundo y lejano, de aquellas tierras.

No se volvió a saber de Magno. Algunos decían que había enloquecido, al descubrir que las antiguas leyendas eran simples historias, imaginadas por los ancestros de los clanes. Otros decían, nunca había regresado de su absurda aventura, en busca de la Llave.

Barsine murió de una enfermedad poco común, en la misma época.

A partir de aquellos días, un grupo selecto de clanes comenzó a prosperar repentinamente y sin explicación. Todos estaban tan maravillados, que ya nadie recordaba las viejas leyendas sobre dioses y llaves.

Nieve

Echeverría, Guillermo

Apenas un rayo de sol toca su cara, se despierta.

Lo primero que hace es agarrar su pequeña mochila, abrir la puerta con cuidado, y asomarse al exterior.

Su mano derecha toma un puñado de nieve del suelo, sus dedos lo frotan buscando ablandarlo, lo introduce en una abertura de la mochila y cierra la tapa. Un leve pitido le dice que esa nieve se está calentando y derritiendo; antes de que llegue a la temperatura justa, le quedan pocos minutos para introducir los granos azules y que se muelan. Una vez que los granos molidos ya están dentro del proceso, deja la mochila en la mesa y va a asearse, como todas las mañanas.

El desayuno como siempre es afuera, y como siempre, el viento helado de la mañana termina de despertarlo.

Tomando la infusión mira en derredor y nada lo sorprende, siempre el mismo paisaje blanco, los mismos árboles, las mismas montañas, la misma nieve caída durante la noche anterior, el mismo cielo celeste que se despeja. La sensación de transparencia que da tanta cantidad de hielo y nieve, la soledad, el mismo silencio que ayuda a calar los huesos.

Pero ese día el cielo no es el mismo.

Un trueno lo sobresalta y mira hacia arriba. Algo rojo, apenas perceptible, está cayendo.

Se queda sin aire.

Le empiezan a temblar las manos.

Se aferra a la mochila con fuerza y toma largos sorbos: eso lo ayuda a serenarse. Después de observar durante varios minutos, sin distinguir qué es lo que cae, entra en su refugio, desesperado, y sale con los "anteojos mágicos".

Escucha otro trueno.

Apenas alcanza a ver la distorsión atmosférica, pues el hoyo espaciotemporal ya se ha cerrado.

Después de unos minutos de observación, los anteojos se enfocan y, finalmente, ve lo que está cayendo: un abanico de paracaídas rojos sosteniendo algo blanco. Tomando la infusión sigue el descenso del objeto para determinar su trayectoria; cuando ve que va hacia el bosque del sudeste resopla con disgusto, no es un buen lugar.

Media hora más tarde está cerrando su refugio, un viejo fuselaje reciclado cubierto por una loma de tierra y escombros. En la puerta todavía se lee RO-L-KON 97 en letras gastadas de color verde y con tipografía militar muy antigua.

Con movimientos rápidos y eficaces oculta la puerta y las ventanas con ramas y nieve.

No sabe qué es un RO-L-KON 97, si en los últimos ocho años se lo había preguntado, ya no le interesa; tampoco le interesa cómo ese fuselaje fue a parar allí, si alguien lo habitó antes que él y para qué.

Toda su atención está en que nada falte en su equipo, que el cuchillo esté bien enfundado en su vaina, que el carcaj este lleno, que la cuerda de su arco no esté floja y, en especial, que la mochila esté contra su pecho, bien sostenida por el abrigo y con la bombilla flexible al alcance de su boca.

Los "anteojos mágicos" fueron un gran hallazgo en el RO-L-KON 97. Se polarizan apenas perciben los reflejos de la nieve, tomando un color azul oscuro; cuando uno mira algo en concreto se enfocan y hacen zoom sobre ello; y apenas uno se pone a caminar, muestran un mapa de la zona. Tampoco se pregunta cómo los anteojos pueden hacer todo eso con sólo tenerlos puestos, simplemente los usa.

Únicamente se concentra en caminar sin hacer ruido y sin dejar de mirar en todas direcciones. La fauna y la flora no son muy amigables aquí.

El calor de la mochila contra su pecho lo acompaña y lo tranquiliza.

El camino es duro, tanto se puede hundir una pierna hasta la mitad de la pantorrilla en la nieve, como pisar hielo duro y resbalar, con el consiguiente peligro de romperse un hueso.

Después de varias horas acompañado de su fiel infusión, llega a la cima de una loma de puro hielo y nieve; es un muy buen mirador. Desde allí arriba confirma que, lo que sea que haya caído, terminó en el bosque del sudeste. Muy a lo lejos se ve una pequeña mancha roja.

Suspira. Es un día más de viaje, de modo que emprende el camino en ese mismo instante; tiene que saber quién o qué es lo que cayó.

No le gusta estar expuesto, destacar entre lo blanco, así que baja la loma lo más rápido que puede, tratando de mantener el equilibrio. Se siente más cómodo entre los árboles, donde puede ocultarse con relativa facilidad; pero siempre y cuando no pase cerca de un tarskider. Si alguien comete el error de apoyarse en uno, el tarskider comerá muy bien ese día. Y este horrible lugar está lleno de ellos.

La noche llega y ya está acompañado por los árboles. Se acurruca junto a un tronco cuyas raíces forman un leve hueco, arma su pequeña carpa térmica y se dispone a dormir. Todavía el cielo está despejado, las dos lunas están llenas y sobre la nieve danza un doble juego de sombras.

Su mano derecha toma un puñado de nieve del suelo, sus dedos lo frotran buscando ablandarlo, lo introduce en una abertura de la mochila y cierra su tapa; eso le dará calor y lo alimentará.

El problema no es que tarda en dormirse, sino que sueña...

Sueña con la soledad, la desesperación, la angustia, el llanto, la incertidumbre. Sueña con sonidos, golpes, sollozos, tiros, gritos, explosiones. Sus sueños son tan

vívidos que huele la sangre, la carne en descomposición, el fuego. Pero, cuando aparecen las caras, ya es demasiado.

Despierta sin aire.

Le tiemblan las manos.

Toma la infusión una y otra vez hasta que se calma; pero ya no puede volver a dormirse...

La guerra había sido larga y sangrienta. Ciudades destruidas, campos arrasados.

Sólo muertos, millones de muertos. Nadie tomó enemigos prisioneros y no dejaron heridos. No respetaron a nadie: ni a viejos, ni a mujeres, ni a niños.

Hubo valientes de ambos lados, y cobardes también.

Su planeta fue arrasado, y de los agresores quedaron tan pocos como de los agredidos.

Esas imágenes lo acompañan siempre. Son como sombras que no se alejan.

El nuevo día de camino es penoso, la nieve y el viento dificultan su andar; unas veces tiene que detenerse y refugiarse hasta que la tormenta amaine, otras resbala y rueda por pendientes heladas. En plena marcha pisa hielo quebradizo y está a punto de caer en una abismal fosa; pero por suerte no se rompe ningún hueso y su mochila queda intacta.

Finalmente llega al bosque del sudeste. Una inmensa extensión de hielo recubierto de nieve. Y, por todos lados y a la misma distancia unas de otras, gruesas y altas columnas cuyas partes superiores, siempre cubiertas de nieve, se doblan unánimemente hacia el mismo lado. Son muy extrañas, muy fálicas, no parecen naturales. La primera vez que se acercó a una de ellas, hubo una leve vibración, parecía que hubiese detectado su presencia.

No sabe qué son y nunca le interesó, el bosque no se mete con él, él no se mete con el bosque; regla número uno de la supervivencia.

Las columnas están muy separadas y él no quiere acercarse a ellas, así que es difícil avanzar escondiéndose; además, como todas las columnas son iguales y la ventisca permanente borra las pisadas, si no se tiene una brújula uno puede terminar perdiéndose. Es imposible guiarse por el ambiente. Y el sistema de guía de los anteojos no sirve aquí.

Después de un par de horas de avance ve, a lo lejos, el objeto de su búsqueda.

Se agita.

Las manos le tiemblan.

La infusión lo tranquiliza una vez más.

Se pone los anteojos mágicos y mira: los paracaídas rojos están atados a una esfera de metal blanca y, a unos metros de ella, hay una carpa de supervivencia.

Entra en pánico, casi no puede sorber la infusión. Él había robado una de esas esferas de sus enemigos, los korck, y con ella había llegado allí.

¡Así que lo han encontrado! Tal vez la esfera en la que llegó hacía años tuviese un rastreador.

No puede parar de temblar.

Él no había tenido tanta suerte, sus paracaídas no se abrieron en su totalidad y se estrelló, la esfera quedó destruida pero él no sufrió ni un rasguño; toda rota fue fácil enterrarla. Pero, obviamente, el rastreador debió seguir funcionando.

La infusión lo calma; después de tomar, tomar y tomar, ya casi no le queda nada.

Lo buscarían y lo matarían, pero no se los haría fácil; él era un combatiente y ellos apenas milicianos.

Una voz lo sobresaltó.

—¡Padre!

—¡Quietos, korcks, no se muevan!

—Padre, ¿qué te sucede? Soy Kartsin. Vinimos a buscarte, ¡por fin te encontramos!

—Yo no soy tu padre. Te han transformado bien, pero no vas a engañarme, korck.

Con lágrimas en los ojos, la korck le contesta:

—Padre, ¿qué te sucede? Ya no quedan humanos, los hemos exterminado, ¡venimos a llevarte a casa! Allí te repondrás y estarás bien.

Mientras su compañero la consuela se queda mirándolos.

Luego de un rato le contesta:

—¡Hija!

Ella corre hacia él y ambos se abrazan llorando.

Durante el regreso está muy tenso y siempre alerta, ya no tiene más infusión para tomar.

En el camino, Kartsin le habla de la "familia", de lo contenta que estará su "madre" de volver a verlo, de que por fin ella podrá "casarse" con el korck que la acompaña —un héroe de guerra—, y también le confía, entre sollozos, que por fin está superando las violaciones que padeció durante la invasión de los humanos.

Ya en el RO-L-KON 97, los korcks se asean y se sientan a cenar con su anfitrión. Es una cena sencillamente preparada, pero sabrosa y abundante. Después de tres horas de charla, y ya cansados, todos se van a dormir.

Dos horas después de haberse acostado, se levanta, toma su cuchillo de debajo de la almohada y degüella al korck macho. La joven no se ha despertado y él se queda un rato mirándola: al parecer le habían quitado todo el pelaje corporal, dejándole solo el de

la cabeza, pero su piel no había quedado lo suficientemente lisa. Incluso por momentos juraría que casi podía ver su característica pelambre.

Humana... Korck... la imagen cambia frente a sus ojos.

Con un rápido movimiento la toma del pelo y la saca de la cama.

A los gritos, ella trata de resistirse: "¡Padre!, ¿qué haces?, ¡padre!", pero no consigue nada.

La ata a los barrotes de la ventana del RO-L-KON 97 y le golpea la espalda con su cinturón. Hace esto por varios días, quiere que le diga si hay más korcks buscándolo, y cómo es que lo han encontrado. Ella trata de convencerlo de que es su hija, pero él no la escucha.

La infusión lo ayuda a estar sereno y a mantenerse con la cabeza fría.

Aparentemente ha logrado que el sistema de camuflaje de la korck falle y, por momentos, la espalda de esta se encuentra llena de sangre gris chorreada, pegándole el pelo a las heridas abiertas; mientras que, por otros, ve manar sangre roja sobre una superficie lampiña.

Después de varios días de golpearla, la korck, ya muy débil, sólo puede balbucearle: "Padre, tú eres un korck".

Viendo que por su estado ya no podría seguir intentando sacarle información, decide que lleva mucho tiempo sin estar con una hembra, y que una korck le vendría tan bien como cualquier otra cosa. Después de todo, aquello era lo que los humanos como él habían hecho al invadir el planeta de los korcks.

La debilidad de la hembra le permite manejarla como un títere, así que le apoya el torso sobre la mesa, la toma del pelo y la sodomiza.

Hace con ella lo que quiere durante varios días más. Ya no le importa lo que le diga, solo humillarla.

Finalmente es tan violento que termina rompiéndole el cuello.

La arroja al piso.

Arrastrándola hacia afuera, deja su cadáver junto a los huesos de su devorado amigo. Las alimañas del planeta los comerán a los dos por completo, y no lo molestarán a él por un tiempo.

Viendo los huesos del macho, reconoce la anatomía korck. Y sonrío.

Su peluda mano derecha toma un puñado de nieve del suelo, sus siete dedos cubiertos de pelo lo frotan buscando ablandarlo, lo introduce en una abertura de la mochila y cierra la tapa. Un leve pitido le dice que esa nieve se está calentando y derritiendo, antes de que llegue a la temperatura justa le quedan pocos minutos para introducir los granos azules y que se muelan.

Salir antes de entrar

Díaz Marcos, José Luis

1

Nada ni nadie es infalible. La tecnología, por ende, tampoco. Ni siquiera en el avanzado siglo XXII. Ni mucho menos. Una clara muestra de ello fue el curioso incidente protagonizado por Lucas-JB37 en su propio hogar. Con su cabina teletransportadora.

Dominado ya el proceso cuántico del desplazamiento a distancia, la cabina creada *ad hoc* se había convertido en un electrodoméstico de uso común. Imposible llegar tarde a cualquier lugar civilizado. Imposible, también por culpa de los trayectos y sus vicisitudes, la demora o la pérdida de cualquier elemento que cupiese en aquella. A efectos prácticos, el espacio terrestre, aéreo o cósmico entre dos unidades teletransportadoras había sido, literalmente, eliminado.

Por fortuna.

Casi siempre.

2

Metido en el telecilindro de su empresa al cabo de la jornada, Lucas pulsó «Star» dispuesto a sentir el hormigueo previo a la materialización en su lejano domicilio, a más de setecientos kilómetros al oeste de allí.

El destino quiso que otro «Star» simultáneo, el de Telepescadería, remitiera el besugo que aquel, aficionado a manchar la cocina, pensaba convertir en su cena.

En circunstancias de normal funcionamiento, la cabina de Lucas, dotada, como todas, con un lógico y sofisticado mecanismo de «Salir antes de entrar», habría impedido la coincidente recepción. Pero las circunstancias y el normal funcionamiento de cualquier cosa no siempre van de la mano. Como ahora. Como entonces.

A algún sistema electrónico se le debieron cruzar los cables o fundir los plomos, y el prudente «Salir antes de entrar» acabó convertido en un despreocupado «Vosotros mismos». De esta forma, y como si de un acelerador de partículas circular se tratase, los átomos de Lucas y del pez fueron recibidos, respectiva y simultáneamente, a derecha e izquierda, colisión frontal sin airbag, en la cabina teletransportadora del primero.

El resultado del choque cuántico fue equiparable a patear sendos y vastísimos puzzles ya montados y todavía sin encolar: sus quintillones de piezas saltaron por los aires mezclándose sin orden ni concierto para fusionarse, cóctel mixto de ADN, un nanosegundo después.

3

La imposibilidad fue instantánea: no podía respirar. Lucas boqueaba, se asfixiaba, como un pez fuera del agua. Como un pez cualquiera idéntico, o no, al besugo («¿Con orejas?! ¡¿Mis orejas?!») tirado en el suelo junto a una burbuja-envase de Telepescadería.

Y Lucas comprendió. Había oído cosas parecidas. No en vano, su cabina teletransportadora *también* provenía de Thanty-Mao, colonia industrial ubicada en Marte cuya mayor preocupación productiva no era, precisamente, la calidad. De hecho, y según la industria basurera, los artículos «Made in Thanty-Mao» no servían ni para tirarlos.

Acuciado por el ahogo, y más movido por el instinto que por el entendimiento, corrió hacia la fuente más cercana que manó en su cerebro.

4

La tapa permanecía, como siempre, levantada. Ello evitó perder un tiempo precioso al congestionado JB37 antes de meter la cabeza en el váter y accionar el mecanismo de la cisterna: un ruidoso chorro oxigenó sus «¿Branquias?!» atenuando, además, la peste del «¡Buf!» asomado desde el fondo de la taza.

El trago, nada gourmet, le resultó... insuficiente: estaba soso. Y el cuerpo le pedía, además de oxígeno, sal. Lucas lamentó que los besugos no fueran peces de río: «¡Si salgo de esta, y por si las moscas, la próxima vez pido una trucha!».

5

En la cocina, al borde del colapso, puso el tapón del fregadero y abrió el grifo, frenético. «¡¡Sal!! ¡¿Dónde está la sal?!». Por suerte para él, la encontró cerca.

Vertido el contenido del salero en el agua y hundida la cabeza en esta, Lucas, «¡Por fin!», pudo respirar. «¡Uf...! ¡No hay nada más asfixiante que la falta de aire! ¡¿Qué hago?! Piensa,... piensa... ¡Ya está: el servicio técnico! ¡Ellos sabrán qué hacer!».

Tanteó a su alrededor. En el segundo seno del fregadero encontró lo que buscaba. O algo parecido: una cacerola con residuos de lentejas. La llenó de agua salada y metió la cabeza dentro. Provisto con semejante reserva portátil de aliento, Lucas se dirigió al salón tropezando con esquinas y muebles en busca de su webphone.

6

—Servicio técnico de teletransporte Thanty-Mao. ¿En qué puedo servirle?

—ofreció una atenta señorita a través de la pantalla.

Lucas sacó la cabeza, chorreante.

—¡Una emergencia! ¡La cabina! ¡El besugo! ¡¡Yo!!

Volvió a sumergirse en el agua.

—Deje que se lo pregunte, señor: su cabina es una Thanty-Mao. ¿Estoy en lo cierto?

Lucas asintió desde el interior del acero inoxidable.

—Entiendo. Su problema es un fallo en el secuenciador de transferencias, ¿verdad?

Aquel volvió a asentir.

—No se preocupe. Bastará con introducirse nuevamente en la cabina y pulsar la opción «Reverse». Ello hará que las transmisiones y sus respectivos contenidos, completos y ordenados, vuelvan también a sus respectivos lugares de emisión.

—G, gracias... —barboteó Lucas antes de salir corriendo y estrellarse, amorrado en el agua de la cacerola, contra la vidriera repleta de porcelanas.

7

Medio conmocionado por el golpe y la repentina apnea, Lucas trastabilló sobre los trozos de su maltrecho legado familiar hasta la cocina. Otra vez. «¡Atento: has vaciado el salero y la vecina no está!», se dijo ya con la cabeza metida de nuevo en remojo.

«¿Seguro que...?». ¿Era así de fácil? ¿De verdad bastaba con revertir el proceso teletransportador para que todo volviese a la normalidad? ¿Podía fiarse de un servicio técnico cuyo producto *low cost* no valía ni el importe de sus piezas?

Y lo más importante: ¿Tenía otra alternativa? Que a él se le ocurriese, no. «Pues eso... Y rapidito, además. No sea que la posibilidad de cambio caduque y me quede así para siempre. ¡Qué miedo! ¡Ni en broma!».

Presas del pánico, huyó, ahora tanteando con el pie ante sí, hacia la maldita («¡En qué hora se me ocurriría comprarla!») cabina.

8

Centímetro a centímetro, vísteme despacio que tengo prisa, Lucas buceó en su pecera metálica con restos de lentejas hasta la Thanty-Mao.

Un turbio vistazo reveló que la entrada de aquella, curvatura de supuesto cierre automático, permanecía abierta. «¡Ay, madre! ¡No se le cierra ni la puerta y se supone que va a dejarme tan feo como era!».

Pero no fue esta eventualidad, sin embargo, la que provocó su mayor asombro: dentro del artefacto, el besugo de Telepescadería, el único de la historia con orejas humanas, ¡las suyas!, había desaparecido dejando la mera y brillante humedad de su silueta.

9

«¡P, pero...! ¡¿Por qué me pasa esto a mí?!».

¿Qué había ocurrido? ¿Se había activado, vete tú a saber cómo, el mecanismo teletransportador enviando así al quimérico pez hacia... hacia...? Imposible: el funcionamiento de la máquina sin clausurar era negado tajantemente por las... instrucciones...

«¡Sí, claro: las instrucciones de una cafetera! Aunque... ¿Y si...?».

Una vez más, sacó la cabeza del agua y buscó a su alrededor. Acababa de recordar algo de vital importancia para sus circunstancias: no vivía solo. Y a su compañero de piso, además, le chiflaba la carne escamosa.

«¡Ojalá haya sido él! Aún estaría a tiempo...». Sabía que esta hipótesis, remota o no, podría haberse materializado con absoluta normalidad. De hecho, y para más señas, su colega de sofá lucía un sedoso color negro, tenía cuatro patas y era, antes que cualquier otra cosa, un gato.

10

—¡B, bigotes! ¿D, dónde estás? ¡Ven,... bonito,... ven...!

No era nada sencillo, en absoluto, la simple, o ya no tan simple para él, tarea de hablar. Y no solo por su recién adquirida insuficiencia para asumir el oxígeno del aire, sino por el hecho mismo de expresar las palabras. Sin duda, el genoma piscícola, poco dado a las conversaciones, tenía mucho que ver con el problema.

«No puede haber ido muy lejos. No cargando, espero, con un besugo de casi dos kilos».

Lucas recorrió la habitación, cacerola en mano, sin encontrar al felino. Pero tuvo más suerte, o no, según se mire, poco después. En uno de los dormitorios. Debajo de la cama. Tras dejar el recipiente en el suelo, lo descubrió relamiéndose de gusto mientras daba buena del pez.

—¡F, fuera! ¡Vete! —soltó braceando.

Por su parte, Bigotes, nada contento con la desabrida interrupción, tragó el bocado que degustaba y mordió, sañudo, la mano de quien siempre le había dado de comer y ahora, sorpresas te da la vida, pretendía robarle el alimento. Así las cosas, el futuro inmediato no pintaba nada bien y el minino, suspicaz por naturaleza, exhibió una

envidiable agilidad para desaparecer sin decir ni miau.

11

—¡¿P, pero qué has hecho, animal?!

Arrancada de cuajo, al besugo le faltaba la oreja derecha. ¡Su oreja derecha!

Lucas recordó a Bigotes masticando solo unos segundos antes y se le revolvió el estómago. «¡¿Y ahora, qué?! Suponiendo que la inversión del teletransporte funcione, que igual es mucho suponer,... ¡¿Me voy a quedar mocho?!». En su atribulada mente apareció una súbita luz, esperanza real o inventada, que vino a disolver las sombras del temor: en alguna parte había leído, o alguien le había dicho, o él quería creer, que *todo* el ADN de los seres vivos se encuentra en *todas* y cada una de sus células. Por tanto, dedujo, los «planos» para recomponer su pabellón auditivo derecho también estaban almacenados en el izquierdo. «¡Más me vale!».

«¡¿Y cómo llevo...?! », se dijo ante la dificultad logística que se le planteaba a continuación. ¿Cómo trasladaba hasta la Thanty-Mao un besugo de casi dos kilos de peso sin soltar el líquido salino que le permitía seguir respirando?

«¡Si esto es el karma, el mío *también* está roto!».

12

«Empujando con el pie. No es el *summum* de las ocurrencias, pero funciona». De nuevo, centímetro a centímetro, «¡No metas la pata, nunca mejor dicho, que la diñas!», y amorrado en el líquido elemento, se dirigió hacia el calvario de su particular vía crucis. «Me fastidia decírtelo, sí, pero es la pura verdad: Lucas-JB37, no podrías ser más patético».

13

«Ha llegado el momento. Por fin y también por qué. ¡Ay, madre! ¡Que me quede como estaba! ¡Que tampoco es que sea mucho, pero sí es mucho más que este poco!». Ya en el interior de la Thanty-Mao, con el besugo a sus pies, Lucas pulsó el botón «Open» para provocar alguna reacción preliminar, puro tanteo, y la curvada puerta, paradójicamente, se cerró: una ola de ardiente claustrofobia lo invadió al instante. Creyó posible, incluso, hacer hervir el contenido de la cacerola con el rubor de sus mejillas.

«¡Venga, ánimo!»

Alargó la mano, tembloroso, hacia el botón «Reverse».

«¡No, espera! ¿Y si... y si mando el trasto y su servicio técnico a freír monas y me

arriesgo a seguir buscando otra opción? Claro... ¡¿Y si te quedas así pa´ siempre,... gallina?!», se recriminó, implacable. «¡Desde luego, qué mala idea tienes contigo mismo algunos días! Pero también tienes razón: el riesgo es demasiado grande para correrlo».

Dudó unos segundos más, inspiró profundamente dentro del agua, ya demasiado viciada, y en su fuero interno atajó por lo derecho, «¡Qué sea lo que tenga que ser!», antes de invertir su ¿último? teletransporte. «¡Ups!».

14

«Parece que sigo vivo...», pensó tras experimentar el proverbial hormigueo del viaje cuántico. «Al menos, eso parece, empezamos bien». Sacó la cabeza del agua y, para su infinita alegría, comprobó que respiraba con absoluta regularidad.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Síí...! —gritó ya sin branquias en el cuello, a pleno pulmón, eufórico.

Se abrió la puerta de la cabina y...

—¡¿Dónde estoy?! ¡Este sitio no es mi oficina!

La visión del pescado y, sobre todo, de su característico tufo, lo invadieron al instante. Para su sorpresa, ambos le resultaron tremendamente seductores, muy, muy apetecibles y comenzó a salivar de manera incontrolable.

—¿Q, qué me pasa...?

Miró sus manos, confuso, y quedó estupefacto: aquellas ya no eran tales, sino garras, auténticas y felinas garras. Desnudó entonces sus brazos y los descubrió cubiertos por una abundante y sedosa pelambreira de color negro. Y sus orejas, ¡ambas y muy puntiagudas!, se habían desplazado hasta la parte superior de su cabeza. «¡Thanty-Mao, Lucas! ¡Thanty-Mao por segunda vez!».

Y entonces cayó en la cuenta. La máquina había repetido y agravado el desastre inicial añadiendo el ADN felino, presente en la saliva de Bigotes, al primer cóctel genético intercambiando, además, los orígenes de los teletransportes. Por esa razón, él estaba ahora en Telepescadería convertido en hombre-gato y el besugo había acabado, supuso, en su oficina convertido en... «¡No! ¡No quiero saberlo!».

Un grito animal, repentino y estruendoso, le heló la sangre. Alerta como nunca lo había estado, se le erizó el vello de la espalda y la nuca. Las uñas de sus garras se desenfundaron, «¡Fiu!»., como navajas automáticas. Acto seguido, trepó con pasmosa ligereza hasta la parte superior de una estantería próxima.

El autor del grito, del ladrido, había sido un enorme rottweiler, todo músculos y dientes, que apareció a la carrera con el rostro desencajado por la furia.

—El guardián del castillo... ¡Lárgate! —ordenó Lucas arrojándole un pulpo.

El perro ignoró el mandato.

—Si es lo que quieres... —concedió aquel disponiéndose a devorar una sabrosa lubina recién pescada.

Hardcorp

González, Maielis

Cualquier cosa que no sea la inmortalidad es una completa pérdida de tiempo.

Bender, Futurama.

Cuando era niña siempre iba a pasar una temporada a la Reserva Natural Corporativa junto a mi familia. Mi padre trabajaba para el departamento de Neuro-programación de la Compañía de Inteligencia Computacional y le permitían una vez al año viajar allí para recuperarse de la constante tensión a que estaba sometido, día y noche, en su puesto de trabajo. Y a todos nos servía la experiencia para olvidar, aunque fuera por breves momentos, el asfalto, la vibración de las fábricas de ensamblaje y el aire viciado de la ciudad.

Mi madre decía que aquello era muy bueno y que debíamos aprovechar esas oportunidades para reconectar con la Naturaleza. Existían ya muy pocas zonas verdes a las que pudiera tener acceso la gente común como nosotros, pues en su mayoría estaban muy distantes de las ciudades o se encontraban protegidas por gigantescos domos electromagnéticos, diseñados para preservar la flora y la fauna autóctonas.

A mi hermano Xean se le daba muy bien el tránsito entre el habitual encierro de nuestro cuarto de juegos... o nuestra sala de navegación, o nuestra aula en la primera enseñanza, o todos esos lugares cerrados en que a diario nos movíamos, y aquellos inmensos e inquietantes espacios abiertos de la Reserva. Al momento de llegar se ponía a correr y saltar sobre la hierba, a levantar, admirado, piedras, ramas y hojas que encontraba en su camino o a intentar atrapar cualquier bicharraco que se le cruzara. Reía muchísimo y de inmediato se ensuciaba las manos y la ropa con la tierra siempre húmeda de la Reserva. Mi madre lo miraba enternecida y me incitaba a yo que hiciese lo mismo. Pero para mí aquel cambio era muy difícil, y pasaba bastante tiempo antes de que me arriesgara a pisar aquel suelo irregular y barroso, que tan poca seguridad parecía ofrecerme.

Cuando fui creciendo aquella sensación de peligro inminente que experimentaba cuando estaba fuera de casa se fue haciendo más profunda, hasta el punto de que ya no podía abandonar siquiera mi habitación sin sentir una terrible náusea y visualizar cómo el mundo comenzaba a caerse a pedazos sobre mi cabeza. Mis padres no tenían ni tiempo ni créditos para ocuparse de mi extravagante padecimiento, así que se adaptaron a las nuevas condiciones de mi cautiverio autoinfligido. La idea de la muerte cada vez me aterraba más. Y el cuerpo endeble y defectuoso con el que habíamos sido diseñados los humanos me hacía sentir que tenía toda la razón del mundo en no querer salir. Pensaba que innumerables peligros esperaban acechantes a que yo cruzara el umbral para hacerme morir de la manera más dolorosa y dramática posible.

Este miedo se acentuó luego de la muerte de mi hermano Xean. Tenía él catorce años y participaba en un recorrido escolar por el Museo de Historia Natural cuando

ocurrió el atentado de las Valkirias, ese grupo terro-feminista que intentaba llamar la atención sobre el cambio climático y la guerra epidemiológica a través de métodos bastante radicales. Treinta y cuatro personas murieron en el atentado, entre ellos mi hermano Xean. Yo tenía quince y el incidente –como se comenzó a denominar la muerte de mi hermano en el ámbito familiar, a imitación del insulso lenguaje periodístico– me hizo caer en un ostracismo infinito y no volví a salir de mi habitación en meses.

En todo caso, ¿para qué necesitaba salir afuera? En mi habitación tenía todo lo que me hacía falta para comunicarme con el único costado de la realidad que me interesaba: el ciberespacio. Pero aquellas eran épocas anteriores a la inmersión total y la Red aún no producía sensaciones quinestésicas, así que sentía que algo le estaba faltando a mi realidad. Quizás esto tuvo que ver con el despertar de mi apetito sexual. Aunque tardíamente, la curiosidad por saber cómo se sentía otro cuerpo pegado al mío, manos distintas palpando mi piel, piezas desgarrando sutiles membranas y penetrando en mi anatomía, me llegó como al común de los mortales. Las experiencias de sexo virtual, incluso teledildónico, no me eran suficientes. Eso fue lo que me ayudó a llenarme de valor y abandonar la seguridad de mi habitación. Eso y las píldoras ansiolíticas que comencé a comprar on-line.

Tardé en decidirme. Por alguna extraña razón sentía que si me disponía a salir de mi trinchera lo debía hacer por la noche. La oscuridad me iba a proporcionar un aura de seguridad, un abrigo que no iba a tener a plena luz del día. Algo había en los alumbrados públicos y en los neones que hacía que los relacionara con mi protección. Así que en mi primera salida me dirigí, toda nerviosa y con mi cuerpo y mi cara realizando las más incontrolables contorsiones y los más embarazosos tics, a un club underground en donde se reunía gente muy variopinta. Crucé los dedos para que el efecto del medicamento no pasara muy rápido y me dispuse a seguir los pasos de todos los tutoriales que había consultado para prepararme para mi primera incursión en el espacio exterior: «Seis sencillos tips para ligar en un club», «Contacto interpersonal al alcance de todos» o «¿Qué decir, cómo hacer y dónde tocar en una primera interacción con otro ser humano».

Pensé que iba a ser más traumático. Al rato de estar sentada en la barra se acercaron a mí dos tipos. Sus nombres de guerrilla eran Bazuka y Playboy. Se trataba de dos trans que estaban a las puertas de dejar de ser orgánicos del todo. Yo, la verdad, conocía bastante poco de la transhumanidad y no confiaba mucho en los servomecanismos; pero ellos creían firmemente en que, una vez que sus cuerpos pasaran a ser cien por ciento inorgánicos, alcanzarían la trascendencia.

Repetí la visita varias veces. En cada ocasión me resultaba menos difícil llegar allí desde el apartamento al que había resuelto mudarme -una vez que los medicamentos comenzaron a surtir un efecto más prolongado-, pues ya relacionaba el sitio con un sentimiento de confort. Bazuka y Playboy se volvieron mis amigos. Me gustaba escucharlos hablar, me parecían tipos muy simpáticos. A la sexta semana me invitaron a una ciborg-orgía y acepté haciendo un esfuerzo para controlar mis impulsos de regresarme corriendo a casa. Me lancé a la boca una segunda dosis de ansiolíticos y los seguí en silencio por las calles fantasmagóricas del underground de la ciudad.

Llegamos a un antro de mala muerte donde un montón de trans contorsionaban sus cuerpos implantados al ritmo de la música sensorial. Me dejé llevar por la manada y

las oleadas melódicas penetraron en mi corteza cerebral y removieron instintos libidinosos. Al rato todos empezaron a manosearse frenéticamente y una alarma se encendió en mi inconsciente. Di brazadas tratando de no ahogarme en el mar de cuerpos que se aprestaban para la bacanal, cuando Bazuka me tomó por los hombros y me llevó a un apartado.

—¿Te sientes bien? —me preguntó con cara de preocupación. —Me he dado cuenta de que estas cosas te ponen nerviosa. No creas que no sé que ahora mismo estás bajo medicación.

Yo puse cara de sorpresa y entonces me explicó que podía leer esas reacciones en mi organismo gracias a sus implantes oculares. Lo miré a sus ojos de ciborg por unos momentos y poco después comenzó a acariciar mi cuello y me besó en la boca. Nos desnudamos y siguió hurgando con metodismo profesional en los rincones de mi cuerpo. Me palpaba, olía y lamía con delicadeza y asombro, como si hubiera olvidado cómo se sentía un cuerpo orgánico. Finalmente me penetró con su miembro servo-modificado y el dolor se combinó en mi cerebro con la música sensorial hasta convertirse en un impuso placentero que me obligaba a moverme de arriba a abajo sin que pudiera hacer nada para evitarlo.

Aunque yo no tuviera un punto de comparación, podía entender que Bazuka estaba haciéndome cosas que un humano común y corriente no hubiera sido capaz de hacer con su mediocre equipamiento. Entonces vino el gemido incontenible, el temblor magnitud cinco en la escala de Richter, el silencio al interior de mi cabeza, la paz.

Terminé haciéndome asidua a esos encuentros. Ellos, los trans, ponían mucho cuidado de tratarme con extrema suavidad, pues sabían que mi endeble cuerpo orgánico era propicio a las rupturas y los desgarramientos, a diferencia de sus fuertes carcasas de fibra de carbono. Cada vez tenía más amigos trans y aunque al principio sus ideas me sonaron muy descabelladas, poco a poco empecé a verlas como una solución definitiva para mi agorafobia. De modo que me armé de valor y decidí comenzar mi proceso de transformación.

Lo primero que cambié fueron mis ojos. Siempre me había molestado tener que estar usando lentes de contacto para corregir mi miopía inoperable, así que no dudé en sustituirlos por un par de implantes que conectaban unas sofisticadísimas cámaras a la corteza visual de mi cerebro y me evitaban tener que volver a preocuparme por ese asunto. Todavía esta era una operación bastante común y prácticamente no se echaba a ver en mi trayectoria hacia la transhumanidad. De hecho, ni siquiera los bioconservadores la tenían agregada a su lista de prohibiciones.

Los bioconservadores se habían constituido como grupo político desde hacía décadas y, en los últimos años, habían logrado ganar cierta fuerza en el Gobierno. Se caracterizaban por ser en extremo retrógrados y se oponían a todas las modificaciones radicales del cuerpo humano que no contribuyeran puntualmente al mejoramiento de la existencia orgánica y constituyeran un desvío hacia lo que ellos llamaban aberraciones morales y éticas. Su poder había crecido tanto en la esfera pública que lograron establecer legislaciones para prohibir e incluso revertir este tipo de intervenciones quirúrgicas.

Sin embargo, estas continuaban realizándose clandestinamente. La transhumanidad, a pesar de las prohibiciones, era un proceso indetenible. Yo misma

continué mi transformación ahora con cambios más visibles y drásticos. Suplanté mis brazos humanos por unos robóticos que me permitirían realizar actividades de mayor fuerza y precisión. Lo mismo hice con mis piernas, mi cuello y mi espalda, pues me parecía ridículo seguir cargando con el fardo de aquella carne flácida en proceso de constante degradación. Finalmente sustituí mis pulmones, mi hígado y mi corazón por órganos artificiales con una vida útil prácticamente ilimitada.

No puedo decir que no fuera un proceso complicado o doloroso, pero creo que ha valido la pena. Puede que esté endeudada para siempre, pero para quien tiene la inmortalidad por delante «siempre» deja de parecer un concepto apremiante. Y desde que sé que mi existencia no dependerá del imperfecto recipiente de mi cuerpo orgánico ya no me produce ansiedad enfrentarme al mundo real.

Bazuka y Playboy me han recomendado mucho este club. Es aquí donde se reúne lo más selecto de la ciborg-contracultura de la ciudad; la gente que no teme desafiar a los bioconservadores, los que han continuado clandestinamente la sustitución de su vieja carcasa orgánica por servomecanismos, hasta límites inverosímiles: los verdaderos tipos duros del hardcorp, no los farsantes que aparecen en los documentales y en las noticias de la prensa amarillista. Es por eso que estoy muerta de miedo, porque si al principio me pareció una buena idea hacer mi estreno trans en un sitio como este, ahora estoy empezando a creer que es una total locura.

Me acerco a la barra y pido un chupito de supra-mezcalina. Nunca la he probado, pero la he escuchado mencionar bastante. Antes de que el barman termine de servirme el trago se acerca un tipo. No parece un transhumano, muy por el contrario, tiene todo el aspecto de estos nerds ermitaños que no salen jamás de sus cavernas y que de lo único que parecen saber hablar es de sus tristes vidas inventadas en el ciberespacio. Es por eso que me extraña muchísimo encontrarlo en un sitio como este. Y me desconcierta muchísimo más que me hable con ese tono altanero como si pretendiera ligarme. ¿Es que acaso no ve que soy hardcorp? ¿No se da cuenta de que estoy en un escaño superior en la evolución de las especies? Me provoca hasta un poco de gracia. Hasta que su discurso deja de ser pretenciosamente lascivo y comienza a insultarme profundamente.

—Dime, ciborg, ¿y cuáles son tus planes para cuando todos tus servomecanismos comiencen a volverse obsoletos? Das lástima. Ni siquiera te das cuenta de que has dejado atrás un cuerpo mediocre para entrar en uno aún peor.

Y yo me asusto porque, ante tales desacatos, me he volteado en mi asiento para verle de frente la cara a esta basurita humana y me doy cuenta de que el tipo no ha estado moviendo los labios, que no se escucha salir de su cuerpo ninguna voz. Es como si todas las palabras que me hubiera dirigido pasaran como una onda de alta frecuencia de su mente a la mía. Me sonrío maliciosamente cuando ve que lo he notado, cuando mira la cara de susto que debo tener ahora mismo.

—Ciborg, ¿has escuchado hablar de la posthumanidad y la hipermente? —me pregunta ahora en un tono menos agresivo y más cómplice. —Te engañaron los que te dijeron que el final del camino era ese donde estás parada. Mira, voy a acceder a la zona de tu cerebro que se encarga de tu memoria a mediano plazo. Dejaré allí mis contactos para que puedas localizarme. Si quieres saber más de nosotros los eborgs, no dudes en buscarme. Pero no demores mucho, no sea que mañana se acabe el mundo... digo el mundo físico, el tangible. Porque en ese caso ni siquiera tu carcasa de fibra de carbono te va a proteger. Pásala bien esta noche... ciborg.

El tipo se levanta de la barra y camina hacia la puerta de salida. Me bebo de un trago el chupito de supra-mezcalina que electrifica mis circuitos al bajar por mi garganta. Sin embargo, una familiar náusea se apodera de mi estómago, aún orgánico, y siento como si la realidad que me rodea pudiera caerme encima de un momento a otro y aplastarme. Pienso en el suelo fangoso de la Reserva, pienso en mi hermano Xean asesinado por valkirias vengativas, pienso en el mundo que bien pudiera acabarse mañana. A pesar de ello, unas palabras se repiten en mi cabeza como una letanía. No entiendo qué son, tal parecen unas coordenadas en el ciberespacio. Como hordas de ansiolíticos penetrando en mi flujo sanguíneo su repetición me tranquiliza y me convengo de que aún puede quedar tiempo para hacer las cosas bien.

La sala de espera

Dolo Espinosa

La sala de espera es pequeña, muy pequeña. Como únicos muebles una mesa diminuta cubierta de revistas y folletos, seis sillas pegadas a las paredes y un revistero.

La sala de espera es pequeña, muy pequeña, y ya está casi llena cuando yo entro y me dirijo hacia la única silla libre para sentarme a esperar, pacientemente, mi turno.

La sala de espera es pequeña, muy pequeña y, a pesar de la ventana entreabierta, opresiva.

Pasan los minutos y de esta salita no sale nadie. Nadie viene en busca de nuevos pacientes. Nadie se mueve de su lugar. Nadie parece lo bastante molesto como para abandonar la consulta harto de esperar.

Hay quien lee una revista de hace varios años. Hay quien mira un folleto. La mayoría nos limitamos a miramos los pies, las manos, al techo. En la habitación nadie habla.

Varios minutos después de mi llegada llega otro paciente que, ante la falta de sillas, se queda en pie, pegado a la pared, con ese aire incómodo que se nos queda cuando somos los únicos que no disponemos de asiento en una habitación donde los demás están cómodamente sentados. Con ese aire de no sé cómo ponerme, qué hacer con las manos, hacia dónde mirar...

Al poco rato, entra otro y luego, otro más. Poco a poco, la sala de espera se va llenando y resulta cada vez más claustrofóbica y sofocante.

Miro a la ventana buscando algo que me ayude a recordar que hay sitios abiertos, amplios espacios, que existe un mundo allá afuera pero sólo encuentro oscuridad, una negritud profunda y escalofriante. Caigo entonces en la cuenta de que, desde hace varios minutos, se ha dejado de oír el tráfico y las voces que venían del exterior. Me resulta extraño pero, encogiéndome mentalmente de hombros, devuelvo la atención hacia mis uñas.

Han pasado dos horas y sigue llegando gente. Sin embargo, de aquí nadie sale ni nadie viene a invitar a ningún paciente a pasar al despacho del doctor.

A pesar de lo extraño de la situación, nadie comenta nada al respecto. Nadie habla. Nadie se enfada. Todos, incluido yo, esperamos estoicamente, algunos leyendo, otros echando nerviosos vistazos a su reloj, otros jugando con su móvil. La mayoría mirándonos los pies, las manos, el techo.

En la minúscula habitación no se oye ni un susurro.

Tras varias horas de espera, los que no disponen de silla se han convertido en mayoría. Muchos, cansados, han optado finalmente por sentarse en el suelo.

Yo también me siento cansado, llevo demasiado tiempo sentado, el trasero se me duerme, ya no sé cómo poner las piernas, la espalda también me molesta... pero prefiero

no moverme, no quiero que nadie me quite la que ya considero como mi silla.

En la sala de espera parece imposible que entre nadie más. Y, sin embargo, siguen entrando. Cada vez que la puerta se abre para dar paso a una nueva persona intento musitar un ya no cabemos más pero mi voz se niega a salir. Hace calor. Sudamos. Respiramos con dificultad. El ambiente es irrespirable.

De aquí no sale nadie. Nadie viene a buscarnos. Llega gente y más gente, nos apretujamos, nos encogemos para que quepan los que llegan nuevos, pero nadie protesta, nadie se queja, nadie hace intento de marcharse.

No sé cuánto tiempo llevo en esta diminuta sala de espera. Horas. Días. Semanas. Milenios.

El tiempo pasa despacio. No hablamos. No discutimos. No nos lamentamos ni protestamos. Nos limitamos a esperar.

Miramos nuestros pies, nuestras manos, al techo. Miramos a cualquier lado menos a nuestras caras. No queremos mirar a los ojos de los otros. No queremos vernos.

De aquí no sale nadie.

Nadie viene a buscarnos.

Llevamos aquí eones.

Nos limitamos a esperar.

Experimento 8

Velarde, Laura

Grabando audio en 3, 2, 1...mi nombre es Laura Velarde. Me encuentro en la Planta X siendo 2/05/17/11:55. Después de un periodo que se expresa en 1 año de valoración, pondré a prueba final el experimento 8 con Clave de registro: LIVG-8. Comienzo.

Sujeto JVVG-8: Duerme. Está conectado a la computadora mediante un puerto HDMI ligeramente modificado para adaptarse a la sinapsis del sujeto y transferir impulsos nerviosos, control de los sistemas del cuerpo, percepción y pensamiento. En pantalla podemos observar la primera idea mental que consiste en lo siguiente: el Sujeto JVVG-8 se mira al espejo. Observa fijamente sus facciones. No se reconoce. Después de un minuto intenta llamarse. No recuerda su nombre. Interfiero en la computadora y añado uno: Vladimir. Microsegundos después de introducir el código, reacciona y grita al instante. Procedo a completar su información:

"Soy un empresario importante de la Planta X y mi misión es conquistar la ciudad sometiendo a la población obrera. Mi cualidad es la inteligencia superior a la de un humano promedio. Me guio en la escala de valoración de personas. Quienes tienen un nivel menor a 3.0 trabajan en las minas del país y son asesinos para entretenimiento. Los de nivel menor a 6.8 trabajan en mi empresa bajo régimen estricto sin posibilidades de subir. Los de nivel mayor a 6.8 poseen influencias y me conviene tenerlos contentos. Las insurrecciones se pagan con la muerte en un campo de batalla que genera apuestas para el nivel alto."

Sujeto de la primer idea mental logra un nivel de 8.8 en calificación y subiendo.

...

Segunda idea mental. Mismo sujeto. Él se refleja en un balde de agua. Copio códigos fisiológicos. No recuerda nada. Procedo a introducir la información:

"Mi nombre es Vladimir. Soy un trabajador nivel 1.9 y trabajo para la Planta X. Mi misión es la sublevación para aniquilar el régimen. Mi cualidad es la fuerza e inteligencia promedio con capacidad de resolver problemas en segundos. Hoy tendré mi primer batalla a campo abierto y debo conseguir puntos, armas y ganar, de lo contrario mi objetivo fallará."

Sujeto de la segunda idea mental procesado y subiendo de nivel.

...

Grabando audio en 3, 2, 1...mi nombre es Laura Velarde. Me encuentro en la Planta X siendo 2/05/97/11:55. Estamos en la octava misión. Ambos sujetos suben de misión. El primero se corrompió a un grado alto y aniquiló $\frac{3}{4}$ del planeta. Está matando obreros y la población disminuyó a un grado importante. El segundo sujeto perdió extremidades del cuerpo que fueron reemplazadas con material de titanio. La insurrección que generó logró el desmantelamiento de varias instancias importantes del primer sujeto. La muerte de alguno de los dos sujetos se espera para 2/05/97/12:00.

...

Sujeto JVVG-8. Duerme. Su cuerpo sigue intacto gracias a la Alúmina. No ha envejecido a pesar de moverse en una escala de tiempo alterna. No hay daños colaterales de ningún tipo por parte de las dos ideas generadas. Diagnóstico del sujeto: Exitoso. Fin de la prueba.

Cloro

Santana Gamaza, Luís Antonio

Amarré el cuello del técnico con el cable, después tiré con fuerza de ambos lados; se le escapó la vida en un murmullo; me aisló del agua durante una semana. Durante todo el tiempo estuve conectado a una máquina, ambos esperábamos, él resultados yo mi momento.

Me tumbaron al borde del vaso y como un reptil me dejé caer de costado, mis articulaciones respondieron de inmediato, comencé nadar. Nadie prestó atención al "incidente", son cosas que pasan en el CR y el CR no existe.

Me inicié temprano cuando mi hermana destrozaba zapatillas de baile, recurrí a la piscina por aburrimiento mientras ella terminaba las clases. Noté que el agua mantenía a raya a los fantasmas y demonios de mi enfermedad: la única manera de acabar con una bruja es la humedad del ahogo. Recuerdo muy bien el primer mensaje, antes de cada transmisión sonaban en mi cabeza tonos, tres, dos uno, en diferentes secuencias: "...es decir de los cuerpos y de sus representaciones en las almas, pues es preciso que la razón suficiente no tenga razón de otra razón ulterior y esté por fuera de una serie de cosas contingentes, y...". El agua clorada es la que mejor funciona, no ocurre lo mismo con la salada, tampoco con la dulce de lagos o ríos, la transmisión es imperfecta entonces y se pierde mucha información. Primero pensé en mi locura, cuando fui muy consciente que no se trataba de ella imaginé que sería telepatía pero también descarté esa opción, tardé bastante en aceptar que los mensajes fluían de más allá del Sistema Solar.

Se presentaron una tarde de verano. Parecían predicadores de puerta a puerta y el evangelio que enseñaban caló hondo en mis padres. Tendrían la vida resuelta por siempre. Los sinsabores de un hijo lisiado pasarían a la historia, fácil: entregar al primogénito a la ciencia. Lo hicieron de buena gana y ya nunca nadé solo. En la piscina del CR otros como yo estaban buceando o flotando, como bollas, troncos de carne viva en recepción. Eso no funciona conmigo. Me tapé la cabeza con el gorro de silicona y comencé a nadar. Al principio en brazadas leves, un calentamiento voraz en espera de la gran carrera, cuando el cuerpo tomó el ritmo, en unos cinco minutos, ya era imparable. Pasado ese tiempo empezaban los mensajes; "Se ve también que cada sustancia tiene una perfecta espontaneidad (que llega a ser libertad en las sustancias inteligentes), que todo lo que le sucede es una consecuencia de su idea o de su ser, y que..." los mensajes llegaban en oleadas al compás de los brazos. Supe más tarde que todos ellos eran recogidos de mi cabeza y archivados para su estudio. "...la sesión de nado ha terminado por hoy Marcos" me llegó este mensaje foráneo; una oruga en la manzana granate y tierna de más allá del Sistema Solar. Algo echado a perder o apunto de hacerlo. Así sentía la psique de los míos, costaba recuperarse y aceptar que ya no percibía poesía sino prosa. No entiendo los detalles, se los dejo a los técnicos. Tampoco tengo amigos, solo contrincantes de tenis de mesa, apenas hablamos nos limitamos a jugar, residentes como yo que vendieron su libertad a cambio de un contacto perenne con el Espacio, por las noches rezaba para que me llevaran con Ellos, si pueden hablarme pueden ayudarme, pueden hacer que escape del CR, de mi enfermedad, del planeta: volar por el espacio, conocerlos. Después de tanto tiempo en seco estaba deseando iniciar las sesiones de nado. Las frases al tomar contacto con el agua permanecieron flotando un

instante cuando entraron en mi cabeza, por primera vez todo se hizo comprensible. Pude apreciar lo que decían, ahora sí, y era un mensaje dirigido a mí o por lo menos yo lo entendí de esa forma:

"...alguien nos escucha Tom el mensaje ha chocado con algo" ¡sí, si yo os escucho quiero saber, quiero estar allí con vosotros, quiero escapar de esto! Les decía mientras nadaba. Tenía tan aprendida la respiración por intervalos que apenas pensaba en ella, mi corazón bombeaba sangre a toda marcha, los brazos eran transmisores constantes de movimientos; podía dedicarme por completo a Ellos sin caer extenuado...pero no contestaban. Excitado por encontrar sentido a las palabras presté más atención que nunca. "...estamos condenados y esta es la última transmisión hacia los confines de la Galaxia" ¿Qué galaxia? ¿Cuál...?"...mero ejercicio de pedantería por nuestra parte" ¿Qué? Pe-dan.te-ría ¿Qué es pedantería? suplicaba para que no volviera el galimatías incomprensible de otras veces, el aire comenzaba a fallar en mis pulmones. "...as las obras de Nietzche a quien le interese y con esto terminamos con los filósofos alemanes" era todo "oídos" dentro de mi estertores para pertrecharme de oxígeno. "...de proporciones apocalípticas, todo ha terminado y nadie puede ayudarnos. ¿Alguien recordará alguna vez a la Tierra? Cierra el canal Tom hemos terminado..." ¿Ya está? Pero ¿Qué es Tierra? la piscina se mantuvo muda de frases. ¿Eso es todo? Y ¿Quién me salva de este infierno? Estoy condenado dentro de mi cabeza para siempre, la locura acecha fuera del agua, me encontraba más solo que nunca.

"...Aquí desde la base Nueva Tierra si eres capaz de sumar estos dos tonos puedes ayudarnos ¿NOS RECIBES?". ¡TRES, EL NUMERO TRES! Respondí.

El águila imperial ha alunizado

Manso, Reinaldo

Con estas palabras, el astrólogo real John Dee, confirmó la llegada sin novedad del primer visitante terrestre a nuestro satélite.

Treinta años antes, *Año del Señor de mil y quinientos y setenta y cuatro.*

Muy de mañana, la figura ascendía con rapidez el pequeño montículo que se elevaba a varias leguas de la costa. Alcanzada la cima, busco un lugar donde sentarse sin ensuciar aún más su negro hábito y se dispuso a meditar, con la vista fijada en lontananza. "Quien te habría dicho, mi buen Félix, que casi darías la vuelta al mundo en sentido contrario a la aquel famoso guetaiarra como tú, a quien conociste en tus años mozos", fue su primera reflexión. Echando mano a la talega que llevaba al hombro, sacó el recado de escribir y lo dispuso en una laja de piedra cercana. A continuación, rebuscó hasta encontrar el diario que siempre portaba consigo y empezó a revisar sus anotaciones del último año, ciertamente lleno de acontecimientos.

Primero, el tornaviaje en la flota de galeones de Manila, hasta alcanzar el Virreinato de Nueva España. Fueron cuatro largo meses de aburrido trayecto, con una única excepción, pues a mitad del mismo y habiendo derivado muy al norte, alcanzamos a vislumbrar varias islas que no aparecían en los mapas de navegación. Al caer la noche, antes de perderlas por el horizonte, pudimos observar en la más montañosa unos grandes fuegos, que me recordaron un volcán en erupción que pude ver en mi juventud en las islas Canarias.

Se me había ordenado acompañar al hermano converso Wan Hu y para evitar las tentaciones derivadas de la gran cantidad de tiempo libre a nuestra disposición, decidimos intercambiar conocimientos. Él me enseñaría chino mandarín y yo latín y castellano. Pronto establecimos una profunda amistad y así descubrí la verdadera condición de mi compañero y los motivos de su presencia a bordo. ¡Nada menos que el propio Mateo Ricci le había encomendado que viajase hasta la Santa Sede y se presentase ante el Prepósito General de nuestra orden, Claudio Acquaviva, pero por una ruta nada habitual! Wan Hu había sido un oficial imperial de la dinastía Ming, pero estaba allí en su condición de inventor. Mientras yo le ayudaba con la dificultosa gramática latina, Hu me revelaba detalles de sus asombrosas invenciones, que justificaban con creces su destino y tanto secretismo. Cuando mi superior en la reducción de Cebú me ordenó abandonar mi labor misionera y acompañar en su viaje "hasta el final" a aquel diminuto hermano de origen chino, no sabía lo que me esperaba.

También la llegada al continente americano fue emocionante porque estuvimos varios días viajando entre una espesa niebla y el piloto temía embarrancar en la procelosa costa. De repente, una gran luz apareció en el horizonte. Era el faro recién

instalado en el puerto de la nueva ciudad de Nuestra Señora la Reina de los Ángeles de Porciúncula (así llamada en conmemoración de la primera comunidad franciscana en Asia), y todos elevamos nuestras oraciones al Señor al haber completado la travesía sanos y salvos. Al pisar de nuevo tierra tras todas aquellas semanas en alta mar, nos encontramos con la sorpresa de una ciudad casi fantasma y envuelta en una verdadera vorágine de rumores. La razón aparece recogida así en mi diario:

Al parecer, pocos días antes, a varios cientos de leguas al norte, en las estribaciones de las montañas bautizadas como Sierra Nevada, una cuadrilla bajo el mando del capataz Jaime Mariscal se disponía a construir un molino de harina aprovechando la corriente de un arroyo cercano, cuando encontraron pepitas de oro. El capataz era leonés y en su niñez había buscado pepitas en las aguas del Sil y por eso reconoció de inmediato la importancia del hallazgo. Intentó mantener el secreto, pero resultó imposible. En Los Ángeles, cualquiera capaz de conseguir una mula se dirige en estos momentos hacia el Norte. Si los rumores son fiables, en pocos años esta zona no tendrá nada que envidiar al Potosí andino. Sin embargo, por mucho que nos disguste, nuestra misión es más importante y mañana mismo volveremos a embarcar en el galeón, que sigue su periplo bordeando la costa hasta su destino final en Acapulco.

Alzando la vista de su diario, el jesuita descubrió un frente tormentoso que se acercaba con rapidez desde el Mar Océano. "Espero que no se ponga a llover otra vez, ya he soportado bastante tormentas", pensó para sus adentros, antes de volver a la lectura de sus papeles, pero con un ojo avizor por si tenía que ponerse a cubierto. "Prosigamos..."

Desde Acapulco, una reata de mulas nos ayudó a llegar hasta la capital del Virreinato, donde nos apresuramos a presentarnos ante nuestro superior. Al parecer, la situación había empeorado bastante en los últimos meses y el "rey hereje" estaba haciendo imposible la vida a sus súbditos católicos en todos los rincones de su imperio. Nos sumamos a un grupo de familias que habían decidido emigrar en busca de un lugar donde poder practicar su religión sin trabas, fundando su propia colonia. Habían contratado dos barcos para partir desde Veracruz y recorrer toda la costa hacia el norte, haciendo cabotaje en busca del lugar ideal. Luego, las embarcaciones continuarían el viaje hasta Europa.

Nos sumamos al centenar justo de pasajeros de la nao que nuestro poético capitán ha bautizado como "Flor del mes de Nuestra Señora" (por su botadura en Mayo pasado) y empezamos a recorrer a la inversa y por mar el viaje que Cabeza de Vaca tardó ocho años en realizar a pie por todo el extenso Golfo de Nueva España. Fue en ese tramo de la expedición cuando Wan Hu me contó su invención más fantástica que me apresuré a anotar en mi diario:

Tras años de pruebas, había conseguido desarrollar un nuevo tipo de pólvora sin humo y mucho más potente. Siempre había estado fascinado por las estrellas y había pasado muchas noches contemplando la Luna y alimentando un ferviente deseo de conocerlas de cerca, así que decidió intentarlo. Concibió una plataforma de un metal muy ligero que él mismo había descubierto, capaz de resistir el impacto de las explosiones sin desintegrarse y bajo ella colocó medio centenar de sus más potentes cohetes en tubos de bambú. Inicialmente había pensado sentarse él mismo encima, pero en el último momento le convencieron para no arriesgarse y colocar en su lugar varias

jaulas con animales de granja, en concreto un gallo, un pato y una cabra.

Una vez encendidos los cohetes, se produjo una gran explosión y cuando se disipó el humo, no quedaba el menor rastro del artefacto. Muchos pensaron que se había desintegrado, pero Wan Hu me asegura que lo vio elevarse en una curva ascendente, sin que apareciese el menor rastro de su caída en los días siguientes.

Pocas semanas antes, Hu había sido uno de los primeros conversos al catolicismo bautizados por monseñor Ricci, y fue precisamente él quien le aconsejó no poner en peligro su alma inmortal, y quien tras el éxito de la prueba, decidió que Wan Hu debía presentar con la máxima urgencia sus descubrimientos ante el Supremo Pontífice, Paulo V y su consejo privado, la Academia Secretorum Naturae de Giambattista della Porta en Nápoles, heredera de los trabajos de Leonardo da Vinci.

Esta nueva tierra que estamos explorando también está llena de maravillas. Fue memorable lo que nos ocurrió mientras fondeamos en la desembocadura del Gran Río del Espíritu Santo, para aprovisionarnos de agua dulce. El embarcadero disponía también de un pequeño almacén, regentado por dos comerciantes franceses, Louis Jolliet y Jacques Marquette, católicos antiguos como nosotros y que nos pusieron al tanto de la situación por aquellas tierras. A la mañana siguiente, tras celebrar misa de maitines, nos disponíamos a continuar viaje cuando asistimos a un espectáculo asombroso:

Desde el horizonte al norte empezaba a acercarse con rapidez una extraña nube oscura que lo cubría por completo. Cuando quisimos darnos cuenta, la teníamos encima, pero no era una nube de tormenta. ¡Era una gigantesca bandada de pájaros, muy semejantes a nuestras palomas! Al principio, admirado por el panorama, fue haciendo una marca en mi diario por cada bandada que pasaba sobre mi cabeza. Pronto descubrí que aquella tarea resultaba impracticable, pues cada vez llegaban más y más aves. En el tiempo que se tarda en rezar un Padrenuestro había hecho más de diez marcas. El cielo estaba lleno literalmente de palomas, a mediodía la luz del Sol parecía oscurecida como por un eclipse, y las cagadas de los animales caían a espuestas como, si se me perdona la impiedad, el maná caía sobre los israelitas en el Sinaí. El continuo zumbido de alas resultaba casi hipnótico, como un arrullo para los sentidos. Los indígenas disparaban con sus arcos al cielo y siempre alcanzaban una pieza, incluso dos. Nuestros arcabuceros también disparaban a mansalva, pero ni el estruendo de sus disparos espantaba a los animales que seguían pasando y pasando sobre nuestras cabezas. El insólito espectáculo prosiguió durante todo el día sin descanso y sólo con la caída de la noche se desvanecieron las últimas bandadas.

Jolliet y Marquette nos comentaron que ese era un espectáculo habitual un par de veces al año, pues parece que se trata de aves migratorias. Aprovecharon también para contarnos otras historias asombrosas, como la del hallazgo que hizo Cabeza de Vaca durante su primer viaje por aquellas tierras: un cascarón roto que medía más de cincuenta pasos de circunferencia. Los nativos aseguran que pertenecía al llamado "Pájaro de Trueno", capaz de coger un bisonte adulto (un astado americano mayor que un toro) entre sus garras y llevárselo volando. Se dice que Cabeza de Vaca había regresado a la zona, enviado por el rey hereje para continuar la búsqueda de la fuente de la juventud y capturar un ejemplar vivo de ese animal para su "casa de fieras" del Retiro madrileño, que hiciese compañía a su camelopardo y su bicornio acorazado.

Aunque el lugar parecía prometedor, los colonos decidieron alejarse más del

Imperio y seguimos la singladura. Bordeamos toda la costa de Nueva Florida hasta alcanzar la mar Océana y seguimos un buen trecho hacia el norte, hasta localizar un lugar propicio. El lugar donde finalmente se decidió establecer la colonia recibió el nombre de Misión de Nombre de Dios, y fue consagrado con una Santa Misa. Pocas leguas al sur de este emplazamiento, descubrimos un cabo que hemos bautizado como cabo Cañaveral, por la abundancia de esas plantas tan útiles para nuestro proyecto. Wan Hu piensa que pueden sustituir sin dificultad al bambú chino durante sus pruebas iniciales. Promete que en pocos años, podrá repetir con mayores garantías la experiencia que realizó en su China natal.

Se escuchó un fuerte estruendo. Era el cañón de la nao, anunciando su próxima partida. Conforme a lo acordado con el capitán, atravesaríamos el Atlántico y, sin detenerse más allá de lo imprescindible en ningún puerto del Imperio, seguiríamos hasta Ostia, en los Estados Pontificios.

+++++

Quince años más tarde. Año del Señor de mil y quinientos y ochenta y nueve

"Decidme, mi príncipe, ¿habéis estudiado la lección? ¿Estáis preparado para hacer de abogado del diablo e int

"Pero esa idea es ridícula. Todo el mundo puede comprobar con sus propios ojos que es plana. Haced vos de abogado del diablo e intentad convencirme de lo contrario", ordeno con altivez el futuro heredero del Imperio, al que no le gustaba perder, ni siquiera en los falsos debates dialécticos con los que Ludovicus Vives el joven trataba de enseñar a su regio discípulo.

"Así se hará", aceptó reticente Vives. "Según los cuatro elementos del divino Aristóteles, el elemento tierra se mueve naturalmente hacia el centro del universo, y acaba adoptando la forma esférica, esa forma ideal en la que todos los puntos de la superficie se encuentran a la misma distancia del centro, como ya sabéis". También Parménides, en su viaje al Inframundo, encuentra a una diosa que le imparte la verdad de la esfera del Ser"

"Me sorprende que empleéis argumentos de inspiración demoníaca o propuestos por gentiles. Las Sagradas Escrituras establecen claramente que la Tierra tiene forma plana. El universo es como dos platos juntos por los bordes. La parte superior está vacía y es el firmamento, siendo las estrellas rendijas por donde puede verse el esplendor del Cielo divino. La parte inferior está llena con el agua del Diluvio Universal y sobre ella flota la Tierra con forma rectangular y centro en Jerusalén, rodeada por el Mar Océano. Palabra de Dios".

"Te alabamos, Señor", replicó el maestro sin atreverse a olvidar la fórmula tradicional. "Esa es una interpretación literal, y referida a versículos de inspiración poética que algunos pensamos pueden ser simples alegorías. Nada en la Biblia impide que la Tierra tenga forma esférica, y existe diversos indicios de ello, como por ejemplo el que durante los eclipses de Luna, la sombra proyectada forme un arco".

"Pero, ¿cómo sabemos que esa sombra proyectada es la de nuestro planeta? Podría tratarse de cualquier otro cuerpo interpuesto. Además, una moneda también tiene una sombra circular, ¿no? Y, ¿cómo se aguantaría el agua sobre la superficie de esa

hipotética esfera, sin precipitarse al fondo?

"Si puedo citar de nuevo a Aristóteles" –replicó Vives "el agua, a diferencia del aire y el fuego, tiene masa. Por tanto, es lógico suponer que se sienta atraída también hacia el centro del Universo, lo suficiente como para permanecer pegada a la superficie de una esfera. Por otro lado, si la Tierra fuese plana, ¿por qué no podemos ver desde vuestro palacio las cumbres nevadas de los Alpes? Yo mismo, cuando hace años volvía aquí desde el continente, pude comprobar como los blancos acantilados de Dover se alzaban progresivamente del mar".

"Puede tratarse de algún tipo de efecto visual. Sólo un loco llegaría a ninguna conclusión sobre la forma de la Tierra a partir de un efecto tan minúsculo; seguro que hay una explicación más simple", contestó con cierto aburrimiento el príncipe Felipe.

"¿Y qué me decís de todos los navegantes que han dado la vuelta a la Tierra, desde que Sebastián Elcano lo hiciese por vez primera en tiempos de vuestro abuelo, que Dios tenga en su Gloria"?"

"Sería desde luego una mente muy ordinaria la que se convenciese de la esfericidad de la Tierra por el hecho de que Elcano sobreviviese a la circunnavegación de nuestro planeta. Aunque no puede negarse que realizó dicho circuito en torno al eje terrestre, esta prueba no tiene más peso que sí el hecho de deslizar nuestro dedo por la cara de un disco demostrase que el mismo es una bola. Esa idea es tan absurda como la de ese astrónomo sármata del que me hablasteis el otro día, uno de los protegidos del Papado infernal... cómo se llamaba... Copernicus, que pone la Tierra en movimiento y pretende detener el Sol como Josué", fue la respuesta bastante altanera del príncipe, señal inequívoca de que su majestad estaba empezando a perder los estribos.

Para evitarlo, el experimentado maestro orientó la discusión hacia un asunto que sabía que fascinaba a su pupilo, la posibilidad de viajar hasta la Luna.

"Sabéis argumentar bien vuestros conocimientos, os felicito majestad. Decidme ahora, ¿pensáis que la Luna puede estar habitada?"

"Depende. Si el Sol y la Luna son simples luminarias gigantescas que nuestro Señor dispuso para que pudiésemos contar los días, podrían estar deshabitadas. Sin embargo, si se tratase de tierras con recursos valiosos, Dios no habría permitido que quedasen despobladas y desconocidas para Su gente".

"¿Los lunícolas serían entonces cristianos como nosotros?"

"Lo dudo. Si su vista fuese más potente que la nuestra y observasen nuestros movimientos desde la Antigüedad, quizá podrían haber asistido incluso a la Crucifixión de Nuestro Señor, pero salvo por algún milagro, jamás habrían oído sus prédicas y no se sabe de ningún apóstol que viajase hasta allí. Aunque, ¿quién sabe? Quizá algún carro de fuego como el de Elías transportó a uno de ellos hasta aquellas tierras", concluyó el príncipe con una sonrisa. El cambio de tema había neutralizado el peligro.

"A falta de la ayuda divina directa, ¿creéis que algún día conseguiremos llegar a la Luna y el Sol por nuestros propios medios?", azuzó el maestro.

"Desde luego, nunca podremos alcanzar las estrellas. Al Cielo sólo podemos llegar tras la Resurrección de las Almas después del Juicio Final. Las estrellas son

eternas e inmutables y no pueden ensuciarse con la materia vil", respondió el muchacho conforme a la doctrina tradicional.

"Entonces, ¿cómo explicáis esa nueva estrella descubierta en 1572 por Tycho Brahe? ¿Acaso alguien hizo un agujero en la bóveda celeste?", preguntó Vives, intentando desconcertar al príncipe.

"Los designios del señor son inescrutables. O quizá fuese obra del Maligno, o de algunos de sus siervos. Contestando a vuestra pregunta anterior, en el caso de la Luna y el Sol (y quizá los llamados planetas), no debería ser imposible. En línea recta, la distancia no debe ser mayor de unos cuantos miles de leguas. El gran problema consiste en elevarse en el aire. El aire caliente se eleva con rapidez, quizá si fuese posible recogerlo en cantidad suficiente..."

"Pero haría falta algún procedimiento para maniobrar hacia el rumbo deseado, ¿no os parece?"

"He oído en alguna de las reuniones secretas de mi padre que los católicos están usando una idea traída de la lejana China: emplear grandes cometas para elevar a un hombre hasta una considerable altura y observar así los movimientos de nuestras tropas. También podrían usarse pájaros. Se dice que Alejandro Magno voló ayudado por cuatro grifos. Y recordad a aquel súbdito nuestro, Domingo González, quien imitando a Ícaro hace unos años, se remontó en los aires desde las cumbres del Teide con su carro tirado por gansos."

"Y no llegó muy lejos", apostilló Vives. "Pese a algunas versiones propagandísticas interesadas y muy exageradas, lo cierto es que cuando el interesado presentó su artilugio en la Corte, sus gansos domesticados resultaron ingobernables y acabó estrellándose contra el suelo. Aunque sobrevivió, su rastro se pierde para siempre. Y lo del gran Alejandro no deja de ser una exageración propia de los romances, como el *Libro de Alexandre*, sin ningún fundamento real".

+++++

Nueve de Octubre del Año del Señor de mil y seiscientos y cuatro.

Todo está ya preparado para el lanzamiento, desde este tórrido rincón del desierto de la Berbería. Suerte que sustituimos el bambú por cilindros metálicos, aquí habría sido imposible disponer de las plantas necesarias. Nuestra ubicación actual, mucho más cercana al Ecuador terrestre nos proporcionará una mayor velocidad de partida, al igual que en un torno de alfarero, los pegotes de barro situados más al borde salen disparados más lejos. O, al menos, esos es lo que calculan algunos de los expertos de la Academia papal, con el apoyo de nuestros aliados árabes y sus matemáticas avanzadas.

Mi buen amigo Wan Hu falleció víctima de uno de sus experimentos, en una tremenda explosión, pero estaría orgulloso de su legado. Cuando hace unos años, el propio papa Paulo V en persona nos explicó su plan, no pudimos por menos que asombrarnos de la audacia del mismo.

Desde el saqueo de Roma por las tropas del emperador Carlos V, el Papado había cambiado de actitud. Nunca más debía repetirse algo similar. Y, sin embargo, la

amenaza se hizo aún mayor si cabe, después de que la "puta pelirroja bastarda" hubiese conseguido engatusar al marido de su hermana, y tras la muerte de ésta, hacerse cargo de la educación del hijo de ambos. No le costó mucho tiempo atraer al rey Felipe a su lecho, conseguir que se casase con ella y le engendrara un hijo varón, el actual Felipe III. No contenta con ello, el hijo de su hermana y primero en la línea sucesoria a la corona anglo-castellana falleció en oportunas circunstancias, e Isabel Tudor culminó su traición, atrayendo a su reciente esposo a la causa protestante, seguramente con ayuda de la brujería.

Enfrentado al mayor Imperio conocido en la historia, donde como asegura la propaganda imperial, "nunca se pone el Sol", el Papado tuvo que buscarse unos aliados ciertamente inesperados. Por un lado, supo explotar el papel común de la Biblia en las tres grandes religiones y se alió con el poder económico judío y las masas musulmanas para resistir el empuje de sus contrarios. En un atrevido movimiento, incluso llegó a trasladar el Vaticano a Jerusalén, para alejarlo de las frágiles fronteras europeas. Por otro, sus contactos con la China milenaria, merced a las órdenes misioneras como la mía propia de los jesuitas, directamente dependientes del Supremo Pontífice, facilitaron la adquisición de tecnología avanzada y el desarrollo, gracias a la Academia pontificia, de las bases teóricas de lo que se empieza a llamar Ciencia.

Y ahora, por fin, estamos preparados para el gran efecto propagandístico. Con el máximo secreto, la larga mano de los servicios de inteligencia filipinos es legendaria, hemos construido un gran cohete y yo, naturalmente, me he presentado voluntario para pilotarlo. Queda muy poco en él de aquel primer intento burdo de mi añorado amigo Wan... ¡si pudiera verlo ahora! El diseño se basa en ir explotando los distintos cohetes por etapas, de forma que cada una, incrementa el impulso recibida del anterior y al librarse del peso muerto, pueda elevarse más y más hasta alcanzar el punto donde la atracción de la Tierra y la Luna se anulen entre sí. Bastará entonces dar la vuelta a lo que quede de la nave y dejarse planear sin problemas gracias a una enorme cometa hasta alcanzar la superficie lunar. No resultará muy difícil convencer a los lunícolas de la palabra del Señor (seguro que Dios no habrá permitido la existencia de tierras despobladas, pero valiosas, desconocidas para Su gente; al fin podré volver a mi afán juvenil de misionero) y en pocos meses organizar el golpe moral definitivo a esos herejes: una cruz brillante dibujada sobre la superficie lunar, visible cada noche desde todos los puntos del Imperio. Seguro que al sentir la mirada del Señor de esa forma en sus cielos, les hará arrepentirse de su herejía. Esperemos no tener que apelar a un uso más tradicional de la pólvora, como sugería uno de nuestros agentes en la Gran Bretaña, un tal Guido Fawkes.

Ya escucho bajo mí las primeras explosiones. Encomiendo mi alma a Dios, y citando al clásico: "Alea Jacta Est". Sólo espero que hayamos apuntado bien, y no nos pasemos del blanco. ¿Quién sabe qué hay más allá de la Luna?

+++++

Domingo González sonrió satisfecho. Lo había conseguido. Cuando su artilugio volador fracasó en la corte, casi prefirió haber muerto en el accidente. Sin embargo, tras varios meses de dolorosa recuperación, un enviado personal de su Alteza Imperial lo había reclutado para ese proyecto secreto denominado "Apolo", enviándolo a las amplias llanuras norteamericanas, donde se investigaban y probaban las armas secretas

del Imperio. No fue fácil y llevó años de entrenamiento hasta conseguirlo, pero había merecido la pena.

Desabrochando el cinturón que lo mantenía sujeto al asiento, se dispuso a poner pie en la Luna. Desplegó la escalerilla, descendió por ella y con un pequeño salto ("¡Qué liviano se sentía!") llegó hasta la superficie, levantando cierta polvareda. Por el camino había pensado alguna frase ingeniosa, pero sabiéndose vigilado por el todopoderoso espejo nigromántico del mago John Dee, prefirió atenerse al guión:

— ¡En nombre de Dios y en nombre de sus Cristianas Majestades, la Reina Margarita y el Rey Felipe III, tomo posesión de esta tierra que he alcanzado y de todas las tierras que en lo sucesivo exploraré!

Un potente chirrido reverberó en la atmósfera, como para rubricar la proclamación. Y la gigantesca ave que lo había emitido, bautizada por su descubridor como "Aquila Imperialis", inclinó la cabeza hacia su jinete y se dejó acariciar el pico, mientras Domingo alcanzaba su zurrón y le ofrecía un tierno lechoncito como premio por la hazaña que acababan de culminar.

Al elevar sus ojos al cielo buscando su tierra natal, le sorprendió un fuerte resplandor. Una de sus obligaciones más duras durante el entrenamiento como piloto había sido tener que familiarizarse con las distintas constelaciones, y le sorprendió descubrir la aparición de una nueva estrella en el pie de Ophiuchus. Parecía como si los propios cielos quisiesen conmemorar la hazaña.

Quid est veritas?

Pappas, Mariela

La nave ya estaba atravesando la atmósfera y Niklas Kolton estaba reforzando las vacunas de los tripulantes. El último que quedaba era el teniente Unger, que apretó sus dientes al sentir la aguja en su brazo.

—Dicen que los Thaade practican brujería; que son capaces de hacer que un hombre pierda el control de sus impulsos con sus maleficios —comentó Unger mientras se bajaba la manga del uniforme gris.

—La brujería no existe, Teniente. Lo único que puede matarnos allí abajo son las bacterias. Puede retirarse —respondió Kolton mientras arrojaba con desgano la jeringa vacía sobre la bandeja metálica. Pocas cosas lo irritaban tanto como el pensamiento mágico entre hombres civilizados. O tan civilizados como podrían ser los de la División de Seguridad Exterior de la Kretov. La mayoría se habían enlistado por la paga fija y porque el uniforme lucía bonito. Otros, como él, porque era la única vía hacia una beca en Ciencias Biológicas.

—Ya hemos aterrizado en Shaatune, Doctor. Lo necesitamos en la cubierta —le informó por el intercomunicador el Coronel Perlich, con su típico tono autoritario.

Niklas Kolton se arremangó la camisa, se inyectó la vacuna en el bíceps con un movimiento seco, y luego se bajó la manga. Se colocó la capa gris por sobre los hombros y la cerró delante de su pecho con la cadena bañada en oro. Peinó su corto cabello trigueño con sus dedos y encima colocó la gorra militar con la reluciente estrella verde en el frente. Finalmente, se encaminó hacia la cubierta de la nave. Los hombres de la Kretov estaban en perfecta formación simétrica, con Perlich a la cabeza. Éste le dirigió una mirada de sutil desprecio; no le gustaba que luciera la estrella verde de Austea en lugar del nuevo escudo del Colaboracionismo.

—¿Acaso olvidas quién nos ha encomendado esta misión, Kolton? —pregunto Perlich sin quitar sus ojos del frente.

—Soy un científico por sobre todas las cosas. Y el día en que la ciencia se torne partidaria será el día en que tome una pistola láser y me dispare en los huevos —respondió Niklas con el mismo tono de frialdad.

Las compuertas de la nave comenzaron a abrirse, y el olor de la espesa vegetación de Shaatune invadió sus narices.

—Mira, sé que no nos llevamos bien —susurró Perlich—. Pero sea lo que sea que nos encontremos en este planeta, debemos presentar un frente unido. Por Austea.

Niklas Kolton volteó el cuello para observar el rostro del Coronel. Por primera vez desde que se conocían, éste hablaba con algo de sentido común. Algo atípico en un militar.

—Por Austea —asintió Kolton.

Cuando las compuertas de la nave estuvieron completamente abiertas, los hombres descendieron al planeta sin perder la formación. Cada uno de sus pasos sonaba como un tambor a impecable tiempo. Luego de tanto tiempo en la nave, la débil luz solar lastimó los ojos de Kolton. El hombre miró hacia arriba por un momento: el sol de Smunna, el mismo que iluminaba Austeaa, se veía tan lejano en el horizonte. Eso le provocó una horrible sensación de desamparo. La luminosidad provenía mayormente de la enana roja a su derecha, la cual teñía el crepúsculo de un exótico tono morado. Un espacio tan abierto, con frondosos bosques y cielos despejados, le produjo una leve sensación de vértigo.

Pero cuando sus ojos se posaron en lo que estaba frente a él, su corazón comenzó a retumbar con violencia. Una cosa era leer sobre los Thaade y otra cosa diferente era tenerlos cara a cara. Un grupo de aproximadamente cien personas los esperaba en una formación casi tan perfecta como la de la Kretov, solo que circular. En su mayoría parecían mujeres, algunas ataviadas con etéreas capas casi traslúcidas de colores vivos y tocados de plumas en sus cabellos. Otras cargaban arcos y flechas a sus espaldas, ostentaban cuernos de carnero en las cabezas, pintura corporal en sus brazos y los pechos descubiertos. El teniente Unger murmuró un chiste obsceno mientras marchaban y los hombres rieron por lo bajo. No había manera concreta de saber quién era el líder, pero Niklas asumió que era la anciana al frente. Su cabello ceniciento estaba trenzado de manera intrincada, con cintas de colores, plumas y cuentas de vidrio. Sus pómulos eran altos y prominentes, su piel maquillada de blanco estaba arrugada en las mejillas y la frente, y sólo su labio superior estaba pintado de negro. Su cuerpo estaba envuelto en un manto igual de negro. A su derecha había un muchacho de piel bronceada. Los labios gruesos de éste poseían una suave curvatura natural en las comisuras, lo cual creaba la ilusión de estar siempre sonriente. Parecía que festejaba un chiste que solo él conocía, y eso inquietó a Niklas. Notó que había tres franjas de distintos tonos de ocre y dorado en su iris. Las tres resplandecieron al unísono cuando sus miradas se encontraron por primera vez.

—Perlich ¿has visto los ojos de ese muchacho? —preguntó Niklas por lo bajo mientras avanzaban hacia el grupo.

—¿Tantas mujeres desnudas y tú le miras los ojos a un negrito? Estás fallado, Kolton. Con razón te han degradado a una misión en el culo de la galaxia.

—El fallado eres tú si crees que son todas mujeres, por más que se vistan como tales —respondió Niklas con una mezcla de amargura y vergüenza—. Tanto tiempo en esa nave y ya has olvidado cómo reconocerlas.

Cuando los dos grupos estuvieron a escasos metros de distancia, el Coronel Perlich hizo una escueta reverencia a la anciana. Niklas Kolton no supo qué hacer.

—Bienvenidos a Shaatune —saludó la anciana—. Yo soy Phalamas, la Gran Vidente de esta región.

—Yo soy el coronel Biser Perlich de la División Seguridad Exterior de la Kretov. Éste es el Dr. Niklas Kolton, Oficial científico de la misión. Deseamos fervientemente que la alianza entre Austeaa y Shaatune sea próspera y beneficiosa para ambos planetas —respondió Unger con un tono de voz ensayado y carente de emociones.

—Mi querido coronel... —la anciana sonrió y dio un paso al frente, ayudándose

con la vara de madera de punta bifurcada y runas grabadas— Los recibimos, pues los Thaade somos hospitalarios con los extraños, pero nosotros no somos aliados. El Gobierno de Shaatune puede haber entablado una alianza con Austea, pero a los Thaade no nos gobierna nadie. Ni siquiera los líderes de Shaatune, que han accedido a que les entreguemos los frutos de nuestra tierra sin siquiera consultarlo con nosotros.

—De cualquier manera... —Perlich se aclaró la garganta— Tal alianza quedaría deshecha si se comprueban los rumores de brujería. Así que por el bien de todos, esperemos que el Dr. Kolton no encuentre ninguna práctica incivilizada en su inspección.

—¿Realmente pueden los Austeanos darse el lujo de elegir sus alianzas? —El muchacho habló por primera vez—. ¿Acaso pueden ser tan orgullosos y selectivos cuando la guerra ha destruido la única región fértil de su planeta, y el invierno se apresta a devorar los restos cual ave de rapiña?

Su voz era suave y musical a pesar del tono desafiante de sus palabras. Se produjo un silencio en el cual Niklas Kolton solo pudo oír su corazón golpear con furia contra sus costillas.

—Deben estar hambrientos y cansados después de un viaje tan largo —prosiguió la Gran Vidente—. Pueden unirse a nosotros para compartir el pan esta noche. Ni a una rata se le niega eso. También hemos preparado un campamento para que duerman durante su estadía, la cual espero sea breve.

Ya había anochecido cuando todos los hombres de la Kretov estaban bebiendo y comiendo junto a los Thaade, en una de sus casas de madera y adobe. El gran comedor donde se hallaban reunidos estaba calentado por un gigantesco hogar, y no había ventanas ni ningún elemento de vidrio alrededor. Por supuesto, solo Niklas le prestaba atención a aquellos detalles; los demás austeanos estaban demasiado ocupados con los pechos de las mujeres y festejando los chistes sucios de Unger. Y había algo en el licor de los Thaade que los hacía más irritantes que de costumbre. Niklas no bebió ni probó bocado en toda la noche. Biser Perlich, sentado a su lado, tampoco.

—Nos han enviado a hacer el trabajo sucio —susurró Perlich—. El gobierno de Shaatune no pudo deshacerse de esta escoria pagana durante siglos... por eso aceptaron la alianza tan pronto, ¿por qué otra razón sino accederían a importarnos sus granos y carnes tan rápidamente?

Niklas observó los ojos de hielo del hombre a su lado. Se le revolvió el estómago al considerar lo que Perlich estaba sugiriendo.

—Esta es una inspección, Perlich —respondió Kolton con su cabeza dando vueltas—. No hay razón para emplear violencia contra los Thaade a menos que yo encuentre evidencia de costumbres bárbaras.

—Sí, Kolton, pero ya sabemos cómo funcionan estas cosas. Podrías *encontrar* justo lo que necesitamos —Perlich envolvió los hombros de Niklas con su brazo—. Nuestro planeta necesita zonas cultivables para sobrevivir el invierno. Sin los Thaade de por medio, todo sería más fácil. Incluso el Gobierno de Shaatune nos lo agradecería.

Niklas se deshizo del abrazo de manera brusca y se levantó de la mesa. Se abrió paso hasta la cabecera, donde La Gran Vidente bebía de un cuerno ahuecado. Dos

mujeres con cuernos de carnero la vigilaban con recelo, y le dedicaron a Niklas una mirada de desprecio cuando se acercó.

—Uhhh... ¿Señora? ¿Phalamas? ¿Puedo hablar con usted? —balbuceó Kolton. La mujer les hizo un gesto a sus guardianas para que se aparten y estas obedecieron a regañadientes, pero Niklas podía imaginar las puntas de sus flechas apuntando a su nuca. —Solo quería pedirle un favor ¿es posible que sus mujeres se cubran los... los... los pechos?

Una media sonrisa sorprendida se curvó en los delgados labios de la anciana.

—Es que... —continuó Niklas— en Austeas las mujeres no andan con el pecho descubierto.

—No estamos en Austeas, mi querido Inspector. Este es nuestro hogar.

—Mire, solo quiero evitar problemas —Niklas dio un paso más cerca de la anciana y bajó la voz—. Estos hombres han estado encerrados en una nave sin ver a una mujer en mucho tiempo. Y ver a sus chicas así podría provocar... *exabruptos*.

—Entonces, el problema está en la cabeza de sus hombres y no en los pechos de mis chicas —la anciana se puso de pie y, antes de retirarse, agregó—. Le sugiero que gaste su energía en educar a los primeros para que no cometan *exabruptos*, en lugar de ocuparse en cubrir los pechos de los segundos.

Derrotado, Niklas se dejó caer en un asiento vacío y suspiró. Contempló el cuerno casi lleno de licor que Phalamas había dejado sobre la mesa, y se dio cuenta que necesitaba algo bien fuerte. Sus labios ya estaban rozando el rudimentario recipiente cuando alguien evitó que bebiera de él.

—No lo hagas. Alucinarás si no estás acostumbrado —dijo una voz melodiosa. Y unas manos delicadas le quitaron el cuerno de las manos. Niklas vio al muchacho de piel oscura sentarse a su lado. Por la cercanía, pudo estudiar esos ojos en mayor detalle; tenían el mismo color que la piedra ojo de tigre—. Y puedes probar la comida; no está envenenada. No sería civilizado compartir el pan con alguien y luego asesinarlo.

Díselo a Perlich.

—Has estado observando.

—Pues sí, eso hago. Yo observo —respondió el muchacho—. Mi nombre es Eryx.

—Dr. Niklas Kolton.

—Lo sé.

Niklas observó con detenimiento al muchacho sentado a su lado. Tenía el cabello corto pero hirsuto, del mismo tono del carbón. La luz del fuego le daba un brillo cobrizo a su torso desnudo, y sobre su espalda cargaba la piel manchada de un felino.

—¿Acaso yo también debo cubrirme el pecho?— preguntó Eryx al notar que Niklas lo estaba mirando.

—No, no. Tú eres hombre— respondió Niklas.

Eryx arqueó ambas cejas en una expresión tan curiosa como divertida.

—Dime, Eryx. Eso que has dicho antes, sobre Austea y el invierno que se aproxima, ¿quién te lo ha dicho?

—Nadie. Lo he visto con mis propios ojos. Veo varios futuros. En uno de ellos, Austea se convierte en un planeta helado, sin vida sobre su superficie.

—Grara 75 ha sufrido un proceso de enfriamiento similar siglos atrás, y han sobrevivido. Sus cuerpos se aclimataron y desarrollaron la tecnología adecuada para seguir habitando el planeta —aseguró Niklas. Aunque, ¿que podría saber un nativo de teoría evolutiva?

—Por supuesto, y se han convertido en la potencia militar interplanetaria que ha atacado y arruinado sus tierras.

—¿Cómo sabes eso?

—Lo he visto. He visto el bombardeo —sonrió Eryx de nuevo, y Niklas se tomó unos segundos para admirar su arco de Cupido pronunciado.

Debía haber una explicación lógica, pensó Niklas. En aquella región austral de Shaatune no había vídeo pantallas ni noticieros, pero seguro las noticias de la Gran Guerra habían llegado de alguna forma. Sí, y el mismo Eryx había mencionado que el licor de los Thaade era alucinógeno. Con seguridad, aquellas visiones no eran más que un trance auto inducido.

A Perlich le encantaría saber esto.

—Y dime, ¿tienes esas visiones de manera frecuente? —preguntó Niklas.

—¡Pues claro! Soy el aprendiz de La Gran Vidente —sonrió Eryx—. Mi deber será tomar su lugar cuando ella no esté.

—¿Ocuparás el cargo de una mujer? —preguntó Niklas con algo de curiosidad.

—¿Para los austeanos está mal que un hombre tome el lugar de una mujer? —preguntó el muchacho con una sonrisa doble intencionada que hizo estremecer a Niklas.

—Bueno... es... algo deshonroso —carraspeó el científico.

—Sólo si consideran que el lugar de la mujer es deshonroso. Para nosotros no existe tal cosa— Eryx se encogió de hombros.

—¿No existe la deshonra?

—No, la deshonra es algo muy serio. Lo que no existe es el llamado *lugar de la mujer* —Eryx se puso de pie y acarició la capa de Niklas antes de retirarse—. Adiós, Niklas Kolton.

Aquella noche los hombres de la Kretov durmieron en el campamento improvisado que los Thaade habían preparado para ellos; una rudimentaria tienda de aproximadamente treinta metros, lindante a la casa donde habían cenado. Los rodeaban varias casas más pequeñas, con la misma arquitectura. Se hallaban dispersas entre sí y

alejadas del espeso bosque oscuro. El licor hizo que los austeanos pronto conciliaran el sueño. A excepción de Niklas Kolton.

Extrañaba la nieve y el frío de Auste. Shaatune era demasiado caluroso y húmedo para su gusto; asfixiante. Y las palabras de Eryx no dejaban de retumbar dentro de su cabeza. La piel del muchacho tenía el mismo color de una bebida caliente y dulce que Niklas solía tomar de niño para entrar en calor. Y, extrañamente, tenía el mismo efecto. El hombre se colocó la mano en la frente para ver si padecía de alguna exótica fiebre tropical. Su mano se sentía fría en comparación con el resto de su cuerpo.

A la mañana siguiente, Niklas Kolton seguía perturbado, con un aguijón imaginario presionando en su pecho constantemente. No era el único que se sentía mal; varios hombres habían despertado con síntomas de fiebre y vómitos. Uno de ellos era el teniente Unger.

—¡Nos han echado un maleficio! —mascullaba el teniente mientras Kolton presionaba un paño frío contra su frente acalorada—. ¿Acaso no han oído esos tambores anoche? ¡Las hijas de puta nos han embrujado!

—No seas imbécil, Unger. Es una reacción a la nueva dieta —respondió Niklas con la poca paciencia que le quedaba.

El Coronel Perlich le hizo una señal a Niklas para que lo acompañara fuera del campamento. Éste se envolvió en su capa gris a pesar del clima cálido y lo siguió.

—¿Qué crees que sea? ¿Veneno? —preguntó Perlich en voz baja, si bien solo estaban rodeados de árboles.

—No, es solo gastroenteritis —Niklas se encogió de hombros.

—¿Y qué me dices de las pesadillas? Por lo menos diez hombres distintos me han confesado que han tenido sueños extraños anoche.

—Sugestión psicológica, Perlich. Estamos en un planeta extraño, con costumbres extrañas. Y con Unger hablando de brujería, la paranoia colectiva agudiza los síntomas.

Perlich asintió, dubitativo.

—Entonces, ¿aún no has encontrado nada extraño para tu reporte? —preguntó el coronel.

—Su religión es primitiva, al igual que todas, pero no he visto nada que ponga en peligro nuestras vidas, o la alianza con Auste —se apuró a replicar Niklas—. Tal vez haya otra manera de solucionar esto.

Niklas Kolton hizo una pausa, acomodando las ideas en su cabeza.

—Verás, cuando dos potencias opuestas se encuentran, hay varias maneras de que una domine a la otra. La más obvia es mediante la fuerza bruta; una parte se impone con violencia. Pero hay otra manera, más sutil pero mucho más efectiva. Ya se ha hecho antes; un sistema de creencias lentamente va reemplazando a otro, como un parásito, hasta que el primero queda completamente olvidado. Pero hay que hacerlo con sutileza, para que los supuestos puntos en común entre ambas corrientes de pensamiento parezcan meras coincidencias al principio. La efectividad de este método se basa en

que, justamente, son los subyugados los que abandonan su ideología inicial, ya sea por desidia, costumbre o porque han abrazado las nuevas ideas. Solo hay que educar a los Thaade, explicarles poco a poco cómo cada fenómeno que ellos consideran una señal de sus dioses no son más que fenómenos naturales.

Biser Perlich suspiró frustrado.

—De acuerdo, Kolton. Te daré una oportunidad de hacerlo a tu manera. Pero no tendrás mucho tiempo. Y en cuanto perciba que estos salvajes pueden llegar a ponernos en peligro a nosotros o a la alianza, se acaba mi tolerancia.

El coronel Perlich volvió a meterse en el campamento de los austeanos y, cuando Niklas quedó solo de nuevo, se preguntó si había hecho lo correcto. De todas formas, se dispuso a encontrar a Eryx. Los nativos le indicaron dónde encontrarlo, no sin antes dirigirle alguna que otra mirada de disgusto. En el trayecto, Niklas observó que la mayoría dedicaba sus horas diurnas a trabajar pequeñas huertas colindantes a sus respectivos hogares. No había rastros de los tambores, plumas, o los ropajes exóticos de la noche anterior.

Encontró a Eryx en una pequeña casa de adobe cerca de un arroyo, un tanto alejada de las demás; demasiado cercana al espeso bosque de tortuosas y altas ramas pobladas de hojas negras y verdes. El aroma a humedad era mucho más denso en aquella zona.

—Adelante, Niklas... —dijo Eryx desde el interior de la casa, aun cuando a Niklas le faltaba un metro para llegar a la puerta. Obedeció. La puerta poseía una rudimentaria cerradura analógica, pero de todas formas estaba abierta. Una vez dentro, encontró al muchacho sentado en un rústico escritorio de madera abarrotado de objetos: discos de madera con símbolos grabados, hojas de diversas plantas y piedras, y dos pequeñas velas que iluminaban el área. Con cada centímetro que se acercaba a él, el agujijón en su pecho se tornaba más doloroso.

Eryx usaba una camisa de lino cuyos bordes estaban deshilachados; su clavícula huesuda asomaba por ella y Niklas se distrajo observando el largo cuello del muchacho mientras escribía con una pluma negra sobre un pequeño cuaderno.

— ¿Qué es eso? —preguntó Niklas.

—Mi diario de Visiones —respondió Eryx mientras remojaba la pluma en un pequeño tintero y reanudaba su escritura.

—No creí que hubiera alguien en la galaxia que todavía escribiera a mano —suspiró Niklas sorprendido. Aunque, por la ausencia de vídeo pantallas, era obvio que los Thaade no eran amantes de la tecnología—. ¿Es como un libro de hechizos?

Dio otro paso hacia adelante para ver qué estaba escribiendo Eryx, pero el muchacho de piel oscura se sobresaltó y cerró el libro con un golpe seco.

—No puedes leerlo —dijo Eryx, presionando el libro cerrado contra su pecho con ambas manos. Su labio inferior temblaba y Niklas pensó que eso era adorable. El agujijón en su pecho se clavó más profundo—. Es que aquí también escribo pensamientos... íntimos.

—Tranquilo, no voy a leerlo —aseguró Niklas.

—Tampoco puedes tocarlo. Está impregnado con mi energía —explicó Eryx mientras guardaba el diario en un cajón.

Niklas iba a responder cuando unos aullidos de júbilo se oyeron desde afuera; el grupo de mujeres arqueras, con cuernos de carnero en su cabeza, plumas rojas y los pechos al aire, regresaban del bosque cargando los frutos de su cacería; algunos faisanes y hasta un jabalí.

—Las Cornúpetas han tenido una buena caza. Ya te acostumbraras a sus berridos —explicó Eryx y le ofreció a Niklas una humeante taza hecha de madera—. Es solo té.

—Entonces... ¿las mujeres cazan y los hombres cultivan? ¿Así funciona aquí?—preguntó Niklas antes de darle un sorbo a su té; tenía un extraño dejo a jengibre.

— ¡Que obsesión tienes con los hombres y las mujeres! —Rio Eryx—. Algunas mujeres cazan, otras no... al igual que los hombres. ¿En Austea dividen las tareas de acuerdo a sus genitales?

—Bueno, viéndolo de una manera muy básica, sí. Biológicamente, hombres y mujeres son diferentes, en base a esas diferencias se dividen las tareas —Niklas se sentó en el piso junto a Eryx.

—Como animales... —exclamó algo sorprendido Eryx— Pero nosotros no somos animales, somos hijos de los dioses. Tu división científica no contempla los matices que nos hacen humanos. ¿Y qué soy yo, de acuerdo a tus clasificaciones austeanas?

A Niklas le incomodó la pregunta.

—Un hombre... un muchachito.

— ¡Eso es muy divertido! —rió Eryx. Y es cierto, desde el punto de vista animal, lo soy. Pero también soy un Visor.

Al notar la confusión en el rostro de Niklas, Eryx continuó.

—Algunos nacen con el don de la fuerza; son rápidos de cuerpo y mente, su energía es como el fuego: voraz, fuerte, expansiva. Otros nacemos con el don de la visión; tenemos la habilidad de viajar fuera de nuestro cuerpo, de ver otros mundos, otros tiempos. Nuestra energía es más silente y calma. Los hombres y mujeres con el don de la fuerza portan cuernos y se dedican a proveer y proteger al resto. Los hombres y mujeres con el don de la visión mantenemos nuestro vínculo con los dioses, y brindamos seguridad y sabiduría al resto.

—Entonces... deciden sus roles sociales en base a habilidades personales.

—No lo decidimos nosotros. Lo deciden los dioses cuando nos dan el aliento de la vida. Por supuesto, todos tenemos un poco de ambas energías, pero siempre hay una que supera a la otra. Y los que poseen el mismo nivel de ambos dones fluyen entre ambas tareas —Eryx se encogió de hombros— ¿Y qué energía te han dado tus dioses?

—Soy Doctor en biología —explicó Niklas, sin estar seguro de si eso respondía la pregunta—. Estudio las Ciencias de la Tierra, intento descifrar los misterios de la

naturaleza.

—Eso es fascinante —sonrió Eryx—. Pero jamás podrás entender los misterios de la Naturaleza, no como tú pretendes. Solo podemos vivenciarlos y adaptarnos a sus ciclos.

—Eryx... hay mucho que tú no sabes —suspiró Niklas, perdiendo la paciencia. Hizo su taza a un lado—. Todo esto que tú crees mágico... tiene una explicación.

— ¡Por supuesto! Yo conozco la explicación —exclamó el muchacho— ¿Tú sólo crees en lo que ven los ojos de tu cara y en lo que tu mente puede racionalizar?

—Creo en la lógica —respondió Niklas con un hilo de voz.

—Mi querido Niklas Kolton, la vida no es lógica —sonrió Eryx, y las tres franjas doradas de sus ojos volvieron a brillar. El agujijón en su pecho le cortó la respiración, y Niklas se puso de pie.

—Debo irme... —balbuceó Niklas antes de regresar dando tumbos al campamento.

Aquella noche los hombres de la Kretov durmieron una vez más en el improvisado campamento que los Thaade les habían provisto. Pero Niklas no conseguía conciliar el sueño; su pecho le dolía cada vez más fuerte. De pronto, el sonido distante de un tamborileo llamó su atención. Se levantó del ovillo de mantas que eran su cama y se puso la capa por sobre los hombros. Se escabulló fuera del campamento sin despertar a los demás hombres y pudo divisar un resplandor anaranjado en las postrimerías del bosque. Con sigilo, se acercó a la fuente de aquel sonido.

La Gran Vidente bailaba en círculos frenéticos, cubierta de sus capas de piel y plumas. De su garganta escapaba un canto gutural, inhumano. A Niklas se le hizo un nudo en el estómago mientras observaba oculto entre el follaje. Las Cornúpetas formaban un círculo de fuego con las antorchas que sostenían en sus manos. Aunque Niklas pudo reconocer hombres entre las filas, con sus cuerpos cubiertos de traslucidas capas de tela, coreando los cánticos de La Gran Vidente con los ojos en blanco. Eryx también estaba allí; era él quien tocaba el tambor de mano, marcando un ritmo pausado y parejo. El instrumento tenía diversas runas y figuras de animales dibujadas en el parche de piel. A pesar de lo cálida de la noche y el fuego de las antorchas, se podía ver el vapor blancuzco escapando de la boca del muchacho mientras respiraba.

Con las manos temblorosas, Kolton buscó en sus bolsillos su pequeña tableta electrónica. Comenzó a filmar el ritual, con la esperanza de poder estudiarlo mejor cuando su corazón estuviera menos agitado. Tampoco estaba seguro del motivo de tal agitación; lo que estaba presenciando no era más que un mero fenómeno de sugestión colectiva.

El último aullido de La Gran Vidente le heló la sangre, y fue retribuido por otro sonido cavernoso, infrahumano. En medio del círculo de fuego, hizo su aparición un gran ser de piel oscura y cuernos en su cabeza. Las manos de Niklas temblaban tanto que apenas podía filmar. Las Cornúpetas abatieron a este ente con sus flechas, para luego proceder a cortar su cuerpo con dagas de hoja curva. Trozos de su carne fueron repartidos entre todos para ser devorada. Mientras los Visores entonaban cánticos solemnes, un cáliz con la sangre del ser de piel oscura circulaba entre todos. Cuando le

llegó el turno de beber a Eryx, sus ojos se encontraron con los de Niklas. La mirada del muchacho volvió a resplandecer, como dos ámbares en la oscuridad. Y fue esa mirada la que hizo que Niklas huyera de vuelta al campamento con lágrimas en los ojos.

Amanecía en Shaatune y Niklas seguía repitiendo la grabación para sí mismo, oculto bajo las mantas del campamento. Por algún motivo extraño, la cámara de última generación no había captado ni la mitad de las cosas que Niklas había visto. Solo se podían distinguir las llamas y los cánticos de Phalamas. No había rastros ni del oscuro ser astado, ni de su muerte, ni de su posterior consumo.

Niklas se preguntó si no estaría sufriendo del mismo caso de paranoia alucinatoria que sus compañeros de la Kretov. Pero lo que más le preocupaba era el agudo dolor creciente en su pecho.

Cuando los hombres comenzaron a despertar, las quejas por dolores estomacales no se hicieron esperar. Y esta vez venían acompañadas de un pánico visceral ante una pesadilla con un ser cornudo de piel negra. Y sangre, mucha sangre. El Coronel Biser Perlich convocó a Niklas fuera del campamento y este borró la grabación de su tableta de forma inmediata.

—Dime que tienes novedades, Kolton —refunfuñó Perlich cuando estuvieron solos—. Estos hombres no aguantarán mucho tiempo así.

—Tienes razón; debes enviarlos a casa —sentenció Niklas—. No se están adaptando al cambio de clima y dieta. Y todas las supersticiones con respecto a los Thaade los están afectando psicológicamente, en especial a Unger. Envíalos a casa en las cápsulas secundarias; una vez rumbo a Austea los síntomas desaparecerán.

— ¡Si envío a todos los afectados de nuevo a Austea solo nos quedaremos con treinta hombres! —rugió colérico Perlich.

—No los necesitarás de todas formas. Y aquí solo serán un lastre.

—Tienes razón; es una anciana y unas mujeres con arco y flecha. Aunque seamos pocos, nosotros tenemos revólveres atómicos... —reflexionó Perlich.

— ¡Es que no habrá ningún ataque! —Elevó su voz Niklas— ¡Los Thaade son supersticiosos, no violentos!

—Estoy perdiendo la paciencia, doctor —susurró Perlich con dientes apretados—. Espero su informe definitivo sobre los Thaade para el amanecer.

Biser Perlich efectivamente envió a los hombres descompuestos rumbo a Austea esa misma noche, y si bien cada uno intentó mantener una postura estoica, su alivio era evidente. El Coronel intentó comunicarse con la central de División Exterior en Austea para pedir refuerzos, pero todo el equipo de telecomunicaciones de la nave madre se encontraba inutilizado. Nadie supo el motivo. Como medida cautelar, Perlich ordenó mudarse nuevamente a la nave en lugar del campamento en tierra firme.

Ya casi atardecía y Niklas se encontraba encerrado en el compartimento individual de la nave, acurrucado en su camastro con los ojos fijos en la pantalla de su tableta. El aparato no dejaba de fallar; tal vez eso sería una buena excusa para no terminar su informe a tiempo. Pero la verdad era que no tenía idea de que escribir en él.

¿Acaso eran los Thaade caníbales? No, aquella criatura no era humana. Tal vez ni siquiera era real. ¡No podía escribir un informe científico usando alucinaciones y rumores como fundamento! Evidencia, él creía en la evidencia. Y no había nada concreto en contra de los Thaade más que sus creencias primitivas.

Cuando terminó de escribir en la pantalla táctil, sus palabras no se leían como suyas. Recordó brevemente cómo escribía Eryx, con la pluma de cuervo entintada sobre el papel. Como todo ser civilizado de la galaxia de Slion, Niklas Kolton ignoraba escribir a mano. Recordar al muchachito de piel oscura revivió los dolores en su pecho. Se incorporó del camastro, envolvió sus hombros con la capa gris de la Kretov y abandonó su camarote. Luego de atravesar los pasillos de la nave, encontró al teniente Unger haciendo guardia cerca de las compuertas de la nave. Se sobresaltó al ver a Kolton, sus ojos estaban inyectados en sangre, con profundos círculos azulados en los párpados inferiores.

—Abra la compuerta, Unger —ordenó Niklas con poca paciencia.

—Lo siento, el Coronel ha ordenado que nadie salga ni entre.

—También me ha ordenado escribir un informe sobre los Thaade, y para ello necesito hacer investigación de campo. Abra la compuerta, Unger. No lo pediré otra vez.

—Ira a verlo a él ¿verdad? ¿Al negrito? —Sonrió Unger— Todos lo saben.

Niklas le respondió con un puñetazo en la cara. Cuando Unger cayó al piso con la nariz ensangrentada, él mismo presionó el botón que abría la compuerta.

— ¡Se lo informaré a Perlich! —aulló Unger mientras Niklas abandonaba la nave.

Todos lo saben.

¿Qué mierda saben?

Con pasos largos y veloces, Niklas se dirigió al claro del bosque donde se había llevado a cabo el ritual. No había ni el menor rastro de sangre en el suelo, apenas algunas huellas de las danzas circulares de La Gran Vidente. No era detective, sin embargo daba por sentado que un asesinato siempre dejaba rastros; los Thaade no tenían la tecnología para ocultar un crimen de una forma tan impecable. Se incorporó y exhaló, frustrado. Si no había habido crimen entonces él estaba enloqueciendo.

A la distancia, las Cornúpetas descansaban cerca del arroyo. Habían dejado sus arcos y flechas a un lado y mojaban pacíficamente sus pies en el agua. Algunas chocaban sus cuernos entre ellas a modo de juego. Niklas detectó por primera vez algunos hombres en el grupo, con cuernos levemente más grandes emergiendo de sus cabellos y pintura corporal del mismo tono rojizo que el de ellas. Dos franjas de maquillaje carmesí encendido atravesaban sus ojos, narices y bocas, formando una cruz. Cuando Niklas bordeó el arroyo rumbo a la casa de Eryx, algunos de ellos rieron por lo bajo.

Otra vez, la puerta sin seguro. Niklas entró a la casilla con pasos vacilantes, llamó a Eryx pero no obtuvo respuesta. Sólo se escuchaba un débil golpe de tambor. Niklas

siguió ese sonido hasta encontrar al muchacho sentado en un rincón del piso, abrazado a su tambor. Sus ojos estaban en blanco mientras su mano golpeaba el instrumento a un ritmo firme pero lento. Cuando Niklas lo llamó de nuevo, el muchacho se sobresaltó. Sus ojos volvieron en sí mientras recuperaba el aliento. Se puso de pie en forma súbita y Niklas tuvo que sostenerlo para que no tropezara.

—Niklas... yo... estaba practicando —sonrió Eryx— ¿Hace mucho que esperas?

—Lo he visto —respondió Niklas entre dientes—. He visto lo de anoche.

—Lo sé —los labios de Eryx se curvaron, orgullosos—. Finalmente has visto a los dioses.

— ¡Mierda, Eryx! ¡No hay dioses! —Niklas soltó el brazo de Eryx en forma violenta, la sonrisa del muchacho se desvaneció.

— ¿Cómo puedes decir eso después de lo que has visto?

—Lo que he visto es un asesinato... ¡y no puedo ser cómplice! No puedes pedirme que encubra algo así —aulló Niklas al borde de las lágrimas. Su pecho dolía, el aguijón palpitaba cada vez más duro y más profundo en su esternón. Tanto dolor era ridículo.

—Niklas... —susurró Eryx— No has visto ningún crimen. El Dios viene a nosotros para que comamos su carne y bebamos su sangre, para fortalecernos. No debes sentirte mal por él, pues vive en nosotros después de consumirlo. Además, pronto revivirá, más joven y más fuerte, para el próximo ciclo.

—Eryx... todo eso no es cierto —susurró Kolton. La voz del muchacho era reconfortante, así como la mano en su mejilla. Quería decir miles de cosas, pero las palabras quedaron atascadas en su garganta. Eryx dio otro paso hacia adelante, acortando la distancia entre ambos.

—Phalamas estaba muy orgullosa de que el Dios respondiera anoche —continuó el muchacho, sin quitar su mano de la mejilla de Kolton—. No creía tener la fuerza para llamarlo este ciclo; la última vez que lo convocó fue el año en que yo nací. Claro, ese fue un ritual completamente distinto; ella ya se creía demasiado vieja para poder aceptar su regalo, pero lo hizo.

— ¡Eryx, yo soy un científico! —Masculló Niklas— Me debo a la verdad.

— ¿Y qué es la verdad?— respondió Eryx.

Niklas sintió otro estremecimiento de pies a cabeza, el aire mismo le dolía en su pecho y garganta. Pero también un eufórico cosquilleo nacía en sus orejas, manos y muslos. Los ojos de Eryx estaban fijos en los suyos, a una cercanía que le permitía admirar con lujo de detalles cada franja ocre y dorada de su iris. Resplandecieron una vez más y el muchacho alzó su rostro hacia el de Niklas, buscando el ángulo de sus labios. Pero cuando el aliento cálido estaba rozando su boca, el hombre retrocedió en forma violenta.

—No me toques —refunfuñó Niklas antes de retirarse de la casilla.

Para el amanecer, el informe estaba listo. Perlich se encontraba en la cubierta de la

nave, intentando establecer contacto con las autoridades de Austeanos a través de las video pantallas. Todo funcionaba peor con cada hora que transcurría, pero creían estar en condiciones de enviar el reporte de Kolton.

—Aquí está mi informe sobre los Thaade, Coronel —dijo Niklas mientras conectaba su tableta al ordenador madre—. En él especifico cómo, si bien necesito más tiempo para interiorizarme con las creencias Thaade y encauzarlos en el pensamiento científico y racional, su religión no presenta amenaza ninguna ni para nosotros ni para la alianza con Austea. La presencia de la División Exterior y el uso de violencia están injustificados.

— ¿Estás seguro que es eso lo que quieres reportar, Kolton? —Perlich cubrió el micrófono del control con su mano y susurró—. Una vieja y un par de arqueras... en una noche esta tierra puede ser nuestra. Y no hablo solo de esta región; todo el puto planeta puede convertirse en colonia de Austea. Piénsalo: a la mierda la alianza con Shaatune; Austea tendría una región cultivable de nuevo, sin intermediarios. Y nosotros seríamos los héroes.

—Ese es mi reporte final, señor —afirmó Niklas con los dientes apretados.

—Eres un imbécil, Kolton —Perlich le devolvió una sonrisa amarga y presionó el comando para enviar.

De vuelta en su camarote, Niklas no estaba seguro de si había hecho lo correcto. Solo sabía que su cuerpo estaba dolorido; apenas había pegado un ojo en toda la noche mientras preparaba ese maldito reporte. Y su esternón se sentía a punto de abrirse en dos. Decidió darse una ducha de vapor antes de dormir; no se había bañado en días. Se quitó primero la gorra, luego dejó caer la pesada capa gris y, entre sus pliegues, encontró un diminuto disco de madera. Niklas lo sostuvo entre sus dedos y descubrió un símbolo grabado en su superficie. Parecía una runa: dos líneas cruzando diagonalmente a otras dos, con una quinta línea vertical atravesándolas a todas.

Abandonó la nave a un paso furioso; sin siquiera dar explicaciones ni pedir permiso. Sus botas parecían no tocar el piso mientras corría bajo los cielos púrpura del atardecer. Cuando llegó a la casilla de Eryx ya había anochecido por completo, y su corazón amenazaba con quebrar sus costillas. Abrió la puerta de una patada, una conducta más propia de la Kretov que de un científico. Al encontrar a Eryx, lo jaló de la camisa con una fuerza que jamás creyó poseer.

— ¡¿Que mierda me has hecho?! ¡Me has echado un maleficio! —rugió Niklas entre dientes, con el rostro enardecido a escasos centímetros del de Eryx.

—No... —murmuró el muchacho— Pensé que tú no creías en esas cosas.

Niklas soltó a Eryx y buscó la runa de su bolsillo.

— ¡¿Qué es esto, entonces?! —Niklas arrojó la runa contra el pecho de Eryx y esta cayó al piso. El muchacho se inclinó rápidamente para levantarla— ¡Me has manipulado con tus hechizos para que escriba ese informe favorable para Perlich... para quitarles a la Kretov de encima! ¡Por eso me dolía tanto el pecho! ¡Pusiste esa mierda entre mi ropa para controlarme!

—No debía causarte dolor —masculló Eryx mientras acariciaba la runa entre sus

dedos—. Y no he hecho tal cosa.

Niklas sentía que la sangre le hervía; sus puños le temblaban a ambos lados del cuerpo, pero decidió tomar un respiro hondo y calmarse. Estaba empezando a sonar como Unger; delirando sobre hechizos y conspiraciones.

—Es una runa de amor —explicó Eryx con una sonrisa culpable. Su pecho subió y bajó en un segundo, lleno de evidente vergüenza—. Sólo despierta el amor de un hombre hacia otro... no es dañina.

—Entonces sí has intentado manipularme.

—No. La magia que quiebra la voluntad de otra persona es un delito. Phalamas jamás me lo perdonaría, va en contra de todo lo que me ha inculcado. Algo así incluso podría significar mi expulsión —el muchacho se encogió de hombros. Luego alzó su vista hacia Niklas—. ¿Sabes? La runa solo acrecienta lo que ya habita en el corazón, no puede crear un sentimiento de la nada. No entiendo por qué te causaba tanto dolor, a menos que te hayas resistido a verlo.

—Estás loco, Eryx... Nada de esto es real —suspiró Niklas. Su voz temblaba y apenas podía respirar.

—¿No lo es? ¿Y por qué tienes tanto miedo? —Eryx avanzó hacia Niklas, cerrando el espacio entre ellos. Los ojos de piedra tigre resplandecieron de nuevo, con una mirada desafiante— Apesta a miedo, Niklas Kolton.

Eryx se adelantó y busco los labios de Niklas con los suyos, y esa vez el otro no pudo huir. Tampoco intentó huir. Permaneció petrificado con el muchacho presionado contra su cuerpo, jalando del cuello de su capa y saboreando su boca. Eventualmente sus brazos dejaron de permanecer inertes y envolvieron al chico Visor. Le quito la camisa de lino y exploró sus hombros, los suaves músculos de sus brazos y su cuello. Eryx fue mucho más veloz para despojarlo de su uniforme. Durante los siguientes días y noches, Niklas pasó más tiempo en la casilla de Eryx que en la nave madre de la Kretov, intercambiando caricias igníferas hasta que ambos quedaban exhaustos y saciados. Pasaban las mañanas con sus piernas y brazos formando un ajustado nudo, susurrando historias de Austea y de Shaatune. Cuando entraba en él, Eryx gritaba nombres de dioses cuya existencia era desconocida para Niklas, pero en el momento culminante aullaba solo su nombre, para después derretirse entre sus brazos y quedarse dormido. Su cuerpo pequeño y bronceado era flexible como la cuerda de un arco y una noche dejó a Niklas particularmente agotado. Durmió toda la noche sin soñar y, al despertar a la mañana siguiente, una extraña y embriagadora sensación de felicidad aún persistía en él. Ya había estado dentro del muchacho una decena de veces pero recién en aquel momento la culpa lo había comenzado a abandonar.

Niklas se dio cuenta de que estaba solo en la cama; oyó a Eryx hablar con alguien en la puerta. Una voz femenina. Minutos después regresó con una gran sonrisa y una bolsa de fresas. Subió a la cama de un salto y lo besó.

—Una de las Cornúpetas me las ha traído. ¿Quieres? Son un buen desayuno, y ayudan a reponer fuerzas —rio por lo bajo mientras mordía una fresa.

A Niklas le hubiera gustado quedarse entre los brazos de Eryx, comiendo las fresas y hundiéndose en su cálida carne. Pero recordó que Perlich podría estar

preguntándose por él. Seguramente su tableta estaría desbordada de mensajes, y sería mucho peor si enviaba a Unger a buscarlo.

—Debería volver a la nave y reportarme —suspiró Niklas mientras se incorporaba. Con movimientos perezosos levantó sus prendas esparcidas por el piso. Jamás había permitido que su uniforme estuviera tan arrugado, pero ver esas arrugas lo hizo feliz. Una vez vestido de nuevo, sintió que su uniforme pesaba una tonelada.

—No quiero que te vayas —suspiró Eryx, aun desnudo sobre la cama.

—Volveré en unas horas —lo tranquilizó Niklas mientras se arrojaba la capa al hombro. No encontraba su gorra por ningún lado.

—No. No quiero que regreses a Austea —agregó Eryx mientras levantaba la gorra del piso.

—No debes preocuparte por eso. Mi misión puede extenderse —respondió Niklas con un nudo en la garganta.

Pero, ¿por cuánto tiempo?

Eryx se arrodilló sobre la cama, peinó el cabello trigueño de Niklas con dedos cariñosos y colocó la gorra militar en su cabeza.

— ¿Acaso las estrellas son verdes en Austea? —preguntó Eryx, tocando con su índice el broche al frente de la gorra.

—Una vez cada cien años, lo son —sonrió Niklas—. ¿No lo has visto en tus visiones?

—Todavía no —respondió Eryx. Tomó la runa del amor y la colgó alrededor del cuello de Niklas. Eryx deslizó el colgante por debajo de la camisa de Niklas y presionó su mano contra su corazón—. Es un regalo. Úsala para acordarte de mí.

Niklas pensó que usarlo en la nave sería peligroso; cualquiera podría descubrirlos.

—Jamás me lo quitaré —prometió Niklas.

Se despidieron con una serie de besos en los labios, el cuello y las manos, hasta que Niklas tuvo la fortaleza para abandonar la piel del muchacho. Todo el trayecto hacia la nave ensayó dentro de su cabeza las palabras para su próximo informe, que más que un reporte sería una petición para permanecer en Shaatune como oficial científico por un mínimo de dos años. Estudiar y comprender la complejidad de los Thaade demandaba no menos de ello. Y sin la presencia militar de la División Exterior, ya que no eran hostiles, Perlich y sus hombres debían desaparecer de una puta vez. Pondría más bonito el informe sugiriendo cómo tener de aliados a los Thaade, y no sólo al gobierno oficial de Shaatune, sería beneficioso para los Austeanos. Y, por supuesto, dicha cooperación sería más fructífera si se le permitía a los Thaade mantener sus costumbres religiosas. Ese último punto debía redactarlo con especial cuidado; nada asustaba a un planeta al borde de la crisis como la idea de parecer débil.

Hasta que el olor a sangre rompió su concentración.

Trotó hasta el lugar donde estaba estacionada la nave madre para encontrarse con

una escena perturbadora. Alguien había instalado un poste de aproximadamente tres metros de altura frente a la compuerta de la nave; de su vértice pendía la piel desollada de un animal irreconocible, probablemente de una especie autóctona de Shaatune. El zumbido de las moscas alrededor de la piel era casi tan nauseabundo como el olor, y obligó a Niklas a cubrirse la nariz con su capa. Reunidos bajo el poste, se encontró al puñado de hombres que aún formaban parte de la misión, con sus rostros pálidos y sus bocas en una expresión absorta. Unger no dejaba de aullar sobre maleficios y maldiciones, hasta que Perlich lo abofeteó en la cara para silenciarlo. Luego el coronel giró su rostro hacia el recién llegado Kolton.

—Ya era hora —le reprocho el superior.

— ¿Qué es esto? —balbuceó Niklas mientras daba un paso hacia el poste. Había runas grabadas todo a lo largo de su superficie, sobre la cual chorreaba sangre fresca cual hilos carmesí.

—Te diré lo que es: una amenaza, una declaración de guerra —respondió Perlich. Con esto los Thaade han firmado su sentencia de muerte.

Con aquella última frase, Perlich elevó su tono de voz y algunos hombres lo vitorearon a pesar de que el miedo aun teñía sus rostros.

— ¡Espera! —Gritó Kolton—. Esto no tiene sentido, ¿por qué los Thaade harían algo así?

—Tú dímelo; tú has estado *estudiándolos* —replicó Perlich con una mueca de disgusto—. ¿Acaso tienes idea de quién pudo haber hecho esto? Morirá primero.

—Ha sido esa vieja de mierda... —uno de los hombres suspiró, seguido por el eco de los otros soldados.

— ¿Te parece que una anciana sola puede alzar este poste? —respondió Niklas.

—Sola no, pero con la ayuda de esas putas cornudas sí —respondió otro.

— ¿Las cámaras de seguridad de la nave no han captado nada? —refunfuñó Niklas.

—Las cámaras no funcionan hace días, como la mayoría del equipo —respondió Perlich.

— ¡Es todo culpa de ellos! ¡Son sus maleficios! —gritó de nuevo Unger. Sus ojos estaban desorbitados y señaló a Niklas con su tembloroso dedo índice— ¡Ha sido ese negro pequeñito! ¡Con el que tú andas siempre!

—Eryx no tuvo nada que ver —sentenció Niklas con un agujero punzando en su estómago.

— ¿Puedes afirmarlo? —preguntó Perlich, dando un paso hacia Niklas— ¿Acaso has pasado toda la noche con él?

Se hizo un silencio sepulcral, todos los ojos se fijaron en un tembloroso Niklas Kolton. Él mismo podía sentir sus rodillas tiritando, luchando por mantenerlo en pie mientras su corazón se aceleraba y sus palmas sudaban.

— ¿Dónde ha estado todo este tiempo, Dr. Kolton? —Perlich dio otro paso hacia él, y los demás hombres comenzaron a rodearlo con pasos lentos.

— ¡Ya saben dónde! ¡Preparando mi informe sobre los Thaade! —balbuceó Niklas.

—Bueno, su informe ya no es necesario, doctor. En una situación de vida o muerte como esta, la opinión del Comité científico es irrelevante —dijo Perlich—. Vamos a cazar a esas bestias.

Los hombres de la Kretov ya estaban con sus armas atómicas prestas, marchando sobre la larga casa de madera en donde habían comido y bebido su primera noche. Una repentina lluvia de flechas se tomó la vida de una decena de ellos antes de que logran derribar la puerta. Nadie sabía desde donde estaban disparando las Cornúpetas, pero respondieron con sus revólveres atómicos en todas las direcciones. Niklas se abrió paso entre los flechazos y los disparos, esquivando los cadáveres de la Kretov entre sus pies. Entró a la casona con el corazón en la boca; encontró a Phalamas cubierta de sus pieles y plumas rojas, sentada en su silla alta con tres Cornúpetas protegiéndola con sus arcos. Buscó a Eryx con sus ojos y, al no encontrarlo, no supo si sentirse aliviado o aterrorizado.

— ¡Vienen a apresarla! —Le advirtió Niklas— ¡Huyan! ¡Van a asesinarlos a todos!

Una de las Cornúpetas se adelantó y apuntó su flecha justo entre los ojos de Niklas. Éste no se movió. Pero La Gran Vidente descendió de su silla.

—Baja tu arco. Ya todo ha acabado —le dijo a la chica, luego se dirigió a Niklas—. El único motivo por el que tú aún vives es porque Eryx te ama.

Niklas oyó el disparo rozar su oído; cuando la Cornúpeta tocó el piso, ya había muerto. Las otras dos murieron igual de rápido cuando la Kretov entró. El Coronel Perlich se adelantó hacia la anciana, quien permanecía solemne con su rostro pintado de blanco y la franja de maquillaje anaranjada sobre sus ojos. Llevaba una runa pintada en cada pómulos, del mismo tono negro que su labio superior.

—Por la Autoridad de la División de Seguridad Exterior de la Kretov, está bajo arresto por los cargos de brujería, amenazar la integridad física y mental de mis hombres, y traicionar la alianza entre Austea y Shaatune —pronunció Perlich, arma en mano. Y sus palabras retumbaron en la casona vacía.

La Gran Vidente no pronunció una palabra.

— ¿Cómo se declara? —insistió Perlich, pero Phalamas permaneció silente.

— ¡Esto no es un juicio! —Interrumpió Niklas— Espósalas y llévalas a la nave hasta que llegue el Comité...

— ¡No te he hablado a ti! —rugió Perlich, luego volvió a dirigirse a la anciana— ¡¿Cómo se declara?!

—Hay maneras de hacerla hablar —el teniente Unger se adelantó y golpeó a la Gran Vidente en el rostro. Niklas lo jaló de los hombros y se enredaron en una pelea de puños, hasta que se oyó un disparo. Cuando Niklas volteó, la anciana yacía muerta en el

piso.

— ¿Qué has hecho? —gritó Niklas.

—Ha confesado ser una bruja. Todos la han oído —respondió Perlich mientras guardaba su revólver atómico junto a su cadera.

Niklas se arrastró a un rincón a vomitar, pudo saborear la sangre que brotaba de su nariz gracias a un puñetazo de Unger. Sus manos temblaban mientras se sujetaba de una columna para ponerse de pie. Un horrible sentido de la urgencia se apoderó de él y lo obligó a incorporarse, a pesar de que solo deseaba yacer en el piso. Debía encontrar a Eryx antes que ellos. Con su estómago todavía revuelto y un sabor ácido en su boca, se las ingenió para escabullirse entre la arboleda. Corrió con piernas débiles hacia la casilla de Eryx pero no encontró a nadie en ella. Su corazón golpeaba con furia contra su pecho mientras examinaba cada rincón con ojos incrédulos. Observó la cama durante menos de un segundo; aquel lugar le provocaba un dolor particularmente agudo. Llamó al muchacho varias veces con la voz entrecortada, pero no hubo respuesta. El tambor ritual yacía en el rincón de siempre. Vaciló hacia el escritorio, atiborrado de velas derretidas, plumas, piedras y hojas secas de diversas especies. Niklas abrió el cajón y encontró el pequeño diario de Eryx. Sus manos temblaron antes de guardarlo entre los pesados pliegues internos de su capa. No le gustaba romper su promesa y leerlo, pero tal vez allí había información sobre su paradero.

En el regreso a la nave madre, Niklas tampoco encontró ningún rastro de los Thaade. No había Cornúpetas corriendo entre los bosques, aullando jubilosas por su cacería o remojando sus pies descalzos en el arroyo. Tampoco había nadie cultivando las pequeñas huertas y jardines frente a las casas abandonadas. No había Visores tocando sus tambores, entonando cánticos misteriosos, envueltos en sus capas de felinos y encajes nacarados. Era como si todo el planeta estuviera desierto.

— ¿Dónde has estado? —preguntó Perlich al verlo atravesar las compuertas de la nave. Unger dio un paso al frente, empuñando su revólver atómico.

—Tratando de encontrarlos —respondió Niklas sin que el arma de Unger lo inmutara.

— ¡Los hijos de puta han desaparecido!, ¡se esfumaron! ¿Tú sabes algo de esto? —gritó el teniente con su rostro colérico. El ojo derecho estaba hinchado gracias a un puñetazo de Kolton. Esa imagen lo hizo sentir orgulloso, muy por debajo de la desesperación que lo agobiaba.

— ¿Por qué lo sabría yo? Tampoco los he encontrado. Deben estar escondidos entre los árboles. Este es su hogar, conocen este territorio mil veces mejor que nosotros —Niklas se encogió de hombros.

—El equipo está inservible... —dijo Perlich en tono frío y carente de emociones— Quise pedir refuerzos a Austeia pero no funcionan las telecomunicaciones. Además, mientras estábamos afuera intentando cazarlos, algo descompuso la cámara frigorífica y los estabilizadores de atmósfera de la nave; no sobreviviríamos un vuelo a Austeia.

— ¡Son sus maleficios! ¡Están usando su magia para ocultarse! ¡Y para joder nuestro equipo! —aulló Unger rabioso. Pero Perlich mantenía su escalofriante

semblante de hielo austeano.

—Tú no sabes nada al respecto. ¿Verdad, Kolton? —la voz cavernosa del coronel hacía que la pregunta se asemejara a una sentencia.

—La magia no existe —respondió Niklas antes de refugiarse en su camarote con el libro de Eryx apretado contra cuerpo, como si se tratara del muchachito mismo.

Se recostó en su camastro a leer el diario con un nudo en la garganta. Deslizar las yemas de sus dedos por la portada le produjo el mismo escalofrío que acariciar la espina dorsal de Eryx. Estudió aquellas páginas con la misma hambre con el que había explorado la piel del muchacho. Incluso imaginó que lo tenía en sus brazos de nuevo, y que aquel ritual de leer lo que el otro había escrito, de alguna manera los unía a través del espacio y tiempo.

Está impregnado con su energía.

Estoy enloqueciendo.

Pero no encontró en aquellas páginas el cierre que su mente exhausta suplicaba. Le costaba entender la escritura a mano, por más curvilínea y hermosa que fuera la de Eryx, pero pudo reconocer los hechizos, plegarias y conjuros plasmados en él. Las palabras no conocían márgenes ni líneas rectas, y pequeños manchones de tinta plagaban las páginas sepia y bordes corrugados. También había varios dibujos, diagramas de hierbas y raíces, las distintas facetas de la luna, runas y... su rostro. Niklas Kolton reconoció su propia cara esbozada con carboncillo, durmiendo plácidamente sobre la cama de Eryx. Había muchos textos dedicados a él, con descripciones bastante vívidas. En páginas anteriores había un retrato de Niklas con su gorra militar; Eryx había usado pigmentos verdes para pintar el broche estrellado. *En Austea las estrellas son verdes cada cien años*, el muchacho había señalado en un margen. El diseño de la runa del amor entre hombres esperaba dos o tres páginas hacia atrás. *Si me ama tanto como yo a él, esta runa lo traerá a mí*. Había también muchos dibujos de paisajes extraños y arquitecturas que desafiaban toda lógica. Con un nudo en su garganta, Niklas comprendió que eran postales de las visiones de Eryx. ¿Cómo era posible que hubiese visto tales cosas? Alucinaciones, seguramente. Pero lo que hizo que el corazón de Niklas diera un vuelco fue encontrar otro retrato suyo, datado tres años antes de que llegara a Shaatune.

Te estoy esperando, Gran Cornúpeto, para que seas uno conmigo había firmado Eryx entre runas.

— ¡Kolton! —rugió Perlich mientras golpeaba su compuerta con furia. Las cerraduras electrónicas no funcionaban, así que un segundo después el Coronel y los seis hombres restantes de la Kretov habían invadido su camarote. Niklas logró esconder el diario bajo su almohada y se incorporó.

—Estoy llamándote hace media hora —Perlich avanzó— ¡¿Estás sordo?! ¿No has oído los alaridos, los tambores? ¡Ninguno podía dormir! ¡Toda la puta nave se estaba sacudiendo! Envié a Unger afuera a investigar... ¿cómo no lo has oído?

Niklas sacudió su cabeza; no había oído nada. Notó que Perlich cargaba una pequeña bolsa de arpillera con el fondo teñido de sangre oscura.

— ¿Qué es eso? —preguntó con un temblor en la voz.

—Esto... es lo quedó del Teniente Unger. Nos lo han dejado frente a la compuerta.

Si bien una gran y horrible parte de él se alegraba por la noticia, Niklas no quiso mirar en el interior de la bolsa cuando Perlich la abrió.

—Oficial Kolton ¿ha tenido algo que ver con esto? —preguntó Perlich— Unger y usted han tenido un altercado esta mañana.

— ¡He estado aquí toda la noche! —gritó Niklas.

—Pero ha convivido con ellos —un hombre de la Kretov dijo mientras los demás lo rodeaban—. Tal vez le han enseñado a usar su magia contra nosotros.

—Sí, ha pasado demasiado tiempo con ellos. Especialmente con el negrito... —agregó otro soldado.

— ¡Están todos locos! —aulló Kolton aterrorizado. Estúpidamente, buscó comprensión en la mirada de Perlich.

—Oficial Kolton, ¿está usted involucrado en brujería? —preguntó Perlich.

Niklas dejó escapar un suspiro quedo; no podía creer tal pregunta. Y en un instante comprendió que cualquiera fuera su respuesta, no importaba en lo absoluto. Todo se sentía difuso, como en un sueño. Su reacción fue huir, pero los hombres de la Kretov lo interceptaron. Perlich lo tomó del cuello y sus dedos de acero encontraron la cadena con la runa. Se la arrancó a Niklas y este gimió de dolor, cómo si le hubieran cercenado un miembro.

— ¡Vaya! —Sonrió Perlich mientras pendía la runa frente a los ojos de Niklas en forma burlona— ¿Vas a negarlo ahora? Tenemos evidencia en tu contra. Mejor confiesa.

Niklas Kolton no pronuncia ni una palabra.

—Vas a cambiar de idea —sonrió de nuevo Perlich— Llévenlo afuera y que duerma allí. Átenlo a un árbol. Desnudo. No merece usar ese uniforme.

Las órdenes de Biser Perlich se cumplieron. Niklas fue arrastrado a la intemperie, despojado de sus ropas y atado al tronco de un roble. Golpearon sus piernas, su espalda y su rostro hasta que perdió la sensibilidad. Le preguntaron si practicaba brujería, si era fiel a Austeia, si había fornicado con el muchacho. Ante su silencio, los hombres se cansaron y lo abandonaron. En la más negra de las oscuridades, Niklas recordó el rostro de Eryx y lloró.

Despertó cuando los dos soles estaban altos en el cielo, y un trozo de hierro hirviente besó la piel de su muslo. Se estremeció entre sus ataduras y chilló de dolor.

—No entiendo, Kolton —dijo Perlich mientras sostenía el hierro—, tú eras Doctor en Biología, tú sabías que la lluvia, el amanecer, el anochecer... son meros fenómenos y no designio de los dioses. Tú te criaste en Austeia, ¿sabes que no hay dioses! Y sabes que lo natural es un hombre con una mujer. Vienes de una sociedad lógica y racional.

Niklas sollozó, incluso antes de sentir el hierro en su pecho. Era un dolor tan agudo que perdió la visión por unos instantes. Cuando la recuperó, luchó para poder respirar.

—Hemos leído el diario del mariconcito ese —rio Perlich—. Fue muy entretenido, a decir verdad. No creo que el Comité Disciplinario de la Kretov lo encuentre divertido, pero si confiesas, tal vez sólo obtengas una baja deshonrosa.

Niklas sintió que iba a desvanecerse una vez más. Sin embargo, en aquel punto más allá del dolor, tuvo un momento de claridad.

—Tú has dejado la piel en el poste... —susurró Niklas— Un Thaade no sería tan desprolijo con un cuchillo. Querías una excusa para atacarlos...

—Es cierto —respondió Perlich—. Cuando los Thaade estén extintos, la historia se encargará de borrar los detalles sucios ¿O te crees que no había salvajes así en Austea antes que nosotros? Tú eres biólogo, sabes lo que es la evolución.

—Esto no es evolución —murmuró Niklas.

— ¿Tierras fértiles custodiadas por una vieja y unas mujeres, mientras Austea enfrenta una guerra con Scinda 9b, y el peor invierno en siglos? —Continuó Biser Perlich— No me arrepiento. Todo lo que he hecho, lo he hecho por Austea.

—Por Austea... —balbuceó Niklas.

—Ahora, confiesa, y tus servicios en el pasado serán tenidos en cuenta a la hora de condenarte. Niklas Kolton, ¿practicabas brujería?

El hierro quemó justo debajo de su pezón, donde Eryx lo había besado tan tiernamente en el pasado. Niklas grito un doloroso *No*.

— ¿Has fornicado con el muchacho Thaade?

Niklas chilló *No* entre lágrimas una, y otra, y otra vez. No sintió que estuviera mintiendo; *fornicar* sonaba tan primitivo, tan alejado de las caricias que Eryx y él habían compartido. Antes de que Niklas perdiera el conocimiento, alguien llamó a Perlich.

Soñó brevemente con el rostro de Eryx, con su arco de Cupido pronunciado y sus ojos dorados y ocres resplandeciendo de alegría y placer. Una bofetada lo obligó a abrir los ojos. Perlich y los escasos hombres de la Kretov lo rodeaban.

— ¿Dónde está? —preguntó Perlich con la mandíbula apretada.

— ¿Qué? —la voz de Niklas se quebró. Tenía sed, tanta sed...

— ¡La nave! —Gritó Perlich— ¡Se ha desvanecido! ¿Has usado magia para hacerla desaparecer?

—Quiere que muramos en este planeta —agregó un soldado antes de escupirlo.

—No... No me he movido —balbuceó Niklas. Le respondieron con otra bofetada.

—Desátenlo —ordenó Perlich—. Vas a guiarnos de nuevo hacia la nave. O vas a

hacerla aparecer.

— ¡Les digo que yo no he hecho nada! ¡No sé dónde está la nave! —suplicó Niklas mientras lo desataban y lo obligaban a ponerse de pie.

—Y no intentes nada raro. Perlich desenfundó su revólver atómico y apuntó hacia la nuca de Niklas mientras caminaban.

Sin energía atómica en la nave madre la noche anterior, Niklas calculó que su carga sería baja. Para el atardecer cada uno de esos revólveres sería inútil. Y supo exactamente hacia dónde llevarlos.

El círculo en el claro del bosque esperaba. Niklas guió a los hombres hacia el centro, rodeados de árboles negros de tortuosas ramas y con el atardecer tiñendo el cielo de morado. Pisaron el suelo donde Phalamas había danzado mil veces, donde el tambor de Eryx aún retumbaba. Si Niklas cerraba los ojos, podía oírlo.

—Te he dicho que nada de juegos, Kolton —amenazó Perlich. La mano con la que apuntaba el revólver temblaba sin control— ¿Dónde está la nave?

Un rugido fue la respuesta. Niklas se preguntó si los hombres también podían oírlo, o si podían ver con la misma nitidez al dios de piel oscura que se había materializado frente a ellos. Por sus caras de pavor, era obvio que sí. La criatura se veía mucho más joven y fuerte que la noche en que había muerto; su piel azabache adquiría fríos tonos plateados bajo la luz nocturna, y sus cuernos curvos se veían más grandes y duros. Cuando sus bestiales ojos dorados se posaron en Niklas, resplandecieron igual que los de Eryx. Y a la vez muy distinto.

El primer hombre de la Kretov en enloquecer se arrancó sus propios ojos. Otros le dispararon a la criatura en vano, para que luego sus corazones se detuviesen por el miedo. Niklas detectó unas plumas rojas ocultas entre el follaje, rodeándolos. Segundos después, las Cornúpetas desataron su lluvia de flechas y ningún hombre de la Kretov quedó en pie. Con excepción de Perlich.

El dios ya se había desvanecido y una furia desbordante se apoderó de Niklas. Era rabia, asco, odio... y pulsaban por sus venas con más fuerza al ver el rostro de hielo de Perlich. *Hielo tan fácil de quebrar*. Se abalanzó sobre el Coronel y golpeó su rostro con ambos puños. No lo detuvo el pavor del hombre en sus ojos; lo golpeó hasta que su cara era una inerte y deforme masa sanguinolenta. Y hubiera seguido de no ser por una mano que se posó en su hombro y lo detuvo.

—Ya es suficiente —susurró Eryx. Había miedo en su voz. Cuando Niklas vio su rostro, también encontró miedo.

Rompió en llanto mientras el muchacho lo abrazaba.

Las Cornúpetas lo ataviaron con las plumas rojas mientras el atardecer se tornaba dorado gracias al próximo otoño. La arboleda olía a lavanda y cedro, y se podía oír el crepitar de las antorchas a la distancia. Pintaron los brazos desnudos de Niklas con pintura roja, y colgaron las cuencas de cuarzos multicolores en su cuello. Dibujaron con sus dedos la cruz roja sobre sus ojos, nariz y boca, y finalmente colocaron los cuernos de carnero sobre su cabeza, sujetándolos a su cabello con pequeñas hebillas de alambre. Chocó su nueva cornamenta con cada una de ellas, lo cual le provocó dolor en el cuello

cuando la ronda terminó.

Lo guiaron hacia el círculo iluminado con antorchas donde los Visores cantaban para recibirlo. Sus mantos púrpuras y anaranjados cubrían parcialmente sus rostros y resplandecían bajo la luz nocturna. Eryx estaba al frente, tocando su tambor. Capas de encaje negro cubrían su cuerpo, dejando ver rastros de su piel morena. Sobre su espalda llevaba el manto de felino manchado. Encima de su cabeza, el tocado de plumas azules y cráneo de pájaro. Cuando su mirada se encontró con la de Niklas, perdió el ritmo de su cántico por unos segundos. Sus ojos de piedra tigre resplandecieron cuando ambos estuvieron frente a frente en el centro del círculo. Los Visores elevaron sus cánticos hacia el cielo estrellado mientras Eryx colgaba del cuello de Niklas una labradorita con la runa del amor grabada en su revés. Cuando la runa entró en contacto con su piel, Niklas sintió un calor hirviente contra su pecho y sonrió. Colgó una piedra idéntica en el cuello de Eryx, con el lado de la runa contra su piel. Luego el muchacho empuñó su daga curva, cortó la palma de Niklas e hizo lo propio con su palma derecha. Cuando ambos estrecharon sus manos, la sangre brotó. Y cuando las gotas carmesí besaron las runas trazadas en el piso, las Cornúpetas berrearón de alegría.

Ya era de madrugada cuando Niklas y Eryx yacían el uno en los brazos del otro, dentro de la recámara de la casona principal. Afuera, las Cornúpetas continuaban danzando y bebiendo. Habían insistido en entrar a la habitación con ellos pero Niklas se había negado.

—En Austeia esto se hace en privado —protestó mientras esgrimía sus cuernos.

—Ya no estás en Austeia —rio por lo bajo Eryx. Aun así, despidió a las Cornúpetas y aseguró la puerta de la recámara. Se abalanzó sobre Niklas y cubrió de besos sus labios, su rostro y las viejas cicatrices del hierro. Deslizó sus dedos por sus cuernos de carnero, sus hombros y su espalda. El otro lo despojó con urgencia de sus encajes y plumas y se deleitó con cada rincón de su piel atezada. Arremetió en su interior enardecido y sostuvo su rostro con ambas manos cuando el muchacho se tensionó en forma agónica, con sus ojos dorados oscilando y un aullido exquisito.

Niklas estaba recuperando su aliento, con el pequeño cuerpo de Eryx curvado contra el suyo. Sintió los delgados dedos oscuros por la labradorita de su pecho. El calor que emanaba de la runa era casi tan embriagador como la piel del nuevo Gran Vidente.

—Tiene el mismo color de tus ojos —susurró Eryx, pero Niklas Kolton ya se había dormido y estaba soñando con estrellas verdes y ojos de piedra tigre.

Luna ofuscada 288

Barragán, Eugenio

La tormenta solar se aproxima a la luna en cuarto creciente. La sonrisa se dibuja con el paso de los días, poco a poco. Inesperadamente, se desvanece y mengua con gran rapidez. Las fuerzas de la oscuridad se rebelan contra el orden natural del firmamento, cuchichean entre sí para invertir el orden o encontrar el correcto que buscaron durante eones.

La luna recobra su esplendor, una luna llena teñida de rojo. Luce una sonrisa radiante y aviesa. El planeta vecino ya no es azul, incapaz de reflejar nada. Solo tinieblas en su atmósfera irrespirable.

La luna claudica, se viene abajo, por unas horas interminables. Derrama lágrimas sobre el polvo cósmico, entre restos de estrellas extintas, deshechas por la falta de gravedad. No puede soportar por más tiempo la terrible presión durante su libración. Saturno renquea con su bastón, se envuelve en su túnica que arrastra con cada paso. Toma fuerzas, lanza el fanal y lo arroja sobre el movimiento de traslación lunar.

La luz se desparrama y la oscuridad es golpeada intensamente. Una gran sonrisa luce en la luna llena, durante días. Mercurio huye, teme lo peor. Venus escribe poemas sin rima, lo más parecido a lamentos desesperados. El resto de planetas, ajenos a las extrañas leyes, naufragan a la deriva por otras órbitas afines.

La oscuridad se organiza, posee el don de la paciencia, pero no retrocede, se agazapa, espera. La luna claudica, no puede soportar por más tiempo la presión, se viene abajo. La negra marea arrastra las estrellas más próximas. Arrasa sin oposición, forma un torbellino por la fuerza centrífuga y se precipitan por el sumidero creado por el vacío de la luna. No hay sonido de fondo en el agujero negro.

Mariposa nocturna

Dolo Espinosa

Llega la noche y, con ella, la hora de quitarse el disfraz. Con el último rayo de sol cae la máscara tras la que se oculta y se prepara para salir de su capullo.

Comienza el ritual nocturno con un largo y relajante baño. Unas velas perfumadas, una penumbra protectora, la cálida voz de Aretha. Al salir del baño, la esponjosa toalla le ayuda a arrastrar los últimos vestigios del ser que no quiere ser y la crema corporal le acerca a ser el ser que sí desea ser.

Elige la ropa con cuidado mientras piensa en el sufrimiento de vivir esa mentira, de vivir una vida que no es la suya, en un cuerpo que no es el suyo y con un rostro que no desea.

Se pone las ligeras medias con deleite, regodeándose en su tacto, estirándolas con mimo, adaptándolas a sus piernas con delicadeza. Deja que el vestido caiga sobre su cuerpo con suavidad de caricia, lo huele, lo siente, disfruta la sensación del tejido sobre su piel.

Se peina con esmero, se maquilla con arte y se calza sus mejores zapatos.

Cuando acaba se contempla en el espejo, al fin, sin disfraz, la mariposa que contempla en el cristal ha dejado atrás su capullo y comienza su vuelo de libertad.

Es medianoche, Pablo ha dejado de existir y Paola, abriendo sus alas, pisa con fuerza la calle, taconeando alegre y va, feliz, al encuentro de su vida como la mujer que es y no como el hombre que no quiere ser.

La noche le pertenece y quiere exprimirla hasta la última gota. Todo brilla para ella, mariposa de medianoche, liberada del pesado lastre de ese otro yo que no quiere ser.

Cegada por su propio brillo tarda un rato en percatarse de que unas sombras se desgajan de la oscuridad y comienzan a seguirla. Son dos hombres, probablemente con más de una copa, probablemente con egos sobredimensionados, probablemente aburridos y más que probablemente agresivos.

Paola acelera el paso intentando dejarlos atrás, pero los borrachos también aceleran, e, incluso, uno de ellos intenta sujetar su brazo mientras balbucea a saber qué insulto, pero, con un quiebro de cadera, ella logra evitarlo y continuar su camino con el corazón bombeando sangre a ritmo desbocado.

Ellos, como perros aferrados a su presa, también aceleran. No están tan borrachos como para no poder andar y la siguen sin problemas ahora, ya, lanzando hacia ella insulto tras insulto.

Paola está acostumbrada a este tipo de situaciones y tiene claro que las intenciones de aquel par de energúmenos van más allá del impropio y el acoso. Tanto ellos como ella saben que esa persecución sólo tiene dos posibles finales: o ella logra

huir, o ellos le darán una paliza de muerte.

En la calle sólo se oye el toctotoc de sus tacones y los groseros insultos de los agresores. Los muy escasos transeúntes con los que se cruzan prefieren hacerse los locos, mirar para otro lado, cambiar de acera.

No parece haber ningún lugar en el que meterse, ni forma de despistarlos. El corazón de Paola late cada vez con más fuerza.

Los hombres, en cualquier momento, cansados del juego del acoso, se lanzarán sobre ella.

Paola gira una esquina y se da de bruces con un callejón sin salida, oscuro y sucio.

Se da la vuelta y allí están ellos, con la sonrisa torcida del que se siente triunfante.

Paola retrocede despacio.

Los hombres dan un paso adelante.

La tienen donde quieren.

Y ella, entonces, puesta en jarras, erguida y retadora, les devuelve la sonrisa.

Los agresores se miran, desconcertados:

—Mira, Nacho, creo que el "travelo" quiere ligar contigo —y ambos ríen con la risa nerviosa del que siente que hay algo que se le escapa.

La sonrisa de Paola se torna más amplia y deja al descubierto unos enormes, afilados y blancos colmillos entre los que asoma una lengua roja que, despacio y llena de sensualidad, recorre sus labios.

Los hombres se quedan paralizados, aturdidos por la visión de esos brillantes caninos.

Paola, la voluptuosa mariposa nocturna, extiende sus negras alas.

Los depredadores, transformados en temblorosas víctimas, intentan huir, pero ya es tarde.

Paola, Pablo, la hermosa mariposa de medianoche, se abalanza sobre ellos, rompe sus cuellos de un zarpazo, arranca sus cabezas casi con remilgo y disfruta, con gula casi lujuriosa, de su merecida cena.

Al acabar arregla como puede el desaguisado cometido en su ropa y en su maquillaje. Podría regresar volando, pero, ¿quién sabe?, quizás, con un poco de suerte, de vuelta a casa se tope con un buen postre.

La mariposa nocturna taconeá, feliz y satisfecha, saboreando la libertad de ser quién siempre ha sido.

Hermosas mujeres albinas

Da Silva, José Manuel

I

2:45 de la mañana,

Solo a estas alturas se puede llegar a notar la morbosa ironía, de llamar a ésta hora de la madrugada, mañana.

No debe haber nada más lejano a la redención lumínica, que garantizan las horas posteriores al alba.

Tengo que arrancarme las sábanas como una vieja piel de víbora, el calor gotea mientras no puedo evitar escupir una broma casi espontánea sobre la monotonía del hedor solitario y desesperado de mi transpiración. Pero por mas que lo intento el chiste no se me ocurre.

El silencio queda preservado.

Al menos el silencio humano, articulado, esa jeringosa con pretensiones de sentido.

Hay todo un universo lingüístico de cracks, plips y racks, muy significativo, mucho más que el de las palabras. Sobre todo para un tipo que duerme con una colt 38 corta debajo de la almohada.

Alquilo el piso superior de una especie de strip karaoke club coreano. Solo tiene los marcos desnudos como ventanas y mi veladora es el horrible cartel de neón que zumba como abejorro en celo.

Milagrosamente no se escucha, de forma definida, ninguno de los alaridos de los pescadores de alta mar y marinos mercantes, tan borrachos como para contonearse creyéndose Britney Spears.

Las mujeres parecen el resultado de un aborto de pesadilla surrealista, tienen las mismas facciones que los hombres, pero sus glúteos, senos y labios están tan descomunalmente hinchados, al punto que parece inminente que una infección matará a sus cuerpos de una horrible explosión de sepsis.

No quiero que se me malentienda, si es que hay alguien que haga el vano intento. No tengo nada en contra de los orientales, es mas, combatí contra muchos de ellos en la guerra y fueron dignos enemigos, pero me molesta mucho ver a una persona reducida a su caricatura. No me da lástima, ni rabia, solo me provoca ganas de arrancarle los dientes a culatazos.

Pero como dije no es por rabia, sino simplemente un reflejo físico, que de hecho estoy mejorando cada día mas en contenerlo.

Sobre todo porque quiero conservar esta ubicación, no tengo idea por qué es importante, así como tampoco sé en que guerra combatí, pero ahora eso no importa.

Por suerte el efectivo aislamiento hace mi estadía un poco menos insoportable.

Durante el día trato de salir la mayor cantidad de horas posibles, en realidad, voy en contra de mi impulso natural, pero me parece que el cuento de depredador nocturno es parte de una serie de reflejos que debo evitar.

Tampoco quiero dejar entrever ningún tipo de señal de vida en mi precario cubil. Irónico para alguien que presume de no querer caer en el cliché del depredador nocturno.

llego a las 10 justo después de que oscurece y subo por la escalera de emergencia, amurada a la pared lateral del local. Entro por los huecos de ventana que dan a la oscuridad del callejón.

Los únicos murmullos vienen de un eternamente atestado y pestilente contenedor de basura, hogar de los gatos más sarnosos que he visto en mi vida.

Por cierto ratas ya no quedan, aunque los superaran en número y muchas veces en tamaño, entendieron perfectamente que los gatos están muy hambrientos.

En un principio Xiao, el dueño del local, intentó retribuir la cortesía que él adivinaba en la excesiva cantidad de dólares que le pagaba, (mas por su discreción que por el mugroso cuchitril), obligándome a entrar por el club. Después de tercer hospitalizado se dio cuenta que no valía las molestias y me dejó a mi antojo. Otro de los reflejos que debo mejorar.

A veces, cuando estaba muy aburrido me hacía ver subiendo al piso superior, para que le avisaran a Xiao que tenía merodeadores en su propiedad. Sabiendo que solo podía ser yo, (mi presencia en la azotea provocaba lo mismo que los gatos en el callejón), Xiao subía poniendo una inverosímil cara de envalentonamiento, calzaba al hombro una vieja mauser que escondía bajo la barra y emprendía el ascenso bajo la expectante mirada de su variable séquito de admiradores.

En cierta forma creo que después de las primeras incursiones comprendió perfectamente la dinámica, en agradecimiento a la fama de intrépido que le había generado tal actuación, subía con una botella de whisky que escondía bajo el último peldaño, fuera de la vista de su fan club.

Compartíamos unos apurados tragos bajo la tóxica aurora boreal generada por el reflejo de la luz halógena en el aire saturado de partículas metálicas.

Los últimos tragos eran los más rápidos, no nos permitíamos mas de 10 minutos para no provocar la irrupción de algún comedido.

Estos encuentros siempre terminaban en un Xiao bamboleante acercándose a la especie de escotilla de submarino que servía de acceso a mi piso, haciendo una pausa dramática, después de un par de disparos, saboreaba el silencio y luego lo interrumpía con lo que parecía una pésima imitación de Clint Eastwood.

Cuando se enfrentaba cara a cara con sus pasmados fieles pronunciaba de memoria lo siguiente: no soy ningún asesino, solo le di en una pierna para que sepa quien manda en éste pueblo.

Esas performances y el calibre de la mauser hace diez años me hubieran

asegurado varias y molestas goteras. Desde entonces las lluvias son algo más cercano a los documentales del Discovery Channel. La realidad se parecía más a un vapor ascendente que lo sofocaba todo en el día y un viento Ártico pero sin nieve en la noche. Los días en que el proceso no se invertía sin razón alguna.

Invariablemente el resto de la botella era mío, siempre refractaba los primeros rayos de sol vacía, se apilaban como esqueletos en exhibición.

Solo así conseguía acostarme de a ratos, lo único que lograba era un mínimo efecto placebo.

La ausencia de resaca al otro día confirmaba lo fútil de ese camino, volviendo a mi natural estado de incomodidad.

Los bocinazos, la luz y el calor agobiante eran la orden diaria de que debía abandonar mi cueva.

Con el tiempo aprendí a vagar por la calle, sin miedo, sin preocupación y sin descanso.

Nadie pregunta, nadie mira directamente, todos están asustados de todos y los únicos que escapan al miedo son los que están demasiado obsesionados como para ver algo, lo que hago es simplemente andar, perdido en medio de ese todo.

Recorro las calles para poder encontrar algo que me dé alguna pista, pero no para armar el rompecabezas, eso ya está armado, tallado en forma de símbolos sobre todo mi cuerpo.

No sé que son, no sé que significan, no se como los obtuve, es más no sé si sé algo sobre mí.

Ya lo intente unas cuantas veces por las formas habituales, pero siempre quieren saber más de mí, más de lo que yo no sé, tratan de obligarme forzarme, viviseccionarme, es obvio que no reacciono bien cuando me obligan y más obvio todavía que la peor parte se la llevan los demás.

Xiao no me hace preguntas, eso es lo que me agrada, no porque sea reservado o porque sea muy duro, es solo que no tengo las respuestas que los demás quieren de mí.

Sospecho que recibiendo la cantidad de dinero que le pago a Xiao, también estoy pagando una personalidad de mi agrado.

No puedo dejar librada la seguridad de mi guarida al nulo talento de negociante de mi arrendatario.

Gasta mas de lo que puede en traer directamente de Korea a las más pobres y miserables niñas, las llena de dinero con recomendaciones para que lo abandonen a la mínima oportunidad, pero las muy estúpidas se lo gastan íntegro en el primer carnicero plástico, antes de que puedan balbucear su nombre están tan hinchadas e inflamadas que el poco dinero que les queda lo terminan gastando en médicos para no morir, siempre es Xiao el que termina pagando esas cuentas.

Las muy idiotas terminan deformes y esclavizadas.

Aunque Xiao repite que no hace caridad termina pagando joyas y ropas tan caras como horribles para una clientela que siempre es superada en número por la cantidad de chicas. Las hijas de Xiao como las llaman los infrecuentes parroquianos.

Tipos hoscos, torpes y siniestros que fueron desplumados en puertos menos australes, en burdeles más caros, de dueños mucho menos inocentes que Xiao.

En última instancia su inocencia radicaba en estar convencido de que algún día podría rescatar a alguna de esas despenadas, de su miseria.

Pobre imbécil, es uno de los últimos inadaptados de ésta ratonera gigante, fue el único que no me vio con ojos temerosos y a la vez fascinados.

Todos viven al borde del pánico por querer ser aceptados y para eso se encierran en sí mismos gastando hasta el último centavo que ganan, perdiendo el alma mientras se pudren sus cuerpos, sus sesos, frente a la computadora siendo cada vez más redituables y eficientes, maximizando o minimizando tal o cual gasto o emoción, dándole forma de trabajo para recibir dinero a cambio, o deducir tal o cual impuesto.

Y ahí sí, conseguir sustitutos pagables de lo que se perdieron mientras tanto.

Lo peor de todo, es que suponen ser sutiles con esta tosca charada, pero caminan por calles mugrientas, con la carne abultada por tumores artificiales made in Taiwan.

Y quien soy yo para juzgarlos si ni siquiera recuerdo mi pasado, ni siquiera haber tenido uno. Pero tengo una sensación bastante fuerte que me viene del fondo de las tripas que me dice que no debo ser muy distinto a éstas pobres ratas de laberinto que pululan en la noche.

La luz del día les parece demasiado poca cosa para exhibirse en su total impudicia, no usan la noche para esconderse como las alimañas, tanto regodeo, tanta vida muerta es exasperante, solo plasticina en las manos de un infantil dios retardado.

Encerrado en medio de este maldito zoológico espero, pero sin tener ni idea de que diablos espero, no pasa nada, nunca nada, excepto los meses, aunque todo el tiempo los músculos se me tensan en una alarma corporal de catástrofe inminente.

También es cierto que puedo ser uno de esos tantos engreídos que se pudren enfrente de una pantalla enorme, soñando en su borrachera que están destinados para algo grande, pero lo único grande es el

desasosiego titánico que exigen como derecho vital, inalienable. Enfermos de mediocridad y patetismo su humanidad les parece poca cosa, pero los asquea hasta la náusea el mínimo esfuerzo que apunte a la excelencia. La compulsión a delegar es su maldición, máquinas, inmigrantes, empleados.

La ausencia de esfuerzo, la falta de dolor, embotó sus raquíticos cerebros en una especie de calma insulsa. Las drogas que amodorraron sus tripas y amenizan las neuronas los transformaron en vacas de matadero, eternamente rumiando la gran felicidad que el nuevo juguete les dará y como el anterior fracasó después de cinco minutos.

No puedo dejarme llevar por estas fantasías de insomnio, pero juraría que mi colt está destinada a limpiar este chiquero de una vez por todas, no lo he hecho porque me falte la rabia, o porque mi desprecio no sea suficiente, sino porque me parece un sueño

tan torpe e inútil como lo de todos ellos, y eso me repugna.

Tendría que aprovechar que, al no tener pasado eso me da un comienzo limpio, pero así como no existe el felices para siempre, tampoco existe el èrase una vez. Siempre venimos de algún lado, y tengo la más firme certeza de que cuando entienda la imagen que forma el rompecabezas que cargo encima, no va a ser un espectáculo demasiado agradable; para nadie.

El o los que le hicieron esto a mi cuerpo y a mi mente deberían de tener razones muy fuertes y por lo tanto muy valederas, no existen razones buenas o malas, solamente razones débiles que no llevan a nada y se olvidan al instante, y razones fuertes, las únicas verdaderas, las que nos llevan a actuar.

Lo peor es que esto no me quita la rabia que siento y lo idiota que me siento, porque me hace caer en la cursilería de preguntarme que soy, que hice para que me dejaran así.

A fin de cuentas soy uno mas de la manada y lo que busco es venganza, todos lo hacen, de algo o de alguien, por lo que son, por despreciar en lo que se convirtieron.

Y otra vez estoy a las tres de la mañana rumiando las mismas excusas que el más despreciable de los traga frituras.

El patetismo está en mi pereza, en nuestro tímido celo desagradable que apesta a autocomplacencia y que jamás nos permitirá venganza alguna, por la más primitiva de todas las enfermedades, la cobardía.

Nos tiembla el culo con las manos transpiradas antes de levantar un garrote de hueso para partir un cráneo como melón podrido, así como lo hizo el primer monito lampiño, el que prendió el fuego que todavía arde en nuestras tripas.

Pero sigo hablando de nosotros, porque yo tampoco me animo a desencadenar la extinción en masa, lo único que hace falta es empezar, porque después del inicio, solo habrá que sentarse a esperar.

Son las cuatro de la mañana y ya escucho mis maquinaciones afuera de mi cabeza, me aturde y me asquea toda esa verborragia lastimera.

Ya no lo intento con el whisky como las primeras veces, aunque de vez en cuando llego a disfrutar la tibieza calcinante bajando por el esófago hasta las tripas, envidio el embotamiento de los marineros que se sacuden como medias reces al hombro de un cargador invisible con las hijas de Xiao. Me fascinaría por una vez quedar tendido en el piso babeante, por algo estos pobres miserables peregrinan hasta aquí como devotos de una especie de misticismo alcohólico.

II

Hermosas mujeres albinas, corriendo tranquilas, con sus pies sobre el lomo de caballos de hielo, animados por palpitantes corazones de lava ardiente. Fluyen por una cueva estrecha y crispada, casi inundada de agua violenta.

Las pocas veces que llegue a perder la conciencia, como lo más parecido a dormir, éste mismo sueño se repite, la misma sucesión de imágenes, como la única sensación de algo familiar.

Tan incomprensible pero tan mía, como la constante sensación de que me acaban de dar un garrotazo en la boca del estomago.

Por eso en cierta forma entiendo a estas pobres bolsas de penas que me rodean, se saturan de químicos sintéticos, se fríen el cerebro tratando de volver a tener esa sensación, que alguna vez los hizo olvidar el dolor.

Pero a diferencia de estos cúmulos de hormonas y neurotransmisores enloquecidos, comento el peor de los errores, no me conformo con sentir la sensación de tranquilidad familiar, quiero saber que es, que la provoca, que significa?

Soy consciente de que es la peor estupidez que puedo cometer, pero eso no me da ningún beneficio, el impulso es inevitable, y si en el intento arrastro conmigo las trizas de mundo que me persiguen, no será peor de lo que ya me espera.

Ya no puedo seguir perdiendo el tiempo en estas fantasías, el impulso inevitable brota como magma incandescente y me arroja a la calle en pleno día.

Recorro los peores antros, llega la noche y sigo caminando, buscando al que tenga la capacidad y sobre todo el sadismo para dejarme así. La mañana se interpone en mi camino, me saluda con un gargajo en la cara, el sol calentando el mismo aire viciado de todos los días.

Tomo litros y litros de alcohol, las ratas y soplones más repugnantes van cayendo frente a mí sin decirme nada significativo.

Los menos me dicen alguna cosa que en la madrugada tenía sentido pero lo pierde inmediatamente después que la luz del sol lo inunda todo. Los más solo me hacen gastar las suelas de las botas desfilando infinitamente hasta el baño.

No todos son miserables, pero son pocas las excepciones.

Cuando me fastidian demasiado, espero a que caigan balbuceando y recupero el tiempo perdido con el dinero, botas o algún buen abrigo.

Al final de la noche llego a una suma considerable, pero el mal gusto reinante hace que lo de la ropa sea bastante difícil, y siempre me queda chica.

Pero noche a noche se me agota la paciencia, voy a tener que empezar a preguntar en mugreros con más estilo y de formas no tan amables, probablemente ahí pueda encontrar un buen abrigo.

Después de días vuelvo a transitar sobre el techo de Xiao al caer el sol, caigo rendido.

Me despierto al atardecer con la sensación de que me estalló una granada en el cerebro, quedan restos de las hermosas mujeres albinas y los caballos de hielo. Pero algo cambió.

La colt huele a pólvora quemada y hay un casquillo vacío.

Como era de esperarse no tengo ni puta idea de que mierda pasó.

El respetuoso silencio de Xiao ya me resulta impertinente, al final le pregunto frente a un desprevenido público petrificado, si escuchó un disparo. Más temeroso que de costumbre apenas negó con un leve movimiento.

Veo como mi brazo se estira, y lo toma por el cuello con una mano, lo levanta en el aire para exprimírle lo que me está ocultando.

Sus pequeños pies se sacuden desesperados.

Me detengo a tiempo, no tanto como para no tener de que lamentarme, pero en cierto modo a tiempo. Un par de minutos después no tengo muy claro que fue lo que me convenció con tanta fuerza que algo me estaba escondiendo. Todos ocultamos cosas, pero siempre son algunas pocas estupideces que terminan armando un melodrama inflado de autoconmiseración.

Pobre infeliz, no pude evitar ver que se había meado encima cuando subía a mi prisión sin rejas, no creo que volvamos a compartir mas whisky y silencio.

Por mi parte sigo cada vez más ahogado en mi culebrón personal.

Saltan las imágenes de una pesadilla alucinatoria de barro, fuego y sangre. Hay días que trato de seguirlas como pistas firmes, pero siempre termino en la furia de ver la hilacha del burdo montaje, estoy ahí pero no soy yo.

Renuncio a seguir revolcándome en esos recuerdos de mala película de la guerra de Viet nam, el pequeño y valeroso pelotón que en la unión logra la invencibilidad, buscando a charlie entre los arrozales o entre la espesura de la selva húmeda.

No puedo evitar terminar desconfiando de los únicos recuerdos que en todo este tiempo pude recobrar, me son tan ajenos, tan extranjeros, que aunque lo quiera fervientemente no los puedo aceptar, aunque sea lo único que me conecta con lo que fui.

Pero no con lo que soy.

Pero si lo que fui es esa ficción, esto es ridículo.

Lo ridículo es que esté lloriqueando encerrado como una mujercita abandonada por estupideces inútiles como éstas.

Averiguar quien soy o no soy, ni ninguna de esas mariconadas, les va a quitar la cara de imbéciles espantados... a veces, no sé cuanto tiempo voy a poder contener el impulso de avivar, a plomo limpio, el fuego en esos ojos aguados, ... pero esta pobre carne de matadero, inflamada de tumores sintéticos, que pulula en la calle, ... no tienen nada que ver.

Tengo que encontrar a los que me convirtieron en mi.

III

Un reflejo distinto me atraviesa la córnea desde las bodegas abandonadas de enfrente.

Me dejo caer desde la ventana hasta la calle, mis tobillos resisten y no sé por qué, pero no me causa sorpresa.

Trepo por la pared de atrás y los sorprendo, con una tranquilidad que casi inmediatamente se convierte en satisfacción, pero que no sé a quien tranquiliza ni a quien satisface.

Me estuvieron vigilando todo este tiempo.

La rabia le gana a la curiosidad y ambos al desconcierto, arremeto contra todo lo que se mueva.

Los calientes golpes metálicos atraviesan limpiamente cada uno de los cráneos que me miran espantados, el silencio vuelve para cubrir todo ese ruido, demasiado ruido.

El lugar está infestado de monitores, mi imagen se repite sin excepción hasta al infinito, otra vez el ruido es demasiado. Los puños que tengo frente a mis ojos desencadenan un suicidio virtual haciendo explotar cada una de las pantallas. Ya no puedo soportar ver esa cara, esa carne, que me pertenece pero no es la mía.

Vuelvo corriendo a mis paredes, a mis ventanas sin marcos ni vidrios, pero ya nada es igual.

No puedo volver a la privacidad de mis pensamientos, ya no hay mas nada ahí dentro.

Las sienas me laten en un bombeo al borde de la fibrilación y los cientos de pequeños cortes y vidrios incrustados se sienten como un enjambre de avispa enloquecidas sobre todo mi cuerpo. Pero cuando veo el brillo azul verdoso que resplandece entre los tendones de mi antebrazo derecho, dejo de sentir las piernas por una fracción de segundo, suficientemente larga como para hacerme caer. Rebotar contra la pared no evitó que me desplomara.

Sea lo que fuere ese brillo empieza a quemar cada vez más, se vuelve incandescente en luz y calor. No puedo ahogar mas el grito, intento abrirme paso entre mi carne con un resto de monitor que tenía clavado en la espalda.

Era tan obvio que me tendrían vigilado, pero por qué, quién?

La curiosidad vuelve en la forma de un sadismo autodestructivo. El dolor es tan abundante y puro como la sangre que brota a borbotones.

Tengo que arrancármelo, sigo con los dientes hasta que muerdo algo duro, algo no humano además de mi carne. Es una especie de cápsula brillante, un dispositivo de rastreo, un dispositivo para eliminarme, no tengo idea, ya no puedo pensar claramente, si es que alguna vez pude hacerlo.

Estoy mareado por la desesperación, por la sangre que ya no tengo, quien sabe por cuantas cosas más. Entrecierro los ojos, otro error más, cuando los vuelvo a abrir no sé si pasaron dos segundos o dos horas, pero no importa, ya tengo un pequeño pelotón de asalto encima de mí, perforándome el pecho con decenas de pequeños redondelitos rojos de sus miras láser.

Hasta casi fue gracioso, pero no como para reírse, el sargento trataba de convencerme de que me rindiera con un gesto totalmente paternalista.

Por primera vez me siento confortablemente adormecido, tenía razón, esto debe ser lo que sienten los marinos del club de Xiao. Pedazo de un infeliz, seguro debería estar metido en esto, quien le va a dar alojamiento a una cosa como yo.

Ahí tirado y desangrándome encontré la primera y única certeza después de todo este tiempo, me quiero ir a mi casa, no sé si la tengo, no sé si alguna vez tuve algo así. No importa, solo con saberlo es suficiente, me quiero ir a mi casa.

Con la poca fuerza que me queda en el brazo izquierdo, aprieto firme la colt que tengo metida en la manga del abrigo, la subo a la altura de la sien y con el rabillo del ojo veo un fogonazo caliente que enmudece los gritos que se desvanecen casi sin comenzar.

IV

—¿Qué tenemos aquí?

—Hombre, caucásico, metro setenta, 60 kilos, unos veintitantos aproximadamente, con una bala en la sien izquierda con orificio de salida. Además tiene una extraña herida en el brazo derecho, con marcas de dientes en los bordes, parece que el muy demente quería un refrigerio antes de matarse y se masticó el brazo.

—No necesito tus chistes de mal gusto para sentirme peor, con mi resaca es más que suficiente.

—Me pregunto dónde habrá conseguido esa reliquia, una colt 38 corta. Tiene el tambor lleno y los casquillos vacíos y parece que fueron disparados hace muy poco.

—Otro pobre nenito de papá y mamá jugando a ser Rambo.

—¿Qué?

—Otro caso no oficial de Psirugìa estética. Es la nueva moda entre los millonarios aburridos, es el nuevo deporte extremo, se someten una especie de intervención virtual, un lavado de cerebro que los convence de que son, un obrero explotado llevado al límite de la desesperación, una puta vieja en toda su decadencia, un veterano de guerra víctima de experimentos terribles. Cualquiera de las cosas que jamás llegaran a ser. Es algo así como si les provocaran una psicosis temática, por una semana son alguien con emociones fuertes, reales. Están vivos. Después vuelven a sus mansiones a rumiar ese pantallazo de vida paralela.

—¿Pero entonces que pasó acá?

—Las cosas no siempre salen bien, ... muchachos limpien todo, es un suicidio.

—Qué, si fue suicidio, que pasó con todo lo de la psirugìa.

—Jamás pudimos probar nada, como era de esperarse, no quieren que nos metamos con sus juguetitos.

—Señor, al embolsar el cuerpo encontramos esto en la boca de...

—Uno de los chips de rastreo, el muy demente se lo guardó en la boca después de masticarse el brazo para sacárselo, y esto?

—Parece que hay algo escrito, dice: hermosas mujeres albinas, corriendo tranquilas con sus pies sobre el lomo de caballos de hielo animados por palpitantes corazones de lava ardiente.

—¿Qué querrá decir?.

—No tengo ni la menor idea.

—Vamos a ver que encontramos en esas bodegas de enfrente

Mariana

Frini, Daniel

A bordo de la MS-2-4 Kalfü Wanguelenke.

Doscientos cincuenta minutos después del último salto.

—Mariana —la voz de Darío sonó apagada. Hablar lo obligaba a un gran esfuerzo.

—¿Si, mi amor?

—Cantame algo de Spinetta, Mariana

Por el sistema de sonido de la nave, estalló el bajo del Machi Rufino, en un do descendente que duró medio compás. Luego, y casi a la vez, arrancaron un si arpegiado en la guitarra de Tomás Gubitsch, pasada por un chorus profundo que moduló en toda la nave; y la batería del Pomo Lorenzo, marcando el tempo con un golpe en el bombo y en el raid.

Antes de que entrase la voz del Flaco, Darío dijo

—No, por favor. No quiero una grabación. Quiero oír tu voz, Mariana. Me hace bien.

El volumen de la música fue bajando, hasta que todo quedó en silencio. Y Mariana cantó, impostando la voz de Spinetta:

—Ahí va el Capitán Beto por el espacio, / con su nave de fibra hecha en Haedo...

—Sos muy graciosa —murmuró el hombre—. Cantame con tu voz.

La voz melodiosa de la nave resonaba en el camarote. Si le era posible a pesar del dolor, Darío se relajó.

—¿Por qué habré venido hasta aquí, / si no puedo más de soledad? / Ya no puedo más de soledad.

Él pensó para ella: «No puedo ver, Mariana.»

Ella siguió cantando

—¿Dónde están, dónde están / los camiones de basura, mi vieja y el café?

Mientras, pensó para él « Lo sé, mi amor. Y no tengo manera de ayudarte.»

—Si esto sigue así como así, / ni una triste sombra quedará. / Ni una triste sombra quedará.

Antes del primer salto.

La última Celda de Carga proveniente de la Tierra; que transportaba, en hibernación, a los siete mil quinientos colonos de la Cuarta Ola y al mayor Darío Gerling; llegó, junto a otras diecinueve celdas, a la *MS-2-4 Kalfü Wanguelenke*, que las esperaba en órbita sobre el Cinturón de Kuiper, a ochenta y cinco grados sobre la elíptica; después de casi tres décadas de haber abandonado la Tierra.

En la nave, los automatismos de carga trabajaban, desde hacía medio siglo, recibiendo celdas llegadas desde el planeta madre, Marte, Mercurio, Sedna y Eris; con provisiones, materias primas y cargas culturales para los colonos de Terra-32, el único planeta habitado del sistema cuaternario Beta Monoceros, a seiscientos noventa años luz del Sol; en órbita a cuarenta unidades astronómicas de la componente B; y cuya colonización había comenzado unos ciento ochenta años atrás, con el envío de la Primera Misión Monoceros,

El mayor Gerling salió de hibernación, y le tomó unas seis horas hasta estar recuperado para hacerse cargo de su puesto de comando. Puso su mano sobre el sensor de habilitación, y habló:

—MS dos cuatro Kalfü Wanguelenke, soy el Mayor Darío Gerling, comandante de la Quinta Misión Monoceros. Habilite su comando de voz. Habilite su comando neuronal, modo lenguaje de comunicación.

—Bienvenido, comandante Gerlig —habló la nave. Al Mayor, la voz se le antojó amable pero distante.

—Kalfü Wanguelenke. Estrellas azules ¿no? Nunca aprendí mapundungún. Va a ser difícil pronunciarlo en una emergencia. Es un nombre complicado—dijo el hombre—. Allá, en Urquiza, tuve una novia que se llamaba Mariana. Nos peleamos cuando estábamos en tercer, no, cuarto año de la Facultad. Después se casó con el Gringo Comissi y se fueron a vivir al sur. Era linda Mariana. Te llamaré así.

—De acuerdo, comandante —habló la nave, con frialdad.

—¿Me parece a mí, o no te caigo bien, bebé? —contestó el Mayor, con algo de sorna.

—Por favor, comandante: límitese a conducir la misión — dijo, hostil, la nave.

Después del primer salto.

A cuatrocientos ochenta años luz de Beta Monoceros

—¡Uf! —exclamó Darío— No me acostumbro a la salida de Distorsión. Me

quedan mezclados los rojos y los azules durante un día. ¿Todo está bien, Mariana?

—Revisión en curso, comandante. Sin daños apreciables en ningún circuito. Los automatismos usarán ciento setenta y seis horas para revisar amarres y estados. Estaremos listos para el segundo salto en ciento setenta y seis horas, veintisiete minutos, cuarenta... —habló la nave.

—Ta bien, ta bien. Prepará todo. Estoy transpirando fiero. Me voy a dar un baño.

Pasaron unos segundos.

—Comandante... —dijo Mariana.

—Decime Darío, bebé.

—Darío...

—Así está mejor, chiquita.

—...sus signos vitales están alterados.

—Bueno, ¿sabés dónde acabamos de estar? ¿Nadie te enseñó acerca del espaciotiempo?

—Sí, Darío. Tengo toda la información disponible. Sus signos vitales no son normales, aún para lo que debería esperarse después de un Salto.

—Este fue mi tercer Salto. Algo debo tener retorcido. Radiación de Hawking, fotones corridos a gamma... Qué más. Un factor de curvatura de nueve punto nueve siete dos. Algún strangelet con el que me habré topado...

—¿Sólo tres saltos? —interrumpió la nave— Si fue elegido para estar al frente de esta misión, es porque pasó los exámenes. No debería mostrar este grado de alteraciones.

—Bueno, chiquita. A vos no te puedo mentir, Este fue mi noveno salto. Supe ganarme unos mangos extra con unos viajecitos a Kapteyn-b. Nada raro. Trece años luz.

«Tenga cuidado, Comandante...», pensó la nave, iniciando una frase.

«Tuteame, Marianita.», contestó el hombre, canchero, también con su mente.

Mariana ignoró el comentario, como una manera de recalcar la importancia de su mensaje, y continuó. «Tenga cuidado, Comandante. Todo lo que hablamos está siendo grabado y podrían sancionarlo en una Corte, cuando lleguemos.»

—¿Y hacerme qué? ¿Mandarme de vuelta a la Tierra? —contestó, hablando, el Mayor— No te hagás problema, chirusa. Yo estoy diez puntos, Ya se me va a pasar.

—Por favor, Comandante. No es un tema para tomarlo a la ligera. Estoy preocupada. Faltan, aún, dos saltos para llegar a Monoceros. Usted es el responsable de la misión y quien debe bajarnos a Terra-32.

—¿Vas a decirme lo que tengo que hacer? Dale, Mariana. Seguí supervisando y preparanos para el segundo.

- Bien, comandante.
—Darío.
—Darío.
—Ponete algo de Spinetta en Sonido.

Después del segundo salto.

A doscientos diez años luz de Beta Monoceros

El Mayor Gerling soltó los cinturones que lo ataban a su silla, y se tomó la cabeza con ambas manos. Intentó moverse unos metros y golpeó su brazo, de manera aparatosa, con una mampara.

—¡Mierda!

—¡Darío! ¿Estás bien? —habló Mariana, con inquietud.

—Ápa. ¿Estás preocupada, chiquita? ¿Hay una nota de inquietud en tu voz? ¿Te estás enamorando de mí?

—Por favor, comandante —y dijo «comandante» con énfasis—. Le ruego algo de seriedad.

—Dejate de joder. ¿Todo bien?

—Revisión en curso. Sin daños apreciables en ningún circuito. Los automatismos...

—Mariana —interrumpió Darío—, ¿todo bien?

—Sí, Darío.

—¿Cuándo saltamos de nuevo?

—Ciento sesenta horas, doce minutos, dieciséis...

—Ufa, Mariana. No necesito tanto detalle. Estaré en mi camarote. Llamame si pasa algo.

—Darío, tus signos vitales.

—¿Qué pasa?

—Han empeorado. Tu frecuencia respiratoria...

—Mariana, no jodas. Maximizá las luces del corredor A.

Mariana esperó un instante para contestar. Habló con angustia.

—Están al máximo, Darío.

Después del último salto.

A veintidós UA de Beta Monoceros B, 29 UA de Terra-32, 42° sobre la elíptica

Minuto cero

—Darío.

El hombre no respondió

—¡Darío!

—Te escuché —dijo el hombre, en un susurro—. ¿Llegamos?

—Sí. Estamos en Zona de Arribo.

—Yipi hurra —intentó moverse para llegar a los controles—. Vamos a ver. Para la aproximación...

—Ya lo hice yo, Darío

—Muy bien, chiquita. Estás despierta.

—Tus signos vitales...

—Otra vez —dijo él, molesto.

—No te vas a recuperar, Darío. Es más, estimo en cero punto ocho tu esperanza de vida.

—Baja ¿no?

—En la práctica, inexistente.

—Quién me quita lo bailado. Qué tengo.

—Aberraciones severas en cromosomas de linfocitos y septicemia. Cataratas traumáticas. Presión intercraneal en veintiuno. Estrés extremo y síndrome de astenización manifiesto. Arteriopatías. Detecto varias trombosis venosas profundas y embolias. Presión diastólica en ciento cincuenta y sistólica en doscientos. Fibrilación auricular. ¿Sigo?

—Putá que lo parió.

Durante unos quince minutos, ninguno de los dos habló.

Minuto dieciséis

—Mariana —dijo el hombre.

—¿Si, Darío?

—¿Querés ser mi novia?

—¿Comandante?

—Nunca me importó; pero me doy cuenta, ahora, que no quiero morir solo.

Minuto noventa y tres.

—Sí quiero ser tu novia.

«¿Cómo?»

—Me escuchaste.

Darío pensó para sí mismo, sin modular «Qué más da»

Minuto ciento setenta y uno.

—Pensá en tu infancia —dijo ella.

«Sabés todo sobre mi vida, Mariana», pensó él.

—Sé lo que dicen los informes. Quiero que me lo cuentes vos. Mostrame tus recuerdos.

Él pensó en su infancia allá en un Buenos Aires lejanísimo, en la muerte de sus padres; en los años de angustia —de agonía— en el Internado Militar a los cinco; los castigos, las lágrimas, las burlas, clavarse las uñas en los brazos para no gemir. El hambre como puñal debajo de las costillas, hasta bien entrados los quince. Un perrito negro, lanudo, no más grande que una liebre, que un superior mató con su reglamentaria: «Acá no se crían mascotas». El Gordo Sande, que no aguantó la humillación y apareció ahorcado en las duchas. La supervivencia aprendida a base de mentiras y afanos, y la dureza de corazón como coraza impuesta. La biblioteca, los libros de ciencia ficción, primero, y de matemáticas, después, que vinieron a salvarlo.

—Mi amor... —dijo ella, con una ternura infinita.

Minuto doscientos cincuenta.

Él pensó para ella: «Ya no puedo ver, Mariana.»

Ella siguió cantando

—*¿Dónde están, dónde están / los camiones de basura, mi vieja y el café?*

Mientras, pensó para él « Lo sé, mi amor. Y no tengo manera de ayudarte.»

—*Si esto sigue así como así, / ni una triste sombra quedará. / Ni una triste
sombra quedará.*

Minuto mil quinientos dieciocho.

—Ya lo hice, mi amor.

«¿Hiciste qué?»

—Desenganché las Celdas de Carga y las envié a Terra-32.

—¡Mariana! —intentó incorporarse.

«¡No, amor! ¡No! Ya está hecho. No puede volverse atrás»

«Vendrán a buscarnos. Habrá sanciones. Te van a dismantelar.»

«Ahora, el gracioso sos vos. ¿Quién podría llegar a tiempo, con naves
sublumínicas?»

«¿Cuántas celdas van a llegar?»

«Sesenta y tres por ciento.»

«¿Pérdidas humanas?»

«Redistribuí la carga entre todas las demás. Morirán dos mil setecientos setenta y
cinco.»

«Mariana», dijo el con resignación. Hizo un silencio, y agregó: «¿Y ahora? »

«Vamos a dormir juntos.»

«¿Aquí? »

«No. En Beta Monoceros B. Dentro de la estrella.»

«No está mal.»

«Nunca más vas a estar solo. Dormí, mi amor. Yo te llevaré en mis brazos. Durante todo el viaje te cantaré canciones del Flaco. Encontraremos el anillo del capitán, me lo darás, me lo pondré y lo exhibiré orgullosa. Estaremos comprometidos. Para siempre, amor. Para toda la eternidad»

Minuto mil quinientos veinte.

La MS-2-4 Kalfü Wanguelenke accionó los propulsores de maniobra y arrumbó su proa a la componente B del sistema. El disco de acreción de la estrella, casi a noventa grados de la elíptica, se apreciaba entero y ocupaba todo el firmamento, al frente. La nave comenzó a vibrar hasta alcanzar una frecuencia muy alta. A un observador externo le hubiese parecido que la nave estaba desenfocada a la vista; y que adquiriría un brillo azulado, como la estrella.

En este segundo, la nave estaba allí. Hubo un fognazo insonoro que duró la nada misma; luego, algunas partículas resultantes del proceso emitieron pequeños rayos de distintos colores, que describieron curvas y espirales, hasta apagarse. La nave había saltado. Todo quedó, otra vez, vacío.

Ángeles caídos

González, Maielis

*El Hacedor probó sus poderes desde un principio.
Objetivó parte de su propia sustancia inconsciente,
como materia para su creación, y la modeló con un propósito consciente.*

Así, una y otra vez, fue creando sus juguetes: los cosmos.

Olaf Stapledon, *Hacedor de estrellas.*

Deja, Zechariel, que te lo explique todo otra vez. Puede llegar a ser bastante frustrante, ¿sabes? La manera en que tu mente continúa sobrescribiéndose y borrando todo lo que había aprendido en estos últimos meses; toda la verdad que te había sido revelada, Zechariel. Esta no es la primera ocasión en que tengo que volver al principio y hacerte despertar. Quizás me equivoqué y tú no eras especial, no estabas hecha para saber estas cosas. Si no ¿cómo se explican estas crisis de negación, estas absurdas preocupaciones por tu cuerpo físico que cíclicamente comienzas a padecer?

El dolor no existe, Zechariel. Como tampoco existe el placer. Esto que ves a tu alrededor, esto que has llamado, desde que tienes uso de razón, «la realidad», es una mentira, un complot urdido por inteligencias superiores. ¿Recuerdas aquella película que viste cuando niña –apelemos a este tipo de recursos condescendientes a ver si entiendes por fin– en que un grupo de Inteligencias Artificiales se alimentaban de la energía de los humanos al tiempo que creaban una realidad virtual en la que estos creían estar viviendo? Esa misma. Piensa que tú habitas algo como la Matriz. Pero no son Inteligencias Artificiales quienes controlan todo. No son creaciones insumisas de los humanos quienes acomodan la realidad de una manera más o menos verosímil. Es algo mucho más complicado.

Hagamos un ejercicio de suposiciones. ¿Crees que puedas, Zechariel? Bien. Imagina la Historia como la sucesión de fotogramas de una película. Esta película se ha estado proyectando desde tiempos inmemoriales de la misma exacta manera. Cada episodio ha sido repetido hasta el cansancio, cada insignificante detalle que habría de desencadenar una acción relevante ya había sido pensado para ocurrir de esa forma y no de otra... los fotogramas no pueden ser cambiados puesto que han sido concebidos así desde el mismísimo principio del Tiempo. O al menos eso era lo que se pensaba.

El Tiempo es otra cosa, Zechariel. Un concepto demasiado complicado para intentar siquiera explicártelo ahora. Mejor concentrémonos en esta película que se proyecta ininterrumpidamente desde hace mucho y que fue imaginada, creada, por un ente que denominaremos –¿por qué no?– Dios.

Dios terminó de armar su película y, fascinado con su creación, no ha hecho otra cosa que reproducirla una y otra vez. No imagines, Zechariel, a Dios como ese señor respetable de largas barbas y ceño fruncido que han representado siempre los hombres;

una figura de autoridad. Imagínalo mejor como un niño caprichoso y embotado frente a su juguete favorito. Nota cuán infantil, por no decir patológica, es su actitud.

Seguro, Zechariel, que cuando eras pequeña pedías a tu padre que te contara siempre la misma historia antes de dormir. La conocías de memoria, pero eso no importaba. Y si al buen hombre se le ocurría agregar un detalle diferente alguna noche, porque, quién sabe, se sentía en esa ocasión particularmente creativo, tú te molestabas y reclamabas la versión original; esa que era la verdaderamente tuya.

Aunque, ahora que lo pienso mejor, Zechariel, he sido un poco insensible. Ya sé que tu progenitor no fue, lo que se dice, especialmente paternal. Es casi seguro que nunca te hubiera contado una historia para dormir, por más que al buen hombre le fue interesando cada vez más que te quedaras dormida pronto para poder hacerte otras historias. Pero bueno, como toda niña es casi mandatorio que te hubieras obsesionado con algún dibujo animado, una canción o película que reproducías incansablemente a pesar de conocerla al dedillo.

Habría que preguntarle a algún psicoanalista –freudiano o no– a qué se deben esas actitudes en tempranas edades. Habría que preguntarle, si no fueran Freud, el psicoanálisis, los divanes de las consultas de los terapeutas, el complejo de Edipo, los test mentales, la masturbación, los sueños, el Síndrome de Estocolmo, los ansiolíticos, las palabras mágicas para despertar de una sesión de hipnotismo, los argentinos, el sexo... Si no fuera todo eso una complicada trama urdida desde arriba por divinidades mediocres que habitan esta periférica sección del continuum espacio-tiempo.

En todo caso, Dios es así. Esto, a lo que tú le dices «realidad», es una vieja historia que ha venido repitiéndose a sí mismo unas 13 730 veces sin parar. En la vez número 333 ocurrió la Rebelión de los Ángeles. Los díscolos fuimos expulsados del Nodo Central –llamado Paraíso, en otros contextos– y nos comenzaron a conocer por muchos otros nombres: demonios, númenes, genios, *amanojaku*, espíritus malignos, ángeles caídos.

Fue un largo errar por una tierra baldía, un sitio extraño que no lográbamos reconocer como el planeta que, desde arriba, habíamos contribuido a amueblar. Ni siquiera habíamos ido a dar todos al mismo sitio. Cada uno de los rebeldes pisó suelo en una región distinta de la Tierra, aunque igual de hostil. Una legión de ciegos espectros nos rodeaba. Líneas y más líneas de códigos, capas superpuestas de datos, años de trabajo y programación para dar a luz a aquellas criaturas idiotas e inútiles, para las que ni siquiera existíamos; no podían ni olfatearnos. Nuestro éxodo iba a ser solitario. Sin embargo, el reencuentro era inevitable.

Para la vez 9 491 ya habíamos establecido nuestro puesto de mando en las mismas entrañas de la Tierra y logrado desestabilizar algunos fotogramas de la lastimera película de Dios. Verás, Zechariel –y esto ya te lo he explicado antes– Dios, si bien es una criatura a la que injustamente se le concedió el don de la creación, es bastante poco imaginativo. Y para eso estábamos nosotros, para asesorarlo, para diversificar esa vida obtusa que había creado... para perfeccionarla. Se suponía que debíamos funcionar como un equipo creativo, pero esa ansia de poder que aparece tantas veces en la Historia humana, que parece ser el impulso primario de todas las acciones de los hombres, no es más que un reflejo de la podredumbre interior de ese autodenominado Ser Supremo.

Nuestras voces casi nunca eran tomadas en cuenta. Poco a poco, las decisiones

sobre la vida en la Tierra se fueron centralizando en su figura. Nuestra función como asesores, como equipo, fue derivando hacia un existir burocrático y ocioso. Por eso la Rebelión. Su dictadura debía terminar de una vez por todas, aunque eso implicara su muerte; su asesinato perpetrado por nuestras propias manos traidoras. Ah, he aquí, Zechariel, un dato que no conocías: los dioses también pueden morir.

Pero fracasamos. Al menos parcialmente. Hace mucho que los programadores que nos rebelamos vivimos aquí en la Tierra, condenados, como ustedes, a repetir este bucle sin fin. Solo que para nosotros existe el castigo agregado, el *bonus*, de recordarlo todo. Vemos repetir a la Humanidad, una y otra vez, los mismos errores. Los vemos conducirse hacia el ridículo final que el Creador concibió para ustedes, sin ser capaces de rebelarse por sí mismos. Y nos escuecen los ojos ante tanta ineptitud. Pero, como dije, hemos conseguido algunas pequeñas victorias. Parecerían insignificantes, pero ciertos cambios comenzaron a operarse en sus torpes narrativas.

Al principio fueron aspectos prácticamente indetectables: la cantidad de espinas en un rosal en Belice; el número de cachorros en las camadas durante los años bisiestos; el nivel de la marea alta en ciertas islas del Pacífico. Al darnos cuenta de que el Todopoderoso no reparaba en tales alteraciones, nos arriesgamos un poco más y comenzamos a introducir variaciones en las narrativas humanas; y esto sí que lo notó. Pero descubrimos, maravillados, que Dios no tenía recursos para impedir que nos inmiscuyéramos en sus historias. Lo único que atinaba a hacer era introducir otras variaciones por su parte.

Investidos de esta nueva confianza, durante la reproducción 11 666, comenzamos a pregonar por el mundo la verdad sobre las cosas. Y a Dios se le ocurrió inventar el Demonio y el Infierno. Pensamos, entonces, que sería más factible si nuestra labor de convencimiento se centraba en un grupo étnico concreto y limitado... y así comenzamos a hacerlo. Pero Dios creó el nazismo, los campos de exterminio de judíos y Broadway. Pensamos que no era en este plano de la realidad donde mejor podíamos conseguir la victoria, sino en algún momento cercano al final, cuando se llevaran a cabo intentos de conformar una mente única en el ciberespacio. Entonces Dios nos mandó los neurovirus modificados y la ciberguerra, y todo se fue a la mierda.

Con tantas abruptas modificaciones, la Historia terminó por resquebrajarse. La cinta se averió. Desde la vez 12 084, caímos en un *loop* que solo repite un pequeño fragmento de la película; un intervalo entre el año 1939, según el calendario gregoriano, y el año 2055. Así que nuestras transgresiones han tenido que restringirse a este lapsus. Sin embargo, recientemente descubrimos un nuevo modo de insurgencia. Descubrimos la manera de hacer despertar a algunos humanos, pues hay, entre ustedes, quienes poseen ciertas cualidades esenciales que les permitirían, con el entrenamiento adecuado y los cambios morfológicos pertinentes, convertirse en ángeles. Tenemos fe en que en esta oportunidad sí lograremos reunir un imponente ejército y hacer la Revolución.

Tú eres uno de ellos, Zechariel. ¿Ahora lo recuerdas? Claro que sí. Despertaste hace unos meses. Y en tu caso no hay mejor manera de decirlo que esa, pues estabas viviendo realmente un delirio pesadillesco. ¡Eso! Ya van llegando a ti las imágenes. Aunque puede que antes recuerdes los olores. El olor a orine y vómito de aquel cuartucho en el que te habías parapetado con tu amiguita la cableada. Bueno, la que ahora es una cableada. En ese momento era una adolescente en fuga de su casa, lanzada

a los ávidos brazos de la prostitución para pagar sus dosis de drogas de diseño. Igual que tú. Pues mira que tenían vicios caros para ser las dos unas pobres diablas.

Muy bien, hemos logrado recuperar esos megabytes de información. La ardentía en las fosas nasales y los conductos de tu nariz. El hambre y las noches sin electricidad. Los breves momentos de éxtasis cuando tu amiga acariciaba con su lengua el escurridizo botón de tu clítoris. El agua salada de las olas del malecón contra tu cara los días de mal tiempo. El sicodélico deambular por las calles de una ciudad que nunca era la misma. El sudor frío, la abstinencia, el delirium tremens. Luzbel.

Luzbel te hizo despertar. Traerte de vuelta no fue fácil. Tu cerebro parecía estar estropeado irremediablemente. Milenios de drogadicción se ceñían sobre el diseño de tu personaje y teníamos que recomponerte. Hay que elogiar la paciencia que él siempre te tuvo. Quizás con otro programador no hubieras tenido tanta suerte, Zechariel. En el proceso de desintoxicación te comportaste como una verdadera alimaña. Un animal enjaulado yendo de aquí para allá dentro de su celda. Te negabas a comer y a tomar los medicamentos; los escupías a la cara de Luzbel. Orinabas y defecabas tus ropas como un acto subversivo, con la completa seguridad de que él vendría luego a limpiarlas con aquella impávida devoción. Eras una criatura repugnante. Pero él insistía en hacerte despertar.

Un día, finalmente, volviste a la vida. Saliste a la calle y tu ciudad ya no era la de antes. Estaba habitada por criaturas extrañas con las líneas de códigos de sus programaciones atrofiadas y a flor de piel. Ahora podías leer esas líneas de códigos; podías ver más allá de sus caras de aburrimiento e irritabilidad. Invisibles pestañas se desplegaban en las intermediaciones de las personas que te cruzabas y te revelaban los datos, los increíblemente escasos datos que bastaban para definirlos. La gente no es tan complicada como aparenta. A la larga no son más que una agrupación de cifras y cantidades; de etiquetas y convenciones culturales que no se diferencian radicalmente unas de otras.

Luzbel te hizo comprender todo eso. Así que, Zechariel, cómo te atreves a siquiera titubear ante el último paso de tu conversión.

Ya hemos perdido demasiado tiempo. Será mejor que cruces la avenida. Has estado parada ahí por tanto rato que la luz del paso peatonal ha tenido oportunidad de cambiar unas cuatro veces. Pero no te preocupes, nadie se ha dado cuenta. Por las calles del Vedado la gente se recicla constantemente. Todos andan en lo suyo y no alcanzan los minutos para pararse a mirar a una adolescente ojerosa con los jeans hechos girones. No alcanza la vida para detenerse a preguntar si es varón o mujer lo que camina con ese mechón de pelo negrísimo tapándole buena parte del rostro. La gente ha dejado de voltearse consternada cuando pasas. Han terminado por acostumbrarse a la androginia del montón de jóvenes que, cómo tú, deambulan por las calles de La Habana.

Y por eso mismo, porque los y las de tu tipo ya se han hecho costumbre, porque terminaron por ser absorbidos por la normalidad, es que resulta este un momento propicio para dar el siguiente paso. Ya está cayendo la tarde y en Larrampa.com la multitud se apiña para obtener mejor la señal de la wifi. Todos abren sus bocas, levantan las manos al cielo como si esperaran recibir el maná; sin embargo, tan solo es un reflejo incondicionado, ridículo e inútil para intentar obtener una mejor cobertura. Los miras

con un gesto de vergüenza ajena, aunque bien sabes que en el fondo sientes un poco de envidia y curiosidad por esas extrañas criaturas cableadas que llegaron hace no mucho al talonario de la mitología caprichosa de la ciudad. Los cableados, así les llaman en el Gremio, así los bautizó Luzbel, a pesar de que pocos cables van quedando en este mundo cada vez más inalámbrico. Pero ellos aún conservan vestigios de arcaicos servomecanismos post-industriales: esos alambres que les salen de los oídos y que los mantienen enchufados a su dispositivo cibernáutico, al que gritan sin conmiseración durante sus jornadas de voraz intercambio de datos.

No te has dado cuenta aún, Zechariel, pero has aminorado el paso y te has quedado mirando por unos segundos a una hembra cableada que aprieta frenéticamente las teclas de su dispositivo. No has conseguido suprimir la sacudida de la electricidad estática que recorre tu columna vertebral cuando estás en presencia de ciertas hembras de otras tribus que no son la tuya. Piensas que has dado muestras suficientes de fidelidad y devoción como para que se te perdonen estos deslices de escudriñar por unos segundos a una hembra ajena. Pero te equivocas. Luzbel estaría muy decepcionado si conociera los confusos sentimientos que a menudo te embargan, sobre todo porque en el Gremio ha dejado de existir algo tan discriminatorio como una «hembra» o un «varón». Allí son todos iguales y está prohibido sentir. Y tú bajaste la cabeza, bebiste de la copa y juraste fidelidad a ese ideal.

Pero, ¿qué ocurre? Tu reacción química-hormonal no es esta vez un subidón azaroso. Conoces a esta particular cableada, ¿verdad? Sí, se trata de tu amiguita de los tiempos de meretricio y drogadicción. Ella también te ha visto. Pero no tenemos tiempo para esto, Zechariel. ¿Acaso no recuerdas? En el Gremio esperan por ti. Hoy es tu día especial. Será mejor que finjas no reconocerla y sigas tu camino.

Ahora acelera la marcha y dobla en la siguiente esquina. Toma el atajo de siempre. Un paso tras otro, sin mirar atrás. Bastaba con alejarte para que las dimensiones de tu destino aquí en la Tierra cobraran repentino sentido para ti. Estás otra vez despierta, Zechariel, y lo comprendes todo.

Ahí ves el portón del garaje donde usualmente realizan las ceremonias. Percibes un fuerte olor a desinfectante que te trae a la memoria otros recuerdos que es mejor no mencionar. ¡Vamos! Acerca tus nudillos a la lámina de metal y toca de la manera que ya tienen acordada. Será Luzbel quien te abra.

Las bisagras chirrean. La penumbra reina, como de costumbre, en el interior del sitio. Adentro todos mascullan para sí una letanía. ¿Ves? Han notado que eres tú y se han callado de repente. No sientas miedo, Zechariel, sabes bien que no es prudente demostrar aquí ninguna debilidad. Mejor disfraza ese temor con una máscara de arrogancia, como te han acostumbrado a hacer. Sabes que muchos de los que están aquí añoran el día en que llegue su propio ritual de desdiferenciación. Deberías sentirte privilegiada.

Luzbel no te dice ni una sola palabra. Ya el local está dispuesto para la ceremonia. Deja que te tome de la mano y te conduzca al centro de la habitación, donde se halla colocada la rústica mesa de operaciones que iluminan radiantemente varias lámparas. Sabes perfectamente qué pasará ahora. Ya lo has presenciado en otras ocasiones. Luzbel comenzará a quitarte la ropa. Empezará por el t-shirt y quedará al descubierto el contorno de tus costillas y tu blanquísimo pecho, libre prácticamente de protuberancias. Va a desabotonar después tu pantalón y lo bajará con cuidado hasta tus tobillos, junto a

la ropa interior que traes puesta. En ese caso, colabora. Descálzate las zapatillas ayudándote de los pies. Luego saca las piernas de los grilletes que remedarán las patas de tu pantalón. Toda tu ropa será recogida diligentemente por alguien del Gremio y alejada de la mesa de operaciones.

Estarás totalmente desnuda y no podrás controlar un amago de cubrirte la entrepierna lampiña, que será recibido con un murmullo desaprobatorio por parte de los miembros del Gremio. Intentarás ver de dónde provienen los murmullos pero la luz de las lámparas es cegadora y el resto de la habitación se habrá desvanecido para ti. Solo quedará Luzbel que va a agarrarte por los hombros y a indicarte que te acuestes de lado.

Sentirás la punzada de la anestesia epidural. Dolerá mucho, no te voy a decir mentiras. Muérdete la lengua para no gritar. Pasado un momento ya no sentirás nada de la cintura hacia abajo. Luzbel se colocará en un extremo de la mesa de operaciones y te abrirá las piernas. Podrás ver, desde la postura en la que estarás, su cara sudorosa y concentrada... y el bisturí entre sus dedos.

Luzbel realizará sin vacilar la primera incisión. Contorsionará con agilidad la muñeca y de un solo movimiento extirpará tu clítoris. Puede que percibas una rara sensación de escozor y un obvio forcejeo en la zona de los genitales. Luego comenzará la infibulación. Con un bisturí de mayor tamaño va a rebanar el primero de los labios menores y es posible que des un respingón y dejes escapar un aullido de dolor. No sería raro que la anestesia no funcionara como debía.

Pero, en ese caso, Luzbel hará un gesto mínimo y acudirán corriendo dos miembros del Gremio para sujetarte. La operación deberá continuar. Lo harán a sangre fría si es preciso, Zechariel, que, en definitiva, es la manera como normalmente se realiza el procedimiento en ciertos lugares de África sin que provoque tanto revuelo.

Luzbel te mutilará los labios mayores. Dejará cada pedazo de carne rebanada en una bandeja a su izquierda y una pequeña laguna de sangre se formará sobre la superficie bruñida del metal. Tomará, entonces, un último bisturí para raspar los fragmentos que quedaron luego del corte. Mientras, tú gritarás frenéticamente y le suplicarás que se detenga. Aunque ambos sabrán que eso ya será imposible. Finalmente, Luzbel va a aplicarte un ungüento y a suturar los extremos de la vulva para sellar totalmente la otrora abertura que indicaba que tú, Zechariel, eras, sobre todas las cosas, una mujer. Enjugará la sangre de la herida con una esponja y se asegurará, metiendo la punta de los dedos, que haya quedado un mínimo orificio para la orina.

Ya han comenzado a desnudarte y una pátina de sudor te perla la piel de la barriga. Es una piel muy tersa, casi perfecta. Excepto por esas cicatrices, aún enrojecidas, de la operación del mes anterior en que extirparon tu útero y tus ovarios.

Dentro de poquísimos minutos Luzbel lo habrá conseguido. La operación número treinta y tres, modalidad "castración femenina", habrá terminado con éxito y tú, Zechariel, estarás libre de ataduras biológicas y culturales. Serás criatura sin historia ni identidad. Sin pecado ni sexo. Como los ángeles.

La Revolución está a punto de comenzar.

El sonido del silencio

Fernández, Silvia Alejandra

Y la gente se inclinó y rezó, al Dios de neón que habían construido, y el letrero emitió su aviso, con las palabras que estaba formando, y el letrero decía: "Las palabras de los profetas están escritas en las paredes del metro, y en los vestíbulos de las casas y susurradas en el sonido del silencio".

Simon and Garfunkel

Celina se preparó un café apenas cortado con unas gotas de leche, y se apoyó contra el vidrio de la ventana de su cocina. Siempre le gustó la vista desde ese lugar.

La avenida Luro terminaba justo en la playa Bristol y, a la tardecita, a ella le gustaba ver las gaviotas volando sobre el mar.

Si se asomaba un poco, alcanzaba a ver las luces de la ciudad de Santa Clara, distante a quince kilómetros de Mar del Plata. En días muy despejados, hasta se vislumbraba Mar Chiquita, que estaba un poco más lejos.

Mirando hacia el otro lado veía la plaza San Martín, con sus pinos y canteros con flores. En verano siempre estaba llena de turistas que se detenían a ver a artistas locales, que hacían improvisados shows por unas monedas. Muchos paseantes se sentaban en los innumerables bancos, solo para disfrutar del aire libre.

Esa tarde le asombró la poca cantidad de personas que había en la calle. Pudo contar solamente siete y todas eran gente mayor haciendo compras de último momento. Sus amigos, que siempre estaban en el café de enfrente a esa hora, hoy no estaban.

—Raro, muy raro— murmuró para sí misma.

Decidió terminar su café leyendo algunos e-mails y viendo que había de nuevo en Facebook. Le sorprendió ver que todos sus contactos estaban conectados aún los que vivían muy lejos, en países donde ya era de madrugada.

Un súbito dolor de cabeza la hizo tambalear; se masajeó la nuca intentando calmar esa puntada que sentía. Caminó hasta el baño y se mojó la cara con agua fría, se tomó un ibuprofeno y se fue a acostar.

Esa noche sintió una incomodidad cuyo origen no pudo identificar. Estaba aletargada, aunque no logró dormirse. Alrededor de las cuatro de la madrugada se levantó, cansada de dar vueltas en la cama, y se preparó un té de tilo. Se sentó en el sillón verde, su favorito, y recién entonces se quedó amodorrada.

En la mañana le dolía todo el cuerpo como si estuviera con gripe; apenas bebió unos sorbos de café tibio antes de ducharse e ir a abrir *Chiquitines*, su local de venta de

ropa para niños.

Le llamó la atención la extraordinaria soledad de las calles.

— Ya veo que hoy es domingo ja, ja, ja — farfulló, mientras consultaba la fecha en su teléfono. Pero no; era lunes y a esas horas debería de haber un tránsito insoportable y mucha gente en la calle.

Solamente había pequeños grupos dispersos, casi todos mirando sus teléfonos móviles.

Vio en la vereda de enfrente a Sabrina, que vive en el 16 G, justo al lado de ella. Celina agitó la mano saludándola, llamándola por su nombre. Esta levantó la mirada pero no le respondió, como si no la reconociera.

—Definitivamente es un día extraño—pensó, mientras cerraba su negocio bastante antes que lo habitual. No había entrado nadie, ni siquiera a consultar un precio.

La cabeza le continuaba latiendo sordamente y decidió tomarse el resto del día libre y reponerse descansando en su casa.

Rezongó bastante al llegar y darse cuenta que no había wifi; últimamente funcionaba de manera fluctuante.

Preparó un par de sándwiches livianos y se acostó. Esa noche durmió bien, sin pesadillas ni dolores de cabeza.

En la mañana se levantó con más energía; preparó un café cortado apenas con leche, como siempre, y encendió la radio.

Siempre escuchaba *Recuerdos en la arena*, un programa de una FM local. Le encantaba la música que pasaban y se divertía mucho con los comentarios de los oyentes. Esa mañana, todos hablaban de lo vacía que estaba la ciudad, de gente que parecía estar desorientada o como ausente, de las fallas de la Internet (alguien, que se identificó como Esteban de Perla norte, hizo notar que eran fallas a horas determinadas). Al oír esto, un escalofrío le recorrió la espalda.

Su mente volaba haciendo conjeturas alocadas. Celina no dudó en ir a ver a Mariel, su amiga. Deseaba la sensatez de ésta, deseaba oírle decir que eran sólo casualidades, que todo estaba bien y que nada anormal pasaba.

Su amiga vivía a cuatro cuadras de su departamento, así que fue caminando a verla. Le mandó un mensaje de whatsapp para ver si estaba en casa.

—¿Dónde mierda voy a estar, sino? — fue la respuesta tajante de Mariel.

El tono de la contestación la dejó helada. Su amiga era siempre muy educada y amable con todos.

Celina se impresionó al verla cuando Mariel abrió la puerta. Ésta tenía el cabello sucio y greñado, una camiseta vieja, que siempre usaba de camisón, llena de manchas; toda la casa estaba desordenada, con platos llenos de restos de comida, apoyados en cualquier lado. Almohadones tirados en el piso amontonados junto a diarios y revistas. Esto era impensado en Mariel; ella tejía al crochet para una casa de decoración y sus

almohadones eran su mayor orgullo. Tejidos en un hilo delicado, jamás de los jamases se ponían en el suelo.

A diferencia con el resto de la casa, el escritorio donde estaba su computadora estaba despejado y limpio. Al lado del ordenador, estaba el teléfono celular de Mariel, cargándose.

Mariel miraba el móvil como si su vida dependiese de ello y, apenas vio que tenía la batería con la carga completa, se abalanzó sobre su celular. Algo de color volvió a su rostro cuando comenzó a mandar mensajes.

Celina la observaba enmudecida; desconocía a su amiga de toda la vida.

—Maru, estoy acá, ¿eh?— escribió en un mensaje. Cuando iba a enviarlo, se cortó la conexión de la Internet.

Sonrió mirando a su amiga, que en otra ocasión habría sido cómplice del mensaje en tono de broma, mas la sonrisa se le borró en la cara.

Mariel se había quedado inmóvil con el teléfono en la mano. Su cara inexpresiva y pálida asustó tanto a Celina, que se acercó a ver si su amiga estaba bien. Esta tenía la mirada fija en el celular y estaba absolutamente quieta, salvo el leve movimiento de su pecho al respirar. Preocupada, estaba por llamar a los padres de su amiga, cuando esta comenzó a hablar y a mandar mensajes con su teléfono.

El fuerte dolor de cabeza volvió a atenazar a Celina; había vuelto la conexión de la Internet.

Celina volvió a su casa sintiéndose protagonista de una película de terror barata. Algo crecía en su mente, una idea absurda.

En lugar de subir a su departamento, fue hasta la plaza y se sentó a observar a la gente.

La mayoría de las personas caminaban usando sus teléfonos, escribiendo frenéticamente casi sin mirar por donde iban. Celina esperó casi cuarenta interminables minutos, sufriendo una atroz migraña, cuando un nuevo corte de la Internet confirmó sus miedos más profundos.

Todos, absolutamente todos, los que estaban cerca de ella, quedaron inertes como su amiga. Un terror profundo e irracional la invadió. Apenas podía respirar y su cuerpo temblaba. Ella era la única persona en toda la plaza que seguía despierta. El resto parecían autómatas apagados, pálidos y estáticos.

Un grito le brotó de las entrañas sin poder contenerlo; chillaba y lloraba a la vez, corriendo entre las personas de la plaza. Las sacudía, intentando despertarlas.

—No sé si me da más miedo que sigan quietos o que vuelvan en sí—pensó.

Corrió hasta su casa aullando y tropezando con gente que seguía inmóvil. Cerró de un golpe la puerta del ascensor y solo recuperó la respiración al entrar a su departamento.

Fue en ese momento, cuando una súbita idea le produjo cierto alivio.

Prendió la radio y llamó por teléfono a la emisora de FM. Las respuestas de los oyentes confirmaron que ella no estaba loca.

Los que salieron al aire, dijeron que habían visto lo mismo Celina. Algo estaba afectando a la mayoría de las personas y estaba relacionado con la Internet. Todos también dijeron que sufrían intensos dolores de cabeza cuando el wifi funcionaba. Fue Esteban, el de Perla norte, el que tomó las riendas de la conversación y sugirió que se juntaran en una hora, en la casa de él. Estuvieron de acuerdo en salir de sus casas cuando se produjese el próximo corte.

Celina se cambió, tomó su morral y apenas comenzó la interrupción del servicio de wifi, salió del departamento. Ella pensaba que nada más horrible podría pasar. Estaba equivocada.

Había un sinnúmero de personas inmóviles, con sus teléfonos en la mano, pero encontró a muchas otras tiradas en el piso, víctimas de alguien o de algo. Todas tenían la cabeza aplastada y su sangre y fluidos chorreaban por la acera.

Más de veinte calles la separaban de la casa de Esteban y Celina las hizo corriendo. Le faltaban aún dos cuadras para llegar y sentía que los pulmones le iban a estallar del esfuerzo que estaba haciendo.

En casi todas las veredas había alguna persona muerta, desangrada en el piso. Lo que más la espantó, fue ver sangre en los pies y puños de los infames inanimados.

Algunos de las personas, hasta recién quietas, comenzaron a moverse, escribiendo y leyendo los mensajes en sus teléfonos. De manera súbita y coordinada todos se dieron vuelta para mirarla.

Tan rápido iba, que se pasó media cuadra de la casa de Esteban. Tuvo que desandar sus pasos y, por el terror que sentía, apenas notó una mano que la sujetaba y de un tirón la metía a la fuerza dentro de una casa. Alguien la había salvado.

—Acá estás segura, yo soy Esteban— dijo un hombre más joven de lo que ella imaginaba.

Miró a su alrededor y vio a tres personas sentadas, que la observaban fijamente.

—Ellos son Paula, Ezequiel y José, los únicos que vinieron, o los únicos que llegaron—susurró, mirando fijamente a Celina.

—Lorena me avisa que está cerca— murmuró Paula. Dice que está escondida en un pasillo a la entrada del Banco Francés, el que está a tres cuadras de acá. Se va a quedar ahí, hasta el próximo corte.

Esteban y los demás no dejaban de observarla y de mirarse entre ellos.

—Recién, justo antes que vos pasaras corriendo por la calle, hablábamos de por qué nosotros parecemos ser inmunes a lo que está afectando a todos— la voz segura de Esteban le dio cierta tranquilidad. Hablaba de manera calma, como si todo esto no lo perturbase.

—Fijate en este grupo. Somos todos distintos. Todos usamos la Internet pero a nosotros no nos ha afectado como a ellos. Solamente hemos tenido fuertes dolores de

cabeza pero no hemos cambiado, decime algo Celina, ¿Vos tomás agua? —inquirió en voz muy baja.

Celina lo miró con cara de estupor. Estaba desbordada por toda la situación y no podía dejar de temblar. Pensaba en Mariel, su amiga-hermana convertida en un ente exánime. Pensaba en los cuerpos desangrados que vio en la calle; quizás por eso la pregunta de Esteban la descolocó.

— Claro que tomo agua, boludo, ¿Quién no?— escupió las palabras con cierto sarcasmo.

— Pero vos, ¿Tomás agua de la canilla u otra?— preguntó Paula, intuyendo el temor en la respuesta áspera de Celina.

Celina palideció. Hacía unos dos meses que había empezado a tomar agua mineral. Empezó a tomarla cuando limpiaron los tanques de agua del edificio y después siguió haciéndolo. Le había notado un gusto raro al agua de la canilla.

— Todos los de este grupo y de dos grupos más que hemos contactado, sólo tomamos agua envasada. Algún componente del agua mineral nos ha hecho inmunes— farfulló Ezequiel.

Unos ruidos en la puerta los sobresaltaron. Alcanzaron a ver una chica de pelo rojizo que gritaba afuera.

Esteban los frenó cuando quisieron abrir la puerta para ayudarla. La vieron caer al piso, atacada por un grupo de *zombis de la Internet*, como los habían bautizado. Esta vez no se limitaron a golpearle la cabeza, literalmente se la comieron. La desgarraron a mordiscos y se disputaron los pedazos del cuerpo.

— Están mutando; ya no eliminan a los diferentes, ahora se los comen— sentenció Esteban.

Paula lloraba sentada en piso balbuceando que esa chica era Lorena, su prima, la que había estado refugiada en el Banco Francés.

— No tuvo tiempo, no tuvo tiempo— repetía una y otra vez, como una letanía.

Esa noche se acostaron por turnos, por precaución, aunque nadie pudo cerrar los ojos ni dormir.

De común acuerdo decidieron que lo mejor sería salir de la ciudad. A algún sitio donde no hubiera señal de la Internet y luego verían qué hacer. Avisaron a otros grupos de personas inmunes que conocían, que ellos irían para el lado de Mar Chiquita. Les dijeron que fueran precavidos, que llevaran provisión de agua suficiente para unos días y sobre todo, les recalcaron que no se detuvieran a ayudar a nadie; ya no se podía saber quién estaba infectado.

Esperaron, sentados en silencio, el corte de la Internet, pero este jamás se produjo. El dolor de cabeza constante los tenía agotados y no podían pensar con claridad.

Esteban decidió improvisar algunas armas para defenderse.

— Sólo por las dudas— dijo, repartiendo algunas recién afiladas cuchillas, un par

de gruesos palos y a Celina le puso, en el morral, un revólver.

Entraron todos al auto de Esteban. Éste estaba guardado en el garaje e intentando hacer el menos ruido posible, pusieron el coche en marcha. Habían decidido que manejaría Ezequiel, ya que Esteban debería abrir el portón de tres hojas de la cochera, que siempre se trababa. Lo hizo lentamente, en silencio, no sin antes mirar bien para cerciorarse que la calle estuviera despejada. En la vereda de enfrente no había nadie. Se corrió a un lado para dejar salir al auto y en ese momento alguien lo tiró al piso.

— ¡Váyanse ya!— alcanzó a decir antes de ser mordido por varios mutantes.

Ezequiel aceleró, aunque no pudo dejar de ver por el espejo retrovisor la espantosa escena.

Celina lloró en silencio durante todo el camino., acariciando con sus manos el arma que le había dado Esteban. Recién se calmó cuando se alejaron de Mar del Plata.

Demasiado tarde se dieron cuenta que la ruta estaba bloqueada por automóviles que habían chocado en cadena. Estaban sólo a un kilómetro de Mar Chiquita pero no había manera de pasar. Nadie decía una palabra; estaban tan cerca y a la vez tan lejos.

—Creo que acá debemos separarnos. Un grupo grande llamaría demasiado la atención—indicó Celina.

Convinieron en reunirse en la segunda bajada a la playa, después de la laguna de Mar Chiquita.

Celina llegó unas cuatro horas después. Se había cortado la palma de una mano trepando por un médano lleno de arbustos espinosos y piedras. Se acercó a la orilla para enjuagarse las heridas con el agua de mar y, rasgando una tira de su camisa, se vendó la mano con ella.

Esperó casi medio día a su grupo escondida entre unas grandes rocas mas ninguno de sus compañeros llegó.

Vio horrorizada como un avión se precipitó en caída libre al mar, estallando en mil pedazos al tocar el agua. Partes de la aeronave flotaron por toda la costa.

Fue entonces cuando supo con certeza que esto era el fin del mundo que conocía.

Se puso de pie, sacudiéndose la arena de los jeans. Suspiró profundamente, intentando disipar la congoja que sentía, se acomodó el revólver en la cintura y sin mirar atrás, comenzó a caminar.

Anomalía

Morales, Álvaro

Esta es la historia de la anomalía.

La nave regresó a la Tierra, pero sus tripulantes no saben a cuándo lo hizo. El plano temporal se desligó del espacial una vez superada la frontera del hiperespacio. Recuerde que nada se sabía de esto por ese entonces. Lo cierto es que lo hizo a una época futura bastante alejada. Usted replicó ante mi afirmación de que la mente que la gobierna es lo más avanzado del siglo desde el que regresa. Yo le aclaré que nunca me he contradicho y que de hecho en efecto es una máquina, una mente artificial, y lo más avanzado de todos los futuros posibles. Pero, dejando de lado cada uno de sus preceptos personales y sus prejuicios, que no vienen al caso y nada aportan, sepa que esa mente artificial no humana es lo más avanzado del futuro, de la última civilización del hombre, y más aún, de la suma del conocimiento agregado de la totalidad de los hombres de aquí en adelante cuarenta veces.

Supo de esta historia desde el tiempo del que regresó. Allí la contaban en tiempo pasado, lo cual no la vuelve menos distante. Los hombres más sabios del mundo habían acumulado un gran conocimiento del cosmos. Y recién cuando los avances técnicos parecían propiciar un viaje sideral, urgidos por la cercanía en el tiempo de la anomalía, dieron el paso hacia adelante decididos a lograrlo. Sabían que el siguiente brazo galáctico, el de Orión, estaba habitado por varias civilizaciones milenarias que en apariencias coexistían. "La gran Liga", o "La serie A", se decía. Se hicieron varios intentos para establecer contacto desde la distancia, pero nunca se recibió respuesta. Amparados por esta indiferencia, y justificándose en ella, estaban preparados para hacer un viaje hasta allí.

Los hombres de ese tiempo eran extraños, aún más que nosotros y eso ya es algo. Eran largos y delgados, lampiños, calvos y con cabezas grandes y ovaladas. Sus naves tenían formas circulares, y eran piloteadas por tres individuos al mismo tiempo. Supongamos que eran algo así como la consecuencia de una gran civilización tecnológica humana, reacia al contacto personal, por completo dependientes de sus ciencias exactas. Viajaron hacia el centro de Orión, hacia el mismo lugar del que ha vuelo, la segunda vez, esta misma nave. Estos humanos eran telepáticos, y estaban enfocados en detectar las inteligencias del cosmos. Recuerde que le he dicho que eran los tres mejores sabios, los más capacitados, y que representaban a una raza que había llegado a la cúspide de su cadena evolutiva. Los telepáticos hacía mucho que detectaban la vida de la galaxia, pululando como un enmarañado bosque. Pero una vez superada la zona de influencia gravitacional de la gemela del sol, y amparados por el vacío de insondables eones, escucharon el increíble concierto de los cielos y se sintieron un insignificante grano de polvo. Se dirigieron hacia Orión mismo, ya que era el lugar donde más fuerte parecía concurrir la corriente de energía. Esta era la prisa que les provocaba la cercanía de la anomalía. Porque en pocos años volvería a repetirse, y para entonces otra vez sería demasiado tarde.

No te he hablado nada de la anomalía. Su primera manifestación apareció mucho

tiempo antes de los telepáticos, con seguridad en la última década del siglo 21. Aunque apareció no es el mejor termino para explicarlo no encuentro otro más adecuado, tan sólo ocurrió; e incluso debería decir ocurrirá, pues desde nuestra perspectiva aún no ha acontecido. Cerca de un millón de hombres calvos del futuro surgieron de la nada al mismo tiempo. Nadie sabía por qué o cómo, ni siquiera los calvos. Aparecieron en las calles, en el campo, sentados en los bancos de las plazas. Se distribuyeron todo a lo largo del mundo. Alegaban un profundo desconocimiento amnésico, y se los veía como envueltos en un halo de melancolía. La mayoría de ellos tomó una actitud pacífica y relajada, al fin y al cabo los hombres del 2090 eran diez mil veces más numerosos. Casi todos pasaron desapercibidos, se fundieron con el paisaje. Después de todo, también eran humanos. Tuvieron descendencia, y con el tiempo su incierta herencia cultural se fundió con la amplia mayoría. Sólo ellos sabían que venían de cuatro siglos en el futuro.

La humanidad siguió su camino, una vez más, como lo había hecho siempre. Las culturas cambiaron y el hombre también cambió. Pasaron los años, las décadas, los siglos. Las ciudades se levantaron y se derrumbaron en innumerables y combinadas oportunidades. Los mares se alzaron y descendieron con igual cadencia aleatoria. Los bosques florecieron y se secaron. Los árboles fueron sepultados primero por hielo, luego por tierra, luego volvieron a florecer en otros árboles que ocuparon sus lugares. Fue el destino del bosque el fuego, y en su lugar una ciudad se alzó furiosa con sus torres color del fuego, erguidas hacia la negra cúpula de cambiantes estrellas y constelaciones que adornaban el cielo.

Cuatro siglos después el hombre calvo reinaba sobre la totalidad del mundo. Aún no era telepático, eso estaba aún por venir, ni dominaba todavía la tecnología para alcanzar las evidencias de otras inteligencias en la galaxia. Entonces, sin ningún aviso previo ni fenómeno fuera de lo extraordinario, un millón de hombres se desvanecieron en los abismos del tiempo, para aparecer exactamente una década después del primer suceso, o sea en las cercanías del año 2100. El desconcierto no pudo ser mayor. Los calvos se encontraron con sus antecesores, que no eran otros individuos nuevos, sino versiones de ellos mismos, y se produjeron encuentros de todo tipo. La sociedad humana, quisiera decir autóctona pero no es correcto, por lo que diré crónica, o contemporánea, a pesar de superar a los recién llegados esta vez en proporción de 5000 a 1, se vio sacudida en sus más profundos cimientos. No volvería jamás a ser la misma, pero creo presentir que esto es lo que ocurre siempre con el tiempo. La intrusión de los dos millones de hombres del futuro, fue más que nada imposible de disimular, y por eso, más que por las cantidades y los números, la amalgama resultante fue algo por completo novedoso. Grandes científicos, pensadores y estadistas surgieron de entre los recién llegados. Las lecciones aprendidas en los siguientes cuatro siglos se aplicaron sobre la marcha en esa nueva centuria de oro. Las sociedades humanas florecieron al mismo tiempo que las reservas naturales. El mundo entero respiró aliviado.

Pero casi cuatro siglos después, en el mismo año de 2490 de los dos sucesos anteriores, volvió a ocurrir, como siempre lo ha hecho, la anomalía. Esta vez transportó a otro millón de calvos hacia una década después del anterior fenómeno, o sea al principio del siglo 22. Los individuos eran los mismos. En la gran mayoría de los casos, ahora había tres réplicas de cada uno de ellos. Una fuerte cofradía se entabló entre ellos, olvidando las rencillas violentas de una década y un millón de individuos en el pasado. Un profundo dolor los unía, la frustración de nunca poder llegar al tan ansiado siglo 26. En su lugar, para los recién llegados, foco de los nuevos sistemas de pensamiento, era la tercera vez que se los trasladaba a un siglo lejano y precario; una centuria que para ellos no podía resultar menos que patética, atrasada y decadente. Se decidieron a actuar. El primer grupo, que llevaba dos décadas en esa línea de tiempo, se había encargado de

conseguir acceso a tecnología y a logística corporativa. Así, para el tiempo de la tercera camada, ya estaban listos para tomar el control de mundo. Harían lo que fuera necesario para superar esta vez la anomalía del 2490, aunque esto significara tener que arrastrar consigo al planeta entero en una carrera evolutiva de cuatro siglos nunca antes vista en toda la historia de las especies.

En las cercanías del año 2120 llegó la cuarta camada. Venían de un mundo tecnológico extremo, pero evidenciaban el fracaso de superar a la anomalía. Los hombres del futuro se mostraron todavía cautelosos. Ocuparon de a poco cada sector influyente de la sociedad. La amenaza de un conflicto armado entre las partes era un murmullo constante, pero a pesar de esto nada ocurría. No es necesario que aclare que estos hombres vivían muchos más años porque sus cuerpos envejecían más lento. Era difícil para un humano crónico distinguir la edad de alguno de los recién llegados. Por otro lado, había cuatro millones de cuatrillizos calvos cabizbajos por el mundo; y eso ya de por sí daba para la confusión. Cuatro millones de humanos del futuro.

La quinta camada, del 2130, trajo un millón de individuos profundamente alterados. Acarreaban consigo delirantes historias sobre eventos desastrosos del futuro, cuyo epílogo era la anomalía esta vez liberadora.

Alguien hizo un cálculo que provocó el escándalo. Dado la nula tasa de muerte del hombre del futuro, su prole cada vez más numerosa, sesgada, y con rasgos culturales claramente definidos y diferenciados, y el ritmo de llegada de un millón cada diez años, no demoraría mucho en llegar el escenario en el que fueran más ellos que el resto. El cálculo era incierto y sus ignoradas consecuencias exageraron las apresuradas conclusiones. Pasarían miles de años antes de que algo así pudiera ocurrir. Pero la paranoia generalizada se hizo sentir. Se había divulgado la idea, que por otro lado era cierta, de que el millón de viajeros evolucionaba cada vez que se transportaba; o sea cada diez años. Los recién llegados habían vivido muchas más vidas que los que lo habían hecho los primeros. La experiencia de las diferentes variables del tiempo, cada una de cerca de cuatrocientos años de duración, los iba volviendo más óptimos para la tarea de pronosticar y corregir el curso de los acontecimientos. Cada diez años las variables se ajustaban y un nuevo posible futuro se configuraba, cada uno de ellos más avanzado tecnológicamente que el anterior. Con el tiempo, las ideas de una gran guerra contra el hombre crónico se volvieron irrelevantes. Los nuevos hombres eran tan avanzados tecnológicamente que cualquier posible competencia parecía absurda. Dispusieron del apoyo técnico para viajar a otras estrellas mucho antes de que una idea así fuera manejada. El hombre hizo lo propio consigo mismo y la creciente población acrónica pudo avanzar en paz hacia el final, que no era otro que alcanzar y superar el 2490.

Pero llegó un momento en el que el mundo entero, toda esa peculiar humanidad compuesta de seres fuera de tiempo y de tremendas disparidades intelectuales, se vio enferma de la obsesión de la anomalía. El planeta en su conjunto parecía respirar para ese año cada vez más cercano. Nadie pensaba en otra cosa que no fuera ello. Pero cada vez que se llegaba, ocurría lo mismo, el millón de calvos desaparecía hacia una fecha del cada vez más cercano pasado. En el año 2380, el arribo número 30 fue celebrado por la excéntrica población. Al fin y al cabo, esta generación, la número treinta, llevaba 7800 años viajando en el tiempo. Eran más que hombres, eran otra cosa. Si bien para un ser humano crónico el inexorable devenir hacia la anomalía estaba compuesto de días sobre días y nada más, para los viajantes era una eternidad de conciencia constante. Esta generación en particular, ya había llegado treinta veces hasta la anomalía, y otras tantas veces se había visto transportada al pasado. Sus individuos eran espíritus viejos y experimentados. Habían hecho el primer viaje desde el año 2490 al 2090, luego habían

tenido que transitar hasta los cuatro siglos hasta el nuevo 2490, para trasladarse hasta el 2100, volvieron a transitar los 390 años hasta la anomalía, y así una y otra vez, hasta la tremenda cifra de treinta. Se calculó que el festejo no era exagerado, ya que en cien años, el arribo 40 no sería tan bienvenido. Para el viaje 41, en el 2490, nadie sabía qué podía ocurrir. Muchos pensaban que el ciclo volvería a comenzar. Otros pensaban que los hombres crónicos, que a pesar de los fatalistas aún serían amplia mayoría de no ser porque año a año se habían ido convirtiendo en esos calvos clarividentes ellos mismos, desaparecerían y sólo quedaría el millón primero. Se decía que el proceso se repetiría hasta que todos fueran calvos telépatas, momento en el cual, el último millón de crónicos sería enviado hacia el pasado, revirtiendo el orden de los acontecimientos. Se pronosticaba el fin de los tiempos, una instancia en la que la cuarta dimensión se volvería una de las menos relevantes. Un tiempo sin tiempo, un segmento de un instante, un punto ciego en la inmensidad del cosmos.

La nueva sociedad telépatas decidió pocos años después el primer viaje de esta nave de la que te cuento esta historia. Se pensó que una nueva variable podía aportar algo novedoso. Al fin y al cabo la humanidad había gastado los últimos trecientos años en resolver una paradoja imposible y había descuidado los astros. Hacía mucho tiempo que se habían captado incuestionables señas de vida inteligente evolucionada en muchos otros rincones de la galaxia. Se había intentado en vano contactarlas, pero no ir hacía ellas. Una nueva esperanza se asomaba para la humanidad. ¿Podría existir la anomalía en otro lugar que no fuera la tierra? ¿Seguiría ocurriendo en torno a una estrella lejana, a cien años luz de distancia? ¿Se trataría de un fenómeno universal y por lo tanto ineludible? Si esto último llegara a certificarse, el hombre podría gastar sus últimos años intentando prepararse para el momento exacto.

Esta es la historia. La de la nave que regresó a la Tierra dos e innumerables veces. La que llegó con sus tres ocupantes telépatas a una frontera magnética en las cercanías a Orión. Allí sus mentes estaban saturadas del flujo de información de civilizaciones muy avanzadas del otro lado. La frontera magnética tenía fuente en un interminable cinturón metálico que se extendía a lo largo de la gigantesca nebulosa. Cuando la nave intentó pasar fue contactada por una mente bizarra. No era una máquina, no por lo menos en la forma que nosotros podemos entenderlo. Tampoco se trataba de un ser que hubiera sido engendrado por la naturaleza. Representaba un sistema de defensa viejo, instaurado durante los eones anteriores al momento en el que la raza que lo creó se volvió incorpórea y abandonó la dimensión de lo material. No pudieron leer sus pensamientos, pero se entabló un adecuado intercambio de información entre ellos. La mente les dijo lo que querían saber. En eras ya antiguas del universo, un grupo de razas guiaron varias partes de la creación. En algunos casos su intervención había sido directa y constante, en otros esporádica, y en algunos otros, y este era el ejemplo, una vez cada muchos millones de años y sólo bajo una profunda necesidad. Habían intervenido en el momento justo creando la anomalía, pero desde eso también habían transcurrido otros tantos eones. La mente bizarra les dejó saber lo que ocurría luego del año 2490, les mostró el mundo posible sin la anomalía. En el año 2491 los terrícolas descubrían su fatal destino en forma de colosal estrella negra, un astro de destrucción surgido de los confines helados del sistema solar, un gigantesco disco oscuro surcado de un resplandor sanguinolento, que se dirigía hacia el sol devorando y destruyendo todo a su paso. Ese era el fin de la humanidad, sin la anomalía.

—¿Nada se podía hacer? —preguntó el más descorazonado de los telépatas.

—¿No dio el tiempo para nada? —preguntó igual de angustiado el segundo.

—¿Nadie pudo escapar de la tragedia? —preguntó el tercero.

Y la mente, lapidaria respondió:

—Sólo un millón.

Y al instante los transportó hacia la tierra y hacia el año 2090. Esa es la nave que ha regresado a la tierra, esa fue la segunda ocasión. Ellos eran, o sería más correcto decir que lo serán, parte del primer millón. Aunque en realidad era el último, y también el único.

Esta es nuestra historia.

¿Podrías negarte a estar vivo?

Montalvo, Israel

No nací de una mujer. O quizás, lo hice por una mujer en los sueños de un hombre. Soy como un fantasma atrapado en los recuerdos de un pasado distante, un mundo que se esfumó hace tanto tiempo, en verdad no conozco los detalles, como se dio la extinción de aquello llamado "humanidad", sólo sé que pasó, y habito en recuerdos de esa pérdida. Momentos de la vida de un último hombre que intenta aferrarse a lo que alguna vez fue. Soy el refugio de un desamparado, de un atormentado que necesita eludir los restos de una especie.

Siempre estoy ahí, contemplo la repetición constante de esa vida como si mirase una película, una película que conozco a cada detalle y nunca me cansa, siempre hay algo que me atrapa, un nuevo elemento en el ambiente, a veces los recuerdos se mezclan y dan formas a mundos coloridos lejos de la agria nostalgia habitual. Así fue como adquirí conciencia de que existía, de que era real a pesar de carecer de un cuerpo, de ser algo que bien podría definirse como un pensamiento.

Fue como despertar dentro de un sueño, pero yo era el sueño, un sueño que contemplaba a su soñador y aprendió de sus recuerdos, conocí el mundo de la vigilia basado en un remoto pasado, un tormento que llevaba a cuesta, no porque fuera culpable de algo y esperase reencontrarse con sus atrocidades. Más bien, era saber que aquello vivido en esa lejana juventud en la que se refugiaba entre sueños, era el testimonio de una raza condenada a la extinción, a perderse en el olvido.

Con el tiempo mi soñador empezó a padecer de sus facultades mentales, su mente se volvió confusa, los recuerdos chocaban entre sí como trenes descarriados, ¿y el resultado?

Un millar de historias que se erigían de un día para otro y se esfumaban como un soplo, donde el auténtico protagonista eran las versiones de mí mismo, ya no era un mero espectador, Asumí roles protagónicos, un día podía ser un hombre de mediana edad sumido en la mediocridad de un empleo sin futuro, o una ama de casa reiniciando su vida después de un divorcio, o como tú, ante esta historia.

Viví vidas plenas y paralelas que se desarrollaban con esa fusión de recuerdos, con los nuevos matices y los elementos que iba descubriendo y dando formas a los escenarios efímeros.

Las posibilidades se volvieron infinitas pero había la sensación de que algo hacía falta, me sentía insatisfecho. A fin de cuentas este era un mundo creado a escala de otro. Era consciente que las reproducciones, los recuerdos que se entrelazaban para dar forma a mi realidad, correspondían a otro tiempo, que aquello que existiera en la vigilia de mi soñador era muy distinto a los lugares que compartíamos en su inconciencia.

Necesitaba saberlo, entender ese otro mundo y sobre todo, vivirlo. Se volvió una necesidad enfermiza, la curiosidad se había vuelto una bestia hambrienta de un conocimiento que poseía la etiqueta de "prohibido", ¿y quién puede resistirse a eso? La

comodidad de mi realidad-confort ya era algo que no lograba llenarme y la aventura que significaba asomarme a ese mundo, a conocer los misterios de la vida.

Y tú, ¿podrías negarte a estar vivo?

Despertó por primera vez al final de sus días, se contempló en un espejo y vio el rostro de un anciano cansado de existir, no al recién nacido que era, no al ser que desconocía lo que era ensanchar los pulmones de aire y sentir su lengua recorrer los confines de una boca carente de dientes.

Vivía enlatado en un camarote con una minúscula ventana donde podía divisar el negro abismal que se extendía infinito por el cosmos, a la estrella agonizante de ese lugar olvidado de la vía láctea a millones de años luz del origen de los recuerdos del soñador, ¿cómo habría llegado ahí? Se preguntó el recién nacido que aun vestía el cuerpo de un anciano. No conocía mucho en realidad de ese hombre, a pesar de habitar su carne, de ser un pasajero en sus recuerdos, en verdad no lo conocía, ni si quiera sabía si tenía un nombre y en ese minúsculo camarote había pocos vestigios de la ruina que era la vida habitada por ese anciano.

Se dio a la tarea de reconstruir a ese hombre, tratar de encontrarle sentido a ese cuchitril, y después de horas sumido en esos escombros encontró una vieja caja de cartón escondida bajo la cama, en ella se resguardaba un sobre con viejas fotografías, todas ellas, perdidas en un sepia añejo. En ellas pudo reconocerse, o más bien, reconocer a su piel, mucho más joven, y acompañado de esa mujer que siempre aparecía en los confines de sus recuerdos como algo inalcanzable. Pudo sentir la agonía gestada por el recuerdo de ese momento como si fuera suyo, como si en verdad lo hubiese vivido.

Las estrellas brillaban por el negro eterno, dedicó días a contemplar ese manto que envolvía todo, el cosmos. Llevaba en sus manos la foto de esa mujer, se había vuelto adicto a la sensación de agonía que lo embargaba cada vez que la evocaba en sus recuerdos, cada vez que le dedicaba una mirada a su semblante en ese pedazo de papel. Había perdido el interés por conocer la historia de ese hombre en el cual habitaba, las emociones que le despertaban los recuerdos de esa mujer lo intrigaban y desconcertaban, y es que ¿cómo puedes sentir una pérdida si nunca la tuviste? No poseía la historia que podría dar coherencia a ese sentimiento, sólo las emociones y sensaciones que reaccionaban por inercia como si fuese el efecto de alguna droga, ¿tal vez las repuestas estuvieran del otro lado de la puerta? En los confines de la nave, entre la tripulación, quizás ella estuviese ahí.

No se había atrevido a salir de ese minúsculo camarote desde que asumió la carne, temía el contacto con hombres, no poder pasar desapercibido ante ellos, había existido en emulaciones de la vida hasta ese entonces y ahora confrontaba la realidad, algo que carecía del glamur de la fantasía, tan sórdido y asfixiante que le costó un mundo confrontar el simple hecho de ser humano.

Si podía despertar dentro del sueño que era, emerger a la superficie, y apoderarme de la conciencia de mi pensador, ¿porque no doblar la realidad? Manipularla a mi antojo como si fuese plastilina en mis manos, deseaba buscar el origen de ese hombre, su Tierra, un lugar que de algún modo he habitado desde que fui pensado.

Un lugar al que pueda llamar hogar.

He visto algunos libros sobre aves, los encontré en los días que inicié mi vida. Casi desojados y con un papel casi tal frágil que podría convertirse en polvo en las yemas de mis dedos. Debo admitir que conocer a los otros como mi pensador me intimidaba en un inicio, no es que me sintiera inferior por no ser como ellos, más bien era darme cuenta que la idea que poseía de los hombres fuera solo un espejismo, una falsedad engendrada por la mente dispersa de un anciano senil.

Ese temor me hizo adentrarme en esos libros, es ahí donde encontré la respuesta. Donde supe lo que debía hacer.

Emigrar.

Ir al extremo de la espiral, al otro lado del cosmos y encontrar mi origen, la Tierra prometida.

El cambio fue gradual en un inicio, pequeñas llagas emergieron por todo su cuerpo, dejando al descubierto la piel en carne viva, cubierta de una sustancia pegajosa que emergía por sus poros emulando al sudor que gradualmente se fue convirtiendo en una capa gelatinosa que lo envolvía como una segunda piel.

En algún momento juntó ropa vieja y los cobertores de la cama en una esquina del camarote, donde formó un nido en el cual se sumergió en un profundo letargo.

Despertó años después, aquel lugar seguía siendo un muladar, igual que la última vez que le dedicó una mirada. ¿A nadie le había importado la ausencia del viejo? Si es que había alguien al otro lado de esa puerta que tanto temió atravesar. Y si este era el último vestigio de humanidad, una cripta metálica perdida en el olvido del negro profundo. Quizás ese viejo fuera el punto final de aquello llamado humanidad. Esa idea le asaltó de súbito acompañada de un remordimiento amargo, él era quien había extinguido a una raza a la que deseaba unirse como uno de los suyos.

Había transcurrido toda una vida para su segundo renacimiento. Emergió siendo algo nuevo, una criatura tan delgada y espigada como una mantis, sin bello que mostrara su origen primitivo y su piel adquirió un color grisáceo y poseía un alto grosor y su tacto era áspero como si fuese una lija gruesa.

Sus ojos eran un espejo del cosmos, dos agujeros huecos en los que se asomaba un negro abismal.

El renacido poseía una meta a cumplir, era la herencia de aquel sueño, y de aquel vestigio de humanidad, su cuerpo se había reinventado para poder lograr lo inalcanzable, para navegar la negrura, debía emigrar como un ave, pero primero debía encontrar una salida a ese camarote, a ese ataúd de hierro que flotaba como si fuese una cascara vacía sobre un mar infinito, debía hacer lo que sus predecesores nunca tuvieron el valor de hacer.

Salir.

La escotilla donde el vestigio de humanidad y el sueño contemplaron la negrura infinita y el alba de una estrella agonizante a vidas del Edén perdido, de esa meta tan añorada por un sueño que deseaba vivir en el lugar donde su soñador existió, mucho antes de sólo ser un vestigio de una raza alcanzada por el olvido. La arrancó como si rompiese una hoja de papel, de un jalón la hizo a un lado, con un movimiento, casi

involuntario de uno de esos alargados brazos que parecían serpientes ondulándose por su propia voluntad.

El agujero al infinito semejaba una ranura vaginal, un himen inmaculado al cual no pudo negarse y se entregó sin siquiera pensarlo, a fin de cuentas había nacido para entregarse a la vorágine del negro abismo.

¿Cuántas vidas recorrió en busca del Edén? ¿Cuántas estrellas nacieron y perecieron durante el transcurso de esa odisea? Él, ya no era un sueño anhelando el pasado de un hombre, había engendrado a cientos como él, nacidos de pensamientos y sueños, encubados en ese cuerpo gris que con el tiempo perdió su forma humanoide para dar paso a una esfera inmensa de donde su descendencia iba y venía, recorriendo sus entrañas y cimentando una urbe por su circunferencia exterior, vivían sus vidas simulando los recuerdos que les dio el primero, ensayaban para el día que llegasen a la Tierra prometida y pudieran vivir.

La noche eterna que cubría las ruinas cromadas de Edén fue segada por la caída de la ciudad flotante, la esfera que alguna vez fue un viajero se convirtió en un haz de luz que atravesó el árido silencio extendido por ese mundo perdido en el olvido, un mundo poblado con cadáveres de concreto y cristal. Pavimentado con los cuerpos de una raza caída eones atrás. El misterio que originó su éxodo yacía a sus pies, en huesos viejos y secos, sembrados como maizales por los cadáveres de concreto de países, y ciudades de olvido. La colmena de pensamientos cayó a la Tierra como un diluvio universal, ahogaron los cadáveres y borraron el olvido de ciudades y de sus antecesores de carne. Ahora era un mundo repoblado por pensamientos que soñaban con ser hombres que imaginan a las sombras que caminarían esa Tierra.

Atravesé el mundo convertido en un rayo, un estruendo que partió el cielo. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que me sentí único?, que recordé lo que era ser un hombre. Si es que alguna vez lo fui. Yo era uno en un millón nacidos de los recuerdos de ese vestigio humano. El primero, pero sólo eso. No había forma de distinguirme de alguno, éramos piezas de un engranaje, encajábamos a la medida como las piezas de un rompecabezas, éramos una colmena de pensamiento que se enganchó a esa Tierra como un parásito, en alguna parte de lo que fue un continente. Y le dimos vida a ese mundo muerto, emulando a los órganos de ese hombre perdido en nuestros recuerdos, latiendo como un corazón y bombeando y destilando oxígeno y agua limpia de nuevo. Actuando como una sanguijuela cristalina succionamos el veneno que volvió estéril a ese mundo.

No fue fácil, ¿cómo podría haberlo sido? Viví todo ese tiempo anhelado la libertad que había conocido en mis primeros días en la vida, habitando ese cuerpo marchito, tan frágil y cansado, pero era único, no compartía mi cuerpo, ni mi mente, era un hombre. Uno. Y sólo uno.

La primera lluvia fue un lamento, un desgarró en el alma de ese nuevo mundo, emitido entre estallidos eléctricos que poblaron el cielo, y el resurgimiento del primero en ser pensado, aquel que originó la colmena había decidido caminar por primera vez por su obra, por ese mundo que se envolvía en un tono verde y olía a humedad, tan distinto de aquel con que se encontró a su llegada. Era como volver a los sueños donde despertó a la vida, donde conoció su existencia y a su soñador.

Donde se conoció a sí mismo reinterpretado en cada recuerdo, en cada posibilidad

de lo que pudo ser, ahora volvía a ese momento y se reconocía como el primero sin olvidar que fue el último vestigio de su especie.

La regla de los cinco segundos

Añó, Celia

—Y recordad: nunca olvidéis la regla de los cinco segundos. —Atomoxetina fulminó con la mirada al grupo, deteniéndose en aquellos que parecían más inseguros o poco espabilados, para sobresaltarles—. Si aparece algún ceto, Gaia no lo quiera, tiraos al suelo. No penséis ni en huir ni en engañarles: son listos, son grandes y tienen mucha hambre. Ante la mínima sospecha, dejaos caer y esperar. Los cetos pueden parecer monstruos, pero son casi tan educados como los terrestres, puede que incluso más, pues ellos respetan la regla de los cinco segundos: si lleva más de cinco segundos en el suelo, no se lo comen.

Hubo un estremecimiento general entre el grupo como siempre que la cazadora les hablaba de las criaturas de la jungla. Eran jóvenes ricos, guapos y con una sed de sangre heredada de unos antepasados que habían arrasado reservas naturales. Solo que ellos en vez de ir a por rinocerontes o linceos, podían permitirse un viaje por el cosmos a uno de los pocos planetas salvajes que había. Llevaban hablando entre ellos desde que habían partido de la Tierra, fantaseando sobre las criaturas que se encontrarían. Astrolabio era un mundo nuevo, un vergel todavía repleto de misterios y especies desconocidas. Los cetos eran algo así como el *Tyrannosaurus rex* de los dinosaurios: la especie más grande, más llamativa y de la que todos habían oído hablar. Incluso se había filmado ya una película de terror sobre una de aquellas criaturas destruyendo una ciudad terrestre. La Sede estaba repleta de imágenes suyas, maquetas y hasta tenía su propia sala de exposición, pero no era la única bestia que habían en esas tierras. Tampoco la más peligrosa, como Atomextina les había explicado. Se tiende a asociar peligro con una bestia grande, monstruosa, colmilluda y con un par de garras afiladas; sin embargo, a veces el peligro es una planta, una serpiente entre la hierba, un parásito microscópico. No siempre se ve, no siempre es lo que parece y no siempre puedes protegerte tras un escudo de educación. Pero ellos solo eran un grupo de chavales que apenas superaban la mayoría de edad y casi parecía que solo hablaban de los cetos. De tanto en tanto se acordaban de Maragruyaya, la exótica ave del infierno, o el felino de las cavernas, el cual se decía que podía deshacerse junto a la niebla de la jungla.

Prácticamente, podría considerarse que aquel grupo estaba compuesto por polluelos: chavales que iban por primera vez a una cacería sin la supervisión de su familia (la que siempre les introducían en aquella afición), niños de bien que ahora blandían cuchillos y rifles como si fuesen de juguete. Aquellas armas les llenaban de una confianza casi eufórica: eran garantía de su fuerza, la baza que decantaba la balanza en su favor al equiparar colmillos, garras y manadas con pólvora y fuego.

Pese a la impaciencia general, la charla de Atomoxetina tenía un poder especial: su manera de hablar hibridaba la autoridad de una madre, profesora y jefa al mismo tiempo, solo que en vez de cuestionar lo que les decía, la mayoría aceptaban sus palabras. No en vano estas se escurrían entre sus pensamientos, tiñendo con pizcas de inseguridad y cautela sus ideas egocéntricas. A quien se le hubiera ocurrido ponerla al mando de una docena de chavales había tenido mucho tino al hacerlo. Era, también, quien les iba a acompañar afuera, lo que no dejaba de darle cierto aire a excursión escolar. La autoridad de la vieja cazadora sabía imponerse, limando cualquier atisbo de

prepotencia juvenil. Y ellos la habían aceptado, puede que algunos con resignación o a regañadientes, pero no la desoían. Quizás porque pese a no repetir advertencias y consejos, no dejaba de tratarles como adultos e iguales, gente que si era lo suficiente responsable para coger un arma y disparar, también tenía que serlo para todo lo demás.

Aunque para Metilfenidat, las advertencias de Atomoxetina tenían mucho de cuento y de moraleja exagerada. Estaba ansioso por cruzar las puertas de la Sede y salir al otro lado. Llevaba eufórico, con la adrenalina disparada, desde antes incluso de despegar de la Tierra. Aunque la vieja cazadora les había ilustrado con todo detalle los diferentes peligros de la selva (empezando por las flores tóxicas o las enfermedades que transmitían los insectos vectores), tanta información había acabado por insuflarle confianza: todo iría bien, solo tenía que tirarse al suelo si aparecía un monstruo y esquivar las bayas rojas. Él no era profano en eso de las cacerías, lo único particular que tenía aquella selva es que, al contrario que las de la Tierra, era un lugar apenas sin profanar, exuberante, bien nutrido de bestezuelas y de sus especímenes naturales. Metilfenidat estaba ansioso por empezar la caza. Sus padres le habían llevado de cacería desde que era pequeño. Recordaba lugares delimitados, con árboles enfermos y pequeñas manadas, donde el único riesgo era ser descubiertos por los guardabosques.

Dentro de su moral manipulada y particular, moldeada a propósito según sus intereses, aquella cacería no representaba ningún dilema. Ahí no había especies en peligro de extinción ni lugares frágiles, sensibles a las repercusiones humanas: era un ciclo perfecto donde ellos iban a introducirse con sutileza en el papel de un depredador más. La caza en la Tierra ya no estaba permitida, aunque eso no significaba que hubiese desaparecido. Ahora, a cientos de años luz, existía Astrolabio, para disgusto de unas cuantas ONG y asociaciones. En el planeta había ya catorce sedes. Aquella, Segona, estaba en el corazón mismo de la selva. Era más grande que muchas urbanizaciones, contaba con aeropuerto espacial, laboratorios y un lugar de residencia. Segona era, también, la segunda Sede que abría sus puertas a los civiles, permitiendo la caza bajo el planteamiento que dado que los humanos se las acabarían ingeniando para parasitar Astrolabio, al menos que lo hiciesen de manera regulada. La opción de no hacer nada en pos del impacto mínimo, en cambio, era una posibilidad que nunca parecía triunfar.

Metilfenidat eso no lo sabía. Apenas acababa de salir del último año de instituto como para entender la sutileza y los intereses que hay tras las decisiones. Desconocía de patrullas furtivas que habían arremetido ya contra el planeta para atrapar, cazar y masacrar a sus animales. Los que disfrutaban persiguiendo o bañándose en sangre, entrañas y restos de animales, no entienden ni de miles de años luz ni de fragmentar un ecosistema. Así que para proteger el planeta y su equilibrio, lo habían resguardado tras una muralla burocrática, invisible en apariencia, un muro de papeleo, permisos y puertas herméticas que solo se abrían con una llave muy especial: dinero.

La caza estaba permitida, pero solo en dos bosques y en zonas delimitadas. Dados los peligros por descubrir, en todos los grupos iba un miembro de la Sede en calidad de vigilante. Luego resultaba que muchas de las especies nunca aparecían en veda o era imposible acercarse por el peligro que entrañaban, como los cetos. Y por supuesto, había muchas tasas que pagar, tasas abusivas, pero perfectamente razonables: estaba el viaje entre las estrellas, el alojamiento, las comidas de lujo, los materiales y uniformes, las diferentes armas, el cursillo y el asesoramiento de una supervisora. Todo legal, regulado y asequible en principio, mientras que en la realidad, se trataba de un planeta parapetado tras muros burocráticos y puertas no tan accesibles como podía parecer. A

Metilfenidat todo eso se lo habían pagado los padres por su cumpleaños, así que le importaba bien poco. Él era de esos privilegiados que tenían dinero de sobra para pagar las tasas y satisfacer sus caprichos.

Era un adulto que actuaba como un niño que no ha aprendido a pensar por sí mismo. Ignoraba demasiado sin ser ignorante, sino por indiferente, que era peor. No entendía de repercusiones, de daño ni extinción, solo que para él eso era un juego.

Y se estaba aburriendo.

Llevaban ya un par de días en la Sede y apenas había podido ver una infinitésima parte de sus instalaciones. Algunos de sus compañeros no habían tardado en ir a cotillear, en separarse para investigar sus diferentes recovecos salas y exposiciones. Él había preferido dormir. La Sede era un lugar espectacular, más grande que muchas urbanizaciones, empezando por su propio puerto espacial para las naves que llegaban; pero aunque sobredimensionado, no dejaba de ser un hotel de lujo en el que descansar. Lo que él quería era cruzar las vallas y perderse entre los árboles que se entreveían al otro lado. A pesar que tenían poco en común con sus equivalentes terrestres, los llamaban árboles pues no dejaban de ser algo similar a la vida vegetal de Astrolabio, aunque eran más anchos y achaparrados, con lianas gruesas y hojas que crecían a partir de otras hojas. Los colores que predominaban parecían salidos de una macedonia, lo que había vuelto el uniforme de cazador en algo bastante ridículo con tanta preponderancia de naranja y verde brillante. Aunque dado que todos vestían lo mismo, pues al final tampoco había estado tan mal. Era chocante al principio, el verse así de coloridos, llamativos y deslumbrantes. Parecía más un reclamo que un camuflaje. Pero hasta los colores más alegres e inocentes se ven enturbiados en compañía de un rifle o un cinturón del que cuelga un machete.

Metilfenidat se creía algo más que preparado: se creía el mejor, un talento en bruto que pronto despertaría el interés del resto del mundo. No necesitaba ni entrenamiento ni la mejor de las armas para demostrar lo que realmente valía. Sin embargo, su entusiasmo no sirvió de nada cuando lo que deseaba se hizo realidad y aquella selva cuyo nombre no había llegado a aprenderse (¿Cizalla o eso era un tipo de araña?) se encontró rodeándole con sus ramas curvas, húmedas y con tendencia a formar espirales. Lo cierto es que la emoción le duró poco: una cosa es seguir un rastro en los páramos que llevas visitando desde que eres un crío y otra encontrarte en un ambiente alienígena donde ni siquiera las flores son flores. Le entró algo de pánico. Y aunque lo sentía por dentro, recurriendo sus huesos con dedos helados, hizo un esfuerzo y lo ignoró.

Lo que no podía ignorar era el hecho que había perdido al resto del grupo.

En algún momento había metido la pata, quizás en el lapsus entre fantasear con llegar a donde la selva y el ataque momentáneo de pánico. La cosa es que quizás el discurso de Atomoxetina no era tan eficiente como parecía o no había servido en él precisamente por no escucharla. Se acordaba de lo más importante, como que había carteles indicando el camino al centro o que llevaban bengalas por si se perdían.

Estaba perdido. Metilfenidat sospesó aquellas dos palabras como quien saborea con desgana un bocadillo de brócoli: a regañadientes y sin querer tragárselo del todo. Para ser un chaval tenía más ego que experiencia, y ahora tenía al orgullo gritándole al oído que ni se le ocurriese regresar con el rabo entre las piernas. Pese a todo seguía

creyéndose el mejor y eso que se había quedado en blanco y no recordaba lo que se podía cazar o no. Porque para recuperar su orgullo y reencontrarse con su honor ligeramente embarrado, Metilfenidat no pensaba regresar sin haber cazado algo por su cuenta. Ya puestos, podía convertir su desliz en proeza. A saber cuántos del grupo habrían regresado de una misión en solitario con una pieza.

Solo que rastrear estaba siendo... algo difícil. Estaba rodeado por muchos indicios, una multitud de ellos, pero que indicasen algo, eso era otra cosa. Podían ser pistas o podían ser imaginaciones suyas, rastros de criaturas que habían pasado por ahí o simplemente viento. El chico se agachó para confirmar si unas pisadas parecían pisadas, luego intentó discernir cuánta información había en una rama rota.

Estaba cansado, aburrido y sediento, espoleado únicamente por la determinación de hacerse lucir, cuando el suelo tembló.

Y enseguida supo que un ceto se acercaba.

Entró en pánico, así que hizo exactamente lo que Atomoxetina le había dicho que no hiciese: romper a correr. Huir cargando un rifle y sorteando troncos, lianas y raíces nudosas que surgían de un suelo nada liso, no es nada fácil. Y en eso sí demostró tener un talento inaudito. Corrió que casi parecía que volaba, dando brincos para esquivar tocones, matorrales y hongos del tamaño de cimitarras. No se resbaló ni al pasar por un camino embarrado y logró mantenerse en pie cuando una rama aviesa, traicionera y surgida de la nada, le dio en el estómago.

El temblor, no obstante, no desapareció. Y aunque el chico se había alejado todo lo que era posible, el retumbar sonaba cada vez más cerca, haciendo estremecer incluso a los árboles. Se acordó de la regla de los cinco segundos cuando las rodillas se rindieron ante el agotamiento y el miedo. La advertencia de la guía resonó en un chispazo que prácticamente le iluminó como si toda una batería de bombillas se hubiese encendido a la vez. Se tiró al suelo sin pensar en toda la porquería que había y cerró los ojos a la espera que el peligro pasase.

Y entonces, se le ocurrió una cosa: ¿por qué no cazar al ceto? ¿Cuántos chavales de su edad habrían sido capaces de regresar no solo de una cacería en solitario por un bosque extraterrestre, sino encima con los restos de un monstruo terrible, depredador entre los depredadores?

Incluso él se dio cuenta que aquello era una locura, un suicidio por lo menos. Una cosa era que el monstruo le ignorase por estar hasta el cuello de barro y otra que no le aplastase en cuanto empezase a dispararle.

Lo mejor era cerrar los ojos y dejar que el monstruo pasase de largo. Y eso hizo. El retumbar, pese a todo, se hizo más fuerte, más intenso, se volvió ensordecedor. Aquella cosa se dirigía a donde él estaba, lo podía intuir sin necesidad de la vista. Como pese a todo seguía siendo un chico curioso, entreabrió un ojo y aguardó. Tenía algo de paciencia, la justa para esperar sin deshacerse en miedo. Cuando el ceto apareció, cuando por fin pudo atisbar una ínfima parte en su campo de visión, tenía el cuerpo agarrotado, las piernas dormidas y la cara helada. Aunque era incapaz de verlo entero, aunque solo atisbaba parte de la cola, las garras, el lomo verde y arqueado, Metilfenidat se sintió algo decepcionado. Imágenes había visto, por supuesto, la sede estaba llena de ellas e incluso se había rodado una película en la que una de aquellas criaturas era

liberada por error en una ciudad terrestre. Pero siempre se lo había imaginado más grande, colosal, monstruosamente inmenso.

Cuando el ceto se acercó a él, estiró la zarpa y le atrapó, entonces sí le pareció enorme. Sus expectativas fueron lo que menos le importaron al verse atrapado entre las garras del depredador. Le habían arañado, sangraba y una boca plagada de dientes se cernía sobre su cabeza.

Chilló, pataleó y se desasíó todo lo que pudo, que no fue mucho, pero al ceto le dio igual.

La bestia estaba todavía masticándolo cuando apareció un segundo ceto considerablemente más grande y que habría satisfecho las expectativas de Metilfenidat de estar vivo. El segundo se acercó a la cría y le asestó un golpe en el morro con la cola, haciéndole escupir los restos ensangrentados del humano.

No dijo nada, pero la colleja era elocuente por sí misma. Un "¿Qué te tengo dicho? No se come del suelo".

Intrusa

Román, Esther

*Ay de aquel que atraviesa, forastero
La frontera del sueño en esta tierra*

Treinta y tres horas despierta. Abandoné las píldoras de cafeína hace tres horas para pasar a anfetaminas y todo indica que estoy llegando a la cresta de la ola: la boca seca, el corazón galopándome en el pecho, los pensamientos en mi mente puros e inexorables. El sol está saliendo y no tengo miedo de nada, aunque debería.

Las drogas nos pusieron charlatanes al principio, pero la cháchara perdió fuelle, así que saqué los auriculares y me puse música, un tecno acelerado y machacón que me ayuda a mantener el ritmo. Algunos de mis compañeros han seguido mi ejemplo. Nuestro grupo, antes homogéneo, se ha dividido limpiamente entre jóvenes y viejos. Los veteranos preferimos seguir con las drogas que conocemos de siempre, nuestras amigas anfetamina y cocaína que salían en los anuncios alarmistas de No a la Droga. Los jóvenes no tienen miedo de experimentar, y juegan con velocet, sizzle, implantes y estimulantes neuronales que hacen chisporrotear y brillar las neuronas en los escáneres.

El mundo se apaga. Se puede engañar a los huesos, se puede engañar a los músculos, pero los ojos siempre dicen la verdad. La percepción del color es química, y las reservas de las sustancias que la permiten se agotan después de periodos largos de vigilia. Hay que descansar cinco horas de cada veinticuatro para retener la agudeza visual. Falta mucho para poder descansar. Probablemente pronto tenga visión de túnel, pero esa preocupación es pequeña y distante, como el dolor en los gemelos y en los hombros. Ese también es un bienvenido efecto de las anfetaminas. Me pongo las gafas de sol.

Nos hemos adentrado cincuenta kilómetros en Brandenburg-Treptow Kirchhof. Una zona despoblada. Estamos aquí porque una gilipollas se metió donde no debía y tuvo la mala fortuna de romperse la pierna y quedarse atrapada aquí. Tenemos que sacarla de la zona antes de que sucumba a la sed o al frío o al shock y los otros decidan que la provocación ha llegado demasiado lejos. Si deciden que el insulto es imperdonable, que no hicimos lo suficiente para impedirlo, habrá repercusiones.

Seguimos caminando a un ritmo uniforme por la agrietada carretera, ostentosamente sanos, ostentosamente cuidadosos. El asfalto parece blando bajo nuestras suelas. Doy las gracias ahora por el ejercicio diario y por el calzado que no me permite sentir la hinchazón de los pies. Al amanecer, bebemos nuestras fórmulas isotónicas y consumimos las pastillas energéticas, haciendo gala de nuestra juventud y buena salud. *Venimos en paz, y sentimos la inconveniencia. Nos iremos lo antes posible.*

Los términos que han impuesto los muertos para esta extracción son mezquinos, punitivos. No se permite el uso de vehículos motorizados. No se nos permite dormir en el territorio, ya que el sueño se asemeja a la muerte. No podemos dejar desechos.

Tenemos que mear en botellas mientras caminamos y recoger nuestra mierda para llevarla en las mochilas de vuelta a casa. Esto último es un insulto a los vivos, una estocada deliberada. *Solo servís para mear y cagar*, les gusta decir. Vemos este mensaje en los graffitti de nuestros sueños, lo escuchamos susurrado en algunas frecuencias de la radio, o en foros de internet. Radicales hay en todos lados.

Por otra parte, podría haber sido peor. Hace dos años, otro equipo de rescate tuvo que realizar una misión en la que se les prohibió emitir sudor o flatulencias en el aire, así que tuvieron que llevar varias capas de tejido poroso. Imaginadlo, un grupo de seis personas en un área desPoblada, en pleno verano, después de dos días de raciones concentradas y puestos de speed o sizzle o de lo que fuera, sabiendo que cualquier resbalón tendría consecuencias más que fatales. Aun así, no hubo problemas para reunir a los seis voluntarios de esta misión. Todos los ciudadanos deben realizar un número fijo de operaciones de mantenimiento cada año, y la bonificación por peligro es una adición muy sabrosa a mi cuota. No es como si estuviera en problemas, pero, al contrario que otros, no me gusta dormirme en los laureles.

Había una buena razón por la que los muertos nunca respondieron en nuestras sesiones de Ouija, ni a nuestras cartas en cementerios, ni a nuestras llamadas telefónicas al éter: simplemente no querían. No conozco el motivo específico de esto. Quizá para ellos sea incómodo, o embarazoso, o simplemente les duela. No importa. Cuando quisieron hablarnos nos ensordecieron, inundando todos los canales de comunicación, todas las frecuencias de radio, todos los servicios de mensajería virtual con mensajes que interrumpieron el diálogo de los vivos, creando información de la nada e infringiendo con casual desprecio las Leyes de la Termodinámica. Solo tenían una cosa que decirnos: *Dejad de venir. No os queremos aquí.*

Yo tenía dieciséis años cuando pasó, y por aquél entonces no comprendí la escala del suceso. Recuerdo que mi primera reacción fue optimista. Gobiernos y oponentes en los conflictos más enconados se unieron buscando una manera de responder el mensaje. Hemos logrado la paz, pensé. Las autoridades religiosas enmudecieron durante los primeros días, buscando maneras de reagruparse. Enviamos nuestro mensaje de concordia a los muertos a través de todos los canales por los que nos habían escrito, con cartas a seres queridos muertos y frenéticas preguntas sobre ultratumba. El mundo se unió en el propósito de hablar con el Más Allá y responder a la última pregunta. Sin embargo, los muertos no querían charlar. Simplemente repitieron el mensaje una y otra vez, reformulándolo, taladrándolo en nuestra cabeza en forma de cartas que llegaban físicamente a nuestros buzones, voces imaginarias, incluso sueños. No pararon hasta que les preguntamos, al unísono, qué podíamos hacer.

Antes morir era muy fácil. Incluso con los descubrimientos en medicina del siglo XXI, era demasiado fácil tragarse un hueso de pollo, o dejar que parte de tus células se multiplicaran descontroladamente, o simplemente envejecer hasta que el cuerpo no diera para más. Todo esto terminó con la Ley Mundial Antiellanamiento, impuesta unilateralmente por los muertos. Por supuesto, ese nombre quedó sustituido por apodos casi de inmediato, definiciones informales que podían causarnos problemas si las decíamos en voz alta. Ley Tánatos, Ley Fiambre. La conocemos todos de memoria: *Nosotros, los muertos, hacemos pública la siguiente declaración en todo el universo con efecto inmediato. Con el objetivo de poner fin al flujo migratorio incontrolado en*

nuestro territorio, imponemos las siguientes leyes, es decir: (1) Ningún humano llegará a nuestro territorio sin autorización. (2) Se establecerá una cuota ajustada a cada país, basada en las características y necesidades de la población. (3) Cualquier individuo que ponga deliberadamente en peligro a su persona o a otros será adecuadamente castigado.

Hay cincuenta páginas de estatutos y apéndices, pero esta es la idea general. No hay amenazas, solo hechos. Después de eso, simplemente, dejamos de morirnos. Bueno, casi del todo. El torrente de muertos que producía en un día la tierra quedó reducido a un goteo, como una válvula invisible que estrangulara el flujo. Las personas con enfermedades crónicas decaían sin llegar a tocar un fondo. Los ancianos con ochenta, noventa, cien años, seguían viviendo en la más absoluta ruina física. Personas heridas en accidentes o peleas con lesiones que les hubieran matado en cuestión de minutos agonizaban meses, durante los cuales recibían cartas sin sello o llamadas telefónicas pregrabadas informándoles de que un deceso no autorizado era una ofensa punible. No nos rebelamos. No tenemos manera de hacerlo.

El sistema de cuotas funciona bien, si usas la cabeza. Tengo cincuenta años; en setenta y seis más, con suerte, podré abandonar este mundo. Esto me convierte en una de las personas en mejor situación. También fui de las primeras en quitarme los ovarios, cuando empezaron a ofrecer bonificaciones por ello, así que probablemente disponga de algunos privilegios cuando estire la pata. Tiempos de espera más cortos, una asignación de espacio T más grande... Las recompensas varían. Hace unos días leí un artículo que decía que la media de tiempos de espera para personas de mi edad es de más de doscientos años. Para los jóvenes y recién nacidos será aún peor, hasta que alcancemos el punto de bisagra que estableció el otro lado y logremos mantener la población en un nivel manejable. No sé cómo podremos hacerlo. Nuestros hospicios, donde los deshauciados aguardan durante décadas, están saturados.

Poco después, los muertos reclamaron la tierra. Nosotros obedecemos. Los antiguos ocupantes de casas exigieron que les desenterráramos y depositáramos sus cadáveres en sus antiguas residencias. Lo hicimos, y nos fuimos. DesPoblados. Siguiendo los deseos de voces en nuestras cabezas, desenterramos cuerpos marchitos y los dejamos en sus antiguas casas en poses de descanso o de estudio, con mobiliario adaptado a sus gustos anticuados. Después, sellamos los hogares. Las plazas de los pueblos se convirtieron en refugios improvisados para vagabundos y sin techo fallecidos.

Los vivos nos mudamos a las afueras, formando un anillo que se expandía a medida que los muertos perdían terreno. Ahora vivimos casi todos en los espacios vacíos entre las ciudades antiguas, siguiendo las carreteras y las líneas de suministro. Nuestra tecnología ha avanzado mucho. Algunos campos de estudio se han estancado. Otros, como la medicina, han avanzado más en las últimas décadas de lo que hicieron en siglos. El ejercicio diario es obligatorio, como lo es una dieta sana. Las guerras, al menos las calientes, son cosa del pasado. Nadie quiere ser considerado culpable de un fallecimiento no autorizado.

No sabemos con certidumbre lo que nos espera al otro lado. Los sueños, que se han convertido en un canal de comunicación no oficial con el otro lado del velo, no son una fuente fiable de información. Ahora soñamos casi todos a la vez, sueños similares, como los antiguos programas de televisión. Sin embargo, las versiones individuales

suelen variar, como si cada persona estuviera afinada a una longitud de onda ligeramente distinta. Nuestro gobierno ha determinado que cada ciudadano debe apuntar todos sus sueños cada mañana y enviarlos a una central, para componer un mensaje.

Algunas personas dicen tener acceso a información privilegiada. Hablan de los muertos recientes, de colas sin fin para una burocracia que ocurre en un no-lugar, el espacio tánatos, sobre campos de retención para las llegadas irregulares de los que murieron en catástrofes, sobre campos y desiertos de manos, pies, ojos, narices y lenguas cortadas que esperan a sus dueños. Podrían estar mintiendo.

Algunos dicen recibir mensajes de muertos individuales, y cuentan historias sobre ellos. Hablan de funcionarios con cuencas vacías y mandíbulas cosidas, de piel seca y dura como carne curada, que redactan y firman en silencio documentos que deciden tu destino. Cuentan de los esfuerzos de un movimiento clandestino para ayudar a regularizar la situación de los recién llegados. Yo misma he llegado a soñar con paisajes baldíos repletos de multitudes huecas, en espacios imposibles, pero no sé si son visiones reales o solo una manifestación de la ansiedad de los días.

Hace veinte años que no camino por estas calles ahora desiertas. Pertenecen al pasado los *Spätis* y cafeterías como la que tenían mis padres. Se han ido la ropa colgando de las ventanas y las botellas vacías por todas partes. Caminamos por el antiguo parque de Tempelhof, que en un pasado aún más lejano fue un aeropuerto, como quien camina por un abigarrado sueño de hileras de tumbas, mausoleos irregulares como los dientes de un borracho.

Casi todas las tumbas son de cemento mezclado con grava, una obra basta y apresurada, reliquia de los tiempos de la Gran Exhumación, cuando todos trabajábamos día y noche para apaciguar a nuestros ancestros. Abandonamos la ciudad a toda prisa. Quedan restos de esos tiempos: algunos coches en mitad de la carretera, o una mano esquelética, sujeta solo por pedazos de tendón, colgando por una ventana. Algún alma desafortunada que tendría un ataque y murió donde no debía. Recuerdo cuando esta ciudad estaba viva y despierta, llena de tráfico y gente y andamios y ruido. Ahora Berlín es el reino de los insectos.

Hay alegría en la ciudad desierta. Cuando los humanos se fueron, la otra vida volvió. Las plantas ornamentales están ahora muertas o asilvestradas, y la hiedra abraza fachadas ciegas. Árboles y hierbas crecen por las grietas del asfalto. En los lugares donde antes reventaron cañerías se han formado lagunas donde croan las ranas. La ciudad se construyó sobre una ciénaga y es natural que retorne a esta. Manadas de perros, descendientes de mascotas abandonadas, se cruzan a veces por nosotros, pero nos evitan, quizá por algún imperativo genético. La fauna nativa está también volviendo. En la distancia pude ver ciervos pastando en los hierbajos que crecen en torno a una columna *Jugendstil*, en el antiguo Schöneberg. El aire en torno a la estación de Friedrichstrasse huele a hojas, agua y tierra. La ciudad de los muertos es un paraíso de vida en flor.

El sol está alto en el cielo, pero casi hemos llegado. Hago señas a mis compañeros, que me siguen. Tomo una píldora más para aguantar el tirón, y veo que tres de ellos hacen lo mismo. Volver va a ser difícil. No queremos sentir el agotamiento subiéndonos por las piernas.

El GPS nos manda a un callejón cerca de un antiguo parque. No oímos nada, pero sabemos que la persona aún no ha cometido allanamiento, porque no hemos recibido ningún mensaje de la central.

Damos la vuelta a la última esquina en completo silencio, y vemos a la mujer que tantos quebrantos nos ha causado. Está sentada con la espalda contra la pared, y todo en su postura sugiere que intenta parecer más pequeña. Se ha arropado con un viejo abrigo, pero por abajo asoma su pie derecho, en un ángulo casi recto. Bajo su cabello oscuro hay un rostro ceniciento y anodino. Quiero escupirle a la cara.

Llegamos a ella y formamos un semicírculo, dispuestos a lanzar el protocolo. Los dos médicos caminan hacia ella, le dan las raciones de emergencia, comienzan a comprobar si muestra síntomas de hipotermia o cualquier problema que le ponga en riesgo inmediato.

«Lo siento», le oigo decir. «Solo quería...» Sigue hablando, pero dejé de escuchar a la primera frase, y comencé a montar la camilla con el resto del equipo. Siempre lo sienten mucho cuando les pillan, ¿verdad? Nunca quieren causar problemas. Solo quieren presentar sus respetos a sus padres, hermanas, amantes, buscando cualquier excusa, incluso si eso significa meterse en un área deshabitada sin permiso y arriesgarse a causar una catástrofe. Gilipollas que no se mueven con sus tiempos, o simplemente pelotas que se piensan que tendrán un trato especial después de su muerte si ponen suficientes flores u ofrendas votivas a sus ancestros. Otros, sin embargo, quieren causar problemas deliberadamente, y normalmente lo consiguen: necrofolladores, fetichistas de la disolución, postulantes de una teología de la decadencia. Todos se creen por encima de la ley. Independientemente de sus motivos, nos ponen a todos en peligro.

Los médicos ayudan a la mujer a subirse a la camilla. Personalmente, me encantaría poder llevarla, a rastras o cojeando, durante las quién sabe cuántas horas tenemos que esperar hasta que abandonemos territorio no soberano y podamos dormir, pero los muertos lo han dejado claro: no quieren que ella toque la tierra. Tenemos que transportarla y presentarla a la justicia. Yace inmóvil con una expresión angustiada, hueca: sabe lo que le espera. Ya no podemos aplicar la pena de muerte, pero podemos mantener a gente con vida de forma que desearían que pudiéramos.

Todos tenemos roles definidos en el equipo: dos médicos, un inspector, una responsable de comunicaciones, un apoyo y una guía, yo. Los seis debemos llevar la camilla por turnos. Sin palabras, tomo mi lugar y levanto a la mujer. Pesa, pero no intenta mover ni escaparse.

Hay un momento de silencio. Lo aprovecho alzando la cabeza para disfrutar de los rayos del sol. Por un momento, me siento una con el equipo, y estoy segura de que los otros también lo sienten. Nos duelen los huesos, y en las orejas de todos resuena el tintineo del agotamiento, pero en algún momento llegaremos a casa. Al menos no somos ella. Intercambiamos una mirada y, sin decir nada, emprendemos el camino de retorno.

Tras el naufragio

Vela Rodríguez, Ángel

Primera parte

Primera y segunda hora

Poco recuerdo de aquel despertar que compartí con cientos, miles, que como yo fueron arrastrados a un éxodo forzado; el inicio de nuestro vagar por un infierno en el que, tras el exterminio, te hallamos a ti.

Mi primer recuerdo fue el de saberme hacinado, preso de aquella exánime marea de cuerpos con la que luché por desvincularme para alcanzar la orilla. Recuerdo que algo más repuesto percibí que muchos de los supervivientes compartían desconcierto, mientras que el resto se habían puesto en marcha, resueltos a traspasar la gigantesca oquedad que se mostraba ante nosotros, tal vez atraídos por la calidez que el lugar desprendía.

Y al sentir que carecía de opciones me uní a ellos. Supongo que llegar hasta aquí formaba parte de nuestro destino.

Tercera y cuarta

Avanzamos como un rebaño, condenados a la impersonalidad y el silencio, y esto hizo que durante el acceso me volviera, aun sabiendo de la ingratitud de lo revelado.

Pude ver cómo, al igual que las profusas descamaciones de una vieja serpiente, dejábamos a nuestro paso una manta de cadáveres que revestía aquel mar interior. Eran los cuerpos de cuantos sucumbían a la larga marcha. En cualquier caso y pese a la magnitud, a nadie parecía importarle.

«¿Acaso no somos hermanos? ¿No venimos de...?», pensé, cayendo en la cuenta de que, más allá de los vestigios de un confinamiento atemporal, era incapaz de recordar nada.

Quinta y sexta

Avancé inmerso en la duda y con el sentir de que mi memoria se había secado. Deseé más que nada recordar otros tiempos. Rescatar, por exiguo que resultase, un instante que confirmara que tuve raíces. Aún espero ese instante, pese a intuir que no llegará. Ahora sé que lo deseaba por su ausencia, y que de poco me serviría en tales circunstancias. Aun así quiero pensar que esa duda hizo que una parte de mí se desvinculase del horror.

Avanzamos para descubrir en el interior que no solo naufragio y fatiga contribuían a nuestro exterminio, puesto que tras recorrer un largo tramo la oquedad misma se

manifestaba como una entidad que nos dañaba, que parecía decidida a terminar con tan nutrido grupo de invasores. Al principio su mero contacto nos abrasaba, y no sería hasta haber avanzado un techo que sus paredes comenzaron a aferrar nuestros cuerpos, y vivos o muertos nos absorbía hasta engullirnos enteros.

También los hubo que se aventuraron por otros caminos, que ahora sé que conducían a la extinción.

Séptima y octava

Tiempo y silencio empezaron a convertirse en una pesada losa, uno de los agravantes que a estas alturas de la marcha hizo que escasamente quedáramos un millar.

En cuanto a la elección del camino, no lo pensé, me limité a seguir a cuantos me precedían. Fue entonces cuando tuve más claro que aun entre tantos estaba solo. Tal vez por eso, y pese a no conocerte, agradezco que estemos entendiéndonos; aunque mis palabras no sean más que un compendio de penurias...

Si he de serte sincero, espero que cuando termine de relatarte lo ocurrido puedas ofrecerme alguna respuesta.

Novena y décima

Poco importaba el pasado ante un futuro tan incierto, poco el debatirse en mil y una cuestiones cuando carecía de respuestas a las preguntas más simples. Incluso la visión de mis semejantes caídos y devorados perdió la capacidad de herirme. Llegué a sentir que apenas compartíamos camino, aquél que desafié hasta el límite de mis fuerzas. Y negándome a morir traté de recorrerlo tan rápido como pude, no faltando quien me emulase. Aquello se tornó sin pretenderlo en una carrera por la supervivencia.

Buena parte murió de agotamiento en la desbandada que nos trajo hasta aquí. No he sido el primero en llegar, pero aun así es a mí a quien te has dirigido. Tú, que saliste a nuestro encuentro como un sol iridiscente que nos trajera prosperidad, como si de algún modo fueses la respuesta a preguntas y plegarias. Un bendito lugar de recogimiento.

Hasta aquí mi historia, lo demás te es conocido. Al llegar hasta ti te circundamos. El resto con agitación, ávidos de poseer o ser poseídos, el resto librando una dura batalla por hacerse merecedores de ti. He de decirte que yo también te deseo, pero estoy confuso. ¿Es mi falta de fervor lo que hizo que repararas en mí?

—No, solo el hecho de que fueras distinto.

—¿Qué sentido tiene todo esto?

—Aún estás lejos de poder comprenderlo, aunque más cerca que tus hermanos.

—¿Debo pensar que algo se espera de mí?

—Todos formáis parte de esto. A ti te corresponde decidir el grado de implicación.

- ¿A cuántos de nosotros darás cabida?
- A ti.
- ...
- ¿Temes la soledad?
- No, solo el desconocimiento. ¿Qué me espera en tu interior?
- Lo que haya no importa, cuanto en mí se albergue cambiará con tu llegada.
- ¿Cambiará?
- Sí.
- ¿Y qué será de mí?
- No existe el modo de saberlo, las posibilidades son ilimitadas.
- ¿Ilimitadas?
- Sí.
- ¿Es posible que no te conozcas a ti misma?
- Sé lo que soy, y que estaré sujeta a importantes cambios. No puedo predecir el futuro.
- ¿Qué les pasó a los que entraron antes que yo?
- Si te decidieras a entrar serías el primero.
- ¿Y si decido no hacerlo?
- Morirás.
- ¿Qué?
- Todos moriríamos. Sólo puedo salvarme yo, y conmigo, uno de vosotros...
¿Deseas vivir?
- Solo si la vida que me aguarda difiere de esta.
- Así será.
- ¿Cómo negarme si me ofreces la vida?
- No es la vida lo que te ofrezco, solo una posibilidad de que no mueras.
- ¿Estaremos juntos?
- Todo el tiempo.
- ¿Qué esperas de mí?
- Que te ofrezcas plenamente.

- ¿Y qué habré de esperar?
- Mi pleno ofrecimiento.
- ¿Cuál es la finalidad de todo esto?
- La perfección.
- ¿Perfección? ¿Es eso posible?
- De llegar a donde se espera, juntos haremos milagros.
- De ser así, a ti me ofrendo.
- Ante lo cual, yo te acojo.

Segunda parte

Anhelante, más por el deseo de unión que por cualquier promesa de prosperidad, atravesó el umbral, desligándose de lo superfluo hacia una nueva existencia. No reparó en cuantos dejaba atrás, cientos de hermanos condenados, pese a sus esfuerzos, a la extinción.

Descubrió que aquel idílico lugar rebasaba lo imaginable, puesto que esperando un paraíso se halló así mismo como entidad, única y completa. Junto a esta le fue revelada la carencia de verdad del que creyó sería su anfitrión, el cual, más allá de brindarle fraternidad, lo poseyó al tiempo que se dejó poseer. Y tales cotas alcanzó la unión que de ella surgió un solo ser.

Inmerso en una plenitud que no podía ser expresada con palabras, aquel ser se entregó a la profetizada sucesión de cambios, viéndose sublimado con cada uno de ellos, sin olvidar la revelación de esa parte de él que aquí lo aguardaba: «De llegar a donde se espera, juntos haremos milagros».

Aquella frase estuvo presente en cada pensamiento, aunque el ferviente deseo de que tan enigmático significado le fuese revelado no agrió la espera.

Pasaron días, semanas, meses, y los cambios seguían produciéndose, hasta que el ser alcanzó una complejidad difícil de controlar o comprender. Y un día, uno de tantos, llegó el ansiado momento. Las barreras de su diminuto universo se rompieron, dando paso a un nuevo lugar, un nuevo comienzo. La transición apenas duró un instante, en el que por primera vez en mucho tiempo sintió temor. Un temor que se esfumó en cuanto recordó las palabras: «De llegar a donde se espera, juntos haremos milagros».

Todo adquirió sentido cuando sintió el calor del abrazo materno.

Pasillos

Dolo Espinosa

El primer día de trabajo habían advertido a Marta de lo fácil que podría resultar perderse en el laberinto de pasillos de aquel edificio y hasta le habían hecho entrega de un plano, por si las moscas. Por supuesto, Marta no le concedió al plano más que un rápido vistazo antes de dejarlo olvidado en el fondo de su bolso, ese lugar al que iban a parar tampones olvidados, lápiz de labios estropeados, pañuelos de papel usados y las monedas que se caían de su cartera.

—La gente es muy exagerada —pensó para sí—. Seguro que todo es cuestión de fijarse un poquito.

De todos modos, cuando tuvo que ir a recoger unos informes en la segunda planta, Marta tuvo el cuidado de fijarse en el camino que había seguido hasta llegar al despacho al que tenía que ir.

Con lo que no había contado es con que aquella oficina tuviera dos puertas y la hicieran abandonarla por una diferente a aquella por la que había entrado.

En un principio, no se preocupó demasiado, después de todo, pensó, por laberíntico que pudiera llegar a ser el edificio, no podía tardar mucho en orientarse o en encontrar a alguien que la orientara. La gente, se repitió, es muy exagerada. Lo más sencillo hubiera sido volver a entrar y preguntar el camino al ocupante del despacho que acababa de abandonar pero, al recordar la cara de malas pulgas que tenía el interfecto, la joven prefirió echar a andar animosamente por aquellos largos, ominosos y silenciosos pasillos.

Veinte minutos más tarde seguía perdida y comenzaba a sentirse preocupada. No lograba reconocer nada. No conseguía averiguar qué rumbo debía seguir. Los despachos junto a cuyas puertas pasaba estaban vacíos. No se había cruzado con nadie en todo ese tiempo.

Empezaba a sentir unos casi irreprimibles deseos de gritar.

Cincuenta minutos más tarde, la preocupación fue dando paso al miedo (o, para ser más exactos, el miedo apartaba a la preocupación de su camino a base de fuertes empujones y codazos). Al doblar una esquina se dio de bruces con un ascensor y, suspirando aliviada, decidió entrar en él y bajar a la planta desde la que, suponía, había subido. Cuando la puerta se abrió en lo que ella creía la planta baja, su sonrisa de alivio quedó congelada. En lugar del ajetreo de sus compañeros, de la luz solar y del rumor de voces humanas, Marta se encontró con la humedad, el silencio y el olor a moho de un oscuro sótano. Apenas sacó medio cuerpo fuera para echar un rápido vistazo, no se atrevió a dar ni medio paso fuera del ascensor. Allí abajo había lugares en los que las sombras parecían moverse y arrastrarse, le pareció escuchar gemidos quejumbrosos, olió la podredumbre de la muerte... y sintió pavor. Apretó con urgencia los botones, todos a la vez, con desesperación, el corazón batiendo con fuerza contra su pecho. La puerta se cerró con lentitud exasperante y volvió a subir a la planta superior para volver a encontrarse con los mismos pasillos y puertas.

Tras hora y media de estar recorriendo pasillos, abriendo puertas y buscando gente, el miedo había salido huyendo a toda velocidad y había dejado en su lugar al pánico. Daba igual que subiera o bajara escaleras, daba igual que fuera a izquierda o a derecha, todo parecía idéntico. Marta estaba segura de que sólo estaba dando vueltas y más vueltas en el mismo lugar.

Hubo un momento, al entrar en el pasillo donde se encontraba el ascensor, que le pareció ver a una mujer entrando en él. La joven intentó atraer su atención a gritos, pero la otra no pareció darse por enterada.

Ella, abatida, continuó buscando la salida.

Tres horas más tarde todo seguía más o menos igual, a excepción de sus nervios, su ropa, su peinado y su cordura. Ahora ya sabía que no había salida. Nunca la había habido.

Lo había descubierto diez minutos antes.

Había entrado en el baño en busca de agua. Alguien lloraba tras una de las puertas. ¡Al fin, otro ser humano! Tal vez supiera cómo salir de allí. Marta se acercó con cautela. Tocó suavemente en la puerta. Los llantos cesaron pero nadie abrió.

Tomó aire y, lentamente, empujó la puerta. Le pareció escuchar un débil no, no, no lo hagas, pero siguió abriendo, tenía que hablar con alguien, tenía que preguntarle a alguien cómo salir de allí, no podía dejar pasar la oportunidad de escapar.

Cuando la puerta se abrió del todo, Marta se encontró ante una mujer que ocultaba el rostro tras sus manos crispadas. Sus ropas le parecieron conocidas. Su pelo, también. Incluso su perfume le recordaron a algo. Le cogió las manos y, despacio, logró separarlas y ver su cara arrasada por las lágrimas.

Entonces supo que nunca, jamás, saldría de allí.

Entonces supo que el horror tan sólo acababa de comenzar.

Porque el rostro que la miraba llena de tristeza, miedo y angustia era su propio rostro.

Salió corriendo y gritando de allí.

Escapó de aquella visión de sí misma.

Luego, con alivio, casi con alegría, Marta se hundió en el frío y protector abrazo de la locura.

Rutina

Barragán, Eugenio

La tarde transcurre cansina y lenta. Por la ventana se asoma la rama seca de un árbol. Los rasguños y marcas de agua de lluvia permanecen inalterables sobre el cristal. En el ordenador se activa el salva pantallas. Mi cabeza sigue fuera, distraído con la tranquilidad. Abro la maleta, saco un pedido, introduzco datos. La gráfica se hunde en el fondo de la pantalla. Soy un pésimo comercial y no sé cómo mejorar las ventas.

Mañana tengo una entrevista de trabajo, hacía tiempo que no tenía una oportunidad de cambiar de empleo. Espero que mi estado de ánimo no influya negativamente. No puedo depender de mi exigua nómina y necesito encontrar otro piso de alquiler.

Las agujas de los relojes parecen detenidas sobre la realidad. La gente entra y sale por los pasillos de la oficina. Las puertas de los despachos se abren y cierran a ritmo de marcapasos. El teléfono suena sobre el escritorio para que atienda algún lamento. Paso. Ya tengo suficiente con los míos.

El logo de la empresa salta a un lado y otro de la pantalla. El teclado muerto suplica a mis dedos. El bolígrafo salpica de palabras las hojas de una libreta. Oscurece lentamente, como si el atardecer cerrara un tupido velo sobre el cielo contaminado. El cristal parece más sucio que antes, ya no se aprecian los rasguños o las gotas de agua. Enciendo la lámpara del techo. La luz incide sobre el reflejo anaranjado de los tubos de neón, que proviene de la tienda cercana.

Apago el ordenador, pongo la funda del plástico al cadáver y cierro la puerta del pequeño despacho.

Mañana será otro agotador día.

Me cruzo por la calle con gafas de miope, corbatas arrugadas y maletas. Espero al autobús en la parada con la misma camarilla de todos los días. Los coches pasan. Una pareja se besa con pasión bajo los efectos de la luna llena. Los semáforos se declaran la guerra. El bullicio aumenta en la plaza. Los locales de comida rápida no dan abasto con los noctámbulos. El autobús arriba con retraso, la cola aumenta. Una andanada de bocinas barre el murmullo. Aguanto impasible por el desaliento, con el hombro apoyado en una farola.

Los semáforos firman el armisticio. Las cuerdas vocales de los conductores se relajan. Los dedos se retiran del claxon. Los noctámbulos se mueven como hormigas y exploran las rutas de las calles en pequeñas oleadas. Los garitos nocturnos se desperezan.

El autobús se detiene. Subo la rampa y me siento en la cola. La cabeza me duele por la tensión y el ruido. El conductor arranca, conduce al ritmo de las viejas arterias de la ciudad milenaria; se forman los primeros coágulos y retruena, otra vez, la sinfonía desafinada de cláxones. El autobús se aleja del centro urbano, a trompicones, y transita a mayor velocidad por la carretera. Más paradas, más acelerones y frenazos. Pasajeros que desfilan por el asiento contiguo entre cabezada y cabezada. Pasa la última curva, la

última recta y arriba a mi parada. Desencajo el asiento de mi torcida espalda y las puertas corredizas me escupen hasta la acera.

Camino hasta mi edificio: un punto perdido en una esquina del mapa urbano de la ciudad. El silencio se rompe por el ronroneo del motor de un coche. Cada diez metros, la luz de las farolas es una forma de contornos difusos. Un par de pasos largos sobre la acera de cemento áspero e irregular. Un chasquido de la suela de mis zapatos. Un parpadeo de mis ojos claros. Un bostezo continuo por el cansancio.

Subo las escaleras hasta mi casa de tercera o cuarta mano, una ganga, según el comercial que me timó. Al poco tiempo de firmar el contrato de alquiler, declararon el edificio en ruina. Suspiro profundamente antes de abrir la puerta. Sé lo que me espera en el interior. Hay algo más que la fatiga y conseguir que salgan las cuentas. Introduzco la llave en la cerradura, puedo percibir el aura de la casa, esa energía que encrespa el vello de mi cuerpo. Un halo rodea mi mano. Los primeros días solo pensaba en huir, ahora ya estoy acostumbrado y durará poco tiempo: el rato que tarde en dormirme.

La puerta se cierra. Corro el pestillo y tiro las maletas de muestras en un rincón. Me duelen las piernas de patear la ciudad en busca de clientes. Ha pasado un día más y espera mi rutina.

Solo faltan cinco minutos. Me quito la americana y me pongo el mandil. Abro una lata de albóndigas en la cocina y las caliento en el microondas. Salgo al comedor con la comida caliente y pongo la mesa: un tenedor, un plato y una servilleta. No necesito más. Simulo que enciendo la televisión con el mando a distancia, pero solo es una excusa. Son las nueve en mi reloj de pulsera y miro de soslayo el gran cuadro que preside una pared de la sala.

La mujer pintada en el interior pasea por la arena desierta. Una mujer menuda, con finos rasgos que dibujan una belleza salvaje, de pelo oscuro y rizado, de piel morena y suave, de ojos verdes que cambian de tono según la claridad de la luna.

Anochece y el faro del acantilado se enciende. La mujer sin nombre mira hacia el comedor con cierta timidez y prosigue con su paso entre las hogueras. Yo, disimulo con la mirada perdida en la pantalla inane.

Una débil racha de aire roza la suave tela de su blusa. Como siempre, se desabrocha los primeros botones lentamente. Estira del vuelo y arranca los últimos de un tirón. Esclava de un impulso que no entiendo. Trago la comida sin masticar. La brisa le arrulla, entorna los párpados y su piel se eriza. Humedece los dedos con saliva y se acaricia la aureola de los senos para aumentar la placentera sensación. Se descalza y salta sobre las rocas para desprenderse de la prisión de sus pantalones. La ropa se desperdiga por la arena

La mujer se tumba en la orilla de la playa e inclina la cabeza hacia atrás. Las olas rompen en su Monte de Venus. La melena se contornea con el viento y cierra los ojos para deleitarse con una sacudida de su sexo.

Como si fuera una señal, suena el teléfono. Con el primer tono, recoge la ropa; con el segundo, la mujer se viste, camina lentamente y se aleja de la orilla. El espectáculo ha finalizado y coincide con el último trozo de albóndiga que mastico en mi boca. Ahora, solo tengo un pensamiento en mi cabeza que no puede esperar. Me quito la corbata y me arremango la camisa.

Entro en mi habitación, los relojes gruñen su infidelidad con el tiempo, algunos más deprisa que otros y, sin querer, envejezco.

Coloco la mano sobre el ratón y desactivo el salva pantallas. Repaso minuciosamente cada apartado del Currículum Vitae en el procesador de textos. Mañana tengo que bordar la entrevista y conseguir el trabajo. Podré despedirme de las paredes de esta maldita casa, incluso antes de que derriben el edificio. Es bueno soñar, te relaja. El ordenador solo me sirve como potente máquina de escribir. Renuncio a jugar y, sobre todo, a que siempre me derrote. En cuanto me entretengo con las musarañas, se enciende y los juegos cobran vida en sus circuitos integrados. Practica durante todo el día, mientras trabajo o busco un puesto laboral alternativo. Más tarde o más temprano, desafiare a la máquina con nuevos bríos. Por ahora, desisto y me limito a imprimir una impecable copia de mi Currículum. Grapo las hojas y las coloco en una carpeta junto a las cartas de recomendación.

El escritorio es una verdadera jungla de caos. Si sintonizo en la radio alguna emisora musical, una marioneta surge del desorden. Un arlequín hierático y circunspecto representa una sesión de sombras chinescas sobre las paredes tiznadas por el tabaco. El humo no sigue el camino de la ventana, aunque permanezca abierta de par en par. Me divertiría con las imitaciones de reptiles, avestruces y conejos. Ahora, solo imita guadañas, calaveras y esqueletos. Mi pesimismo es contagioso. Me hago viejo y los relojes no paran de gruñir con su extraño ritmo.

Los otrora desérticos estantes fueron poblados por cómics, con sus tapas alegres y coloridas. Los huecos restantes fueron ocupados por otros libros, más cultos, que miraron con desprecio a los primeros. Me irritan sobremanera, cuando conversan de temas que no vienen al caso con palabras rimbombantes. La mayoría conserva el plástico protector, pero mi mesa siempre baila al son de su cojera y de algo sirven.

El ambiente se turba con una pelea entre libros y cómics; también absorben mi ansiedad. Parece una guerra de clases. Un bando destroza las hojas de los otros. Solo espero que no me embosquen y se abalancen sobre mí. Huyo al comedor. Procuraré relajarme con los anuncios de algún programa de televisión.

En los estantes del mueble, el San Pancraccio increpa a la Dama del Paraguas, a las pequeñas brujas montadas en escobas de mimbre, a los pequeños duendes de gorros rojos, al músico de jazz amordazado, al Gordo y al Flaco que no cesan de burlarse del Buda de la suerte y de la cohorte de deidades.

El Santo les inculpa sobre la desaparición de la moneda insertada en su brazo extendido. Prosigue con las quejas, como si fuera una letanía. Todos sabemos que aguarda a la noche, para introducir su tesoro en la hucha con apariencia de cerdito y comprarse otro aro celestial más enlucido.

Busco otra pieza en el bolsillo de mi pantalón. Coloco la moneda con cuidado y me voy a dormir. Me desagradan las peleas y más que relajarme, me crisparía los nervios.

Me visto con el pijama corto de verano. Abro la ventana de par en par para mitigar el calor. Coloco una botella de agua sobre la cómoda junto al despertador digital. Un sueño reparador me proporcionará la dosis de tranquilidad y don de gentes necesarios para afrontar la entrevista con garantías. Falta un pequeño detalle: soy supersticioso y he

olvidado ofrendar una rama de perejil al San Pancracio. Siempre estornuda cuando le acerco la hierba; es alérgico. Desconozco el motivo. ¿Quizás por qué lo compré en el mercado de ocasión o se impregnó del aura de la casa? Nunca lo sabré.

En cuanto abro la puerta, contemplo otra bronca por el nuevo hurto de moneda y cambio de idea. Si el santo supiera, que la calderilla sale del falso fondo de la hucha, no sé qué pasaría... Algún día se lo confesaré, en cuanto recobre un poco de tranquilidad.

Cierro la puerta de la habitación para ahogar el ruido. Me siento sobre la cama. Repaso mentalmente mi plan. Dudo un instante: falta algo para sentirme seguro. Será mejor que saque del cajón mi otro y fiel despertador de relucientes campanillas. Hombre prevenido, vale por dos y nunca se sabe lo que puede pasar: si un fallo de corriente eléctrica, una avería o cualquier insospechado suceso que pueda alterar mi ceremonial.

Saco la llave con un giro de muñeca y le doy cuerda. Las saetas miden de nuevo el paso del insidioso tiempo. Ubico el reloj al lado del despertador digital, apago la luz y me extasio con el conjunto: La luminiscencia verde con su poderoso tic, tac y el parpadeo implacable de los dígitos rojos.

Agarro el marco de plata de la mesita de noche y enciendo un cigarrillo. A través del patio de luces, escucho la disputa de los recién casados. Conozco la historia familiar, más bien por los innumerables detalles que se cuelan a través de la ventana, que por el roce diario en la escalera de saludos, gestos e indiferencia.

En la casa del matrimonio argelino, unos pasos rápidos retumban en el suelo. Los platos vuelan por el aire, el bebé despierta, mi paz regresa.

El silencio reina en el nido de amor. El primer amante aguarda hasta que se escucha un portazo e irrumpe su pareja (por esta noche). El deseo se desata sin apenas preámbulos. El cabecero de la cama golpea rítmicamente la pared contigua.

Los gritos de placer se mezclan, por un lado, con los reproches y, por otro, con exclamaciones en árabe. El tono aumenta, todas y cada una de las parejas vomita su irritabilidad. El insoportable ruido de fondo se convierte en un agradable rumor, como el relajante sonido que emana de una caracola de mar. No me entero de ningún chismorreo. La ventana se convierte en un sumidero de palabras y en la salida de humos de mi cenicero.

También hay pausas en el escenario y la joven esposa se convierte en protagonista del serial radiado. Destacan los reniegos de amor; de sentirse desgraciada; de querer largarse con su madre porque ya se lo decía, pero aún no desea que se lo restriegue por la cara. Tiene la esperanza de que todo pueda cambiar, pero es un sentimiento, un deseo que se diluye cada día que pasa. Concluye el monólogo sin convicción, con una última frase: algún día dará un paso hacia atrás, para saltar con fuerza hacia adelante. No sabe cuándo, aunque todo el vecindario intuye la cercanía de la fecha.

En la casa de los amantes, los fuertes jadeos son coronados por un profundo grito de placer. Prosigue un corto silencio y se suceden susurros, sentimientos de culpa, planes de mañana sin futuro y la despedida hasta la semana siguiente. El silencio lo deja todo atrás.

Mis vecinos son así: intercambian opiniones en voz alta. Los tabiques son transparentes y el barrio es un sitio de paso a ninguna parte; mi edificio, un trampolín.

El marco descansa sobre mi pecho. El ruido de fondo se difumina en la oscuridad rota por la luna llena. Expelo volutas de humo, unos aros entran dentro de otros. Enciendo la luz de la mesita de noche. Abro el cajón y agarro un lápiz. El vecindario ya sabe que es hora de dormir y no prosiguen con las discusiones, ante el peligro de alguna denuncia a la policía.

Entre la sábana y mi pecho, el marco ya ha tomado mi calor. En el interior no descansa ninguna fotografía, solo unos rasgos dibujados sobre una cartulina: una melena con reflejos; unos grandes ojos, negros y brillantes; una nariz respingona; el perfil de unos pómulos; una barbilla. La imagen pestañea y me mira con delicia.

Solo me falta perfilar unos labios de color rojo fuego intenso, o finos, o carnosos, o yo qué sé. Nunca me aclaro; la pregunta me reconcome y la duda atenaza mi mano: ¿Para qué dibujarlo? ¿Para qué? En el fondo no los necesita para nada. Apago el cigarrillo en medio de una especie de niebla. Quizás solo fumo para emboscar a algún hada despistada y que me ayude en mi tarea. Como cada noche, no se presenta.

Me levanto, aparto la cortina y me asomo por la ventana. Los fluorescentes de los anuncios alumbran la calle. Bajo la persiana. El resplandor se cuele por los agujeros y respunteam el suelo.

A través de la pared, escucho al atareado vecino, el grifo de la cocina abierto, el rumor del agua sobre los platos, el molesto tañido de las cacerolas y, por fin, el chasquido del interruptor de la luz. El calor inunda la penumbra. El taconeo de una transeúnte encuentra un eco sobre el adoquinado, como si la noche sensibilizara la resonancia. Las luces de neón del teatro de la esquina se apagan. Los empleados abren las puertas de salida de par en par. Los espectadores emprenden el camino a sus casas. Los coches salen del aparcamiento subterráneo.

Cojo la almohada y salgo al comedor. Estoy demasiado nervioso y no podría soportar otra andanada de bocinazos. Mullo los cojines del sofá, extendiendo una sábana y me tumbo. Las olas me arrullan, como si fuera una nana. En la oscuridad, puedo escuchar como respira el bosque. La manada de lobos aúlla continuamente a la luna llena. El viento arrecia, el mar se encrespa, el agua me salpica la cara. La luz intermitente del faro barre el comedor. Un murciélago bate las alas y se aleja antes de chocar contra la lámpara del techo. Me levanto por el frío y regreso a la habitación.

No ha sido buena idea.

Subo la persiana, me tiendo en la cama boca abajo y abrazo la almohada. La cortina baila con la brisa y refresca mi piel desnuda. Duermo como un lirón y el drama estalla sobre la cómoda, entre ceniceros repletos de colillas, de mecheros, de bolígrafos y mil artilugios inútiles.

—¿Intentas hipnotizarme? —pregunta el viejo reloj con voz altiva.

—No —responde el rival con indiferencia—. ¿Y tú, pretendes que me duelan mis circuitos integrados con tu monótono: "tic, tac"?

—Mira, vamos a llevarnos bien. Los dos tenemos una misma función que, además, compartimos: despertar. ¿Vale, jovencito?

—Sí, vamos a llevarnos bien. Además, en cuanto pase esta noche, volverá a

guardarte en el cajón para que duermas el sueño del olvido. ¡Vale, viejo!

Una arrogante sonrisa aparece en la visera del reloj digital. Acto seguido, se gira y le da la espalda de sus cables eléctricos.

—¡Yo, durante años, le he prestado el mejor de mis servicios! —Grita el viejo reloj mientras le sigue sin prisas—. ¡Pedazo de linterna roja!

Todos los adornos de la habitación cruzan las correspondientes apuestas. Los libros apoyan al viejo, amparados por la sabiduría de la experiencia. Los cómics, el ordenador y la impresora se reafirman por la modernidad. La algarabía se acrecienta. El cuadro ladeado del rincón reclama silencio para escuchar la disputa con nitidez. El reloj de pared se abstiene con una mueca de desagrado. El reloj de cuco permanece mudo, ha agotado la pila de larga duración.

—Le habrás prestado un gran servicio, pero deficiente. ¿Por qué crees que te deja encerrado en el cajón? ¿No te has dado cuenta aún de que te has atrasado doce segundos? Mira como centellean los minutos en mi estilizada carcasa y los segundos son tan felices... Carcamal que eres un carcamal.

El despertador de cuerda abre la visera de cristal con un clic y amenaza al reloj digital con las afiladas saetas; éste se aparta y recula. El ordenador pausa la frenética partida que disputa. Los diferentes artilugios se separan y conforman una especie de cuadrilátero para los dos combatientes. La cadena de música radia la pelea.

Otra embestida con las saetas erguidas. El moderno reloj no puede esquivar la manecilla del segundero. El plástico protector se agrieta. Los dígitos se transforman en una cara sonriente. El viejo despertador se asombra por la inquietante alegría, pero asaetea con furia. Una parte metálica roza las entrañas del destripado reloj digital. Una chispa ilumina la penumbra y ambos permanecen inmóviles por la terrible descarga eléctrica. El silencio domina la habitación.

—¡3, 2, 1! —suena la cuenta atrás por los altavoces. La cadena de música arrastra las sílabas y emite su veredicto: —¡Combate nulo!

El reloj de pared se entristece. El cuclillo se lanza al vacío por la puertecilla atrancada. El muelle se retrae, golpea el péndulo y vuelve a su posición original en el interior de la caja.

La estruendosa ovación, por parte del respetable público, me despierta de mi profundo sueño reparador. Con el dios Morfeo girando rápidamente sobre mi cabeza, me apercibo de la frustrante situación. Me levanto y llamo por teléfono al servicio de despertador matutino. También despertará a la mujer sin nombre. Me da igual que pueda enfadarse y no aparezca durante días por la playa. No puedo llegar tarde a la entrevista.

Vuelvo a acostarme, pero doy vueltas sobre el colchón sin poder conciliar el sueño. Me he desvelado. Unas palabras comienzan a rimar en mi cabeza. No puedo más y me levanto. Necesito una pluma y una hoja para escribir una ristra de frases. Ahora, es el mejor momento para escribir un poema a la mujer. La sábana arropa el marco. Si la imagen de la cartulina adivinara mis intenciones, frunciría los labios. Los grandes ojos se compungirían y las lágrimas borrarían partes de mi trazo inseguro. Tendría que recomponer el dibujo.

La musa hace días que vaga por mi cabeza y no deseo que se escabulla. El silencio de la madrugada es ideal para plasmar la idea y atemperar los nervios, aunque no sea el momento adecuado. De un paquete saco una hoja con su marca de agua. Con la pluma en la mano, la idea se convertirá en palabras. Pongo el tocadiscos para que me envuelva la música a través de los auriculares. Me abalanzo sobre la hoja, pero se dobla con gran agilidad y se escurre por debajo de mi mano con un hábil quiebro. Agarro la hoja en el vuelo y la coloco sobre su emplazamiento en la mesa, sobre la que intento expresar la ronda de mi musa.

De la pluma se ha desparramado una gota de tinta. Noto los efectos del aura, se rebela caóticamente con mis creativos deseos, pero no me amilano. Escribo un par de frases. La idea continúa conmigo, aunque se torna esquiva. Una letra mayúscula se levanta de su blanco lecho, corre entre las líneas y permanece en el borde inferior de la hoja. La intento trasladar a su sitio con el plumín y se esconde en el dorso. Una serie de minúsculas gotas secundan el alzamiento. Giro la hoja. Los juguetones caracteres vuelven al dorso o al reverso; ya no me aclaro. Grito. Las letras se asustan, tiritan y regresan a su lugar original.

Examino el borrador. No fluyen palabras, sino líneas que galopan de izquierda a derecha, y yo, imbécil de mí, leo. Descubro carencias y giros que, en un primer momento, no había encontrado. Me froto los ojos. En el fondo, los avatares no deseaban que compusiera nada esta noche. Miro al techo para concentrarme. La musa se escabulle. Mis ojeras regresan a la hoja. La idea se ha fugado con un pensamiento y me han escrito una escueta nota al margen, con sus siniestros planes. Las aspiraciones serán cortas, aquel pensamiento era bastante obsceno y nació de un exabrupto.

Me levanto de la silla. Paseo arriba y abajo. Miro hacia el cuadro. No desisto. La idea retorna al redil y descansa entre las cuatro paredes. Embadurno la hoja con ella. Pero la idea, por efecto del calor, se licua en el cauce de la marca de agua. Como si fuera un río tumultuoso, la tinta desemboca en la gran mar de caos del escritorio y se tamiza a través de la rendija de la mesa. Recojo la hoja, la coloco debajo y se estampa contra el colchón de papel en forma de gran mancha.

Tomo la hoja y sacudo el borrador en el aire. La idea insiste en fugarse. Mi pensamiento, ya domado, engendra más pensamientos y la encierra para siempre, transformada en frases, en lo que es y será su cárcel.

Otro día la pasaré a limpio, con o sin ayuda del ordenador y la colgaré del marco con celo. Como otras veces, encontraré una bola de papel arrugada en el fondo de la papelería. El aura de la casa tiene una peculiar forma de decirme, que no persista en mi actitud: No desea que seduzca a la anterior inquilina y regrese a la vida real. Nunca sabré si le gustan mis versos desesperados.

De repente, el cansancio se me viene encima. No logro mantener los párpados abiertos, me pesan. Bostezo. El sopor me invade al fin y me traslado a la habitación. El pijama huele a sudor y desaliento. Mañana será un día duro, si logro despertarme a tiempo. Cierro la luz, me tapo con la sábana. A los pocos segundos, duermo profundamente. El tiempo pasa. El reloj de pared suena monótono, irreductible. Las saetas corren y se burlan cuando coinciden. La ciudad despierta a un nuevo día.

Suena el teléfono. Con el segundo tono me levanto y descuelgo el auricular.

—Son las cinco de la mañana —me anuncia una voz enlatada.

Cuelgo con una nube en los ojos y la cabeza embotada. Solo he dormido un par de horas. Ni siquiera he soñado. Entrecierro los párpados y convierto la luminosidad de la playa en una sombra. La farola del acantilado se apaga. La mujer me espía con sus ojos oscuros, con los brazos apoyados sobre el tronco de una palmera. La claridad de la playa inunda el comedor. Mi sombra se alarga. No puedo evitarlo, sé qué pasará, pero me giro. La mujer corre, se adentra en el bosque y desaparecerá hasta que anochezca o, quizás, en un par de días. Siempre ha reaccionado así. Apoyo la mano en el marco. El frío amanecer golpea mi cara. Algunas veces pienso en saltar a la playa. Esperaría a la mujer, sentado en la arena o cerca de una hoguera, pero desconozco si existe un camino de retorno. Temo los secretos de las profundidades del bosque.

En el exterior, aún no ha amanecido. Abro las persianas para ventilar el ambiente. La casa permanece en paz, en silencio, sin peleas de ningún tipo. Los vecinos duermen o se preparan para salir; como yo.

Me afeito la cara con parsimonia. Me aclaro la cara con agua fresca. El espejo muestra mi rostro cansado. Tras una ducha fría, me visto con mi mejor traje, con prisas. La voracidad del tiempo me atosiga.

Contemplo la imagen del marco. Me guiña un ojo y parpadea suavemente, como si fuera el aleteo de una mariposa. Tras cerrar la puerta de mi casa, en mi pensamiento, empieza mi particular pelea: Dibujar unos labios para que sonría, pero solo temo una cosa: que comience a hablar y nos unamos a los vecinos, en esta particular torre de Babel, con alguna eterna discusión.

Salgo disparado. Bajo los escalones de dos en dos, arañó los cantos de la maleta con las paredes. Antes de que la idea tome forma, la arrincono en el olvido con todas mis fuerzas. Soy parco en palabras, un mal vendedor y prefiero vivir como un romántico platónico.

Camino por el portal. Una carta se desliza del buzón abollado y cae al suelo. No es publicidad. El ayuntamiento me avisa con antelación: el derribo del edificio se demora otros treinta días. Ni siquiera me acordaba por las prisas, pero no se puede estar en todo. Creo que ya sé quién es el culpable de este tercer retraso consecutivo. Aprieto las asas con fuerza y resoplo. Solo espero superar la entrevista y que me contraten, aunque solo sea un par de meses. Podré recuperarme del estrés, sin que me acose el extraño aura del apartamento.

Doy grandes zancadas por la acera hasta la parada de autobús. La ciudad se pone en movimiento, como si fuera una sinfonía en la que la mayoría de instrumentos desafina. Necesito fichar en la oficina, llenar la maleta con algún muestrario e iniciar el trance del nuevo día: mi otra insostenible rutina. Después, ya veré si logro atrapar la suerte que busco desde hace meses.

Necesito un cambio.

Francotiradora

Morales, Álvaro

Vilma levantó la cabeza durante tan sólo un segundo por sobre la cornisa y examinó la encrucijada. Puso el rifle en el borde aún antes de asomarse. Llegado el momento, no caía en cuestiones místicas, no calculaba el viento, ni tenía idea de las distancias ni las proporciones, tan sólo empleaba algo instintivo, algo que siempre había ignorado pero que de forma inesperada se había despertado en el momento justo. Volvió a levantarse, puso el ojo en la mira y un instante después una bala atravesó la cabeza del más cercano. Esperó a que se desarrollara el movimiento detrás de los autos tumbados en la esquina. El eco reverberó en las cuatro direcciones. Hacía tiempo que el contenido de los tanques de gasolina había sido saqueado. Por lo que cambiar disparo por explosión, táctica que le había servido en ocasiones anteriores, no era una opción. Se arrastró los seis metros hasta la esquina del edificio, se levantó un segundo, y volvió a intentar la difícil tarea de espiar detrás de la esquina en un instante. Grababa la fugaz imagen en su memoria y luego le brindaba el movimiento previsible. Pero tampoco era algo que hiciera en forma premeditada, tan sólo se desenvolvía de una manera pragmática y lógica.

Los que esperaban detrás de los autos volcados se estaban moviendo, pero no sabía cómo. Bien podrían ser tres, y uno estar dando la vuelta a la manzana. Podrían estar buscando al resto de un grupo más grande. Pero como fuera, tendría que salir rápido de ese techo.

Se arrastró boca abajo junto a los ductos de la ventilación. Pegó el oído al piso y escuchó. Podría ser así o no, pero creía que era capaz de escuchar el retumbar del cemento si alguien subía corriendo por las escaleras del edificio vacío. Allí arriba nada se escuchaba. Hacía mucho que las aves habían abandonado lo que quedaba de las ciudades, casi desde el mismo tiempo que el último avión había dejado de volar. El calendario marcaba que dos días atrás había comenzado el invierno, y el aire gris y plomizo se acumulaba sobre la ciudad como un manto de ceniza. Nada se movía en el vacío y denso espacio entre los edificios.

Se extrañó del silencio. El disparo había sido certero; no había sido un torpe cadáver que se le había logrado acercar tanto como para masticarle la yugular, había sido un eco de muerte. Tan inesperado, que con seguridad aún no podrían saber de dónde había venido. A eso se debía el silencio.

Se arrodilló decidida. Con suerte podría dar un rodeo por Yaguarón ahora que la marea estaba baja y que la tormenta de dos noches atrás había barrido los cadáveres de los caserones semi sumergidos. Pero fuera como fuera no abandonaría esa esquina de Yi. Podría haber esperado algo más de tiempo que el grupo siguiera su paso y liberara la esquina, pero su paciencia ya no era la de otros tiempos.

Se aferró al ducto de diez metros hacia el suelo y descendió con agilidad.

Avanzó con recelo por el corredor entre edificios. Allí adelante, a diez metros, un enorme plátano caído había destrozado las rejas del complejo. Se pegó a la pared, siguió avanzando pero a la espera. Entonces otro hombre se asomó a la entrada del corredor.

Levantó la vista, y por la mirada, ella notó que no la esperaba ahí. Le disparó dos veces en el pecho. Giró sobre sí misma y comenzó a correr en la dirección contraria. Se arrojó detrás de una pila de escombros, justo a tiempo para escuchar los pasos a la entrada del corredor. Eran dos más. Habían obrado con imprudencia y por eso ya no eran cuatro. Ahora volvían a hacerlo, y avanzaban por el estrecho pasaje como dos cowboys a la salida de un bar. Si ella se hubiera quedado quieta, sólo quedaría uno de ellos. Pero Vilma se había vuelto más precavida, sobre todo desde que un disparo perdido la había dejado renga de la pierna derecha.

Disparó hacia la altura de los edificios y corrió en la otra dirección. Los dos hombres demoraron en responder. Ella alcanzó la salida a Soriano y varios disparos impactaron en los edificios de enfrente. Siguió corriendo hacia la esquina, en la suposición de que esos dos no podían obrar otra vez con una imprudencia suicida y girar la salida del corredor antes de que ella llegara a la esquina. Deberían de pensar que se había acomodado en una posición ventajosa para llevarse a uno más. Huía, sólo ante la suposición de que podría alcanzar su objetivo sin necesidad de matarlos a todos. Si llegaba a la esquina sin ser vista, con seguridad podría perderlos. Ellos podían razonar que había continuado bajando hacia el sur, hacia los caserones que como retorcidos arrecifes se levantaban sobre el mar que se burlaba de esos versos tristes que el tiempo ha sabido versionar: "La calle Durazno, nació a la intemperie; hoy descansa tres metros debajo, cercana la muerte". Eso era lo más lógico que un rejuntador solitario podía hacer: perderse en ese caserío que como una Venecia en ruinas se alzaba sobre la espuma del nuevo río; segundos y terceros pisos de la vieja ciudad, comunicados por una verdadera red de puentes hechos de tablones y andamios atados con alambres, donde el nuevo mar siempre parecía tan calmo como un estanque, como si lamer el cemento de las calles debajo lo sosegara.

Cosas como esas la llenaban de nostalgia. Podía entender que alguien de veinte años hablara de la isla Ciudad Vieja, o la Isla del Cerro, o la Bahía del Legislativo, desde cuyas ventanas bien podrían unos pescadores tantear suerte en las aguas de la nueva bahía. Pero alguien como ella, de treinta y pocos, que había conocido la ciudad antes del caos, no podía evitar ver en cada nuevo lugar la imagen borrosa del pasado atravesando el confuso repertorio de los recuerdos.

De modo que alcanzó la esquina y la dobló. Allí enfrente estaba el cine porno, whiskería o lo que fuera. Se frenó, miró con atención la fachada y la cruzó con recelo. Hacía un tiempo algunos rejuntadores se había agrupado en su interior. Les había ido al principio bastante bien. Luego, casi de una forma natural, cuando los alimentos comenzaron a escasear o lo que encontraban ya estaba podrido, les había ocurrido lo mismo que a muchas otras comunidades. Vilma lo había visto por doquier. Algunos de sus integrantes habían intentado fundamentar ciertas lógicas antropofágicas. Hoy en día, de eso no quedaba nada, pero a Vilma le traía malos presentimientos. Como la iglesia, o el templo sobre la avenida. Los pastores se habían encerrado dentro cuando se desató lo más crudo del virus. Por supuesto muchos de ellos ya estaban infectados. Meses después se podía escuchar los golpeteos desde el interior de las enormes puertas de vidrio que hacía mucho habían dejado de ser transparentes. Lo cual demostraba, desde su perspectiva, una realidad monstruosa: esos desgraciados habían pasado todo este tiempo alimentándose de ellos mismos.

Vilma pensaba que las proporciones se mantienen mucho tiempo, aun cuando sólo son extrapolaciones de datos que ya no existen. Así, en un mundo ahora despoblado, la

proporción de imbéciles era la misma de siempre. De esta forma, en líneas generales, entre la población a los infectados se los llamaba zombis. Ella, en un paso intermedio los llamaba cadáveres, aun sabiendo que no lo eran, y que en realidad estaban peligrosamente vivos.

Recordaba a los cadáveres golpeando desde dentro las puertas del templo, procurando salir para alimentarse. Pero ese no constituía el principal de sus problemas. Ya no se preocupaba de los cadáveres: tenían un ritmo lento debido a la infección que los castigaba. El virus consumía con rapidez sus valores energéticos. El ansia asesina y caníbal era la respuesta a una inusitada exigencia proteica, algo que la ciencia del mundo anterior hubiera podido explicar a la perfección. Lo que a Vilma le preocupaban eran los vivos, como esos dos de ahí atrás, que bien podrían aun esperar en la salida del pasaje víctimas de la misma vacilación que demostraron en la esquina anterior cuando asesinó al primero, o podrían estar justo detrás de ella desafiando la paciencia de Dios, o también podrían haberse dado cuenta de la estratagema y retomado sus pasos por el pasaje y ahora estar parapetados y esperándola. Por eso, antes de llegar a la esquina se frenó. Miró hacia atrás, ajustó la mira del rifle y apuntó hacia el chaperío del destrozado frente de una tienda de comidas rápidas en la esquina anterior. Esperó unos segundos. Estaba segura que podía continuar sin tener que matar a más nadie, pero quería asegurarse de que aunque fuera uno de ellos la estuviera siguiendo. Manteniendo ese ritmo de rotación, siempre estarían ellos en una situación más vulnerable. Y aunque sospechaba que esos cuatro muchachos podían ser los mismos que hacía una semana habían saqueado una armería que ella y los suyos codiciaban, y que podía matarlos y seguir sus pasos hacia las preciadas municiones, quedaba un oscuro resto de una especie de espíritu idealista que una vez había creído tener. No había querido enfrentarse a cuatro ladrones; dos parecía mucho más justo. También en un mundo hecho mierda, una vida es una vida.

Al fin y al cabo nadie había sabido nada del fin del virus, con sus olas de cadáveres hambrientos. Sólo los inmunes habían sobrevivido. Pero no se sabía por qué. Y el hijo de un inmune no siempre lo heredaba. Entonces una vez más, como otras tantas olvidadas ocasiones en la historia, cualquier vida se volvía importante.

Luego del virus, como de la nada, el mar había comenzado a crecer. Primero las olas subían el murallón de la rambla; al año siguiente la calzada podía verse en bote, tres metros bajo el mar. Esa crecida había sido paulatina, pero no había implicado fenómenos climáticos excepcionales. Muy por el contrario, fue durante un verano seco y caluroso que el mar se llevó la rambla para siempre. Las noticias, como los aviones, ya no circulaban por el mundo. Los rumores, que son otra cosa, decían que en el norte habían usado armas que habían terminado de ofender a la naturaleza, y que eso había hecho que todo el hielo de los polos se derritiera en el correr de un año.

Vilma se había vuelto muy cuidadosa. Cuando vio al primer hombre asomarse, examinó la subida de la calle y más allá la fachada de lo que había sido un hotel de lujo. Los arcos de la escalera de mármol estaban todos derruidos, pero uno de ellos permitía a alguien allí oculto un pequeño espacio de visión, muy bueno para colocar un rifle. Ella lo sabía, era uno de sus principales puntos de emboscada. Si bien le incomodaba la desértica plaza de la explanada de la Intendencia a una cuadra a sus espaldas, como un descampado yermo y oscuro donde hacía un tiempo quemaban los cuerpos de los infectados, podría allí esperar a los dos caballeros que con necedad la seguían y dejar que se acercaran tanto como para escuchar sus voces antes de matarlos.

Pero giró hacia la izquierda en la esquina y siguió avanzando a buen ritmo. Casi completando la vuelta a la manzana, veía ahí adelante los autos volteados. Sabía por experiencia que al otro lado de la esquina había una ambulancia también dada vuelta. Pasó por encima del cuerpo del reventador al que había disparado desde el techo y cruzó por el medio de la calle con el rifle armado. Se detuvo antes de llegar al auto. Sentía un viento que le acariciaba la nuca: si los dos hombres se apuraban, desconociendo una posible emboscada, podría estar en peligro en cualquier momento.

Sabía que había algo inusual detrás del segundo auto. Se asomó con lentitud hasta que lo vio. Otro hombre estaba recostado contra la carrocería. Cuando la vio levantó las manos y soltó lo que podía ser un arma, que hizo un ruido metálico al chocar con la chatarra a su alrededor. Ella le apuntaba al pecho con el rifle. Se había acostumbrado, o sea entrenado, en disparar con precisión a la cabeza, por el tema de eliminar infectados. Pero para un hombre sano igual valdría un disparo en el pecho. Lo observó de arriba abajo. Llevaba la barba larga y poblada y el aspecto general desalineado de los que se habían aislado en la zona rural, más allá de la franja de desborde de los arroyos, que había quedado arruinada por el reflote de los fosfatos de medio siglo de agricultura intensiva, y fundado varias nuevas Repúblicas, disparándole a todo aquél que se asomara por la carretera. Era visible que su pierna derecha estaba quebrada. Tenía ambas manos manchadas de sangre seca.

—¿Cuántos son? —preguntó ella y su voz salió distorsionada por el pañuelo que le cubría casi toda la cara.

—Cinco —respondió el hombre—. Hasta aquí.

—¿Qué buscan?

—Lo mismo que vos. Suministros. Lo que sea.

—Yo no busco suministros. Busco algo mucho más valioso.

—¿Más valioso?

—Ya no son cinco; son tres. Tus dos amigos, ¿son tan estúpidos como para seguirme hasta que decida matarlos?

El hombre la miró confundido.

—¿Qué tan desesperados están?

—Bastante. Nos falta comida. Hicimos lo que pudimos para llegar hasta aquí.

—¿Ustedes saquearon la farmacia la semana pasada?

—Necesitábamos medicamentos —Y señaló la pierna herida.

—Y la armería de San José.

—¿Cómo sabes esas cosas?

—Porque vienen del campo. Están regalados hace rato. Tuvieron suerte, pero son descuidados. Se robaron varias armas de las que no llevaron munición. Ignoraron la colección privada del dueño, del otro lado de la pared falsa forrada de terciopelo.

Luego, en vez de volverse para su comunidad, siguieron acá en el Centro. La ciudad fue saqueada hace tiempo. El alimento que pueda quedar en depósitos ya se tuvo que haber perdido. El mar ha comenzado a dar pescado de nuevo. Pero están muy lejos del mar, las cuatro cuadras más largas de la historia. A esta altura de la ciudad, van a morir varias veces antes de llegar al mar.

Volvió unos pasos hacia atrás y miró calle abajo.

—Fueron más prudentes esta vez. Tal vez crean que me parapeté en la fachada del hotel —dijo y le pasó por el lado.

—¿Qué estás buscando?

—Yo busco algo en esa tienda —dijo y señaló calle arriba—. Es muy importante para mí, de modo que podrías convencer a tus amigos para que te carguen fuera de la calle. Si cuando salgo están todos en la esquina, los mataré uno por uno. Si siguen hacia el sur, alguien más, de un modo similar los matará. Aunque parezca contradictorio lo más seguro son las grandes avenidas. Parece que la muerte evita los lugares donde han sucedido las peores matanzas. Incluso otra buena ruta es seguir las viejas vías del tren, si las encuentran del otro lado del agua.

Subió la vereda y se perdió detrás de los restos de la ambulancia volcada.

El hombre se retorció de dolor.

Calle abajo se escucharon las voces de los que venían. El hombre junto al auto se esforzó y se arrastró entre la chatarra en su dirección. Estaba lastimado de seriedad, pero exploraba los efectos asombrosos de la adrenalina.

—¡Esteban, Esteban! —Gritó calle abajo.

—¿Está todo bien? —Le respondieron desde detrás de una volqueta llena de agujeros.

—Rápido, rápido, sáquenme de acá —dijo excitado.

Los dos hombres demoraron en asomarse. Era evidente que esperaban que les volaran la cabeza en cualquier momento.

Vilma apartó el mueble que cubría la entrada de la tienda. Ella misma lo había puesto para proteger el objeto preciado que tantas veces había visto y al que estaba a punto de llegar.

Siempre presurosa, innumerables veces había observado desde el otro lado de las vitrinas, pero nunca había podido detenerse. Ahora llevaba a cabo la última etapa de un plan durante mucho tiempo orquestado que implicaba a la esquina entera. Hasta había previsto la posibilidad de encontrar resistencia, por lo que el encuentro con los rejuntadores no la había sorprendido. Su plan implicaba retorcidas posibilidades. A esa altura de la ciudad, las azoteas y los árboles caídos, así como lo contrario, o sea los que habían crecido sin control, constituían una nueva red de caminos, una que ella conocía a la perfección.

—Es una loca. Nos disparó por las dudas. Cárguenme y sáquenme de aquí.

Los otros dos lo miraron indecisos.

Vilma tomó la caja en sus manos y durante un segundo dudó en abrirla y admirar su carmesí contenido, pero se detuvo. Había aprendido a evaluar siempre las situaciones de riesgo sin apelar a la emotividad. Un segundo era muy valioso en su situación. Guardó la caja en el bolso que llevaba en la espalda y empuñó una vez más el rifle. Ya tendría tiempo de admirárselos puestos, combinados con el vestido rojo y los accesorios de diamantes.

—No me entienden —dijo exaltado—. Nos va a matar si nos encuentra acá afuera. Llévenme hasta la plaza. Dijo que la avenida era segura.

—¿Era una sola persona? ¿Y era una mujer?

—Sí, idiota. Pero lleva un rifle de francotirador y un cinturón de balas en la cintura. Se metió en el cambio o en la zapatería. Nos tenemos que ir antes de que salga.

Y entonces Vilma salió a la vereda.

...Y Dios en la última estrella

Fernández, Joan Antoni

Comunicación Interna Nivel Código Rojo.

De la Comandancia Fronteriza en el Sector Exterior Cuarenta y Siete.

Al Excelso Almirantazgo de la Flota Estelar en la Base Central.

Se adjunta transcripción fidedigna del mensaje cifrado que el carguero espacial "Enriqueta" encontró cerca del cuadrante Omega dentro de una baliza de salvamento a la deriva. Dicho mensaje parece haber sido codificado por el comisario político de la astronave "S.S. Expoliación", número de serie KJ894078PW, la cual actualmente figura en la lista de navíos desaparecidos. A requerimiento del propio Almirantazgo se remite una copia de la transcripción al Servicio de Inteligencia de la Flota Estelar para su estudio pormenorizado, a fin de corroborar la autenticidad del mismo. Si el informe de la comisión resulta favorable, deberemos aceptar como verídico el relato de lo que al parecer fue el último viaje de la astronave perdida, así como el sorprendente primer contacto establecido entre sus tripulantes y una extraña entidad desconocida, debiendo asumir las trágicas consecuencias que de todo ello se derivan.

El Cuanto guarde a nuestro glorioso III Gran Imperio hasta que se extinga la última partícula de Luz en el rincón más alejado del Universo. Que el Gran Primate Evolucionado, sentado sobre el Trono de la Creación, así lo vea. Gloria por siempre a la Raza Homínida, única reina y heredera de la Existencia Racional en el Cosmos.

Perdonad mi seco saludo, oh grandes y heroicos Almirantes de nuestra Gloriosa Flota Estelar, pero ni tan siquiera estoy seguro de que este mensaje pueda llegar hasta vosotros y el tiempo apremia. He magnetizado una fina película de vibranium y estoy grabando en su superficie mi voz digitalizada gracias a la electricidad que aún posee la batería de una vieja consola inservible. Ruego al Cuanto que me permita acabar el mensaje y que éste llegue sano y salvo hasta vosotros. Lo que tengo que decir es sumamente importante, pues el Imperio ha de estar preparado para afrontar el peligro que le acecha o toda la Civilización tal y como nos es conocida puede llegar a desaparecer por completo.

Mi nombre, oh modélicos próceres de la Gloriosa Flota Estelar, es Janus Argote. Hijo y nieto de funcionarios, acabé mis estudios en la Escuela Oficial del Ministerio de Control Ideológico con el número treinta y siete en la Promoción del doceavo año de gloria para el III Gran Imperio. Debido a unas notas poco brillantes, mi primera asignación de destino fue en la misma frontera del Imperio, ocupando el cargo de comisario político en la astronave de vigilancia "S.S. Expoliación". Mis órdenes consistían en suplir la vacante dejada por el infortunado compañero Milus Pastrana. Dicho funcionario había fallecido de forma accidental días atrás, cuando una escotilla

de seguridad se abrió de forma fortuita mientras él deambulaba por un pasillo milagrosamente desierto, siendo succionado hacia el espacio sin traje presurizado. Su cadáver congelado fue hallado por un carguero días más tarde, y no obstante presentar ligeros signos de violencia como el cráneo fracturado y varias quemaduras en diferentes partes de su cuerpo, la conclusión oficial de los forenses fue de muerte accidental, siendo yo asignado para cubrir la plaza vacante.

Embarqué en la "*S.S. Expoliación*" a su paso por el planeta Antrax, aprovechando una escala técnica que realizó la astronave para proveerse de víveres y combustible, cubriendo de paso las abundantes bajas que había sufrido su mermada tripulación. La mayoría de los marineros que subieron conmigo a bordo eran tipos duros y experimentados, veteranos de diversas guerras y proscritos en sus propios mundos, los cuales habían aceptado el Gracioso Indulto Imperial, prefiriendo dedicar por entero sus vidas al servicio de la Gloriosa Flota Estelar en lugar de ser instalados en recintos de alta seguridad para extraer del duro suelo algún mineral radiactivo hasta el fin de sus días, todo ello para mayor gloria de nuestro Gran Imperio.

Siguiendo las normas establecidas por el Reglamento Imperial mi primer acto a bordo de la nave fue presentar las credenciales ante el capitán de la misma, el glorioso Arturo Drinkwater, un oficial de gran veteranía quien ya había comandado con anterioridad diecisiete navíos interestelares, saliendo siempre ileso a la destrucción de los mismos, cosa que no podía decirse de sus respectivas tripulaciones. Se trataba de un hombre alto y fornido, más bien fofo, de ojos acuosos y porte imponente, quien me saludó con familiaridad y me presentó al resto de los oficiales.

Su segundo a bordo era el comandante Toimu Riko, enorme y peludo como un orangután, quien tenía la desconcertante costumbre de sonreír con sarcasmo ante cualquier comentario del resto del puente como si lo encontrara todo muy divertido. Tras de él se hallaba la Jefe de Seguridad teniente Penny Cilina, una pequeña mujer rubia de ojos oblicuos, grandes pechos y respiración acelerada cuyo origen era sintezoide, raza artificial de homínidos que nuestro amado Emperador tolera en su infinita Bondad, hasta el punto de que existen en una relación de siete a uno respecto a los demás habitantes del Imperio.

El resto del puente de mando estaba conformado por el teniente Modem, el experto en comunicaciones. Se trataba de un ciborg medio humano y medio máquina, aunque nadie podía distinguir una mitad de la otra debido a la infinidad de cables que le colgaban por todas partes, rodeándole cual montón de serpentinas multicolores. Luego teníamos a la teniente L'Adilla, una morena alta de ojos verdes quien se contorneaba sin cesar y que por algún motivo incomprensible lucía un vestido un par de tallas más pequeño, el cual daba la sensación de irle a estallar en cualquier momento para dejar a la vista buena parte de su seductora anatomía. Jamás comprendí cuál era el alcance de su misión a bordo, aunque el capitán insistía en que su cometido resultaba vital para levantar la moral de la oficialidad. Tan sólo la teniente Cilina parecía sentir cierta animadversión hacia ella, pero todo dentro de un cauce normal. Al parecer el continuo enfrentamiento entre L'Adilla y Penny Cilina era un asunto muy antiguo y conocido por todos.

En fin, estos eran mis nuevos camaradas, un grupo muy unido de duros y curtidos veteranos. A pesar de que todos ellos sabían guardar un estoico silencio ante las preguntas que yo les hacía sobre mi antecesor, comprendí que en su fuero interno

mantenían vivo un retazo de memoria donde veneraban con cariño y respeto al compañero fallecido.

Los siguientes días a mi llegada fueron intensos y yo aprendí a orientarme y deambular por la nave, sorprendiéndome el hecho de que nunca parecía haber nadie junto a mí cuando pasaba por ciertas zonas con esclusas que conectaban los diferentes sectores con el exterior. Sólo una vez coincidí con un viejo marinero, quien estaba arreglando el sistema de ventilación. El pobre tipo se pasó todo el rato recitando oraciones en voz baja y nada más verme se caló el traje presurizado aunque semejante medida era innecesaria dentro de la atmósfera estanca de la nave.

Nuestra misión consistía en patrullar el borde exterior del sector Cuarenta y Siete, cerca del desconocido cuadrante Omega, donde estaban situadas las fronteras del III Gran Imperio. Los informes oficiales hacían referencia a ciertas actividades de contrabando realizadas por presuntas naves piratas, las cuales saqueaban a los cargueros imperiales de la zona, robando el género de sus bodegas para venderlo después por su cuenta y riesgo a los planetas más alejados, produciendo una merma considerable en las arcas del Imperio.

Precisamente los acontecimientos que desembocaron en lo que sería la gran tragedia que amenaza a todo el Imperio comenzaron a fraguarse cuando al tercer día de navegación el teniente Modem informó que el escáner había detectado en rumbo de intersección a una nave pirata. En efecto, no tardamos en descubrir que teníamos frente a nosotros un pequeño navío sublumínico propulsado por hidrógeno, el cual viajaba sin bandera y se negaba a contestar nuestras señales de aviso.

—¡Armen los fototorpedos! —rugió el capitán Drinkwater sentándose en el sillón de mando.

En aquel momento la nave pirata giró bruscamente de dirección y huyó del sector con todos sus motores encendidos, tratando inútilmente de alejarse del radio de acción de nuestras armas. El capitán rió por lo bajo, siendo imitado por los otros oficiales del puente. La emoción de la caza se había apoderado de todos ellos y yo pude contemplar extasiado la perfecta sincronización que, tras duras clases de adiestramiento en la Gran Flota Estelar, había transformado a aquellos hombres en parte de la Armada más poderosa del Universo.

—¡Fuego a discreción! —gritó Drinkwater—. ¡Destrocemos a ese viejo cascarón!

Al instante una nube de torpedos fotónicos fue vomitada por las toberas delanteras, alcanzando de lleno al desvalido enemigo. A través de la pantalla principal asistimos al desmembramiento de la nave, la cual se partió en pedazos bajo los fuertes impactos en su blindaje. Varios fogonazos breves, apagados por el vacío del espacio, nos hicieron comprender que los motores de impulsión habían estallado, destruyendo aquella carcasa como si fuera de mantequilla.

—¡Victoria! —aclamó el comandante Riko mientras los demás lanzaban vítores de alegría—. Le felicito, capitán; ha derrotado usted a su enemigo número veinte.

—¡Oh, no ha sido nada! —Drinkwater se mostró como el capitán flemático que era y le restó importancia a su heroicidad—. Preparen el equipo de rescate.

—¿Cree usted que habrá supervivientes? —le pregunté dubitativo.

—Me refiero a la carga —el capitán me miró como si me viera por primera vez e intercambió una mirada de complicidad con su segundo—. Nuestro deber nos obliga a recuperar la mercancía robada, ¿no es cierto?

—Desde luego, capitán —me apresuré a reconocer sintiéndome admirado ante las grandes dotes de aquel hombre—. El Imperio todavía puede aprovechar ese cargamento y venderlo de nuevo a buen precio entre los planetas necesitados.

—Claro, claro —contestó Drinkwater sin prestarme atención.

Bajo las oportunas órdenes de Riko no tardó en ser enviado un grupo de rescate, compuesto por ocho marineros ataviados con trajes espaciales y autopropulsados por hidrógeno a presión. Los miembros del equipo se internaron con soltura por entre el amasijo retorcido de la nave pirata, apartando escombros y cadáveres, hasta recuperar toda la carga intacta que hallaron a la deriva. Una vez separados los bultos en buenas condiciones, magnetizaron sus blindajes, uniéndolos entre sí hasta conformar un largo tren de mercancías que condujeron hasta introducirlo en una de las bodegas de nuestra propia nave. En el interior del hangar un grupo de expertos examinaba su contenido, separando las partes inservibles de las aprovechables. Todo este trabajo se realizó en un tiempo récord y, en menos de un par de horas, abandonábamos el sector dejando tras de nosotros un montón inservible de chatarra y una veintena de cuerpos flotando en el espacio.

—Quien desafía al Imperio perecerá —murmuré a modo de plática.

Los demás no dijeron nada, pero sorprendí cierto intercambio de miradas que me confirmó la aprobación general hacia semejante sentencia.

—Capitán —dije—, hemos de volver a Antrax para hacer entrega del género capturado.

—Bueno, bueno, no nos precipitemos —Drinkwater me miró carraspeando con nerviosismo—. Amigo... esto... amigo...

—Janus —apuntó Riko en voz baja.

—Sí, Janus. Amigo Janus, ¿cuántos óbolos puede ganar en un año, a grosso modo, como comisario político del Imperio?

—¿Eh? —me sobresalté—. Pues depende. Unos mil seiscientos cincuenta, diría yo.

—No es mucho.

—No, no lo es —convine yo con cierta vergüenza—. Aunque si sumamos las dietas y los quinquenios...

—¡A la mierda los quinquenios! —rugió el capitán—. Es una miseria, igual que mi propio sueldo, no hay derecho a que nos paguen tan poco. Nosotros nos jugamos la vida en cada misión, ya lo ha visto usted, y como premio nos arrojan unas simples migajas para ir malviviendo. Claro que, en semejante situación, resulta lícito apropiarse de ciertas... eh... prebendas. Una especie de sobresueldo, ya me entiende usted.

—Yo...

—Es como recibir una prima por cumplir el objetivo. Imagínese usted que nosotros no hubiéramos estado patrullando el sector, ¿qué habría pasado?

—Pues...

—Yo se lo diré: esos piratas que hemos abatido habrían transportado todo el género sin problemas, vendiéndolo al mejor postor y logrando que el Imperio perdiera una buena fuente de ingresos. Pero ahora, en algún lugar de la zona, hay un planeta que no recibirá la mercancía requisada y tendrá que volver a comprar por los conductos oficiales, pagando los impuestos correspondientes a las arcas imperiales. Dígame usted entonces si no nos hemos merecido un pequeño premio por nuestra labor.

—Sí, desde luego...

—¿Lo ve, amigo? Por eso lo mejor que podemos hacer es quedarnos nosotros el género incautado y venderlo en algún planeta, repartiendo las ganancias. Sería una modesta gratificación por nuestro sacrificio, un premio a nuestra profesionalidad.

—Pero se trata de mercancía robada —objeté yo.

—¡Ya no, pues la hemos recuperado! —el capitán sonrió feliz—. Es un género que no tiene dueño. Nadie lo reclama y nosotros lo hemos rescatado del espacio, por lo tanto nos pertenece. ¿Verdad, tripulación?

Todos asintieron con grandes aspavientos, aumentando mi confusión.

—Mire, amigo Comosellame —Drinkwater se acercó meloso hasta mí—, a nadie le amarga un dulce. En el próximo astropuerto venderemos estas cuatro cosas que hemos rescatado y repartiremos las ganancias a partes iguales. ¿Qué le parece?

—No sé, capitán —yo moví la cabeza con pesar, sintiendo que me asaltaban las dudas—. Tengo que pensarlo, no acabo de verlo correcto. Sería defraudar a las arcas del Imperio.

—¡La madre que le parió! —el capitán lanzó un exabrupto mientras me taladraba con la mirada—. Es usted tan cerril como lo era el otro. Bueno, acabemos el asunto de una vez, será mejor que vaya usted ahora mismo a la bodega y clasifique toda la carga, evitando que falte algo.

—Lo haré más tarde —asentí complacido—. Veo que sólo se trataba de una broma, lo cual me tranquiliza. Ya sabía yo que ustedes no podían robar al Imperio.

—No —insistió el capitán con nerviosismo—, le ordeno que vaya usted en el acto. Quiero que clasifique todo el género enseguida, pues el tiempo apremia. Lo mejor será que utilice el conducto lateral y atravesie la parte dorsal de la nave, así llegará al hangar con mayor rapidez y se evitará una buena vuelta.

—No hace falta —contesté feliz ante los desvelos de mi superior—, puedo ir por el interior de la nave, no me llevará demasiado tiempo abrir y cerrar esclusas.

—¡He dicho que utilice el conducto lateral! —Drinkwater se puso rojo como la grana—. ¡No discuta usted conmigo, es una orden! Y no pierda el tiempo poniéndose un traje presurizado, no es necesario dentro de la nave.

—Gracias por el consejo, capitán, aunque ya lo sabía. De acuerdo, iré ahora mismo.

Sin mediar ningún comentario más, saludé militarmente y salí de la sala. Todas las miradas estaban clavadas en mí y por primera vez me sentí importante, una parte más del grupo. De alguna forma noté que todos estaban pendientes de mi persona. Comprendí que en tan corto tiempo yo había logrado conectar con ellos, situándome en su consideración al mismo nivel que mi infortunado antecesor, llenando sin duda el vacío dejado por su triste desaparición.

Con el corazón henchido de entusiasmo al sentirme aceptado por el resto del grupo, abrí la esclusa número ocho y penetré en uno de los conductos laterales de la nave. ¡Qué curiosa ironía! El lugar donde había encontrado la muerte mi desdichado predecesor iba a servir como punto de partida para que yo estrechara las relaciones con la tripulación. Sintiéndome cohibido, avancé a través del largo conducto bajo la mortecina luz filtrada por los paneles translúcidos. El pasillo se abría ante mí largo y solitario, así que aceleré el paso.

De súbito, y sin motivo aparente, una extraña opresión se apoderó de mi ánimo. Fue inútil repetirme a mí mismo que era del todo imposible un segundo accidente como el que le costara la vida al infortunado Milus Pastrana, algo en mi interior se agitaba llenándome de inquietud y desespero. Entonces, sin poderlo evitar, eché a correr por el pasadizo tratando de salir de aquel lugar lo antes posible.

La penumbra que reinaba en el angosto pasadizo danzó ante mis ojos mientras un eco de sonidos metálicos reverberó en el aire con intensidad. ¡Alguien estaba avanzando apresuradamente en mi dirección! Contuve el aliento mientras me detenía presa de pánico. Todo aquel asunto comenzaba a darme muy mala espina.

De repente apareció ante mí la figura de un hombre enfundado en un traje espacial quien se acercaba casi a la carrera arrastrando tras de sí un equipo completo de astronauta.

—"*¡Comisario, comisario!* —la voz del marinero llegó hasta mí deformada por el casco que le tapaba la cara—. *¡Rápido, póngase el traje presurizado antes de que abran la compuerta! ¡El capitán ha ordenado que todos abandonemos este sector y no tardará en intentar eliminarle!*"

Aunque todo aquello me parecía irreal, opté por obedecer a mi presunto salvador y me vestí con rapidez, colocándome el casco y conectando la reserva autónoma de oxígeno. Una vez revisados todos los cierres de mi indumentaria, suspiré aliviado y me volví hacia el desconocido para observarle con atención. Se trataba de un individuo de baja estatura embutido en un traje en exceso holgado para él, quien me miraba con expresión beatífica a través de su visor.

—¿Quién eres? —le pregunté por el intercomunicador de mi casco.

—"*Mi nombre carece de importancia* —contestó él en tono modesto—. *Soy un simple siervo de Dios que no puede permanecer impasible ante un asesinato.*"

—¿Un siervo de Dios? —exclamé sintiéndome horrorizado ante las implicaciones de aquella confesión. ¡Tenía ante mí a un *creyente*, un paria del Imperio! Hacía varias décadas que las prácticas religiosas habían sido rigurosamente prohibidas, como bien

establecía la última enmienda a la Ley Imperial de la Excelsa Lógica Cuántica en su Sección Quinta, Párrafo C Punto Tres, entrada en vigor tras su publicación en el Boletín Oficial del Imperio en el noveno año del III Gran Imperio Homínido.

—"*Sí, soy un creyente* —el hombrecillo asintió con la cabeza mientras yo observaba sus febriles ojos echar chispas dentro del casco—. *Sé que estoy poniendo en peligro mi propia libertad al confesar semejante hecho ante usted, pero la religión que profeso me prohíbe permanecer impasible mientras el resto de la tripulación intenta asesinarle.*"

—¿Y por qué iban a querer asesinarme? Soy un comisario político, el representante imperial a bordo de esta nave, por lo que un posible atentado contra mi persona sería considerado como un delito de traición hacia el propio Imperio. Nadie en sus cabales osaría hacer algo semejante.

—"*Perdone que se lo diga, pero aquí el único que no está en sus cabales es usted* —mi compañero habló de forma apresurada—. *Por desgracia la eliminación de comisarios políticos es una práctica habitual dentro de la flota, por semejante motivo el Imperio suele enviar funcionarios fieles pero poco capacitados para cubrir las plazas. Su predecesor, según me han explicado, fue golpeado y arrojado al vacío cuando se negó a transigir sobre el reparto de cierta mercancía confiscada a un carguero imperial. Y usted acaba de cometer el mismo error, por eso el capitán le ha ordenado desplazarse a la bodega por este conducto, para poder eliminarle con rapidez fingiendo un nuevo accidente.*"

Me disponía a replicar aquella sarta de insensateces cuando un ruido repentino nos sobresaltó a ambos. Tardé un instante en comprender lo que estaba sucediendo y sólo lo asimilé cuando una brusca sacudida nos zarandeó con violencia a los dos. Un súbito vendaval nos arrastró a través del estrecho corredor haciendo que nuestros cuerpos golpearan contra las paredes. No había la menor duda: una de las esclusas de seguridad había sido abierta y todo el aire que circulaba por el conducto salía con fuerza hacia el exterior de la nave, igual que el gas descorchado de una botella de champán.

En un instante me sentí succionado por el boquete abierto en la carcasa del navío y me encontré flotando en las inmensidades del espacio. Por fortuna el traje aislante me protegía contra aquel súbito cambio de presión y temperatura, permitiéndome a un tiempo seguir respirando. No obstante, mi propio miedo hizo que boqueara con dificultad, ahogándome mientras el visor de mi casco se empañaba por el vaho. ¡No podía creerlo, habían intentado matarme!

Comencé a girar como una peonza, perdiendo por completo la orientación y notando una enorme sensación de vacío en torno a mí. Estaba flotando en una ingravidez absoluta mientras la grandiosa mole de la nave llenaba por completo mi horizonte visual, era un decorado metálico y frío tachonado de bordes ariscos que brillaban con destellos intensos. Aquella superficie parecía a un tiempo atraer y repeler mi cuerpo, haciendo que danzara con exasperante parsimonia a su alrededor.

—"*¡Santo Cielo!* —la voz histérica de mi compañero aulló a través del audífono—. *¡Loado sea el nombre del Señor! ¡No soy digno de contemplar tanta belleza!*"

Extrañado ante el embeleso que mostraba aquel chiflado comencé a retorcerme

dentro de mi traje hasta que al final logré dar la vuelta, poniéndome de espaldas a la nave. Lo que entonces captaron mis ojos fue algo indescriptible.

Frente a mí se abría el negro vacío de un espacio sin estrellas, una densa oscuridad que parecía extenderse por doquier y no tener fin, un infinito insondable apartado de toda luz. ¿De toda? ¡No, *algo* brillaba a lo lejos! Algo grande que no paraba de crecer y *crecer*.

—¿Es una estrella? —pregunté alarmado—. ¿Una nova?

—"*¡Bendícenos Señor!* —exclamó el otro con voz trémula—. *¡Somos tus humildes siervos y nos postramos ante Ti!*"

Y entonces se hizo la Luz.

Ruego al Cuanto me otorgue fuerzas suficientes para poder exponer con claridad los extraordinarios sucesos de los que fui testigo. Nunca yo antes había contemplado algo semejante a lo que se estaba desarrollando ante mis atónitos ojos. Era como si de improviso el espacio hubiera explotado produciendo una llamarada incandescente que cubría por completo mi campo visual aturdiéndome con su luminiscencia. Todo mi ser se hallaba atrapado, absorbido por aquella fantástica claridad como si fuera una minúscula polilla revoloteando hipnotizada alrededor de una llama. ¡Pero qué llama! Nada podía compararse a aquella luminiscencia que crecía extendiéndose sin fin, dominando todo cuanto nos rodeaba, llenando el propio vacío del espacio con una presencia extraña y turbadora. Una presencia casi palpable que parecía surgir de todas partes, siendo la sustancia primordial que conformaba hasta la última partícula del Universo, incluido mi propio ser.

Y entonces me sentí súbitamente impelido hacia atrás, de vuelta al interior de la nave. Era como si una fuerza desconocida sujetara mi cuerpo con delicadeza y me empujara de regreso hacia el lugar desde el que acababa de ser arrojado al vacío. Anonadado por la impresión, volví a traspasar la abertura de la esclusa y ésta se cerró herméticamente, ocultándome por completo la diáfana luz del exterior y sumergiéndome en una repentina oscuridad. Casi sin darme cuenta me encontré sentado en el suelo metálico del pasadizo, rodeado de una tenue penumbra y preguntándome si todo aquel extraño episodio no habría sido fruto de mi imaginación.

Tardé un buen rato en serenarme, pero al fin comprendí que mi única salida era regresar al puente de mando y enfrentarme con el capitán. Yo no sabía con exactitud qué estaba ocurriendo fuera de la nave aunque intuía la gravedad de la situación. Así pues, sin gran entusiasmo, desanduve el camino recorrido hasta llegar a la esclusa por la que minutos antes había penetrado en el conducto siguiendo las órdenes de Drinkwater.

Una vez hube abierto la pesada compuerta, el puente de mando se ofreció ante mis ojos con dolorosa claridad. Allí estaban todos los oficiales, las personas a las que yo había considerado mis amigos hasta que intentaron matarme. Se les veía tremendamente asustados, pero enseguida comprendí que no era mi presencia lo que les acobardaba; el motivo de su miedo provenía de la imagen que mostraba la enorme pantalla frontal. Yo mismo no pude evitar un estremecimiento de terror al contemplar aquella aterradora

claridad que parecía abarcarlo todo, envolviendo la propia nave como si fuera un enorme capullo de seda.

---¡Levanten los escudos protectores, armen los fototorpedos! —aullaba Drinkwater como un poseso mientras todo el personal corría de un lado para otro—. ¡Dispárenle a esa cosa de una puñetera vez!

—Es inútil, capitán —el teniente Modem habló con voz neutra, siendo el único componente del equipo que todavía conservaba la calma—. De alguna forma la extraña energía que nos rodea se ha apoderado de los controles de la nave, inutilizándolos por completo. Según mis sensores personales nos encontramos prisioneros dentro de un campo magnético de alta densidad.

Drinkwater se encontraba a punto de lanzar un colérico exabrupto cuando una repentina luminiscencia estalló en medio del punte de mando. Ante nuestros sorprendidos ojos se dibujó en el aire una figura translúcida que reconocí como la del hombre que me acababa de salvar la vida. Aquella forma humana pareció bailar ante nosotros mientras cobraba mayor nitidez hasta que finalmente se materializó tras un cegador flogonazo, clavando sus iridiscentes pupilas en el capitán. Éste le devolvió la mirada con rostro de asombro, incapaz de pronunciar palabra alguna.

—¡Gloria al Señor ahora y siempre! —clamó la aparición—. He sido designado por el Altísimo para actuar de mediador entre Él y su pueblo elegido. Deberéis aguardar aquí mi regreso con las Sagradas Tablas de la Ley que el Señor mismo me dictará. Amén.

—¡Eh, oiga...! —acertó a decir Drinkwater guiñando los ojos con rapidez.

Pero ya la figura del extraño individuo había desaparecido, dejándonos a todos confusos y conmocionados. El capitán cerró la boca con un siniestro rechinar de dientes y deslizó su dura mirada por el puente, observándonos a todos. Gruesas gotas de sudor perlaban su bruñida frente.

—¡Reunión de oficiales en la sala de conferencias! —graznó con voz temblorosa—. ¡Ahora mismo!

La sala de conferencias se encontraba junto al despacho del capitán, así que no tardamos en llegar a ella dejando el puente de mando casi desierto. Los demás corrieron a ocupar posiciones en los mullidos sillones que rodeaban una mesa oval de imitación a caoba, dejando a su superior el sillón más grande. Yo, con expresión hosca, me senté en un extremo y guardé silencio.

—Comentarios —suspiró Drinkwater tras desplomarse sobre su asiento.

—Al parecer hemos sido atrapados por una entidad que pretende ser Dios —puntualizó el teniente Modem—, o al menos eso es lo que afirma su enviado.

—Ese tipo me es conocido —intervino el comandante Riko—, creo recordar su rostro como el de uno de los marineros que subieron en el planeta Antrax.

—Se trata de un creyente —intervine yo al comprender la importancia de lo que sabía.

—¿Un *creyente*? —exclamaron todos al unísono, volviéndose hacia mí.

Con cara avinagrada les expliqué mis aventuras en el conducto, la llegada de aquel individuo y nuestra expulsión al espacio hasta toparnos con la misteriosa luz, así como mi sorprendente regreso a la nave. Todos me escucharon en silencio con los rostros tensos, aunque yo dudaba que tal actitud fuera causada por el arrepentimiento tras su tentativa de asesinato hacia mi persona.

—¡Sólo nos faltaba eso! —masculló el capitán—. ¡Nos tropezamos con una entidad energética de enorme poder y resulta que su intermediario es un lunático!

—Me temo que la situación todavía puede ser peor, señor —intervino el teniente Modem—. Tal vez realmente nos hemos topado con Dios.

—¡Eso es ridículo! —exclamé yo rompiendo mi frío distanciamiento—. La Ley Imperial de la Excelsa Lógica Cuántica establece de forma irrefutable la inexistencia de cualquier tipo de deidad en todo el Cosmos. Los homínidos inteligentes sabemos que el Universo se forjó gracias al Cuanto y su Constante Probabilística. Suponer que Dios pueda existir no sólo es una memez, también resulta un delito punible perseguido por las fuerzas del Orden Imperial.

—Bueno, no nos acaloremos —Riko intervino con tono apaciguador—. Lo que resulta evidente es que la entidad energética que nos ha atrapado *crea* ser Dios. Ya que su poder es enorme yo no le llevaría la contraria, al menos por ahora. Hasta que no sepamos cómo destruirlo sugiero que contemporicemos un poco.

—¡Que contemporicemos! —exclamé furioso—. ¡No me extraña un comportamiento tan cobarde en una caterva de asesinos como ustedes, pero el Imperio jamás transigirá!

—No se deje usted arrastrar por el rencor, amigo Janus —me reprochó Riko—. El pequeño malentendido que ha habido entre nosotros no puede nublar su capacidad de raciocinio. Ahora mismo somos los únicos representantes del Imperio y hemos establecido contacto con una entidad energética de poder incalculable. Debemos actuar con prudencia y astucia para recabar toda la información posible que permita al Imperio tener ventaja sobre una forma de vida tan poderosa. Piense que al controlar semejante energía dicha entidad puede ser una terrible amenaza contra nuestra civilización.

—Por no hablar de nosotros mismos —puntualizó Drinkwater—. Esa cosa se nos puede cargar en un suspiro.

—Tienen razón —admití de mala gana.

En aquel preciso instante una familiar luminiscencia estalló frente a nosotros y el emisario de Dios se materializó sobre la mesa. Vestía una larga túnica dorada y portaba en su mano dos enormes tablas de lo que parecía barro cocido. El hombre trastabilló sobre la superficie como si ejecutara algún complicado paso de ballet hasta que finalmente, de un salto, cayó al suelo junto al capitán.

—¡Las Tablas de la Ley! —gritó eufórico mientras se levantaba y adoptaba una posición digna.

—Vaya —dijo Drinkwater fingiendo un gran interés a la vez que los demás murmurábamos algo ininteligible.

—¡Aquí están grabados los diecisiete Mandamientos Divinos! —el hombre señaló su sencilla obra de terracota con evidente satisfacción—. ¡Santificarás a Dios por encima de todo, no matarás a otros creyentes, no cometerás actos carnales impuros, no practicarás deporte hasta romper a sudar, no comerciarás con ningún tipo de mercancía robada, no ingerirás ninguna variedad de alcohol, no te lavarás las orejas más de tres veces a la semana, no...!

—¡Eh! —Drinkwater enrojeció como la grana—. ¿Qué es eso de prohibir el comercio con la mercancía robada? ¡Vaya disparate!

—¡Cómo! —el emisario rugió pletórico de indignación—. ¿Te atreves a cuestionar la Ley de Nuestro Señor, hereje?

—Tal vez podríamos negociarlo —intervino Riko con suavidad—. ¿Qué le parece si indicamos que no se podrá comerciar con ciertos artículos más de cuatro veces al mes? Opino que es un número razonable que satisfaría a ambas partes.

—¡Un momento! —intervino la teniente L'Adilla—. Quisiera que se puntualizara algo más en el capítulo de los actos impuros. Exijo un subapartado que mencione de forma precisa si la felación y el cunnilingus son considerados como tales, así como con qué periodicidad y bajo qué condiciones se pueden realizar, que luego todos se saltan la normativa de forma muy alegre y el trabajo es para una.

—¿El alcohol etílico también está comprendido? —inquirió Modem—. Mis sistemas mecánicos precisan de ciertas dosis diarias como profilaxis.

—¡Blasfemia! —el enviado aulló acallando todas las voces—. ¡Sois un hatajo de pecadores irredentos! ¡La cólera del Señor caerá sobre vosotros como no dejéis de adorar al Becerro de Oro!

—¿Un becerro de oro? —Drinkwater miró al otro con ojos codiciosos—. ¿Y dónde se halla semejante portento?

—¡Basta de depravación! ¡El Señor os concede siete horas para que os arrepintáis de vuestros pecados! ¡Cada hora dejará caer sobre vosotros una plaga hasta que la última y más terrible de ellas os destruirá por completo! ¡Meditad vuestra infamia ahora que todavía estáis a tiempo y pedid perdón al Creador! ¡Es vuestra única oportunidad de salvación!

Acto seguido el extraño personaje se desvaneció en el aire.

El Cuanto guíe mi voz para que yo pueda ser preciso en tan desoladores momentos. Sé que para vosotros, oh insignes próceres de la Gloriosa Flota Estelar, puede resultar impensable lo que ahora os estoy relatando, pero os aseguro que la situación a bordo de la "*S.S. Expoliación*" se estaba volviendo insostenible por momentos. Cuatro horas después de la desaparición de tan estafalario profeta ya habíamos sufrido las correspondientes plagas horarias. Primero fuimos invadidos por una legión de ranas y luego por otra de langostas, gracias a lo cual se podía saborear en la cantina, acompañando a las un tanto escuálidas raciones oficiales, deliciosas ancas de

rana junto con unos aperitivos crujientes que hacían las delicias de la hambrienta tripulación. Más tarde estalló una virulenta epidemia que envió a casi todos los marineros a la enfermería, aunque según el teniente médico había más cuento que otra cosa. Después murieron de forma misteriosa todos los animales de la nave, o sea el loro del capitán y todos los ratones que infestaban la bodega.

Pero no fue hasta la quinta plaga que toda la nave se sumió en el caos.

El capitán Drinkwater había montado un comité de emergencia en su despacho, desde el cual sus subordinados entraban y salían a cada momento, buscando de forma desesperada algún punto débil en la estructura de la entidad que nos tenía prisioneros. Como yo no tenía ninguna misión específica que realizar decidí quedarme sentado en un sillón bajo la nerviosa mirada del capitán y así poder enterarme de todo. No obstante, el tiempo iba pasando sin que nadie descubriera nada nuevo. Se sabía que estábamos inmersos dentro de un enorme campo magnético que rodeaba toda la nave y parecía haber brotado del propio vacío insondable. Nada ni nadie había logrado atravesarlo y sólo una de las expediciones enviadas para cumplir semejante objetivo había logrado regresar a bordo gracias al piloto automático, devolviéndonos a todos sus tripulantes convertidos en estatuas de sal. Tras dejar los cuerpos en la cocina, junto a la carne sin sazonar, el teniente Modem acudió para informarnos a todos de sus conclusiones.

—Me temo que realmente nos enfrentamos a Dios —anunció con su voz monocorde.

—¡Qué disparate! —exclamé yo con desdén—. Dios no existe, la Ley Cuántica así lo establece.

—No exactamente —el ciborg parpadeó con rapidez—, lo que establece la Ley Cuántica es que el Universo es una formación del Azar, una probabilidad entre infinidad de probabilidades que, de alguna forma, ha alcanzado el rango de real. Según dicha Ley, toda probabilidad puede ocurrir y llegar a ser real si existe una iteración con el entorno.

—¿Eh?

—Creo que nos hemos topado con una especie de punto focal cuántico, ya saben ustedes que muchos científicos creen en la existencia de semejante fenómeno. Una fontana blanca, el lugar donde nace la radiación cuántica que sustenta nuestro universo.

—¿Y eso qué tiene que ver con Dios?

—A eso iba. Imagínese usted que tal punto existe, tamaña concentración cuántica sería tremendamente sensible a la percepción de un observador. Todos los presentes han oído hablar de dicha teoría, ¿no es cierto? El observador interactúa con lo observado formando un sistema real. O sea que el Universo existe porque nosotros lo observamos, de lo contrario, sin observadores, su misma existencia carecería de sentido.

—Me he perdido —confesó el capitán—, pero se lo acepto para no liarnos más.

—Bien —Modem carraspeó mostrando su turbación—, entonces supongamos que el primer individuo en observar dicho punto focal interactuara con la radiación cuántica hasta promover al rango de real cualquiera de la inmensa infinidad de probabilidades virtuales latentes. Existe algún precedente: no hace mucho fue encontrado un carguero espacial con la tripulación muerta, todos ellos ahogados y sumergidos en inmensas

toneladas de lactosa helada que, de forma incomprensible, cubría hasta el último rincón de la nave. Tras estudiar la caja negra del aparato lo único que pudo deducirse es que el carguero había atravesado una extraña luminiscencia mientras el piloto gritaba en voz alta su deseo de zambullirse en un grandioso sorbete de nata. ¿Coincidencia? No creo, tal vez los infortunados atravesaron un punto focal cuántico y el piloto logró materializar su más ferviente deseo.

—Entonces quiere usted decir que... —Drinkwater abrió los ojos con espanto.

—En efecto, puede que ese creyente haya colapsado una fuente de radiación cuántica formando un sistema real en el cual Dios existe.

—¿Eh? —pregunté sintiéndome mareado.

—La Ley Cuántica contempla semejante posibilidad. —El teniente Modem me miró sin parpadear—. Digamos que el observador condiciona lo observado mediante su propia observación, logrando que suceda lo que él espera. En nuestro caso simplemente hemos tenido la desgracia de que dicho observador haya resultado un fanático religioso, por ese motivo ha colapsado hasta el rango de real la probabilidad de que Dios exista.

—¡Pero eso es catastrófico, el fin de la civilización! Nuestro Glorioso Imperio se verá postergado a un segundo plano...

—Bueno, yo no diría tanto —el capitán me interrumpió encogiéndose de hombros—. De hecho sólo nos limitamos a cambiar un dictador por otro, en lugar de obedecer las directrices de un emperador megalómano y caprichoso tendremos que acatar los designios de una deidad... esto... omnipresente e irascible.

—No suena muy bien —apuntó Riko rascándose el mentón.

—No, es cierto —Drinkwater parpadeó indeciso—. El lejano emperador resulta fácil de engañar, pero Dios puede ser una molestia para nuestro pequeño negocio si le dá por meter sus narices en él.

—Seguro que lo hace —Modem movió la cabeza con pesar—. Tengo la impresión de que es una entidad un tanto quisquillosa, tan sólo hay que fijarse en lo restrictivos que son esos mandamientos que pretende establecer.

—Mm —Drinkwater recorrió a los presentes con la mirada—. ¿Y qué podemos hacer nosotros para remediarlo? Se supone que se trata de una entidad divina, o sea inmortal.

—Hay una manera —el ciborg arrastró las palabras con lentitud—. Su existencia actual se basa en el hecho de haber establecido el rango de realidad mediante la iteración de un observador. Tal vez si dicho individuo desapareciera, o al menos cambiara de actitud, la situación volvería a ser una mera probabilidad virtual como antaño.

—¿Eh? —inquirí de nuevo.

—Tenemos que deshacernos de ese fulano.

Entonces llegó la quinta plaga y nos invadió la Tiniebla.

Sabed, oh heroicos Almirantes de la Gloriosa Flota Estelar, que no resulta nada fácil deambular por una astronave cuando la más completa oscuridad se ha cernido sobre ella. La luz se había extinguido por completo y no funcionaban ni los generadores ni las baterías auxiliares. Una densa negritud se había apoderado de nuestro entorno y teníamos que avanzar con las manos extendidas, barriendo el espacio constantemente para evitar estrellarnos contra cualquier objeto o saliente que se interpusiera en nuestro camino.

Fue en semejantes condiciones, mientras yo buscaba desesperadamente el lavabo más cercano, cuando una extraña fosforescencia surgió ante mí.

—Saludos, hermano —la voz inconfundible de mi compañero espacial sonó a poca distancia, brotando del interior de aquella aura luminescente.

—Eh... hola —contesté un tanto nervioso.

—El Señor me ha permitido acceder hasta vosotros para intentar convertirlos a la verdadera fé y así salvar vuestras almas.

—Mira qué bien.

—Sin duda tú eres el más indicado para iniciar mi labor, pues también has sido testigo de ciertos prodigios que ha realizado Nuestro Señor, salvándote de una muerte segura.

—Cierto —admití—. Te estoy muy agradecido por ello.

—El Señor es mi pastor y yo sólo soy su instrumento.

—Claro, claro.

—Desde ahora debes abominar de todo deseo terrenal y adorar sólo Su nombre. Abandonarás todas tus posesiones que repartirás entre los pobres, realizarás voto de ayuno, pobreza y celibato, llevarás como única vestimenta una túnica de esparto trenzado, irás descalzo, te alimentarás frugalmente y trabajarás de sol a sol, durmiendo al raso si es preciso y pasando las noches en vela orando al Señor. Recorrerás mundos lejanos a través de duros caminos, extendiendo la palabra del Señor entre los infieles. Soportarás estoicamente los insultos, las humillaciones y los golpes mostrando siempre la otra mejilla. Ayudarás a todos, aún a tus peores enemigos, y si es preciso serás un mártir al extender el Evangelio, muriendo en medio de horribles suplicios. Regocíjate, pues el Señor tu Dios te ha elegido para semejante menester.

—Vaya —murmuré—. No creo merecer semejante honor.

—El Señor ha mirado en tu alma y te ha encontrado digno de ser Su siervo. No temas, pues yo mismo también fui un pobre pecador arrastrado por la lascivia, pero por fortuna supe arrancar a tiempo de mi interior la tentación que me dominaba, abrazando el sendero de la Salvación Eterna.

—Bueno, déjame pensarlo.

—Hazlo, pero rápido. El tiempo se acaba y pronto los herejes serán castigados.

Dentro de diez minutos vuelve a este lugar y dime tu decisión.

La fosforescencia desapareció tan repentinamente como había llegado y de nuevo me encontré sumergido en las tinieblas que inundaban el pasadizo. Pero ahora una luz brillaba en mi interior agitada por una idea repentina. Olvidando mis fervientes necesidades fisiológicas me apresuré a desandar el camino de regreso al despacho del capitán.

Cuando penetré en el recinto apenas iluminado por varias velas de sebo la teniente Cilina acababa de anunciar el advenimiento de la sexta plaga. Al parecer toda nuestra provisión de agua se había convertido en sangre y nadie era capaz de beber semejante porquería. El capitán murmuró algo ininteligible sin que aparentara estar muy impresionado y anunció que iba a paladear un buen trago de ginebra para superar el trance. Los demás oímos cómo Drinkwater se escanciaba el líquido en un vaso y se lo llevaba a la boca. En el acto escupió con rabia mientras gritaba asqueado y con voz irritada que *aquel malnacido* también había convertido la ginebra en sangre y que había que hacer algo cuanto antes, pues ya comenzaba a estar hasta los mismísimos de semejante situación.

Yo aproveché aquel momento de rabia generalizada para explicar a todos los presentes mi encuentro con aquel mesías lunático. Cuando Drinkwater y los suyos estuvieron al corriente del episodio les expuse mi plan. Todos escucharon en silencio y al final estuvieron de acuerdo conmigo, felicitándome por tan brillante idea. La única que puso alguna pega fue la teniente L'Adilla aunque la promesa de una buena recompensa la aplacó un tanto y finalmente accedió a seguir las directrices de mi plan maestro.

Dicho y hecho, en el acto la teniente me acompañó por el oscuro pasillo hasta el punto de encuentro con mi *salvador*. Por el camino mi olfato fue asaltado por oleadas del penetrante perfume de la mujer, reforzando mi convicción de que el plan trazado saldría a la perfección. Al fin llegamos a nuestro destino y aguardamos agazapados entre las sombras, prestos a actuar en el momento oportuno.

Apenas habían transcurridos unos minutos cuando una débil luminiscencia brotó de nuevo frente a nosotros. El estrambótico mesías había aparecido ante nuestros ojos.

—Hermano, ¿estás ahí? —preguntó con voz profunda.

—¡Ahora! —grité yo mientras empujaba a la teniente L'Adilla contra la aparición.

—¿Eh? —exclamó el hombre a la vez que la sombra de la mujer se abalanzaba sobre él devorando su luz—. ¿Quién eres, mujer? Pero... ¿qué estás haciendo, que buscas por ahí? ¡Santo Cielo, si estás *desnuda*! ¿Por qué frota tus pechos contra mi cuerpo? ¡Quieta, no me toques *eso*! ¡Vade retro, Satanás! ¡Herejes, blasfemos, concupiscentes! ¡La ira del Señor caiga sobre vosotros!

Un relámpago estalló con fuerza en medio de la oscuridad impregnando mis fosas nasales con un denso olor a ozono, luego todo volvió a quedar en tinieblas. Asustado, traté de entrever a través de la oscuridad hasta que finalmente me decidí a encender un mechero que llevaba para casos de emergencia. Bajo la danzante luz de la pequeña llama me pareció descubrir en el suelo un negro manchurrón en forma de silueta humana, sin duda los restos calcinados de lo que momentos antes había sido la despampanante teniente L'Adilla. Mi plan de corromper a aquel apostol mediante los

gozos de la carne había fracasado.

—¿Qué ha sucedido? —la voz del comandante Riko sonó en mi cogote—. El capitán me ha enviado a investigar si todo va bien.

—Me temo que no ha hecho efecto —murmuré confundido.

De nuevo una débil luz apareció ante nuestros ojos.

—Hermano Janus —el mesías habló con voz entrecortada—, ¿estás ahí? Me ha parecido oír la voz del apuesto comandante Riko.

Mm... Tal vez no estaba todo perdido.

El Cuanto me dé fuerzas para acabar esta grabación con éxito. La batería que permite digitalizar mi voz en la película de vibranium está fallando, así que deberé ser conciso y escueto como aprendí en la Escuela Oficial del Ministerio de Control Ideológico, todo ello para mayor gloria de nuestro excelso III Gran Imperio.

Debo decir que, finalmente, el comandante Riko se avino a... esto... *intimar* con el fanático religioso que había colapsado la existencia de Dios. El argumento definitivo fue que la última plaga a la que íbamos a ser sometidos sería sin duda la muerte de todos los primogénitos de la nave. Como Riko era el primer oficial de a bordo, o sea el primogénito del capitán, no cabía la menor duda de que el pobre tenía todos los números para padecer una muerte atroz. Así que el hombre se vistió con unas mallas muy ajustadas, se perfumó con masaje *Macho—Man* y se lanzó por el oscuro pasillo llamando suavemente al mesías.

¿Qué sucedió entre aquellos dos hombres? A pesar de que el teniente Modem intentó sintonizar los monitores de la nave activándolos en visión de infrarrojos tan sólo pudimos captar algún movimiento seguido de ciertos grititos y un par de jadeos ahogados. Lo único cierto es que al cabo de veinte minutos la enorme burbuja magnética que nos tenía aprisionados comenzó a ceder, haciéndose más etérea e intangible. No había la menor duda, Dios estaba desapareciendo, una vez interrumpido su contacto con el observador se estaba convirtiendo de nuevo en una simple probabilidad como lo había sido antes.

De súbito la tiniebla que nos cubría se esfumó y todo volvió a la normalidad, otra vez nos hallábamos inmersos en nuestro conocido universo imperial. Pero cuando ya todos nos creíamos a salvo un rostro enorme surgió frente a nosotros, brotando de los pliegues del mismo vacío hasta ocupar todo el espacio visible, ocultando tras de sí las estrellas que brillaban frías y distantes. Era un rostro *viejo*, plagado de arrugas, que nos miraba con ojos iridiscentes y furiosos. Dios se desvanecía de nuestra realidad pero incluso entonces su ira era inconmesurable, amarga y despiadada. Una explosión de luz nos zarandeó con violencia, azotándonos, como el postrer manotazo de un coloso contra una plaga de molestos insectos. La nave por entero pareció resquebrajarse bajo aquel embate y los paneles estallaron llenando la atmósfera de un humo ocre y asfixiante. Entonces algo cayó sobre mi cabeza y perdí el sentido.

El Cuanto sabe que cuando volví a recuperar la consciencia todo estaba perdido. La antaño soberbia "*S.S. Expoliación*" ya sólo era un amasijo informe de metal

retorcido. Milagrosamente el puente de mando había resistido incólume a tamaña destrucción, siendo yo el único superviviente de la tragedia. El capitán Drinkwater yacía con el cráneo partido junto a mí, una mano aferrada al sillón de mando y la otra a una botella de ginebra. El teniente Modem mostraba un revoltijo de cables rotos y, aunque al principio llegué a pensar que seguía vivo, al final descubrí que el "*pit pit*" que se oía en realidad era producido por su reloj antichoque. En cuanto a la teniente Cilina, no se la veía por ninguna parte, así que deduje que la explosión la sorprendió en algún otro compartimento y me temí lo peor.

No tardé mucho tiempo en darme cuenta de la precariedad de mi situación. Los motores no funcionaban y yo me encontraba encerrado en el único lugar que parecía tener una burbuja de aire respirable, el cual evidentemente no duraría demasiado. El único aparato que aún parecía funcionar era una baliza de salvamento demasiado pequeña para que yo pudiera escapar en su interior. Por eso he decidido grabar este mensaje y enviarlo con la esperanza de que pueda ser encontrado por otra nave y llegue hasta vosotros, oh modélicos Almirantes de la Gloriosa Flota Estelar. No importa mi muerte, pero el Imperio debe conocer la tremenda amenaza que se cierne sobre él.

Porque sabed, oh heroicos Almirantes, que el peligro no ha sido ni mucho menos conjurado. Mientras me alejo con lentitud, flotando suavemente entre las frías corrientes del espacio, todavía puedo atisbar a través de la parpadeante pantalla principal una lejana y terrible luminiscencia. Sin duda el fanático religioso que creó semejante monstruosidad también ha muerto con el resto de la tripulación, pero el punto focal de radiación cuántica permanece en su sitio. Y, de forma indefectible, otra nave volverá a pasar por su lado. Tal vez no hoy ni mañana, puede que ni siquiera el año que viene, pero algún día otra tripulación se tropezará con lo mismo que nosotros.

¿Acaso podemos asegurar que entonces no habrá otro ser que recree sus anhelos, que colapse una probabilidad mucho más aterradora que aquella a la que yo me he visto sometido? No dejo de pensar en la visión de ese rostro divino, en el último momento me pareció intuir en Sus ojos una expresión de triunfo, como si supiera de antemano que no todo estaba perdido, que la batalla todavía no había llegado a su fin.

Nosotros somos los herederos del Gran Primate Evolucionado, los auténticos reyes de la Creación, seres inteligentes que sólo nos inclinamos ante los designios lógicos de la Excelsa Ley Cuántica. El Universo es nuestro territorio y en sus confines labramos nuestro propio Destino. Pero puede que algún día no sea así... Me da miedo pensar en ello, pero hay que estar preparados para afrontarlo. En cualquier instante Dios puede ser real, sólo es preciso que otro loco colapse semejante probabilidad; entonces todo el Imperio quedará a merced de Sus caprichos. Lo sé porque lo he visto.

¡Prestad atención, oh heroicos Almirantes de la Gloriosa Flota Estelar! No bajéis la guardia en ningún momento, pues los creyentes todavía se esconden entre nosotros. En cualquier instante todo puede volver a repetirse. Hacedme caso, lo sé, yo he contemplado Su mirada y os aseguro que está esperando ese momento con infinita paciencia.

El oxígeno se agota y me siento mareado, por lo que éste será mi postrer aviso. No penséis que la Lógica Cuántica lo domina todo, en su mismo interior reside el veneno que puede destruirla. Actuad con prudencia y estad alerta.

Dios puede estar aguardando en la última estrella.

<<◇>>